

Plutarco Cisneros Andrade
BIBLIOTECA CINCUENTENARIO IOA



INSTITUTO OTAVALEÑO DE ANTROPOLOGÍA

VIAJES Y VIAJEROS EN LA REGIÓN DE OTAVALO (II)

Jorge Gómez Rendón

EN EL CINCUENTENARIO DEL



INSTITUTO OTAVALEÑO
DE ANTROPOLOGÍA
1966 - 2016

La creación de la BIBLIOTECA CINCUENTENARIO IOA pretende articular en un solo gran cuerpo las más significativas investigaciones realizadas, que están en curso y las que complementen el conocimiento sobre la vivencia de gentes y pueblos, temporalmente presentes, al menos desde hace 1800 años y, territorialmente, asentadas en el área comprendida entre el río Guayllabamba y los linderos de Pasto.

La BIBLIOTECA CINCUENTENARIO IOA, es el afectuoso homenaje a los amigos que, en el transcurso del tiempo, en calidad de miembros de número del Instituto Otavaleño de Antropología, me acompañaron y contribuyeron con sus esfuerzos, aportes y lealtad, a dar solidez a ese sueño nacido en 1966, que, en su trayectoria, en sucesiva relación de utopías y crisis, fue posible sobrevivir por su constancia y compromiso con una obra que, siempre estuvo definida, no fue motivada por intereses personales ni de grupo sino como un aporte a la colectividad, y en la que no importaron los esfuerzos y sacrificios realizados. Sueño que es también un reto para los nuevos que asumen la tarea de ampliarlo y darle la perspectiva que requiera.

Para los que, en calidad de investigadores titulares o asociados y amigos que se sumaron para hacer realidad ese sueño y con su tarea seria y fecunda contribuyeron y lo siguen haciendo a enriquecer el patrimonio cultural del país; y, para quienes desde el ámbito operativo creyeron en él y lo apoyaron con generosidad de espíritu.

©Instituto Otavaleño de Antropología (IOA)

Plutarco Cisneros Andrade
Fundador y Presidente IOA

Juan Carlos Cisneros Burbano
Vicepresidente IOA

Marcelo Valdospinos Rubio
Hernán Jaramillo Cisneros
Juan Carlos León Guarderas
Juan Andrés León Cisneros
Vocales del Consejo Directivo IOA

Diego Rodríguez Estrada
Director de Investigación IOA

Patricio Guerra Guerra
Administrador General

©Universidad de Otavalo (UO)

Plutarco Cisneros Andrade
Fundador y Canciller

Juan Carlos Cisneros Burbano
Vicecanciller

Rosalía Arteaga Serrano
Rodrigo Pinto Dávila
Miguel Andrade Varea
Vocales del Consejo de Regentes

Antonio Romillo Tarke
Rector

Francisco Becerra Lois
Vicerrector

Diego Jaramillo Acosta
Vicerrector Administrativo y Financiero

Jorge Mantilla Salgado
Director de Investigación

© Plutarco Cisneros Andrade
Biblioteca Cincuentenario IOA
Certificado registro IEPI
QUI-042589

© Biblioteca Cincuentenario IOA - Plutarco Cisneros Andrade
© Viajeros en la región de Otavalo (II)
Jorge Gómez Rendón

© Editor de la Biblioteca Cincuentenario IOA
Instituto Otavaleño de Antropología (IOA)
Dirección electrónica: ioa_otavalo@hotmail.com

Dirección electrónica: ioa_otavalo@hotmail.com
Primera edición (digital): abril 2021
Portada : José Bastidas- s/n
Logotipo : Jorge Perugachy

Diagramación: Luis Alajo Plazas
Asistente de edición: Diego Samaniego

© Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida total o parcialmente, ni registrada ni transmitida por sistemas de recuperación de información de ninguna forma ni por medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, fotocopia o cualquier otro sin el permiso previo por escrito del autor o del IOA.

Información:

Instituto Otavaleño de Antropología (IOA)
Diego Rodríguez Estrada - Director de Investigaciones
drodriguez@uotavalo.edu.ec

Universidad de Otavalo
Jorge Mantilla Salgado - Director de Investigación
jmmantilla@uotavalo.edu.ec

La Biblioteca Cincuentenario IOA, es, de manera especial, un tributo a mi esposa Haydeé Burbano Baquero y a mis hijos Juan Carlos y María Lorena Cisneros Burbano, sin cuya fortaleza, comprensión y aliento, sin duda, todos los del largo trayecto recorrido, habrían sido sueños imposibles de germinar.

Plutarco Cisneros Andrade,

BIBLIOTECA CINCUENTENARIO IOA

Autor y director

Plutarco Cisneros Andrade

Comisión Editorial Asesora

*Fernando Jurado Noboa,
Jorge Gómez Rendón,
Diego Rodríguez Estrada,
Jorge Mantilla Salgado*

Comisión Ejecutiva

Juan Carlos Cisneros Burbano

VIAJES Y VIAJEROS EN LA REGIÓN DE OTAVALO

Jorge Gómez Rendón

(II)



J. BALLESTER

ÍNDICE

VIAJEROS DEL SIGLO XIX	15
<i>Francisco José de Caldas</i>	17
<i>William Jameson</i>	58
<i>Edouard André</i>	67
<i>Wilhelm Reiss</i>	91
<i>Edward Whymper</i>	109
<i>Enrico Festa</i>	134
VIAJEROS DEL SIGLO XX	157
<i>Arthur Clifford Veatch</i>	158
<i>Harry Franck</i>	173
<i>Fortunato Pereira Gamba</i>	185
<i>Alejandro Andrade Coello</i>	213
<i>Ludwig Bemelmans</i>	236
BIBLIOGRAFÍA	254
ÍNDICE ONOMÁSTICO	265



RELATOS DE VIAJES

VIAJEROS DEL SIGLO XIX

FRANCISCO JOSÉ DE CALDAS

Relación de un viaje hecho a Cotacache, la Villa, Imbabura, Cayambe etc., Comenzado el 23 de julio de 1802 por Francisco José de Caldas¹

Todos los días que precedieron al 23 los gasté en preparar mis instrumentos y en hacer en Quito observaciones diversas para que me sirviesen de término de comparación en lo sucesivo. Armado de un barómetro portátil, algunos tubos de él, termómetros, dos agujas, el cuarto de círculo de Bird que compré al Barón de Humboldt, otro pequeño, dos brújulas, dos microscopios, un gnomon etc., y de algunos libros de Botánica y Astronomía, papel para esqueletos, y mis reactivos químicos, partí de Quito el 23 acompañado de D. Manuel de Aguilar, cadete abanderado, de las compañías de esta ciudad, joven de bellísima índole, educación y amante a instruirse en mis ramos. Este bello joven ha tenido la bondad de acompañarme en mis más penosas observaciones, y en todas las que exige a un co-oboservador, y yo no correspondía a las leyes del reconocimiento, sino le diese este testimonio público de mi amor y de mi agradecimiento.

Los 15 días que precedieron al 23 fueron de los más bellos, y la tarde del 24 comenzó a tronar al sur de Quito, por la noche llovió mucho entre de 7 y 8, y el 25 amaneció nubladísimo, húmedo y lloviznando. Yo creí que se me dañaba el tiempo y con él mis miras y proyectos científicos que me preparaba a verificar. La maleza de los caminos, la incomodidad de la lluvia, y, sobre todo, la ocultación de las altas montañas por las nubes eran unos obstáculos reales para levantar mi carta topográfica de los países que iba a atravesar. Todo estaba preparado y no me podía detener, y salí ya avanzado el día y hallé que se descubrían todas las cimas nevadas de Pitchincha, Ylinisa, el Corazón, Sincholagua, Cayambe, Cotacache etc., que una nube igual o superior a la cima de estas montañas cubría todo el cielo y nos proporcionaba el más bello día para mis operaciones topográficas. Comenzamos a atravesar el ejido de Quito que está al norte de Quito; es un llano casi nivel, como de dos leguas de largo y un cuarto de ancho. (Cuando haya obrado más por menor aquí podré asignar su verdadera extensión). Lo llaman el ejido absolutamente y también Rumi-pamba, pero

1 Caldas, Francisco José de, *Relación de un viaje hecho a Cotacache, La Villa, Imbabura, Cayambe, etc., comenzado el 23 de julio de 1802, por Francisco de José de Caldas.*, P. Agustín Barreiro S.J. (editor), 1933, Madrid, pp. 15-61

este último nombre no abraza toda la extensión de esta explanada y no conviene sino a un trozo medio que está sembrado de piedras y en que se ven dos o tres lechos como si fuesen de arroyos. Este trozo pedregoso está al frente de una grande hendidura de Pictchincha y que anuncia han sido arrojadas por este volcán en algunas de sus erupciones. No se ve una piedra ni al norte ni al sur de este lugar, que ha merecido el nombre de Rumi-pamba (llano de piedra). Ulloa parece que le da este nombre a toda la llanada, y creo padeció equivocación. Esta bella llanura está sobre las faldas de Pitchincha; al oriente tiene una especie de conden o cresta que la termina, y no derrama sus aguas sino por una hendidura en frente de Rumi-pamba; otra menor tiene más al norte. Como la corriente de las aguas no es libre hay mucha pendiente fangosa y cubierta de una especie de junco que llaman totora (Así que le determine se dará su género). Este junco y esta ciénaga es muy útil a Quito; de él forman canastos y esteras para cubrir el mal ladrillo de Quito. Esta llanura está dividida en dos partes por una línea paralela a sus lados largos de N. al S.; la parte occidental y sobre las faldas de Pitchincha está dividida en pequeños cuadros en que los S.S. de Quito tienen sus casas de campo. El terreno es de la muestra N. | Comienza a elevarse el terreno insensiblemente y forma una lomilla que llaman Carretas en donde comenzamos otras observaciones del barómetro y la aguja. vimos sus plantas, Molinas, Calceolaria, Proxaleas etc. Avistamos la bella explanada de Chibquintina, toda ella cultivada, a pesar de la absoluta falta de agua. El terreno me pareció como el de Quito y ejido. NNO hay muchas casas de campo. Observamos el barómetro al pie de la bajada de Carretas y descansamos en Casa de Doña Ana Aguirre, madam amable y obsequiosa. Tomamos mis plantas y seguimos. En el alto de Guayllalbamba, que está al extremo de la explanada, se ve ya el pueblo de Guallabamba y se domina todo el país circunvecino terminando su horizonte tantas masas de nieve. Observamos el barómetro y mis rumbos a los puntos principales. comenzamos a descender por esta inmensa bajada; la noche nos sobrecogió en los 2/3 de ella y llegamos al puente de Pisque en que termina, ya muy obscuro; no pude observar el barómetro y partimos a Guallabamba con ánimo volver a este puente el día siguiente. Nuestras canoas se habían adelantado mientras nosotros observábamos el barómetro y aguja, y no pudimos dar con nuestros instrumentos en el pueblo de Guallabamba hasta muy tarde en la noche, y perdí la ocasión de observar mis alturas meridianas de estrellas para fijar la latitud de este pueblo. Nosotros no conocíamos el camino y tomé el arbitrio de dejar a mi caballería que era la que precedía a su voluntad, y entregarme a su

instinto, pena de dormir en el campo. El arbitrio fue acetardo y entramos con felicidad en Guallabamba. Como la de más canoas se había verificado ya sin luz, no le habían visto entrar los habitantes del pueblo, y no nos podían dar noticia. Cansados de preguntar, nos dirigimos a la casa de un camarada de mi compañero de viaje quien nos solicitó por nuestro muletero, cargas e instrumentos. No puedo pasar en silencio el carácter burlón y vivo de los habitantes de Guallabamba. A las voces que daba mi compañero llamando a nuestro muletero, les contestaban con silbos y burlas. Uno de los nuestros a que nos dirigimos, para solicitar por la casa a que juzgamos había llegado nuestro equipaje, se burló de nuestra ignorancia, constituyéndose nuestra guía. Después de habernos hecho caminar un grande espacio, le volvimos a preguntar por la enunciada casa, y nos responde que no era eso lo que le habíamos pedido, y nos dejó en peor estado yo creo que este aire de civilización y libertad lo han adquirido con el trato y continua comunicación de los pasajeros. El pueblo está en un plano profundo cercado por todas partes de peñas tajadas. Yo creo que es obra de las aguas. Hay un plano superior, y poco más o menos al nivel de Cayambe, en que está el Cascajas, Quinche, Caraburu, Cochasquí, y en el medio el plano de Guayllabamba. Este al E. se eleva, y aún quedan algunos montecillos y desigualdades, que miro como unos monumentos de la elevación a que estuvo todo este lugar. La profundidad de su nivel no es tanta como se imaginan los habitantes de Quito. El barómetro se sostiene en 21 p. 11 t. 7 de elevación, mucho menor que la de Popayán (es de 22 p. 10 r. 3) y en esta ciudad juzgan vivir en un temperamento medio, o más bien en una primavera. En Quito se juzga a Guallabamba por un cenegal en el calor, y en efecto, se siente un calor abrasador, a pesar que el termómetro se mantiene en 16° a 18°. El frío es relativo y M. de la Condamine es un ejemplar bien justificado. Como todo el terreno circunvecino es elevado, su suelo resulta húmedo y mal sano. Las aguas no tienen otra salida que por el O. a (Gudat.a) y a este río desembocan los dos pequeños arroyos que tiene a uno y otro lado, un poco más abajo del puente. Está situado sobre un plano a nivel; las casas son de lo más pobre y miserable que se puede ver; las paredes las forman de un bajarej de carrizos, y los techos de las hojas de caña de azúcar, que llaman caña de Castilla, sin fundamento. todo lo que es fino y puede contrastarse con otra cosa de inferior calidad lleva generalmente entre estos pueblos el nombre de Castilla. Un continuado bosque de árboles frutales y silvestres cubre los espacios que dejan las casas y las ahoga, quitándoles por todos lados la vista. Esto hace triste y melancólica esta situación. Le habitan castas, y

tendrá como 1.500 almas. Los alrededores se componen de un bosque de Mimosa, que llaman Arumitos, Cactus, con el nombre de Junos. El terreno es del color y naturaleza que el de Chilquintina.

El 24 volví al puente y verifiqué mi observación del barómetro que se sostuvo en 22.5.6. A mi regreso tomé mis plantas que habían escapado el día antes. Por la noche tomé alturas meridianas de la Lira y...Me ocupé lo restante del día en descripción de plantas y por la tarde, tomé con agua un ángulo de altura de Pitchincha, única cima que se descubre de este lugar.

El 25 vi la iglesia, si merece este nombre, un edificio obscuro [...] y miserable. Más parece cueva de ladrones que la casa del Señor. Cerca del mediodía partimos, recogiendo plantas y haciendo nuestras observaciones del barómetro, aguja etc. Recogimos muchas tierras que indicaremos en sus lugares correspondientes. En Pisque levanté al paso un plano y una vista, del puente para que se vea el estado de la arquitectura en Quito. Es una obra que anuncia toda la rusticidad y ninguna inteligencia así de los jefes bajo de quienes se hizo, como del pueblo que confió esta obra imortante en manos tan hábiles. Es cosa bien admirable que teniendo Quito los más bellos edificios, no tenga hoy un albañil. Tanto ha sido el abandono en su educación pública; pero este punto se trata con extensión en otro lugar. en el mismo punto en que hiere todo el golpe de la corriente hicieron un macizo, y lo han mimado dentro de dos o 3 años las aguas. Se hundió buena parte de él en diciembre de 1801 y hasta hoy (26 de julio de 1802) aún no se ha puesto una piedra para repararlo. El macizo tiene alguna anchura, y ha quedado un espacio completo para el tránsito y esto ha influido en el descuido:

El salvaje a cierta elevación en Guallabamba y termina en las laderas: el alto del plano general; los ángulos de Cayambe y Pichincha tomados del Cascajal. Tabacundo, su excelente trigo; relativo a su elevación tiene 1.050 de comunión: su cura librería, reliquias del Conde de Jijón. Valle de Cayambe, vista tomada de Tupigache, observaciones hechas aquí. Salida, conjeturas de Mojanda sobre haber sido volcán. Sementeras, bellos trigos, modos de arar y preparar el terreno: carretas, su elevación, vista de San Pablo, su laguna, elevación, plantas (dioica, gensiana, ranúnculo, castileja, y la Tetrandar: desague de la laguna, obrajes de la Laguna, Peguche y en fin Otavalo. Aventura del barómetro operación de cerrarlo, arbitrio de los plateros, trabajos para llenarlo, altura que dio por la humedad (20.6).

vistade Imbabura: punto de que se tomó: El 29 comencé el plano de Otavalo, observé la altura meridiana del O; por la tarde volví a la laguna y rectificué mi barómetro: de vuelta vi en Peguche el Cilindro del Conde de Jijón: tomé dos plantas, la una llamada Romerillo² que tiñe de amarillo, y otra con que tieñen de negro que llaman Xanxe³ y es un género nuevo. El 30 concluí el plano, observé la altura meridiana del O., tomé ángulos de altura e inclinados de Imbabura, en Otavalo producen los tributos de 30.000 a 34.000 pesos. Hay 3 tazas, de 3 pesos 3 reales: de 4.3 y 5.3: pocos son los de esta última taza: esta gente se ocupa en la siembra de trigo y sobre todo en los obrajes. vi el torno en que hilan y sus telares, modos de formar el madejón. Por la tarde formé la vista de Cotacache y tomé ángulos de altura y rumbo de la cima.

El 31 salimos de Otavalo: por la mañana vista de Cotacache completada: Cotacache, pueblo, capa de arena general, quebrada, plano de Tontaqui, Colimbuela y Cotacache al nivel. Salvaje a orillas de Ambi en Quitumba a 22.13. Trigo excelente. Espeletia, grande flora H.B. el Kunt; en estos lugares se da muy buena caña. subida a Cotacache, pajón desde sus faldas, pobreza de vegetación, ningún frailejón: granizo estrellado * del tamaño experesado, ninguna piedra; ningún vestigio de erupción: descripción de plantas, espectáculo del país, noche, quebrada. Provisión para la laguna de Cuicocha, Pucará al N. del nevado.

Preparativos para el viaje a Cuicocha: se frustra por la falta de balsa: resolución de pasar a la villa, viaje a ésta, paso por el puente de bejucos: profundidad del río, su velocidad - Atontaqui (Jatun-taqui = gran valle). Muchas tolas, otro pucará. Alturas correspondientes en Ibarra, del barómetro, preparativos para la base: observación del barómetro, termómetro, fuerza del O. Noticia que pidió el Barón al corregidor de estos países y de Imbabura. Vista de Cotacache, ángulos de altura, y horizontales; uno de altura de Cayambe, alturas correspondientes de (Fig. 1a.) vista de Cotacache (que es Cuta-cachi - sal molida), altura y ángulos horizontales. Altura del O; pero hay duda de la péndola: toesa, principio de la medida de la base fundamental en el ejido de Ibarra: medida de 165 toesas: el método de hacer: terreno cenegoso en los más bellos días de agosto. Altura del O p. la mañana, pendi p. la tarde: continuación de la base, que se interrumpió por la lluvia de todo el día. Enfermedad de mi compañero

2 Romerillo de Quito. *Hypericum laricifolium* jus (Hipericíneas). P. Barreiro.

3 Ochanobe de Quito. *coriaria Thymifolia*. Willd (Coriáreas). P. B.

de viaje: robo de la toesa, dificultad para formar otra: examen del error del cuarto de círculo, comparación con el Octante: vista de Imbabura completada. Desde el 7 hasta el 12 algunas alturas meridianas del O., y estrellas, descripciones de plantas y principio de una nueva base; 76 toesas medidas. El 13 proyectamos la base 103 toesas: el 14 tomamos alturas del O. y sus correspondientes proyectamos la base 201 toesas. el 15 tomamos alturas del O.: El 16 prolongamos 110 toesas y el 17 le prolongamos 177 toesas. el 18 terminamos nuestra base, añadiendo 68 toesas. Resultan $76 + 103 + 201 + 110 + 177 + 68 = 735$ toesas = 1.715 varas. Salió una vara inclinada al Este, motivo por que comenzamos una segunda medida de Sur a Norte y le proyectamos 118 toesas y le completé el 19 en que trabajé todo el día. Toda la base sacó 795 toesas que hacen 1855 varas. Desde el 19 hasta el 28 trabajé en todos los ángulos de posición, de altura, y dirección de la base con azimuts del O.: le terminamos felizmente. el 31 subimos al pinllan para hacer nuestras observaciones del barómetro y del agua hirviendo sobre esta colina determinada su altura geométrica sobre nuestra base fundamental. Aquí sufrimos un viento impetuoso que nos impedía la respiración a mí y a mi compañero. visitamos el Chuno o pucará, que le hallamos ser círculos enteros y no espirales como se cree comúnmente. Acogida del corregidor. El 1 de septiembre le gastamos en medir una base de 150 toesas = 371 varas y en formar un laberinto de triángulos para la medida y plano de Yaguar-cocha. Observamos la altura del barómetro en la base y sobre dos pequeñas colinas en que fijamos nuestra base aérea y terminamos nuestros trabajos en esta laguna: su desagüe. otros 2 pucarás al S. de la laguna. Los mosquitos fueron insufribles en la laguna. el 4 volví a Yaguarcocha para tomar algunos ángulos que me faltaban para su plano, lo que concluí felizmente muy temprano: a lavuelta mecogió agua. el 2 por la noche llovió, tronó roncamente. el 3 sucedió lo mismo al S. y el 4 al NE. tronó bastante y llovió aquí.

El 6 subimos a Imbabura. el camino que tomamos nosotros fue por Caranqui y por la parte oriental del volcán. La subida es suave, se asciende por grados insensibles hasta las 19 pulgadas del barómetro. sobre sus faldas hay muchas quintas y chacras de sembrar trigo. Nuestra subida fue muy tarde, llegamos a las 18 pulgadas y no era posible emprender el ascenso a la cima, sin provisiones, y expuestos a ser sobrecogidos de la noche sobre rocas escarpadas y peligrosas. Yo tomé la resolución de hacer construir por los indios chozas pajizas en este mismo lugar que era plano y a cubierto de los vientos impetuosos que rienen siempre sobre estos lugares

elevados: nivelé una acequia para regar muchos terrenos ahora útiles, y propio para pastos, y bajamos después de dar las órdenes necesarias para la construcción de nuestras cabañas. El compañero de esta expedición ha sido don Joseph Valentín Posse, hijo del corregidor de Ibarra. Este joven, social, atento, oficioso, quiso tomarse esta molestia, y apoyó todos mis pensamientos. el generoso anciano de su padres, hombre generoso, y que a pesar de no profesar ninguna ciencia, sabe apoyar a sus cultivadores, dio todas las órdenes necesarias para proveerme de caballerías, bastimentos y guías para nuestra segunda subida a Imbabura: bajé muchas plantas y gasté los días 7, 8, 9, 10 etc., en diseñarlas esqueléticas y describirlas.

Así que nos dieron aviso que nuestras cabañas estaban construidas no pensamos otra cosa que en verificar nuestra subida. El 14 de septiembre de 1802 destinado para un viaje que me tocaba tanto y me llenaba de entusiasmo. Armado de mi barómetro, termómetro y octante y brújula partimos Don Joseph Valentín y yo con muchos indios y mozos prácticos de la montaña Gastamos 5 horas en montar hasta nuestras cabañas que estaban en 2'156 17 p 11 l 6. Ya era mediodía y no podíamos emprender la subida, dejándole para el siguiente. Envuelto en nubes, penetrados de frío pasé la tarde diseñando y describiendo plantas. Mi termómetro no subió de 4 1/2 sobre la congelación. Las cabañas hechas por los indios no tenían toda la capacidad necesaria para mantenerse un hombre en pie. La forma es de las más incómodas que pueden imaginarse para cualquiera ejercicio: estaban cubiertas de paja que tocaba con el pavimento que era de la misma materia.

Por la noche para ponernos del modo posible a cubierto del frío hacíamos cubrir con la misma paja, y del mismo modo que lo demás de la cabaña la pequeña puerta y quedábamos encerrados, por decirlo así, herméticamente (Figura 2). Así pasamos la noche del 14 en que nos sucedió una aventura graciosa. A las 6 de la noche se cubrió el cielo y para nosotros la tierra también con densas nubes: soplaba un viento impetuoso y glacial, el frío se aumentaba y apresuramos nuestro encierro. A las 6 1/2 comenzó a caer una fuerte lluvia de granizo, y como nuestras cabañas estaban muy mal cubiertas, se comenzaron a pasar y nosotros a bañarnos en agua helada dentro de nuestros lechos. el viento no permitía mantener luz sino con mucho trabajo, y a tientas buscábamos en lugar en que no pasase la lluvia. llenos de incomodidad ,cubiertos de nieve, pasé la noche más helada de mi vida. Las incomodidades, y sobretudo el deseo de ver el cráter de

Imbabura, me hacía desear la venida de la luz. en el instante que le percibí estuve en pie, tomé un calzado que en el país llaman alpargates, de que había tenido cuidado de proveerme. como lo que hace veces de suela es de un tejido de fibras de las hojas de agave o aloe, conocido por el nombre de jurar-chahuar y yana-chahuar, y entre los españoles-americanos cabuya. Como este tejido presenta una superficie áspera y desigual y afirma el paso sobre la paja y sobre las rocas de un modo maravilloso, y de que no goza el calzado ordinario, con un báculo en la mano, y precedido de 3 indios cargados de mis instrumentos, partí de nuestras cabañas con una alegría y un entusiasmo extraordinario. Comenzamos a escalar esta terrible montaña. El cráter es inaccesible por todas partes, excepto por la del Este, que seguramente fue por donde arrojó todo el material al tiempo de su erupción. Este lado no se compone de otra cosa que de grandes trozos de roca despedazadas y amontonadas confusamente unas sobre otras. No se puede dar un paso sin horror y en la orilla de espantosos precipicios. El sendero apenas tiene 1/2 vara de ancho y no son otra cosa que escalones cavados en la roca por los indios que tienen el triste y terrible empleo de bajar nieve. En algunas partes es preciso asirse de las pajas con las manos para no precipitarse en 200 o 300 varas de profundidad. Yo he visto con espanto el lugar en que se precipitó uno de estos infelices, cuando volvía cargado de nieve. Desde nuestras cabañas comenzábamos a caminar sobre nieve por la mucha que había caído la noche precedente. El frío era penetrante y mi termómetro, al nacer el sol, señaló 1/2° bajo de congelación. todos los escalones estaban cubiertos de granizo y hacían más temibles la subida por lo poco firme del paso, y sobre todo por haberme entorpecido los pies con el frío que se aumentaba por momentos. Yo deseaba con ardor ver este crater desconocido y desprecié todos los peligros. En la mitad de la subida mudaron de aspecto las cosas: yo me hallé cubierto de sudor sobre la misma nieve, y con la respiración dificultosa, y comencé a entrar en un calor moderado. De precipicio en precipicio, llegamos a las 9 de la mañana a la orilla del cráter agotados de sudor y de cansancio. Qué espectáculo! El horro y un secreto placer se apoderaron de mi alma. No me cansaba de ver y de admirar de cerca a esta naturaleza espantosa. Rocas quemadas, y destrozadas, puntas, pomez, arena, azufre, nieve, greda, precipicios, confusión, eran los objetos que se presentaban a mis ojos. Yo me mantuve largo tiempo en considerarlos y en compararlos con los que había visto en Pitchincha. si la inmensa boca de éste presentaba a Mr. de la Condamine una viva imagen del Caos de los Poetas, ¿qué le habría parecido la de Imbabura, que aunque menor en su diámetro, es sin comparación más

horrorosa que la de Pitchincha? Imbabura es una montaña aislada y solitaria, que se acerca a la figura de un cono truncado, cuya toda esta inmensa masa, compuesta de piedra suelta y de cascajo amontonado desde su base hasta 17 1/2 pulgadas de elevación, sin ninguna organización y sin seña de capas sobre ella, sienta la roca de la cima de un bello pórfido y en que está excavado su cráter. Este ocupa toda la parte superior de la montaña: tiene la figura de un anfiteatro circular, y no está interrumpido o roto sino por la parte del Este. El borde es de rocas despedazadas y en forma de una crestacircular, que tendrá de 300 a 400 varas de diámetro. Las paredes interiores del cráter no están tajadas perpendicularmente sino que tienen una pendiente rápida; se van a unir en un punto, acercándose a la figura de un cono inverso. Por la parte occidental hay un plano entre la cresta y el punto en que comienza la inclinación a (figura 3). Se distingue muy bien por esta parte una roca bc que parece precipitada sobre el cráter al tiempo o después de la erupción. ¿Quién sabe si fue la parte superior de este volcán que, faltándole apoyo por el material arrojado lateralmente, se precipitó dentro de la boca? (Todas las apariencias parecen que lo comprueban. Esta parte bc es de roca o pórfido, hecha menudos pedazos y conglomerados por medio de una materia que parece azufre convertido ya en hígado por alguna materia caliza, y de que tengo muestras). Lo restante de la boca es de arena y greda mezclada con azufre. En parte se ve la piedra pómez en pequeños y en grandes trozos. Yo conocía la altura absoluta de la montaña por mi medida geométrica y deseaba conocer la profundidad de este cráter por medio del barómetro llevado al fondo y tomar muestras de las diversas materias de que se componía y resolví bajar a este abismo. cuando estaba en estas consideraciones y proyectando el modo de descender, se precipitó gran cantidad de piedras y arena del borde del S. en el fondo de este cráter, lo que me presentó un nuevo peligro que no había tenido presente hasta ese momento. Nosotros íbamos al punto más peligroso y a que iban a parar todas las materias desprendidas, yo lo veía; pero el deseo de medir su profundidad y de tocar de más cerca este lugar de horror me resolvió arriesgarlo todo, y comenzamos a bajar por el lugar que nos pareció menos rápido y peligroso. Me precedía un indio práctico de la montaña, cargado de mi barómetro y yo le seguía a 3 o 4 pasos de distancia. Ya habíamos bajado como 1/3 de la profundidad, cuando se presentó una pendiente rapidísima, de piedra pómez, reducida en pequeños pedazos; yo vi atravesarla a mi guía con felicidad, para buscar en el lado opuesto un canal hecho por las aguas que facilitaba el descenso. Esta pendiente de pómez era peligrosa, porque tenía como 100 varas de

longitud e iba a terminar en rocas terribles al fondo del cráter. Yo temí; pero la felicidad del paso de mi guía me animó y entré en el peligro. Apenas había dado 3 pasos sobre la pómez, cuando veo que todo se remueve, y que no pudiendo sostenerme en pie me siento, y aun en esta situación comienzo a precipitarme hacia el fondo de este espantoso cráter; creo llegado el fin de mi vida y doy una voz a mi guía. Este Indio, generoso, vuelve la vista, me ve perdido, se avanza hacia mí, con una intrepidez inaudita, se arroja sobre el peligro, me hace el brazo derecho, me saca del precipicio y me da la vida. Mi alma pasó en un momento de todos los horrores de la muerte a los sentimientos del más vivo reconocimiento. ¡Ah! Transportado, beso la mano de mi libertador y le testifico de todos modos mi agradecimiento. Este indio generoso se llama, porque es justo nombrarle, Salvador Chuquon. Repuesto de la aventura pasada, no pensé sino en continuar mi descenso, lo que conseguí con felicidad. Yo temblaba en el fondo de este cráter y por que por todas partes nos amenazaban las rocas, y creo que al menor viento hubiéramos todos perecido bajo de alguna de ellas. Por fortuna, cesó mientras nos mantuvimos en esta región del espanto y del horror; verifiqué mi observación del barómetro, que se sostuvo en 17 pulgadas justas cuando el termómetro indicaba 12 sobre el hielo. Inmediatamente comenzamos a subir al otro lado del embudo cb para reconocer completamente el cráter. Era necesario ponernos a grandes distancias unos de otros, y subir con el mayor pulso, porque todo se desmoronaba, y una imprudencia del primero habría hecho perecer a los que le seguían con alguna piedra que rodase. Subimos paso a paso hasta los 2/3 y en esta elevación se resistió mi guía y me advirtió que era preciso volver sobre nuestros pasos, porque no había salida. Yo le obedecí y volvimos al fondo del cráter para tomar el mismo sendero que nos había conducido a él. Tenía (lo escribo) con rror que volver a psar por el mismo precipicio en donde había estado para pecerer. Yo hice presente a mi Chuquón el horror que me causaba volver por el mismo lugar y lo empeñé en buscar otro cualquiera. El gastó algún tiempo en registrar el terreno y volvió diciéndome que no quedaba otro recurso para salir de este lugar que tomar el mismo camino u otro aun más peligroso que el primero, pero de piedra solidísima. Yo medité, vi mi nuevo sendero y temblé; yo estaba entre Sila y Caridbis; pero era preciso resolverse con prontitud antes de perecer con alguna roca desprendida de lo alto por el viento. elegí a todo riesgo el camino de piedra y comenzamos a subir. Una profundidad espantosa a la derecha; otra, aunque menor, a la izquierda, me esperaban al menor desliz en mis pasos. Con manos y con pies no afirmábamos para

subir esta temible roca; llenos de sudor y cansancio, ganamos con felicidad el labio de la boca por donde habíamos entrado. Aquí descansamos para poder atravesar los precipicios que nos esperaban. Para el colmo de nuestros trabajos, comenzó a nevar y caer unas pequeñas telas de hielo de 2-3 líneas de cuadro, que en el país llaman papacara. El granizo nos mojó el sendero y lo puso en estado de no poder dar un paso sin riesgo de la vida. Yo conocí esto temprano y por consejo de mi Chuquon amado dejé el calzado y a pie desnudo empezamos a bajar los terribles precipicios que habíamos subido por la mañana. En algunas partes era necesario caminar sentado para no perecer. En fin, a fuerza de constancia y de maña volvimos bien tarde a nuestras chozas, que no distaban del cráter 1/2 legua por el aire.

Lo que restó de este día lo empleé en diseñar y describir las plantas que había bajado del cráter. Como éste está ya una pulgada del barómetro bajo del término de la vegetación ya tiene algunas plantas y muchos musgos en el fondo del mismo cráter. el frío fue más considerable esta noche que la pasada; nos encerramos temprano a descansar de las fatigas anteriores. A las 8 de la noche mi compañero y yo percibimos un gran ruido, y fueron muchas piedras del borde del cráter que se habían desprendido de lo alto.

el 16 bajamos por el sur del volcán para tomar la vista de este lado: las nubes le ocultaron y partimos a Cuchi Caranqui (darás de comer al cerdo). Este un bello país muy fértil y alegre. Las casas están en 20 p. 1 l. tan alto como Quito; describí y diseñé muchas plantas y el 17 nos restituimos a la Villa de Ibarra, cargados de plantas. Los días restantes los he ocupado en diseñar y describir plantas.

El 25 lo destiné a bajar al puente de chota. La bajada, aunque tendida, es dilatadísima; nosotros gastamos 2 1/2 hora en ella. El terreno es árido e infecundo. Está cubierto desde la cima de dodonea (chamana) y Croton (Mosquera) algunos guarangos. La dodonea se acaba a las 23 pulgadas y ya no se ve a las 20 pulgadas. Esta planta parece confinada dentro de estos límites. Hacia la mitad se comienzan a ver Mimosas, Cactus, y, en fin, abajo, muchas satrophas, cactus, monadelfias. el terreno es de lo más seco, árido y arenoso que se puede ver: tiene un aspecto horroroso y triste: todas las plantas que produce son espinosas, vista ninguna, el calor que excede a la elevación del suelo. El termómetro a las 12 1/2 señaló 21.5 grados y el barómetro se sostuvo en 23 p. 5 l. 7 a esta misma hora, al nivel

del puente, que está 15 varas sobre la superficie del agua. El puente tiene de ancho de estribo a estribo 20 pasos míos; es de maderos traídos desde Guaca, por precipicios a este lugar, en que peligran a cada momento la vida de los Indios de Mira, tusa, Puntal y Guaca, que son obligados sin saber con qué derecho a este trabajo terrible. Como está a descubierto, las maderas se pudren y es necesario renovarle con frecuencia. Yo tomé su vista y creo que serán útiles las siguientes reflexiones. Estos puentes, como expuestos a la lluvia, se pudren con facilidad; ¿no sería ventajoso ponerles una cubierta pajiza? ¿No sería igualmente útil levantar las cabezas de las vigas sobre un poste hecho de cal y piedra? Yo creo que de este modo durarían 100 o 200 años estos puentes. Así los vi en las cercanías de Jibirta y Guateque en Santafé.

Chota debe considerarse como un pequeño valle, en las orillas del río de este nombre, que ya es considerable aquí. Aquí es en donde está el mayor número de trapiches o ingenios de azúcar, y en donde se dan casi todos los frutos de que subsiste Ibarra, y de donde se provee de azúcar, raspadura a Quito. Las naranjas que llaman de la China (*Citrus aurantium*), la sandía, el melón, maíz, ají, etc., se siembra y se produce con felicidad. Todo es arenoso y en las orillas del río se ven en gran cantidad de piedras que dan fuego con el eslabón, blancas como el cuarzo y sembradas abundantemente de mica de color de plata y que se separa en láminas delgadísimas y transparentes. El calor en el puente es de 20 a 22° a las 2 de la tarde.

El 30 destiné a viajar a Salinas, y, en efecto, marché bien tarde, por defecto de un indio que cargase mis instrumentos. yo no conocía el camino, mi guía caminaba con la mayor lentitud, y yo, que me adelanté algo y perdí el camino. Después de muchas vueltas, hallé el sendero y el indio. Apenas habíamos caminado, veo que cae de repente con mis instrumentos y entra en fuertes convulsiones y movimientos, priva de habla y de sentidos. Compadecía a este desgraciado al mismo tiempo que juzgaba rotos mis instrumentos y sin quien me los condujese a Ibarra, y con mi expedición perdida. Fue preciso regresar con lentitud. Llegué a tiempo para tomar alturas del sol. Le observé en el disco con una mancha considerable situada así (figura 4). Yo he observado con frecuencia las manchas solares y no ha muchos días que vi dos casi en el mismo lugar. ¿Cómo dice Gariga que se ha notado el mayor número de manchas se ha presentado en el mes de mayo y que en otros meses no ha aparecido ninguna? Pasado el limbo

superior, gastaba 1'3" la mancha para tomar la misma altura que el limbo. todo el diámetro gastaba en atravesar los hilos del cuadrante 2'10" de modo que no le faltaba sin 2" de tiempo para estar situada sobre el diámetro horizontal. Estaba algo inclinada al Sur como los 2/3 de su diámetro.

El 2 tomamos alturas correspondientes y distancias de la luna al sol. El sol tenía las manchas que se ve. La del día 30 parece dividida en más y comienza a aparecer otra. El 3 viajé al pueblo de Salinas para recoger plantas y para reconocer esta parte. El camino casi todo es llano, a excepción de una bajada corta al río Ambi. Este se pasa por puente de mandera, el peor y el más peligroso que he pasado. Apenas tiene una vara de ancho, y sin ningún antepecho o pasamano, a 12 varas sobre el agua. El barómetro en este punto se sostiene en 22 p 10,7. Se puede calcular la velocidad del río por la que hicimos en el puente de bejuco cerca de Atontaqui. el plano es considerablemente espacioso y todo anuncia que ha sido un lago inmenso. Jaquando le entra a Ambi un poco más abajo del puente. Nosotros hemos pasado dos arroyos, el uno llamado Cachi-yacu (agua de sal) y el en que está Salinas. Este pueblo tiene el aspecto de un pueblo arruinado, o más bien parecen las ruinas de una ciudad poderosa, por los montones de Tierra de que toman la sal. Por todas partes se ven montones de tierra blanquecina y una máquina tan rústica como el país en que destilan la lejía de que cristalizan las sales. Se compone de 4 estacas u oncones clavados en el suelo, y sobre ellos 4 palos en cuadro apra sostener una red de junco y otra materia algo cóncava. Sobre ésta ponen una capa de la tierra cargada de sal de un pal o poco más de grueso, y encima de todo agua (figura 5). Esta se filtra y comienza a destilar una agua nociva o una lejía que reciben en cántaros o tiestos. Esta agua la evaporan hasta desecamiento completo y recogen sin más beneficio la sal que prové de todos los pueblos de las inmediaciones. Los salineros no toman indiferentemente la tierra para destilar sus lejías. La toman de ciertos de lugares que la práctica y una larga experiencia les ha enseñado ser más abundante; la amontonan cerca de sus habitaciones y le van destilando; despojada de su sal no le abandonan, la exponen al aire, al sol y al sereno, y después de algún tiempo le hallan ya cargada de sal, que en su idioma llaman madurar. tomé algunas libras de la mejor tierra para destilar y hacer el análisis despacio en Quito. Yo creo que esta sal está cargada de nitro y de otras materias extrañas. Llevo dos bolas, que aquí llaman guangos, para este efecto. Cada guango tiene ... libras y en salinas dan 20 de ellos para un peso fuerte. Este pueblo es demsiado triste y miserable. En un rincón sin vista, sin vegetales, ardiente, no produce

sino sal; todo lo entre de Cotacache, Urcuquí, Otavalo, Atuntaqui e Ibarra en cambio de la sal. No produce este terreno árido sino altas mimosas, cactus, croton, dodonea, algunas euforbias, amarantos espinosos y nada más. Reconvenidos sus habitantes de los ningunos frutos que poseen, se disculpan con la infecundidad del terreno; yo creo que este pueblo ha perdido el amor a los árboles y sus frutos, por la sal. Mr. Bouguer este ilustre sabio íntegro y verdadero, asegura que en el tiempo de su mansión en estos países producía más melones de agua (sandía) y hoy no se ve uno. El agua es la más mala que se puede tomar; nociva, salada, gruesa, caliente, es un brevaje insoportable al que no está acostumbrado a ella. El calor es considerable; mi termómetro se sostuvo en 20° R. sobre la congelación a la 1 de la tarde y mi barómetro en 23 p 2,9. el país se malsano y el mal destructor de estos países son las calenturas intermitentes. Todos tienen un semblante pálido y desagradable, que anuncia la mala constitución de sus humores. La sal calcinada denota mucho, lo que anuncia el nitro, y adquiere con todo este beneficio una blancura extraordinaria. Yo no me detuve en este triste lugar sino algunas horas, y regresé a Ibarra el mismo día, provisto de algunas plantas que no había visto en otras partes.

El 4 de octubre le gasté en describir y diseñar las plantas del viaje anterior y en terminar nuestros trabajos en Ibarra. El sol se vio con las manchas que se ven en su disco.

El 5 partimos para Otavalo: la estación de las lluvias había llegado y no se puede contar con 1 hora segura por las tardes. A pesar de nuestros cuidados no salimos hasta las 9 1/2 de la mañana y fue necesario mojarnos completamente antes de llegar a nuestro destino. En el S. observamos el barómetro que se sostuvo en 21 4.9 a las 12 horas. tomamos algunas plantas, que diseñé y describí en Otavalo.

El 7 me transporté a la laguna de San Pablo, que dista como 1 legua de este asiento, para levantar su plano y medirle. Yo formé un triángulo con una base que medí actualmente; pero tuve que interrumpir este trabajo por lo cenagoso del terreno y porque el octante había [...] tomé un lugar más seco y más proporcionado y comencé por medir una base mayor y mejor situada; pero la frecuencia de la lluvia ha interrumpido mis trabajos y nada he podido avanzar en este género de trabajo. Yo he aprovechado el tiempo en arreglar mis observaciones y en diseñar. El barómetro me ha ocupado bastante en estos días de reclusión y de quietud.

Yo comenzaría aquí la relación y descripción de Otavalo, como lo he hecho de Salinas; pero es necesario hablar de Ibarra y sus alrededores antes de otra cosa. Aquí se debe agregar lo que en mi manuscrito del viaje de Popayán a Quito he escrito sobre este lugar; pero yo sin tener presente aquello asentaré lo que hoy me parezca.

Ibarra es hoy un bello lugar agonizante. Los vestigios que aún quedan, anuncian que ha sido rica y bien poblada; pero, ¿qué causas han influido en la ruina de la más bella villa de la provincia? Nosotros ignoramos que su comercio se haya disminuido, y estamos convencidos que tiene los mismos ramos que la elevaron en su origen. el nitro, el azúcar, y todo lo que se hace del jugo precioso de la caña, las harinas, el aniz, están en el mismo pie que lo estuvieron en principio. Su situación es ventajosa sobre el camino que comunica la provincia de Quito con Popayán y Cartagena, y es frecuentada de todos los caminantes que transitan por estos lugares. No es el comercio sólo el que hace floreciente un pueblo si no viene acompañado de un clima benigno y un temperamento sano. El de Ibarra, aunque templado y semejante a una perpetua primavera, el termómetro sostiene de 15 a 18, es malsano. Las calenturas intermitentes que de tiempo se experimentan aquí, azotan las familias que iban a poblar y hacer poderosa esta población. Los que escapan de esta desgracia abandonan un lugar en que miran abiertos sus sepulcros si permanecen en él. Muchas familias ilustres han transmigrado a Quito y demás lugares circunvecinos. Pero hay circunstancias bien dignas de notarse por un viajero filósofo.

Yo había creído que en América no se experimentaban las calenturas intermitentes en los pueblos cuya elevación bajase de 23 pulgadas del barómetro. Así lo había comenzado a observar en todos los lugares que he transitado en mis pequeños viajes antes de venir [...] modo sobre este punto bien importante a la humanidad. El barómetro se sostiene en esta Villa en 21 p 8.5 líneas, mucho más bajo que en Popayán, que está en 22 p 10.9 líneas, y en donde no se conoce esta enfermedad. Guallabamba, pequeño pueblo cerca de Quito, cuyo suelo está ya elevado hasta sostenerse el barómetro en 21 p. 11.7 líneas, está infestado de esta enfermedad. ¿Acaso se eleva la malignidad de un país en razón inversa de su latitud? Así se debía pensar si sólo atendiésemos al barómetro y a la latitud. pero hay muchas circunstancias locales que es necesario advertir y notar con el mayor cuidado.

Ibarra está situado en un plano a perfecto nivel, y que las aguas corren con dificultad; por el sur tiene a Imbabura ya elevado sobre la plaza 2.965 varas castellanas, en cuyas faldas está; todo el terreno a Occidente y Norte, es más elevado que su plano, y por el Oriente está encerrada por una cadena de montañas de una elevación considerable. Todas las aguas de los alrededores de Ibarra no tienen otra salida que por Taguando, pequeño río en cuyas orillas está situada la Villa, y éste no la tiene sino después de haber roto una pequeña colina, de quien aún se ve una parte a la derecha y otra a la izquierda de este río, y que he tenido cuidado de diseñar. Estoy intimamente persuadido que antes que las aguas abriesen este paso, el suelo de Ibarra era el fondo de un lago mucho mayor que Yaguarcocha y San Pablo. El perfecto nivel de su plano, el del ejido y la elevación del terreno en todos los puntos del horizonte, son una prueba invencible de la existencia de este lago. La dificultad de la corriente mantiene todo este suelo cenagoso y húmedo aún en los más bellos días de agosto, en que he medido mi base fundamental en sus inmediaciones, caminando por el seno y sobre el agua, y creo que Ibarra existe sobre el fondo de un lago que aún no se ha acabado de desecar. Esta humedad, unida a un calor de 24-27° R. que es la fuerza del sol directo, eleva vapores abundantes, descompone el agua, produce corrupción y muerte. Saliendo del fondo de este lago, a una legua hacia el Sur o al Norte en que ya el terreno es seco sobre las faldas del Imbabura, todo muda de aspecto. El aire es (...) entre los límites del lago primitivo. Un jefe ilustrado daría la salud y la vida a este lugar precioso con sólo desecar el terreno. Yo he meditado despacio este punto sobre los mismos lugares, y he visto que es obra que puede conseguirse a poca costa. La mayor parte de las aguas de este lago reúnen y forman un pequeño arroyo al Occidente de la Villa llamado Ajaví, que desemboca a 300 varas más abajo del extremo de la población, en Taguando, formando una cascada hermosa y considerable, porque el lecho de este río está de 70-80 varas más profundo que el plano sobre que corre Ajaví. Si se emprendiese un canal de 18 a 20 varas de profundidad con un ancho proporcionado por el mismo curso del Ajaví, o lo que es lo mismo, se bajase este número de varas el lecho de este arroyo desde las inmediaciones de Caranqui, pequeño pueblo al Sur de Ibarra, hasta su desembocadura en Taguando, se secaría todo el terreno y sería sano el país. El agua de Ajaví facilitaría inmensamente la construcción del canal, arrastrando la tierra y dispensando al trabajador el sacarla y depositarla a los lados.

Hay otra cosa digna de mencionarse en este pueblo. La malignidad de

su clima no se hace sentir sino por un período reglado de 7 en 7 años, si estamos a la uniforme noticiade todos los habitantes. Pasado este año aciago, viven contentos y cuentan ya con 6 años másde vida. Yo he hecho 3 residencias en el intermedi ode un período por los años de 1801 y 1802 y he sido testigo de la salud de sus habitantes. ¿Qué causa desconocida hasta ahora obrará un efecto tan extraordinario sobre estos vivientes desgraciados= ¿Se renovarán los meteoros y con ellos la constitución de la atmósfera de 7 en 7 años, como se ha comenzado a conocer que se verifica de 9 en 9 años en Europa) ¿en los años intermedios reinarán vientos y otras causas que arrojen o disipen el veneno, y faltarán cada 7? Nada podemos asegurar, estamos faltosde observaciones, y aun de esperanzas de tenerlas a faltade físicos sabios que las hagan en este lugar desgraciado.

el recinto de la población está compuesto de un terreno arenoso, húmedo y de color ceniciento y abunda en nitro, deque vive un número consdierable de gentes y de que se provee la fábrica de pólvoras de Latacunga. Yo he hablado ya de esto y del modo de beneficiarle en mi Relación de viaje de Popayán a Quito (véase a Borles y Maquer). Mr. Baumé, en su Química, dice que los lugares abundantes de Salpetre (nitro) son malsanos. ¿Será acaso porque de oxígeno de la atmósfera se fije al otro elemento del ácido nítrico y descargue de la parte vital al aire que se respira en Ibarra? Yo creo que todo contribuye a hacer destructor y maligno este lugar. La abundancia del nitro producirá unas enfermedades y la humedad otras, pero estoy persuadido que todo lugar cuya elevación exceda las 23 pulgadas del barómetro carece de fríos como sea seco, bien ventilado y no tenga otras causas parciales que corrompan el aire. Es necesario hacer un análisis de las sales que contiene la tierra de que extraen el nitro.

El agua de Ibarra es mala y salobre. No hay una fuente pública para porverse y tienen que recurrir a Taguando, que, aunque inmediato, está su lecho bien profundo. La parte occidental se prevé de Ajaví, que es de mal gusto y de aeriega. Para los usos más ordinarios de las casas hacen cavar pozos y a 1 o 1 1/2 vierte el agua.

En la mansión de dos meses que he hecho en septiembre y agosto hemos experimentado escasez y carestía de los mismos frutos que produce el país. El azúcar costaba esfuerzos hallarle. Carece de carnes y el gobierno no cuida que haya proveedores. Muchos días es necesario abstenerse por el precepto imperiosos de la necesidad. No hay más carne que la que uno

u otro particular mata y provee a sus camaradas. Los pastos de Ibarra son los más excelentes del universo. Es común extraer 8-10 arrobas de cebo de cada vez, y algunas 11 o 13. La carne y el carnero es de excelente gusto.

El traje de Ibarra apenas difiere del de Quito y sólo se diferencia en ser más alta la saya que en las mujeres y más indecente. Carece de bellas caras en el sexo que lo es en otras partes.

La papa, el maíz, el trigo, hacen alimento común de estas gentes.

Las familias distinguidas son muy pocas y viven del cuidado de sus haciendas en Chota y en las cercanías de Ibarra. Una arroba de azúcar vale en esta Villa 4 pesos 2 reales, una gallina 2 reales, una arroba de carne 4 reales.

Se crían muchos cerdos y la manteca es cara. Hay dos cosas bien singulares en Ibarra: una carnicería en donde no se mata una res y un hospital en donde no se cura un enfermo. La secasez o más bien la utilidad del particular es causa de lo primero; y el habertrasladado las rentas del hospital al de Quito por uno de sus presidentes ocasion lo segundo. Yo hallo una injusticia destestable en este procedimiento de los jefes, que privan a los pueblos subalternos de sus comodidades por acumularlas en sus capitales. ¿Qué aprovecha a un moribundo de Ibarra que se cure y asista bien en el hospital de Quito? Lo cierto es que en pocos pueblos de América se necesita más de un hospital que en Ibarra pues en ninguno está más expuesta que aquí la salud del hombre.

Tiene un monasterio de Monjas de la Concepción que mantiene 28 religiosas. Ha sido poderoso en su origen y hoy es uno de los más pobres, suerte casi común en estos países a este género de establecimientos. Hay un convento de Santo Domingo, otro de San Francisco y otro de San Agustín, todos miserables y que mantienen un cortísimo número de religiosos sin la vida común y sin la regularidad de su instituto. Yo tendré ocasión de hablar sobre este punto importante en otra ocasión de este viaje. Ahora se trata de fundar en la casa de los exjesuitas una Congregación de San Felipe Neri, para cuyo fin se ha venido a Don Vicente Carbo y a... [sic]

Sería tal vez más útil a la religión y al estado la fundación de Agonizantes y de San Juan de Dios, institutos divinos y dignos de esparcirse por toda la

tierra, si es cierto que nuestras necesidades se reducen a la conservación de nuestra salud y a mantener la pureza de nuestras costumbres.

Tiene un clero limitado y que no trae el hábito que le distingue y autoriza entre nosotros. A mí me ha costado trabajo distinguirlo del resto del pueblo. Considero esto por tan desordenado como un militar sin su uniforme.

Lo gobierna un corregidor, que provee el Rey de poco lucro y poco apetecido. Tiene 500 pesos de renta y cobranza. Esto quiere decir que el corregidor está encargado de verificar el cobro de los tributos de los indios de su jurisdicción, y percibe 8 por 100. Hay un cabildo completo.

Sus modos de construir son como todo en Quito y en lo demás de la provincia, cuyo punto se verá tratado en el artículo Otavalo.

He tenido ocasiones de ver su lujo en sus entierros. Excede las fuerzas de esta población. Todo el mundo asiste con hachas encendidas. El cadáver se transporta en hombros, en un ataúd forrado en terciopelo, con anchos galones de plata. La taba le trae delante del féretro sobre la cabeza de un hombre. Toda la carrera, de 6 en 6 varas cuando más se ponen por la mitad de la carrera mesas cubiertas de paños negros y en cada una de ellas hace mención el cadáver y se le canta un responso. el entierro es más suntuoso cuantas más cosas tiene, y como cada una vale 4 pesos, un entierro cuesta muchos pesos, y no están en estado de hacerle sino los muy acaudalados.

Ahora se trata seriamente por el actual Presidente (Barón de Carondelet) de abrir el camino de Malbucho, que el corregidor Pose y el Obispo Calama habían emprendido en años pasados, y que no llevaron a efecto por causas que ignoro. Se dice (y es preciso averiguar mucho sobre esto) que S. M. ha mandado se tomen a censo, a un 5 por 100, hasta 40.000 pesos, quedando el real erario cargado con esta deuda, gracia conseguida por Cardondelet, ¡Ah! si a las buenas intenciones de este jefe y a la piedad del Rey correspondiesen las luces para sacar todo el fruto que es posible de esta suma, es seguro que muchos pueblos agonizantes hoy y toda la provincia revivirían. Pero por desgracia parece que se estudian los modos de dejarnos en la pobreza y en la miseria. Entremos en uno por menor más circunstanciado.

El Corregidor Pose, hombre de sanas intenciones, pero sin luces, ayudado

del Obispo Calama, emprendió la apertura de este camino sin más guía que la aventura (¿tal vez algún sendero o el que existía antiguamente desde el tiempo de Maldonado y que traficó Larrea?) y sin discernimiento, como todos los caminos que han abierto desde la Conquista. ¿No eera digno de los cuidados de Carondelet hacer registrar todo el país por un inteligente, que éste formase una carta de él y dirigiese el sendero por la parte más cómoda y breve antes de malgastar 40.000 pesos? el comisionado para esta empresa de que pende la suerte de la provincia es el hombre más inepto que podía hallar este jefe en todos los hombres que manda. Miope, perlético o hemiplético, ignorante hasta de los primeros principios de geometría, quiere desempeñar una comisión en que tendría que hacer un hábil ingeniero. Lo conozco personalmente y el primer borrón del país por donde pasa este camino se lo he enseñado yo en Ibarra las vísperas de partir para Malbucho, tomando de la Carta de Maldonado ¿Será éste el primero que le abrió? ¿Existiría antes? Son cuestiones que merecen averiguarse.

Yo he meditado la forma de las montañas y del terreno en general como lo he hecho den Ibarra. El lugar en que existe este asiento (éste es el título que tiene) es alegre, bellissimo y bien poblado; está en un fondo común al en que existe Cotacache, Atontaqui, sembrado de colinas de 5,6 a 5 líneas del barómetro de altura. Creo que éstas no son sino unos monumentos que han perdonado el tiempo y las revoluciones para indicarnos la elevación que tuvo en su origen este suelo. No se puede contemplar este país sin sentirse inclinado y sin que no nazcan estas ideas en el espíritu del observador. Yo señalo sobre mi Carta estas colinas, cuyas cimas tienen a poca diferencia el mismo nivel . ¡Qué revoluciones las que nos han precedido! Nosotros habitamos sobre un mundo arruinado. Sería bien interesante que todos los viajeros notasen con el mayor cuidado estas revoluciones. en lo futuro tendríamos un material inmenso para una Teoría de la tierra bien establecida. Si el desecamiento del lago en que existe Ibarra fue el efecto de alguna erupción de Imbabura o de otra causa violenta, la que ha rebajado el suelo de Otavalo, Cotacache, Atontaqui ha sido lenta y tranquila. Las colinas conservan la figura cónica, pendientes suaves y un fondo uniforme y nivelado.

El temperamento de su atmósfera es muy suave y agradable. El termómetro señala de ... [sic] que corresponde muy bien a la elevación en que está ya su suelo. El barómetro se sostiene en 20 pulgadas 10.5 líneas su altura media. El agua es clara, fresca y de las mejores de la cordillera. La

población está situada en un perfecto plano, cercado de las colinas de que hemos hablado. Por el oriente la atraviesa un hermoso arroyo que llaman el Jordán por la salubridad de sus aguas. digo que le atraviesa porque al lado oriental de este arroyo y sobre las faldas de una colina inmediata hay un arrabal risucho y la parte más alegre de Otavalo. Por el Occidente le termina otro arroyo algo mayor que llaman de los Molinos, y en efecto, le combiene este nombre, pues los tiene y le dan movimiento con sus aguas. Yo he foramdo un plano al paso para dar una idea de la población y de sus disposición. Las calles son rectas de un ancho proporcionado, los edificios en todo como en Quito. Hasta no conocer las plantas de que hacen más uso, como la Totora, Carrizo etc., no puedo decir nada. No usan de tapial, lo más o todo es de adobe de barro crudo mezclado de paja. Tiene un convento de Padres Franciscanos en corto número y mantiene dos Curas seculares. el uno de los originarios del país que llaman Llactayos, de la palabra Llacta del idioma del Perú, que significa país, región, terreno. Cuando más se estiman 2.000 de éstos. Este cura de los Llactayos tiene en unión de los PP. Franciscos la Iglesia parroquial y ambos celebran en ella todas las funciones sagradas. Este es un principio y un seminario de discordia entre los religiosos y el cura. La iglesia mal situada, decostado a la plaza principal, como las más destes pueblos. Le precede como vestíbulo una como segunda plaza a que se entra por una puerta de 3 arcos, de los cuales el mayor y medio está arruinado, tal vez por alguno de los muchos terrenotos a que está expuesta esta preciosa parte de la América. Esta segunda plaza es de una extensión considerable, cercada de paredes, y hace veces de cementerio. En él no se entierran sino los indios y gentes miserables. Los demás van a la Iglesia. En este cementerio se ven muchos grandes árboles sembrados y le dan un aspecto de alameda agradable (es necesario determinarlos). Después se entra en la iglesia, de un cañón, obscuro, enegrecida y fea. Los altares corresponden a la iglesia. Un pueblo como Otavalo merecía un templo más aseado y decente.

El otro cura es de los indios advenedizos y de castas. tiene una iglesia llamada Parroquia del Jordán, últimamente edificada por el cura actual Dr. D. Mariano Jácome. Le describiremos en otro lugar.

Desde mi llegada a este Asiento he pensado principalmente en medir y levantar el plano de la Laguna de San Pablo. En esto he trabajado muchos días y aún no concluyo. Este lago está bien elevado sobre el nivel de Otavalo. el barómetro se sostiene en sus orillas en 20 pulgadas 6.5 líneas.

Tiene una figura que se acerca a la del círculo, sus orillas planas y bajas, de modo que puede embarcarse en cualquiera punto de su circunferencia si la totora no lo impidiese en muchas partes. Esta planta ocupa una gran faja de 50-100 varas en la inmediación de las orillas. De esta planta forman balzas y navegan los indios toda la laguna en busca de los nidos, pollos y huevos de las aves acuáticas que le habitan. De ella hacen canastos, esteras para las casas y otros muebles muy útiles. Creo que con el desecamiento de estos lagos se quitarían muchas comodidades y el oficio a muchos individuos, en lo demás no tiene isla ni cosa que le interrumpa. Se caían muchas preñadillas, nombre que dan a una especie de pescadito que cría la laguna en abundancia. Al este tiene a Imbabura, al Oeste a Mojanda y por lo demás, cercado de colinas las más bellas del universo. Tiene su desagüe por el Norte, formando ya un arroyo bien considerable, que por ser el mayor de las inmediaciones le llaman jatunyacu (agua grande) y de que toman agua para riego y para los obrajes de Peguche y la Laguna. Las orillas de este precioso lago son casi al nivel del agua muy planas y pantanosas en la estación de las lluvias, y creo que todas ellas han estado sumergidas y han sido fondo del lago. Si es cierto que la cantidad de agua disminuye, si lo es demasiado, que las lluvias arrastran de todas las montañas gran cantidad de tierra y arena, nade tiene de extraordinario que se haya comenzado a secar, descubierto sus orillas, y que continúe hasta su total extinción. Estas orillas sirven de pastos comunes a los ganados de los indios. todas las colinas que rodean este lago, todas las faldas de Imbabura, están divididas en diferentes cuadros, cultivados todos; en cada uno se ve una pequeña choza del indio a quien pertenece, uno u otro árbol frutal, como tocte, capulí⁴, algunos sauces y otros realzan la perspectiva y se cree el viajero transportado a la Bética antigua. Yo he visto este país en la más bella estación del año. Aquí se veía la mies dorada, allí se sembraba, allá se araba; en el fondo se descubría el lago y en la parte superior la cima nevada de Imbabura, a lo lejos obrajes, pueblos, pequeñas capillas, rebaños, todo cuanto puede hacer encantador y risueño un terreno. Yo estaba tan tocado de esta belleza que muchas veces me decía, si Urbino, si le Brun, si Mengs, tomasen el pincel, si copiasen este país encantador, no habrían copiado a la Naturaleza, sino a la bella naturaleza. No se ve otro terreno ocioso que el preciso para los pastos, para caminos y la parte elevada de Mojanda e Imbabura, todo lo demás está hermosamente cultivado. No se pueden

4 Capulí cimarrón de Nueva Granada. *Rhammus Humboldtianus*. Roem et Schultz (Rannaceas).

andar 100 varas sin tocar con alguna cabaña de algún indio, colocadas con un agradable desorden. Su figura, por lo ordinario, es circular, cubierta con un techo pajizo y cónico. Porel frente prolongan dos paredes y hacen un atrio o pequeño corredor. Yo he formado vistas y plano de estas cabañas tan alegres. Son bajas y no llegan sus paredes cuando más a dos y media varas de altura. Como la orilla del lecho forma un cierto alero, es necesario en las más inclinar la cabeza para entrar. No tienen ventanas ni les penetra la luz sino por la puerta y una pequeña chimenea, que todas tienen en la parte alta del techo. Este se termina siempre en un tiesto de barro o vasija que ya no puede tener otro destino. Los muebles que se ven en estas simples cabañas es un arado de madera, una rueda, algunas veces un telar, y otros instrumentos de cultivo y de la industria. Todo se describirá y diseñará. ¡Qué porción de la especie humana tan feliz si algunos establecimientos perversos no lesturbaran en el seno de sus dichosas familias! Mil pequeñas pensiones, mil ceremonias y costumbres que miran como sagradas algunos vicios les arrebatara de las manos la mitad de su felicidad. Yo tendré ocasión de hablar de ellos en esta relación.

Todo lo que se siente por curato de Otavalo es de corta extensión y ocupará un terreno de ... [sic] leguas cuadradas, lo más. Todo él es, o llano, o de colinas de pendientes suaves que le contrastan y varían del modo más agradable; en esta corta extensión habitan de 12 a 14 mil almas, esparcidas por todo él, y no concentrada y amontonadas en una grande población. No se crea que esta feliz situación y distribución del terreno en que todos tienen lo que pueden cultivar es efecto de una sabia política; no han llegado a este punto las luces de estos pueblos. Una numerosa población, pocas tierras y una dichosa casualidad los ha conducido al estado afortunado de que no gozan los demás pueblos sus vecinos. Las grandes haciendas de SS. poderosos que absorben el terreno que podría sustentar muchas familias no son conocidas y las que hay son de corta extensión y proporcionadas.

Los indios de toda esta región se ocupan en la labranza y en los obrajes de las inmediaciones. Dentro del distrito de Otavalo hay solo cuatro. El de Peguche, Pinsaquí, Laguna y Otavalo. Un obraje es una máquina muy complicada, que tiene un influjo extraordinario sobre la moral y la política de estos pueblos y merece profundizarse y describirse en todas sus partes.

Casi todos tienen la misma disposición en su edificio. Una gran casa con

dos o tres patios, cercada de grandes salones para las oficinas de que hablaremos bien pronto. todo el recinto de un obraje está cercado de paredes, y todo bajo una llave que depende de un portero con residencia perpetua en una pieza inmediata. Este no tiene más ocupación que encerrar al indio y a todos los maniobreros, impedir que salgan antes de completar su tarea y registrarle escrupulosamente al salir para que no robe la lana, algodón u otras materias. Después de la entrada se encuentra un patio espacioso, que sirve para secar, engredar y otros oficios. La primera pieza que se ve es en la que azotan la lana, que llaman vergueadura. Aquí se ve una gran tarima forrada en cuero, muchas varas, y los indios azotándole y abriéndole con las manos. Se ve otra sala que sirve de almacén en que depositan las lanas como vienen del esquilmo. Aquí, en otra pieza semejante, se guardan el algodón, materias para tintes, utensillos etc. Del almacén de lanas sale ésta sucia al lavadero, que es una pieza en que hay 1 o 2 chorros de agua que caen en pilones de piedra. El indio pone una cantidad proporcionada en un cesto entretejido de vras barras para que impida salir la lana y de paso al agua. Este canasto se coloca en todo el herido del chorro y el indio entra de pie sobre él y le lava con los pies. Le secan al sol y pasa a la vergueadura y de aquí a la sala de hilados que llaman hiladuría. No le dan luz sino por lo alto del techo y ésta escasa, para impedir que por ellas roben la lana o los hilados los indios. Estos infelices están encerrados en gran número en estos salones, horrorosos y sin ventilación y en que al entrar se percibe un hálito hediondo y semejante al de las enfermerías de un hospital. Por uno y otro lado se ven gran cantidad de torno y en cada uno un indio en pie, porque no pueden hilar en otra situación. Merece descubrirse esta máquina y esta faena.

En un poste clavado sólidamente en el suelo, del alto de un hombre, a, se fija por medio de un eje, b, la rueda, cd, está compuesta de una zona de madera ancha y delgada para que pueda tomar la figura circular y sostenida de 8 radios, e e &, que van a reunirse en la nuex f f. A 5 o 6 pasos de distancia hay otro poste de una vara a lo más de alto, también sólidamente clavado en el suelo. En su extremidad hay dos columnillas o árboles desbastados de la misma pieza, g g. en su medio y en el frente opuesto a la rueda tiene dos esopleaduras en que entran dos piezas, s s, de baqueta o suela, agujereadas, para que reciban el eje k k o huso. Dentro de las dos piezas, s s, tiene el eje un garrucho, m, por donde pasa la cuerda infinita que abraza la rueda y que pone en movimiento el uso. El extremo k del huso termina en una espiral. El indio se coloca casi entre el huso

y la rueda, le da movimiento con una mano, haciéndola simplemente de los radios y sin seguiñuela, con la otra forma la hebra, y la lana le tiene envuelta en el brazo. Está en un continuo movimiento de la rueda al huso y del huso ala rueda. Un indio hilandero tiene obligación de traer cuerda y huso; ha de hilar 1 libra por día y gana medio real. el hilo que se emplea en urdir la tela llaman estambre y el otro la trama. Esta es menos fina, hilada con menos cuidado, y ha de dar el indio por tarea una y media libras.

En la misma pieza de hiladuría se ven también muchos indios cardando la lana, dos de ellos por 5 tornos. Las cardas son de alambre de hierro y me han parecido comunes.

En casi todos los obrajes se hila con caeite que llaman de Nabo, extraido de la semilla del N. 123. Cualquiera creería que haciendo grande consumo de este aceite le sembrarían como lo hacen con otras plantas que emplean; pero nace en abundancias, naturalmente y recogen cuanto necesitan. Desnida la semillade su siliqua le ponen en un molino de piedra, a que dan movimiento, o con el agua, o con caballerías, o con hombres. Molida la semilla le ponen en una vasija de barro sin fundo y armada de unacriba o más bien rejilla hecha de varas o juncos. Esta vasija se coloca sobre otra de cobre llena de agua, a la que le dan fuego hasta hervir el agua, cuyos vapores humeden y calientan a la parte queestá sobre la rejilla. Cuando está ya en buen estado le sacan y depositan en unos canastos de figura de un cilindro chato y le cubren con otro igual y de la misma figura, hechos de carrizo, y, por cosiguiente, en forma de criba. Estos canastos se ponen en la prensa y extraen por presión de este aceite. Como sale de la prensa va a manos del hilador.

Como el hilo sale del torno impregnado de aceite y así pasa al telar, el tejido queda cargado de esta materia e impediría que los tintes se fijasen, y es necesario desengrasarlos o desaceitarlos. Para esta maniobra usan la arcilla, de que está bien provinsto el país, sin purificación ni preparación alguna. Deslíen la arcilla en un pozo destinado para este uso, y depositan en él la tela de lana cargada de aceite: aquí le mantienen un momento, y después le ponen a secar al Sol. La arcilla absorbe el aceite y deja la tela en estado de poder recibir el tinte quese quiera darle. Esta operación es de las más importantes en un obraje. Si la arcilla no absorbe el aceite, el tinte no se fija y lo daña. Mucho tienen que padecer los atersanos en esta operación en unos climas tan lluviosos y húmedos. La arcilla no chupa el

aceite en estado de humedad y es necesario que se seque bien. Muchas veces se turban todas las maniobras en estas casas de industria por falta de sol para secar las telas arcilladas. Esta operación se repite hasta que ya no se percibe olor ninguno de aceite. Entonces está yapa para teñir.

En la misma zona de la rueda del torno forma los madejones con velocidad y gracia. De aquí pasan a la piedra del urdimbre, en que todo se ejecuta como se hace comúnmente, con sola la diferencia de ser las máquinas groseras y miserables. No nocen la máquina llamada aspa de cuenta. Los indios han recibido de mano de los españoles la industria, la labranza y todas las artes; pero en 300 años de civilización que tienen han hecho retrogradar estos importantes inventos, estos recursos, adornos de la sociedad. Si dejáramos en manos de estos hombres las artes; si el Europeo no pusiera mano de ellos y sólo hiciese el papel de simple espectador, ¿llegarán a atrasarse y, en fin, a extinguirse? ¿Por qué fatalidad del hombre del nuevo continente lleva un camino inverso al hombre del antiguo en su ilustración? Yo veo que todas las cosas que trató el Conquistador se hallan hoy deterioradas ¿Podrá honrarse esta desidia con el hombre de simplicidad? ¿El carácter del Indio, amante de la sencillez, habrá separado todo lo que es o tiene visos de complicado? ¿Más sabio que sus maestros, habrá conseguido fundir en su carácter las artes y la industria? ¿Habrá conseguido el mismo fin que el Europeo, por un camino más corto? He aquí una mina inagotable de reflexiones importantes. La comparación de las cosas nos dará luces para tomar el partido más razonable.

Suplen la falta de la aspa de cuenta con el urdimbe, y según las vueltas que tiene el estambre o cadena, conocen el largo que debe sacar la tela.

El 31 de octubre vi al sol con estas manchas, 4 mayores y 8 pequeñas (figura 6): en las manchas 1, 2, 3 he visto una especie de atmósfera alrededor de ellas, es decir, un círculo opaco, o una faja obscura que las rodeaba.

El banco que sostiene los carretes es tan sencillo y tosco como todo lo demás; le llaman puyero. En éste no hay más que 12 estacas o ejes perpendiculares, en que introducen otros tantos carretes que llaman ruelas. Dos vueltas de la urdimbre o 24 hilos hacen un liñuelo. La bayeta común tiene 26 liñuelos, que $26 \times 24 = 624$ hilos. La pieza de bayeta tiene 42 varas que por $24 = 26.208$ varas de hilo de estambre. El ancho es una vara. Una pieza de paño tiene 80 liñuelos y 66 varas de largo y lo mismo el bayetón.

La jerga tiene el número de liñuelos en la bayeta.

En todos los obrajes del norte de Quito no se hila ni teje otra materia que la lana. De esta preciosa materia no se fabrican sino 5 especies de telas, que son bayeta, jerga, paño, bayetón y sayal. No conocen sino dos especies de tejidos, el sencillo de dos lisos y el de 4 lisos, que llaman de estameña. Co nel primero forman la bayeta, paño y bayetón, que no es otra cosa que un paño menos batanado y más fino, y con el segundo la jerga y el sayal.

Toda la lana que se hila es precisamente cardada y ninguna peinada; y ni aún conocen en muchas partes esta máquina.

Después de que sale del telar la pieza tejida, la sumergen en agua en que han desleído greda o arcilla, le ponen al Sol, para que esta tierra absorbente chupe el aceite que recibió la lana en el torno. Esta operación la repiten muchas veces hasta que no tenga indicios sensibles de aceite.

Inmediatamente le pasan al batón para desengredar la tela; lavada que es la tela, le pasan a la percha, en donde sacan pelo con los palmajes por sólo un lado, que llaman envez, y el que ha de constituir el revés, sin pelo de la pieza. Vuelve al batán para enjartir algo la tela hasta el estado que gusta. Siempre con agua, esta fría y sin jabón. Vuelve en este estado a la percha ya para sacar el pelo que ha de mantener la tela, primero con palmar muerto, que llaman mortejo, y después con palmar vivo. Si es bayeta, ya no hay más que hacer sino teñor. Pero si es paño, vuelve tercera vez al batán y a fuerza de percha y batán, batán y percha, le dan el grado de consistencia que quieren. Cuando ya está en este estado, le extienden y desarrugan a mano, estando aún mojado; le doblan, ponen una tabla encima y sobre ella grandes piedras: así se mantiene uno o dos días. Las más veces no tundén y las grandes tijeras de que están provistos todos los obrajes son casi inútiles. Los paños no tundidos les llaman paños de asiento, porque el pelo no va cortado sino solamente sentado. De aquí al tinte. Si alguna vez tundén, lo hacen solamente una vez. Hay un modo gracioso y singular de tundir y quitar la desigualdad de los pelos del paño. Mojado èste y bien perchado, le toman muchos indios y le extienden quedando la tela perpendicular; entonces otro indio toma un mechón de paja de páramo, le enciende y pasa su alta y grande llama inmediata al paño, con lo que quema los pelos más largos y desiguales: esta operación se llama chamusco.

Se me pasaba decir que cuando el paño está en el batán y no quiere infartir, que llaman renegar el paño, ponen dentro de la tela y los mazos del batán las hojas de la lengua de vaca (Rumer), unas veces con meados humanos y otras solas. Siempre usan del agua caliente para batanar el paño. Si el paño ha sido teñido en lana, y por consiguiente, batanado ya con el tinte, cuando está ya para salir del batán se hecha repentinamente el agua de la pila sobre la tela que estaba en agua caliente. A esta operación llaman codenar, con lo que consiguen darle vigor y fuerza a la tela.

Dan hasta 9 colores a las telas con ingredientes del país y traídos de fuera. Esta materia importante, en que tiene tanta parte la botánica, y la química, merece tratarse con extensión y delicadeza.

Toman hojas y la drupa del tocte y ramas con flor y fruto del janje (N. 134) las mezclan entre sí; ponen agua en el fondo que ha de servir para la operación; extienden una pequeña parte de la tela sobre la primera capa de las hojas dichas: sobre esta ponen otra capa igual; doblan la tela y sobre el segundo dobléz hacen lo mismo, y así sucesivamente. Se da fuego al fondo y se yerbe el todo como dos o tres horas. Después hacen andar una aspa que llaman maestro, envuelven la tela en ella y le sacan y meten tres o cuatro veces. Con esta primera operación, que llaman enrite o enrebe, toma la tela un color pardo-blanquecino. Sacan las ramas, drupas, etc., y dejan el agua que ha servido en el cosimento precedente, le mezclan un lodo-rojizo ¿Será en el Humus tinctoria de Linne? En Quito examinaremos esta tierra. Al comenzar a hervir se sumerge nuevamente la tela. Y se dan con el aspa 3 o 4 vueltas, se aumenta el lodo a proporción de los subido que se quiere el negro. Con esto queda concluido este tinte. El agua impregnada de las plantas y lodo dichos la conservan para que, fermentado, vuelva a teñir, lo que prueba con felicidad.

Este color es el más complicado y que exige cuidados y preparativos. Se comienza por destilar cantidad de lejía sacada de las cenizas de los vegetales. Ha de estar bien cargada de la sal álcali vegetal, hasta el punto de hacer sobre nadar un huevo, que le buscan fresco siempre para esta prueba.

Preparada la lejía, se echa en el fondo que ha de servir para la operación una cantidad proporcionada a la extensión de la tela que ha de teñirse. Se echan en este álcali o hojas de Cabuyo (agave americana), Yso (N. 166),

OI son de Quito. Dalea astragalina H.B. et K. (Leguminosas), Ybilan (N. 167), ¿Hibila del Perú? Nonisina plysstachia R et Pau. (poligalaceas), Colcas (N. 154), nachac, chechera, yerba-mora (N 164.), verbena, paico, arrayán (Mirtus), hojas de tabaco de ambas especies (nicotina N. 113 y 23), el Culen o Guallua de tan haz pequeño de cada una de estas plantas. Para que saque lustre echan algunos raicilla, palo-brasil en pequeñas astillas o raíces de cabuyo (agave americana). Todo esto se hace herver 2 o 3 horas hasta que las hojas del agave se deshagan entre los dedos. Este caldo se pasa por los fondos pequeños de barro que llaman tinaco, en donde guardan los caldos antiguos y que han servido otra vez. Prontamente se hace pulverizar el añil (indigo), que llaman tinta de la otra costa, a distinción del que traen de Tumbes o Chota, que es de mala calidad. Se deja en infusión a fuego lento y continuado un día entero, y ya está en estado de recibir la tela. Esta le meten dos veces en la tinta y algunos tres.

Otros forman otro caldo que llaman baño más simple y se reduce a poner en el álcali hojas de cabuya, romero (Rosmarinus) y las hojas de colca en cantidad.

Para dar este color tiñan primero la tela de azul de modo que hemos indicado: después se pone en una disolución de alumbre a hervir 3 o 4 veces y a esta operación llaman enjebiar. En la misma disolución se ponen en cantidad el romerillo y colca (N. 154) a hervir hasta que al tacto salte la corteza de la primera de estas plantas se sacan los ramos, hojas, etc., y con el azpa se mete la tela 3 o 4 veces.

Otros suprimen la colca; pero en este caso es preciso sacar la disolución de alumbre, y en agua pura cocer en romerillo solo.

Se enjeba en blanco y se pone en el cocimiento anterior y del mismo modo.

Otro modo de dar el amarillo sin mordiente: se toma colca, las hojas solamente en gran cantidad; se hierva en agua de fuente muchos tiempo: después se arrojan las hojas y se mete con el aspa 12-14 veces la tela: si se quiere un amarillo caña no hay más que hacer; pero si se desea un amarillo subido y hermoso, se ponen orines en alguna cantidad.

Se enjeba en blanco. Se hace un fuerte cocimiento de palo brasil en agua común: cuando ha hervido mucho el brasil reducido a menudos trozos, se

saca, se le pone un poco de agua fría, que se llama templar, en el instante se mete con el arpa la tela: se saca ésta y se vuelve a introducir el brácul que está depositado en un saco; luego que ha hervido se le vuelve a sacar, a templar y a sumergir la tela, y esto se repite 12-14 veces. Con esta operación se consigue hermoso rosado.

Si esta tela en rosado se pone en agua mezclada con orines, toma el violado. Si en el agua se ponen orines y lejía, toma el color que llaman Guaminchi y que es un rosado. Si el rosado se tiñe después de azul, o de azul en rosado, da un bello morado. Se toma gran cantidad de Rumi-barba (barba carmelito de piedra, que es una alga, se pone a hervir en agua con 4 o 6h, se introduce la tela ya enjebada en alumbre y dándoles de 6 o 8 vueltas y adquiere un color pardo: se forma un segundo cocimiento de palo-campeche, vulgo Guarango, se introduce en éste y adquiere un color leonado o carmelita.

En lejía bien cargada se deslíe el achiote (Bixa Orellana), que sacan de los Yumbos y vale 1 real la libra; se introducen las telas en este cocimiento, no caliente hasta hervor sino con un grado mucho menor, porque el álcali pudre la lana y no el algodón. con esta operación se consigue un amarillo hermoso de oro, que llaman aramo por la semejanza que tiene con el de una especie de Mimosa, que llama aramo o aromito.

Se toma la corteza del aliso, que es un Betula, se reduce a pequeños trozos, se pone en infusión en agua común fría: en este licor se mete la tela de algodón en grío, se saca y al sol se seca; se repite muchas veces esta operación hasta que haya adquirido un color leonado rojo; entonces se tiñe en azul y da un bello y firme negro.

Si se pone en la infusión de la corteza del aliso un poco de álcali o lejía, da un color leonado firme, que imita el color de la vicuña.

Se toma la raíz de la raicilla, se machaca, se le da el fuego con mucha moderación y jamás que llegue al término de la ebullición, se le mezcla el ácido de la naranja (*Citrus aurantium*) y limón (*Citrus medica*). Se introduce en esta decocción la tela enjebada en blanco y adquiere un rosado bello y firme sobre la lana; pero para esto se necesita introducirla y secarla hasta 7 veces. Cuando está ya rojiza se le pone al cocimiento orines y lejía para que adquiriera toda su belleza.

Secas las bayetas ya teñidas en sus propios colores, se llevan aún mojadas a la percha, en donde a palmar muerto se levanta y se pone en una misma dirección el pelo. concluido esto, se dobla y se pone a la prensa caliente.

Los paños, después de teñidos y extendidos se limpia de las tierras, sucios, etc., que haya adquirido en el tinte; se quitan con escobitas, que a esta operación llaman despajar.

Después de esto se engoma. Toman la goma, la disuelven en agua fría; algunos le mezclan claras de huevos y azúcar para dar más lustre; toman esta disolución en la boca, y a soplos mojan un lado de la tela; se dobla y se pone a la prensa caliente. Cuando ya están las primeras hojas secas, se afloja la prensa, sacan éstas y vuelvan a ajustar la prensa, y así sucesivamente hasta que hacen pasar por la plancha toda la tela.

El bayetón y el sayal se engoma y prensa del mismo modo.

El 19 de mayo vi al sol y tenía dos manchas número 1 y 2. la una grande con una especie de sombre alrededor, y la otra chica, como un punto negro (figura 7).

El valor de las materias son: una arroba de lana sucia, 12-14 reales; una arroba de algodón, 2-3 pesos; una libra de añil de Guatemala, 2-3 pesos; un quintal de palo de Brasil, 7-8 pesos; el alumbre, un quintal de Puéllaro, 8 pesos; el de Urcuquí, 7 pesos.

Por lo perteneciente al pre [sic] de los indios en esta faena, he visto un buen papel hecho por D. Antonio Jijón, vecino de Quito, sobrino del ilustre Conde casa Jijón. Este bello sujeto, a quien debo muchas noticias interesantes, y muchos servicios con que ha auxiliado mi expedición, escribió un estado, o una balanza de un obra de un cierto número de trabajadores: está tan claro, tan sólido, que he creído no alterar nada en él y presentarlo al público como salió de sus manos. Su profunda inteligencia en estas materias y la práctica diaria, le ha puesto en estado de hablar mejor que ningún otro.

Es cosa bien notable que los originarios del país sean 2.000 y los advenedizos 12-14000. ¿De dónde tantas emigraciones? Yo creo que la belleza de este país, la sabia aunque casual política en que sin advertirlo

se hallan constituidos, la división juiciosa del terreno, la industria repartida y al lado de la labranza, la bondad del clima y su fertilidad, ha llamado de todas partes a los hombres que han querido venir a partir con los originarios la felicidad de su vida. Se cree que la construcción del antiguo puente de Pisque, que atrajo por orden del gobierno los indios de Tusa, Guaca, Tulcán, etc., para trabajar en él, fue la causa de esta emigración. Pero yo creo que las comodidades que han hallado en este bello país es la verdadera causa de su vecindario. el pequeño recinto de Otavalo y Cotacache está dando el modelo más perfecto de la distribución del terreno para la labranza y de la industria repartida al lado de ella (Campomanes Industria Popular); ésta es nuestra Galicia en este punto.

Los indios de este corregimiento son altos, aseados, bien formados en ambos sexos. Los hombres traen el pelo suelto a la espalda sin ningún trenzado: las mujeres le tienen cortado por delante hasta el alto de la boca y partido en dos accesillos con gracia, que llaman urcu, por detrás le envuelven en una faja de lana, algodón y aun seda. El vestuario en ambos sexos es el mismo que tenían después de la conquista y en la época de Ulloa, en nada se han variado sus anacos, calzados, etc. La moda, esa loca inconstancia de telas de cortes, de color, esa infinita variedad que extenua los caudales, aflige a la sociedad y nos llena de vicios, no tiene ningún imperio sobre el corazón de estos hombres. Contentos con un saco simplísimo, viven libres de la cruz casi insoportable que impone el capricho, el refinamiento y, en una palabra, el lujo, en los pueblos civilizados. Quién sabe si más sabios que nosotros han sabido modelar su costumbre sobre la simplicidad de la naturaleza, y libres de tantas necesidades fácticas que nos oprimen nos están dando lecciones mudas, pero imperiosas de virtud y de moderación. Nuestros vestidos se componen de un número infinito de piezas complicadas en que se nota el artificio y si se quiere el ingenio: el del indio no llega a 5: un calzón, una camiseta, una ruana, un sombrero, es todo su aparato, es todo su lujo. Cuando contemplo esta sabia simplicidad, esta moderación, comienzo a detestar de esas artes complicadas, de esos esfuerzos de sensualidad y lujo que nos corrompen, y que con el bello título de artes de ingenio y de cultura nos llenan de necesidades y de vicios. No ha faltado político (Wand) que proyectó sacar a estos hombres de esta virtuosa simplicidad por aumentar la masa de la circulación y el comercio de la península. ¡Ah, qué crueldad! ¡Qué espíritu mercantil tan detestable! Querer sembrar en el corazón de estos pueblos los vicios y la corrupción del Europeo, arrancar de sus manos la presente felicidad que

gozan sin esfuerzos y sin fatigas es un atentado contra la moderación y contra la virtud. ¿Pero de qué no es capaz una política ambiciosa? Dejemos a estos Espartanos en paz, dejémosles en el seno de la simplicidad que dicta la sabia naturaleza (véanse sobre este punto capital el lujo de Sempere, los entretenimientos de Phosion y el Telémaco) y admiremos el carácter de invariabilidad y constancia en mantener sus usos y costumbres. Que un Amazona, que un hotentote, que un lapón salvaje, perpetúe por una serie de siglos sus vestidos sin alterarlos nada tiene de extraordinario. Persuadidos de que ellos son los hombres únicos que existen sobre la tierra, sin comunicación y sin ejemplos nada desean, nada echan menos y se creen los más perfectos. Pero nuestros indios, cercados de europeos o de sus descendientes, rodeados de hombres magníficamente equipados y cargado de todo el lujo del antiguo continente, viviendo a su lado y las más veces a su servicio provocados por nuestros mercaderes con todo lo que el arte y la sensualidad ha producido, nada toman, todo lo desprecian y sabios se mantienen en la augusta sencillez que han heredado de sus mayores después de 300 años de ejemplos de lujo y vanidad. ¿Pero esta conducta filosófica y austera será el resultado de sabias reflexiones sobre los males que acarrea el lujo a la sociedad? No han llegado todavía sus luces a este punto ¿Será el abatimiento y dependencia en que viven? Esta, lejos de impedirlo, la fomenta. ¿Será su escasa fortuna? No es tan limitada que como las demás castas no pudiesen vestirse a la Europea. Nada les falta, todo parece que les convida a modelarse sobre nuestros usos y a tomar nuestras modas. El corazón del hombre tan inclinado al mal, parece propenso a mejorar, a variar sus usos y sus muebles, y vestidos, parece en América sellado en otro cuño. Este es un punto luminoso y que merece que nuestros filósofos lo profundicen; él daría luces para conocer al indio y a su carácter, él haría dictar leyes sabias y capaces de hacer felices a esta numerosa porción de nuestra especie. Yo no soy capaz de tanto y me contento con dar la observación, esperando las causas de esas almas profundas, de esos espíritus que han penetrado los senos de nuestro corazón.

Esta invariabilidad que hemos visto en sus vestidos la conservan en sus casas. Sabemos que los adoratorios de los antiguos peruanos eran circulares, sin ventanas y con las puertas muy pequeñas. Así los vemos en el día por ruinas que ha perdonado el tiempo, los volcanes y la mano de estos moradores. (Véase abajo la descripción del que he visto en las Orillas de San Pablo). Las casas de estos indios al presente conservan la

figura circular, con ventanas y puertas pequeñas. ¿Por qué contentos con esta figura no han imitado nuestra forma paralelepípeda, nuestras ventanas, y, en general, nuestro modo de edificar? ¿no es más cómodo, más alegre y de igual costo? Confesemos que la invariabilidad es una propiedad constitutiva del carácter del indio.

El tiempo ha consumido los techos de los adoratorios ¿No podíamos inferir que les cubrían del modo que hoy lo hacen con sus casas? ¿Qué no les daban más ventana que la chimenea? Y ¿qué su figura era cómica?

Sus muebles respiran la misma simplicidad de sus vestidos. Su cama es un cuero de vaca tendido en el suelo, sus cobijas la ropa que les cubre; no tienen sillas, asientos, mesas, ni nada de lo que hace cómoda la vida. Cuatro tiestos de cocina, 3 piedras, un fogón en el centro de sus habitaciones, es todo su equipaje y todo su aparato.

Un arado del modo y forma que hemos diseñado, una rueca, algunas palas de madera o de hierro, un telar, no en todas, para lienzos, otro para ponchos o anacos de lana, componen su aparato de industria y labranza.

Sus riquezas se reducen a un corto número de ovejas, dos o cuatro bueyes, algunos caballos o yeguas, gallinas, cerdos, cuyes y patos. Un perro y, las más veces, muchos no falta de centinela en sus cabañas, en fin un trozo de tierra de una extensión moderada, y que le cultiva completamente algunos árboles frutales y una choza en su centro completa su fortuna y su felicidad. Hasta aquí llega su ambición, esto es todo lo que desea, y como es fácil conseguirlo, adquiere sin esfuerzos todas sus comodidades, vive tranquilo, nada teme y pasa unos días afortunados y envidiables. El sudor de su rostro en el cultivo de su pequeña heredad les da la Papa (*Solanum tuberosa*) que de muchos colonos y gusto, la Oca (*Oxalis tuberosa*), la maxua (1), jiquina (2), el melloco (3), el trigo, la cebada, el maíz. La oveja les produce la lana que sus mujeres hilan y ellos tejen el anaco, la ruana, etc., La vaca les produce el becerro, la leche, el queso, y les rompe la tierra con sus bueyes. ¡Qué blandura! ¡Qué cuidados los que toman por estos animales, que miran como los artífices de su comodidad! No tienen el terreno necesario para pastos, efectos necesario de una grande población y les mantienen en las orillas e la laguna de San Pablo, en los caminos pastoreados por sus hijos que aún no son capaces de trabajo. Por la noche les atan a un poste u árbol y tienen el cuidado de darles la

porción necesaria de hierbas, que han tenido cuidado de coger sus hijos y ellos mismos por la tarde, a esta porción llaman charqui. El mismo nombre dan a la caña de maíz que guardan después de las cosechas del mismo modo que el trigo y que describiremos cuando hablemos de su agricultura. El caballo les suministra el potro, el muleto, y les transporta a ellos y a sus frutos. Igual blandura y cuidados gastan con este animal, que con el buey, la gallina, el cerdo, el pavo, con otras tantas fuentes inagotables de riqueza y de comodidades. Si consideramos al indio por este lado, veremos a un hombre rodeado de una pequeña heredad, que le da a él y su familia cuanto necesita; vive sin cuidados y sin deseos, y vive en el seno de la paz y la tranquilidad.

Las mujeres no usan del sombrero en ningún caso. Yo las he visto muchas veces al tiempo de una lluvia caminar con tanta serenidad e indiferencia como en un día sereno y con sus cabezas descubiertas. Cuando el sol hiere, lo más que hacen es doblar muchas veces una manta u otra tela y ponerla sobre sus cabezas.

Están íntimamente persuadidos que deben dar los primeros frutos de sus cosechas a los ciegos y a los miserables (A esta acción llaman guagcharay, comida de los pobres). Jamás se ha visto en Otavalo que se falte a esta ley humana, sabia y capaz de honrar por sí sola a este pueblo ¿Solón, Licurgo, han inspirado a sus pueblos sentimientos más nobles, más generosos? Creen que esta obligación se la impone la misma religión. ¿Y en general no creen bien? Yo estoy persuadido que un párroco celoso, sabio, que sepa manejar con prudencia el fondo de sinceridad y sencillez del indio inspirándole prácticas y costumbres conforma a la sublime moral del Evangelio, es capaz de todo con estas gentes. Pero por desgracia, todo se corrompe en las manos del hombre, las instituciones más sagradas y santas pasando por sus manos se desnaturalizan. ¿Quién creyera que esta costumbre generosa y humana había de ser nociva a la sociedad y a la moral? Los indios, sin aquel discernimiento que hace distribuir bien la limosna le franquean con liberalidad al primero que se presenta, y como el mestizo, el holgazán halla de qué sustentarse sin fatiga de la piedad del indio, abandona con gusto su tarea. Los ciegos son los preferidos, son los predilectos, son el objeto de la ternura de este pueblo compasivo y humano. Las manos de estos desgraciados están siempre llenas con los primeros frutos que produce la tierra ¿Puede haber cosa más justa? Los cementerios son el teatro de la caridad y en donde se dan públicamente

lecciones y ejemplos de esta virtud capital y que honra nuestra especie. No puede el viajero ver estas acciones sin sentir su corazón conmovido. ¡Ay, ojalá no profundisara más! ¡ojalá no penetrara el corazón y los motivos de estas liberalidades!, ¡ojalá no viera las funestas consecuencias y los males que nos acarrea! Pero es preciso pintar al hombre como le hallamos, es necesario mirarle por todos sus aspectos, y si nos consolamos viendo sus virtudes, humillémonos con sus miserias y sus debilidades.

El origen de estas acciones generosas es una superstición, es una falsa creencia: están persuadidos que sus frutos, que sus cosechas no se lograrán si no hacen esta ofrenda al desvalido, al pobre, al ciego, al ocioso y al malvado mismo. ¿Por qué no se les instruye? ¡Ah, qué grande me parecería este pueblo! ¡qué digno de los mayores elogios si la motora de sus liberalidades fuese la caridad y la compasión! Manténgase esta costumbre divina, por motivos más nobles y verdaderos. Si éstos están manchados con la superstición, las consecuencias son horrosas. No es posible escribirlas sin humillación. Quisiera borra, quisiera suprimir de este libro unas acciones que nos degradan.

Los ciegos, ya lo he dicho, son el objeto de la ternura y de las caricias de este pueblo. La falta del más bello de nuestros sentidos viene a ser en Otavalo la prerrogativa más apetecida. El ciego es una persona sagrada, es el depositario de los secretos, el intérprete, el futurizados, el adivino. Está lleno de las ofrendas del pueblo, nada le falta; su voz se oye con respeto; una mujer se cree feliz si consigue a un ciego por esposo; la humanidad de nuestras leyes le dispensa del tributo, única contribución de estos pueblos, y en el seno de la abundancia pasa los días más tranquilos y felices del universo. Una madre que desea tanta fortuna para su hijo, que está en sus manos asegurarle un patrimonio inagotable y eterno, tiene la crueldad de apagar la luz de sus ojos y privarlo parasiempre del espectáculo del universo y sumergirlo en una noche eterna. ¡O Dios! ¿tiene límites la corrupción del corazón humano? ¡De qué no es capaz el hombre! ¿Tenemos en la historia ejemplos de semejante crueldad? Y lo ignoro. No hay sobre la tierra pueblo en que abunden más esta especie de desgraciados, de inútiles y de supersticiosos.

Estos hombres al tiempo que instruyen, corrompen a sus semejantes. Ellos saben mejor que ninguno en el idioma del país los rudimentos de nuestra religión y está a su cargo enseñarlos en público en los cementerios, lo que

ejecutan en alta voz y en un tono triste y lamentable. ¡Qué horrores, qué supersticiones no cree el pueblo y ellos autorizan! Si se ha perdido alguna cosa, el dueño en lugar de ocurrir a los medios que dicta la razón, se dirige al ciego de su vecindad para que declare el ladrón. Este como profeta, como poseedor de todos los secretos hace recaer esta infamia sobre el que juzga, o sobre el que le ha agraviado alguna vez. Reflexiónese sobre los resultados de este Oráculo Se le trata como a verdadero delincuente si el Juez está imbuido de las mismas preocupaciones ¿quiere algún joven contraer con alguna? El ciego ha de autorizar, ha de presidir, ha de entregar a la esposa. Las circunstancias deben saberse. Después que el joven pretendiente ha puesto sus ojos sobre alguna, y hecho saber su pasión y el fin noble de sus intenciones a la joven y a sus padres, se sigue una ceremonia, que miran como indispensable y sagrada. El novio se dirige al Ciego inmediato y acompañado de este Patriarca venerable, pasa una noche a la casa de la nueva esposa. Esta ha tenido ya el cuidado de esconderse en un rincón de su casa, que está a oscuras y sólo alumbrada de una luz lánguida y que parece apagarse por instantes. Entra entonces el ciego, que creen ser Joseph, esposo de María nuestra Señora, busca toda la habitación hasta encontrar a la novia, la toma y la presenta al esposo y la entrega en matrimonio. Desde este instante se cree celebrado el matrimonio y ellos autorizados para cuanto permite ese estado. Las augustas ceremonias prescritas por la iglesia se diferencian y no es raro ver encinta a la esposa cuando se celebran. A esta función se sigue la embriaguez y el festín.

¿No parece extraordinario que merezca un artículo especial la religión de unos pueblos que tienen la dicha de vivir en un estado católico y en el seno de la Iglesia verdadera de Jesucristo? Acabamos de ver el origen de sus liberalidades y el orden de sus matrimonios: pues igualmente adulteradas tienen las demás prácticas de la religión y las más santas instituciones. Yo acabo de ser testigo de los oficios por las almas de sus mayores. Todos los cementerios de ambas iglesias se ven cubiertos de pan y frutos que les produce el país, en cada montón arde una luz; el hijo, el esposo, el padre está sentado al lado ofreciendo este sacrificio y se mantienen inmóviles hasta las 12 del día comenzando así que viene la luz. Todo este tiempo dan para que el difunto tome de lo que se le ha ofrecido y todo lo entregan al cura, porque están persuadidos que ya está como un *caput mortuum* sin sustancia. A estas falsas creencias unen un gran fondo de piedad: los sacerdotes se alcanzan y no son capaces de dar abasto a tantos responsorios como les pagan; ellos ofrecen misas y cuanto pueden por el alma de sus mayores.

Yo creo que no hay pueblo tan celoso del descanso eterno de sus padres como éste. Dadas las 12 dejan en paz a sus muertos y se trasladan a la plaza: aquí comen, beben y se embriagan a su satisfacción. Esta función, este día religioso acaba por riñas, por golpes, por desorden y confusión. Todas las festividades sagradas están mezcladas con alguna superstición o con algún vicio. Yo no acabaría si quisiese enumerar los errores y falsas creencias de este pueblo. Si la religión nada tiene que temer de parte de la impiedad, todo lo debe esperar de la superstición. El cuidado más importante y más útil, el servicio más grande que puede hacer un pastor es ilustrar a estos hombres y hacerles sacudir el yugo que les ha impuesto su ignorancia. Pero consolémonos, el nuevo cura Dr. D. Mariano Batallas, que acaba de posesionarse en este beneficio, nos da motivo de esperar la reforma y la ilustración de tantos hombres. Este virtuoso, este amable eclesiástico, tiene todas las cualidades que constituyen un buen pastor: activo, religioso, amante de su pueblo sabrá sacarlo de sus errores y ponerlo en el camino de la verdad. Si lo hace, si llega a conseguirlo, ¿habrán hombres más felices sobre la tierra? ¡Qué satisfacción, qué deleite tan puro deberá sentir este párroco, viéndose artífice de la felicidad de tantos! Pero yo me engaño; después de ilustrarlos, después de arrancar tantos abusos y tantas preocupaciones, aún falta mucho para hacerlos felices. ¡Cuántas oprsiones! ¡Cuántas injusticias no tienen que sufrir de parte de sus propios jefes, y de los mismos españoles! Mr. De la Condamine ha dicho que no les falta sino el nombre para ser esclavos; y yo creo que lo ha dicho con justicia. Cada domingo se pillan en la concurrencia a la Doctrina dos indios para el Corregidor, dos para el cura de advenedizos, dos para el de llactayos, y otras tantas indias para cada uno de éstos, con un semanero para el corregidor, y en fin dos para el gobernador indio: he aquí 17 desgraciados y prisioneros para 8 días, se les ocupa en los más viles trabajos domésticos; y al fin se le avisa que ha cumplido con sus obligaciones, y se le despide. Tiemblan los indios de la ocupación de pongos o guasicamas, y en esto tienen razón y muchas veces faltan a las más santas obligaciones del cristianismo por no caer en las manos de un alcalde para pongos. Todos los domingos se les ocupa en alguna cosa de trabajo para la iglesia, para componer caminos; sus mismos alcaldes indios abusan de esta bondad de sus compatriotas, les hacen traer suros [caña brava] y otros materiales para lucrarse de ellos. Si algún vecino tiene algún trabajo, pide el domingo la gente, esta es la voz con que lo hacen y se les concede: se le hace trabajar en un día santo y sin premio. ¿Qué diré de los abusos y de las estafas que hacen los mestizos a estos infelices? ¡qué de los desórdenes y gastos excesivos en sus festividades de Reyes y otras?

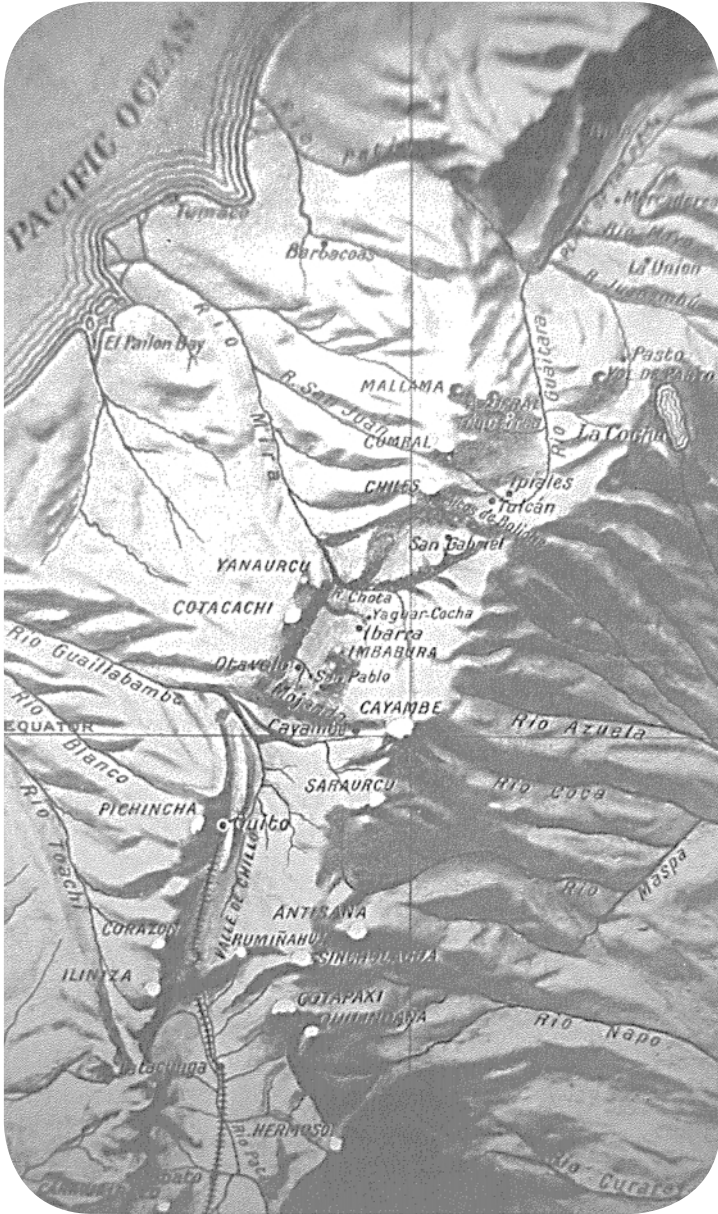
El ánimo se condeule, el mal está muy arraigado, es muy difícil la salud y echemos un velo sobre estas miserias y sobre estos vicios.

La Iglesia ha juzgado que era conveniente excepcionar al indio de los más días festivos y dejarlo en su trabajo. Pero no hay gente que tenga más funciones y más festividades. La codicia de los curas, la terrible inclinación del indio al ocio, a la bebida y al baile, es la causa de tantas funciones eclesiásticas. En cada una de ellas se nombran priostes, que son los encargados para hacer los gastos respectivos de pólvora, úsicos, chichas y comilonas: y el resultado de todo esto es la pérdida del tiempo, pues el indio deja con gusto sus trabajos, la embiraguez, la lascivia, el desorden los gastos y la ruina del indio. ¡Qué reforma tan grande merecen estas cosas! Yo no acabaría si quisiese mencionar todos los abusos de estos pueblos: he aquí la ocupación más importante de un ministro fiscal ¡No sería más ventajoso, más agradable a la religión y al rey que este togado no se ocupase casi en otra cosa que imponerse a fondo de todos estos abusos y remediarlos?

Así que muere un indios se le pone en la mitad de su habitación, se le guarda 4, 5, o 6 días, se juntan todos los de la familia, no a llorar la pérdida de un padre, de un esposo, de un amigo, sino a beber, a comer y a jugar el guayro, único juego que conocen, y que describiremos en su lugar. Se le conduce a la Iglesia, en la carrera le dicen mil caricias, le recuerdan al cadáver todas las acciones, todas las palabras que dijo cuando vivo: la viuda sigue la comitiva y le sepulta: después se retira acompañada de todos, y en el primer río se le lava por las manos de sus cortesanos.

Cuando algún indio ha entrado por la primera vez en la cárcel, al salir de ella se juntan cuantos pueden armados de ramos de ortiga y le azotan fuertemente con ellos, creyendo ser un excelente específico para no volver a entrar en la prisión. ¡Todo esto se tolera!

¿Se creerá que esta ceremonia, que entre nosotros es un acto de cordialidad, de amor y de regocijo, es igualmente entre los indios? Ellos dan este nombre a un acto de castigo y penitencia que celebran en estos días de regocijo. Todos los caciques se presentan al gobernador indio, se postran, para que éste les azote por las faltas cometidas en el año: estos caciques castigados, ya purificados, están en estado de santificar a sus parcialidades: todo indio busca a su cacique para que le castigue por calles y plazas y no se cree feliz sino merece estos azotes.



Mapa

Tan ebrio como es el indio, la mujer es sobria; jamás se ve una de éstas cargada de chicha, y siempre siguiendo a su marido, que no puede dar un paso; los días y las noches las pasa de centinela al lado de su esposo embriagado para cuidar de su persona y de sus bienes.

18 pesos es el salario de uno de estos miserables en un año y se les paga del modo más duro y terrible. Se les satisface en granos ¿y cómo? A mayor precio del común; en ropas que ellos venden a menor precio por satisfacer sus necesidades. Se les hace trabajar por tareas y a más de estas, otros trabajos que llaman faenas, de valde. Se les violenta, se les aprisiona, se les castiga con azotes. ¡Qué crueldad! El diezmo, este derecho piadoso que todos tributan a Dios y a sus ministros, la primicia debida en reconocimiento de su soberano dominio, se les exige del modo más duro e injusto. Se ven sus pobres sementeras, se aprecian a bulto, y le apuntan al indio una deuda futura; que tal vez no debe. Si se perdió su cosecha, no se perdió el derecho sobre el pobre indio y este infeliz tiene que sufrir la escasez y las durezas del diezmero. Se les quita tengan o no las gallinas necesarias y demás, una gallina, un cuy, un pollo, y a las viudas reales n. ¡Ah! Estos vasallos, estos hombres sencillos, y humanos, estos artífices de todas nuestras comodidades, estos ciudadanos bajo los Soberanos más piadosos de la Tierra, bajo las leyes más humanas, viven y pasan sus días en el abatimiento, y en la más dura tiranía. Jefes que hacéis sus veces, abrid los ojos, en lugar de pensar en fuentes, en alamedas y en recreos, aliviad a estos desgraciados, contened la mano de sus tiranos y haced que se observen las leyes.

WILLIAM JAMESON

*Un viaje a Cayambe*⁵

Una semana de descanso de mis obligaciones en la Universidad de Quito me dieron la oportunidad de hacer una excursión al Cayambe, un nevado imponente situado al ENE de la ciudad de Quito, según Humboldt, exactamente debajo de la línea ecuatorial.

Antes de empezar me gustaría dar unas cuantas observaciones sobre la ciudad de Quito, donde vivo ya por tantos años.

Quito está construida en lo que puede llamarse las faldas del volcán Pichincha, a una elevación de 2.900 metros sobre el nivel del mar. La montaña se eleva en el fondo a una altura de 4,872 metros y está coronada con una pared de rocas traquíticas que rodean el cráter, que tiene una profundidad de 750 metros; por consiguiente, el fondo, donde se observa actividad volcánica, se halla a 1.220 metros sobre el nivel de la ciudad. A menudo cae nieve en el desierto arenoso del cráter; pero en dos o tres días soleados se deslía, excepto en algunos puntos, donde está protegida de los rayos del sol. La cima del Pichincha apenas llega al límite de la nieve, por esta razón el agua congelada no asume una forma compacta y cristalina como se observa propiamente en un glaciar. La nieve que se transporta hasta la ciudad para la preparación de helado tiene el aspecto de una masa compacta de granizo. En la cordillera oriental existen varios nevados muy altos, cubiertos con inmensas moles de hielo sólido, que reflejan los rayos del sol poniente y se presentan a la vista en bellos matices prismáticos que se tornan blancos tan pronto desaparece la luz solar.

El clima es agradable y saludable; la temperatura media es de aproximadamente 57 grados. El termómetro nunca sube por sobre los 64 grados ni baja menos de los 46 grados. Se puede establecer un promedio de casi 10 grados en las veinticuatro horas del día. Estas observaciones son válidas, claro está, para Quito y los valles cercanos. Un viaje de cuatro horas lleva al caminante a la región de las nieves eternas; en menos de medio día, puede descender a los profundos valles que separan las

5 Jameson, William, "Journey from Quito to Cayambe", en *Journal of the Royal Geographical Society*, XXXI, 1861, Londres, pp. 184-190.

inmensas cordilleras andinas; o bien, puede visitar el bosque tropical que se extiende hasta las costas del Pacífico. Esta variación de temperatura, que depende de la elevación y oscila dentro de pequeños límites, obsequia a la región con una provisión diaria y diversa de alimentos vegetales: desde el plátano, que, como sustituto del pan, es consumido en grandes cantidades por los habitantes de la costa, hasta el trigo, la papa y otros granos y tubérculos que crecen en abundancia en las frías mesetas del interior. Aparte de estos alimentos se encuentran en los mercados piñas, chirimoyas (*Anona chirimoya*), guabas (*Psidium pomiferum*), guayabos (*Inga pachycarpa*), los frutos de distintas especies de pasionarias, naranjas y limones; y además, de enero a abril, ciertas frutas europeas como manzanas, peras, membrillos, duraznos, albaricoques y fresas – esta última probablemente fue introducida desde Chile.

La población de Quito no sobrepasa los 40.000 habitantes. En varias ocasiones el gobierno ha deseado determinar el número real de habitantes pero no ha llegado a un resultado satisfactorio. Al pueblo le alarmaba la idea de que la implementación de un censo sea un paso previo a la creación de nuevos impuestos, de manera que las cifras obtenidas eran necesariamente erróneas.

No se puede ver la cima del Pichincha desde la ciudad o desde sus vecindades. Vista parcialmente desde el este, el flanco de la montaña muestra cuatro zonas sucesivas. La parte inferior se extiende de la base hasta una altura de 3.200 metros y tiene un clima todavía propicio para la producción de trigo, cebada y “quínoa” (*Chenopodium*), papas y otros tubérculos, de origen sudamericanos (*Oxales*, *Basella* y *Tropaeolum*) y un puñado de vegetales duros. Le sigue un cinturón de arbustos que forman la línea divisoria entre la región inferior que acabamos de describir y la inmediatamente superior. En algunas zonas la vegetación arbustiva parece una flora variada e interesante. Más adelante comienza el “páramo” andino, situado entre 3600 y 4.200 metros de altura; región de gran extensión horizontal, con una abultada cubierta de hierba de hojas gruesas de un color entre el verde y el amarillo, capaz de alimentar inmensos hatos de ganado. A los 4.500 metros la vegetación se vuelve menos abundante. La hierba, en lugar de cubrir toda la superficie, está distribuida en ciertas zonas, entremezclada con unos cuantos arbustos de valeriana, *Chuquiragua* y *Bacharis*, los cuales florecen en el arenal del cráter. Es propio de la región un lupino muy singular con una espiga floral parecida a la cola de un zorro

(*Lupinus alupecuroides*) ; también una planta umbelífera (*Petroselinum dissectum, Benth*) que con buen cuidado puede hacer las veces de apio. En otras situaciones los residuos volcánicos que bajan desde la cumbre muestran pedazos de vegetación adornada con una floración grande y colorida, amarilla, azul, púrpura, y violeta. A esta última pertenece la *Sida pichinchensis*, que por su natural asociación con la nieve y la escarcha, nos recuerda algunas de aquellas encantadoras plantas que tanto admiramos en nuestros jardines como heraldos de la primavera.

En general la gente es amable y cortés con los extranjeros, y son raras las ocasiones en que olvidan ser hospitalarios. Más todavía, están dotados los habitantes de esta parte de los Andes con una gran capacidad natural pero carecen de la energía y la perseverancia para llevar a cabo empresas importantes. Es triste decirlo, pero en los últimos treinta años no ha habido ninguna mejora de las condiciones sociales o económicas del país. Prueba de ello es que no se ha abierto aún ningún camino a la costa, y que el único que existe (descrito por Ulloa en una obra publicada ha inicios del siglo pasado) no ha sido sometido a reparación alguna. Su extremo sur está casi cubierto por la vegetación tropical o, en su defecto, obstruido por árboles caídos que se encuentran en diferentes estados de putrefacción. Durante la mitad del año casi no hay comercio entre Guayaquil y el interior. Si llega al puerto algún artículo embalado en una caja o en un fardo durante la estación lluviosa, su dueño en Quito bien puede esperar por él entre seis y ocho meses, o al menos hasta que el camino se torne *adecuadamente* transitable.

La educación nunca ha sido auspiciada por el gobierno o por los miembros del Congreso, que se reúnen cada año en la capital; por esta razón el sistema actual es criticable en cuanto la principal atención se la dedica al estudio de la ley, la medicina y la teología, en perjuicio de la ciencia práctica.

Los salarios de los profesores llegan a los 3950 dólares y las rentas de la universidad representan un monto anual de entre 4000 y 4500 dólares. Los estudiantes no pagan ningún honorario a los profesores.

Procederé ahora con mi viaje. Más de veinte kilómetros fuera de los suburbios de la ciudad, en dirección noreste, el terreno es bastante llano y está cubierto con una vegetación siempre verde hierba endémica, salpicada con árboles de capulí y arrayán. El primero (*Prunus salicifolia*) parece prosperar mejor

en suelos arenosos y secos. Alrededor de los pueblos de Tacunga, Ambato y Riobamba, construidos en un valle arenoso y situados respectivamente a 80, 110 y 160 kilómetros al sur de Quito, la plantación de “capulí” es necesaria porque sus grandes raíces se extienden debajo de la superficie y evitan que la arena se compacte y eche a perder las cosechas.

Siguiendo en la misma dirección llegamos a la ceja de una colina escarpada que forma el flanco occidental del valle de Guallabamba. Descendiendo por un largo sendero que serpentea junto a los precipicios llegamos al fondo del valle y cruzamos el río por un puente de piedra. El río Guallabamba tiene su origen en la cabecera del valle de Chillo y tiene numerosos afluentes que bajan sobre todo de la Cordillera oriental. Al final descarga sus aguas en el Esmeraldas y sigue su curso hacia el Pacífico.

El descenso de la meseta al fondo del valle, unos 900 metros en perpendicular, se lo realiza en menos de dos horas, tiempo durante el cual atormentan al viajero el calor del sol que se refleja en la roca desnuda. Para evitarlo, es preferible partir con el alba. El puente de Guallabamba tiene 1.900 metros sobre el nivel del mar.

La flora tiene ahora un aspecto diferente. En lugar de *Ranunculi* y *Calceolariae*, cuyas flores amarillas dan vida a los fértiles prados que se encuentran al sur de Quito, observamos ahora un suelo rocoso y agrietado que produce Euforbiáceas (*Euphorbia*, *Cortón*), Bromeliáceas (*Agave*, *Pourretia*, *Pitcairnia*, *Tillandsia*), varias especies de cacto y, por fin, una *Mimosa*, con *Tilandsia usneoides* que cuelgan de sus ramas.

El pueblo de Guallabamba está situado a una milla al este, 200 metros sobre el lecho del río. Las casas son bajas y tienen solamente un piso; las paredes están construidas con una especie de caña atada con cabuya. La única edificación de piedra era la iglesia, ahora un montón de escombros luego del terremoto del año pasado.

Guallabamba, por su clima templado, produce varias frutas semitropicales como la chirimoya y el limón; pero el artículo más importante es la caña de azúcar, que requiere aquí un período de dieciocho meses para llegara la madurez. La proximidad de una zona pantanosa vuelve al pueblo insalubre y ocasiona graves fiebres, que son comunes en este lugar. Una sola noche en la aldea es suficiente para transmitir el germen de la enfermedad, que,

transcurridos unos días, puede desarrollarse en otra situación distinta de su influencia.

El 22 de diciembre dejé Guallabamba una hora antes del amanecer. El camino al este de la villa está trazado sobre colinas de arena o mejor dicho sobre un terreno de escorias volcánicas compactas donde crecen pequeños árboles de *Mimosa*, con flores doradas de forma globular. También se ve a menudo una *Acacia* arborescente cuyas vainas, por ser poderosos astringentes, tienen el mismo uso que las agallas de Europa.

Al rayar la luz del alba cruzamos el Pisgui por un puente de piedra. Este río tiene su origen en el Cayambe, y en este punto pasa sobre inmensas masas de basalto, una roca que se forma en las riberas del río, y se eleva a casi 457 metros sobre el lecho. Un sendero angosto sube del lado opuesto; al parecer fue abierto con mucho trabajo a través de la roca basáltica y pavimentado con el mismo material.

Después de un ascenso agotador, que nos tomó casi dos horas, llegamos finalmente a la meseta, que se extiende hasta la base de la cordillera oriental de los Andes. El aire estaba frío y refrescante, y el cielo, claro y despejado. Directamente al frente de nosotros se levantaba majestuosamente el domo principal del Cayambe⁶, con su nieve deslumbrante de la que sobresalen algunas rocas desnudas cuya posición podría estar entre los 600 y 900 metros sobre el límite normal de la nieve.

A mediodía pasamos por el pueblo de Tabacundo, una hilera de casas que ocupan ambos lados de la carretera. Tiene cerca de 2000 habitantes y las casas están construidas de ladrillos secados al sol, también llamados “adobes”, y tienen techos de teja.

El pueblo de Cayambe está situado cinco o seis kilómetros al este, sobre un pequeño declive que forma la base de la montaña que lleva el mismo nombre. Su elevación es de 2925 metros, es decir, está 60 metros por encima de Quito. Su flora es similar en todos los aspectos. El suelo es notoriamente fértil y está bien irrigado por numerosas corrientes que bajan del nevado que está al fondo. Esta abundancia de agua permite a los propietarios de la tierra establecer un sistema de irrigación que imparte una buena dosis de frescura y belleza al paisaje circundante.

6 El Cayambe se halla a 0° 0' de latitud, y se eleva 5.912 metros sobre el nivel del mar.

No conozco de otra zona montañosa donde sea tan numeroso el ganado vacuno. El número de cabezas de ganado no debe ser inferior a los 30.000 y sus propietarios obtienen jugosas ganancias de la producción diaria de queso, artículo que se consume en esta parte del país en cantidades sorprendentes.

Los siguientes son los precios de algunos productos agrícolas de Cayambe: - la cabeza de ganado cuesta entre 20 y 25 dólares; una oveja está entre 2 y 5 reales; 16 arrobas de trigo valen 12 dólares; la cebada, 4 reales la arroba; las papas, 6 reales el saco. La carne de res se expende a 6 reales la arroba. Una gallina cuesta un real o hasta un real y medio.

El 23 de diciembre, vísperas de Navidad, fue virtualmente imposible convencer a alguien que me acompañara a la nieve. Tuve que esperar tres días y partí el 26, con la ayuda de un guía indígena. Nuestro ascenso por el lado norte, aunque fue fácil, nos tomó cerca de seis horas. Hacia la tarde habíamos llegado a una altura de 4.200 metros, cuando el guía que me acompañaba me hizo caer en cuenta de un bosque, que, luego de una atenta inspección, encontré que estaba formado de dos especies de *Polylepis*. En medio del bosque encontramos una choza cubierta de paja y abundante leña. En las primeras horas de la mañana siguiente subimos al límite de la nieve y, como la botánica era mi objetivo principal del viaje, registré todas las plantas que pude observar. No puede decir que exista una diferencia substancial entre la flora del Cayambe y la del Pichincha. La lista que sigue a continuación contiene las especies que encontré en dicha ocasión y también un perfil que representa una del valle de Guallabamba entre Pichincha y Cayambe.

Quito 25 de enero, 1860.

Ranunculaceae - *Ranunculus Gusmanni*, H.B.K., límite de la nieve; *R. Peruvianus*, D.C., "Paramos", a 3.900 metros; *R. Bomplandianus*, Kth., 3.000 a 3.900 metros.

Cruciferae - *Turritis hispidula*, D.C., a 3.900 metros; *Draba alyssoides*, D.C., límite de la nieve; *D. obovata*, Benth., límite de la nieve.

Polygalaceae - *Monina crassifolia* (*Hebeandra crassifolia*, Bompl.), a 3.900 metros.

Caryophyllaceae - *Cerastium imbricatum*, H.B.K., límite de la nieve; *C. floccosum*, Benth, límite de la nieve.

Hypericaceae - *Hypericum laricifolium*, Pers. Syn., 3.450 a 3.900.

Geraniaceae - *Geranium acaule*, H.B.K., a 3.900 metros; *G. siobaldioides*, Benth., límite de la nieve.

Leguminosae - *Lathyrus gladius*, Hooker, 3.600 a 3.900 metros; *Lupinus humifusus*, Benth., 3.900 metros; *L. nubigenus*, H.N.K., 3.900 metros; *L. alopecuroides*, Desr., límite de la nieve.

Rosaceae - *Rubus glabratus*, H.B.K., var., fol. solitariss, basi subcordatis, 3.900 metros.

Sanguisorbaceae - *Alchemilla nivalis*, H.B.K., límite de la nieve; *Polylepis incana*, H.B.K., 3.900 a 4.200 metros; fol. impari-pinnatis, racimo florífero prolongado, 13.000 metros; *Margyricarpus tetosus*, R.N.P., 3.000 metros.

Onagraceae - *Epilobium Bomplandianum*, H.B.K., 3.900 metros.

Grossulariaceae - *Ribes frigidum*, H.B.K., 4.200 metros

Saxifragaceae - *Saxifraga Andicola*, HB.K., 4.200 metros.

Umbelliferae - *Azorella aretoides*, Willd., 3.900 metros; *A. pedunculata*, Willd., 4.200 metros; *Petroselinum dissectum*, Benth., 4.200 metros; *Eryngium humile*, var. *Subacaule*, Cav. Ic., 3.300 a 3.600 metros.

Valerianaceae - *Valeriana Bomplandiana*, Wedd., en el límite de la nieve; *V.*

microphylla, H.B.K., 3.600 a 3.900 metros; V. plantaginea, H.B.K., límite de la nieve. *Compositae* - Chuquiraga insignis, H.B.K., 4.200 metros; Culcitium reflexum, H.B.K., 4.200 metros; C. nivale, H.B.K., 4.200 metros; C. rufescens, H.B.K., límite de la nieve; Andromachia acaulis, H.B.K., 4.200 metros; Werneria graminifolia, H.B.K., límite de la nieve; W. Disticha, H.B.K., límite de la nieve; W. Nubigena, H.B.K., 3.900 metros; Aster rupestris, H.B.K., límite de la nieve; Homanthis multiflorus, H.B.K., 3.600 metros; Senecio nubigenus, H.B.K., 3.6000 a 3.900 metros; S. Baccharoides, H.B.K., 3.900 metros; Aphanactes Jamesoniana, Wedd., 3.900 metros; Baccharis thyoides, Pers. Syn., 4.200 metros; B. genistelloides, Pers. Syn., 3.600 metros; B. ferruginea, Pers. Syn., límite de la nieve; Conyza pusilla, H.B.K., 3.900 a 4.200 metros.

Ericaceae - Vaccinium empetrifolium, H.B.K., 4.200 metros; Gaultheria myrsinoides, H.B.K., 3.900 a 4.200 metros.

Escalloniaceae - Escallonia myrtelloides, H.B.K., 3.900 metros.

Gentianaceae - Gentiana diffusa, H.B.K., 3.300 a 3900 metros; G. sedifolia, H.B.K., 3.900 metros hasta el límite de la nieve; G. rupicola, H.B.K., límite de la nieve; Halenia asclepiadea, Borth., 3.900 a 4.200 metros.

Labiatae - Thymus nubigenus, H.B.K., 3.900 metros.

Scrophulariaceae - Calceolaria lavandulafolia, H.B.K., 3.600 metros; C. floribunda, H.B.K., 3.900 metros; Verónica serpyllifolia (?) Linn., 4. 200 metros; Castilleja nubigena, H.B.K., 3.300 a 4.200 metros.

Plantaginaceae - Plantago rigida, H.B.K., límite de la nieve.

Orchidaceae - Altensteinia paleacea, H.B.K., 3.900 metros; Myrosmodes nubigenum, Reich., límite de la nieve.

Iridaceae - Sisyrinchium Bogotense ? H.B.K., 3.600 metros.

Amaryllidaceae - Stenomesson aurantiacum, Herb., 3.300 metros; Phaedranassa obtusa, Herb., 3.000 metros; Bomarea Caldasiana, Herb., 3.000 a 3.900 metros; Collania glaucescens, Herb., límite de la nieve.

Cyperaceae - *Carex Pichinchensis*, H.B.K., 3.900 a 4.200 metros.

Gramineae - *Aundo nitida*, H.B.K., 3.000 a 3.900 metros; *Festuca dasyantha*, H.B.K., límite de la nieve; *Poa mulalensis*, H.B.K., límite de la nieve.

Filices - *Polypodium suberenatum*, Hooker, 3.600 metros; *Jamesoniana imbricata*, Hooker, 3.900 metros; *J. Cinnamomea*, Kze, límite de la nieve.

Lycopodiaceae - *Lycopodium Pichinchense*, Hooker, 3.900 metros; *L. crassum*, Willd., 3.900 metros hasta el límite de la nieve.

EDOUARD ANDRÉ

*Viajes a la América equinoccial Ecuador*⁷

La mañana de mi partida para el Ecuador, cuya frontera distaba poco, hacía un tiempo magnífico; el sol calentaba ya la temperatura matinal y las acémilas con los criados habían tomado la delantera. Tomé el camino del Suroeste: las sinuosidades del terreno se acentuaron muy pronto, y a medida que avanzaba por los alrededores de la ciudad tuve ocasión de notar la presencia de numerosos ganados pasciendo en libertad en los prados rodeados de profundos fosos de separación llamados chambas.

Después de algunas subidas y rápidas bajadas, hétenos en el puente de Rumichacha (palabra compuesta en la que entra el vocablo quichua chaca, que quiere decir puente) sobre el río Carchi, con un pie en Colombia y el otro en el Ecuador, ¿será eterno mi adiós a la Nueva Granada, cuyo territorio he recorrido durante tantos meses, trabajando, vagando, gozando y sufriendo?

¡Quién sabe!

El puente natural de Rumichaca tiene celebridad en la América ecuatorial por su pintoresco aspecto. He aquí su situación: del pie del volcán de Cumbal, apenas situado a quince kilómetros a vuelo de pájaro, emana el nacimiento de los dos grandes ríos, Sapuyes y Blanco, separados muy pronto por una pequeña eminencia y corriendo ambos en distintas direcciones hasta el Guáitara. Antes de llegar a Cumbal, que es el pueblo más elevado del Cauca, pues se encuentra a 3.219 metros sobre el nivel del mar, el río atraviesa una serie de rocas traquíticas amontonadas, franqueándose un pasaje impetuoso, surca después un cauce estrecho y profundo y corre al río Carchi, junto al puente Rumichaca.

Forma este puente una roca natural sobre la cual atraviesa el camino. Aunque algunos autores antiguos atribuyen esta prodigiosa obra a los incas, no es difícil convencerse de que el hombre no ha tenido en ella arte ni parte.

7 André, M.E., "Viaje a la América Equinoccial", en Carlos Wiener et al, *América Pintoresca, Montaner y Simón Editores, 1884, Barcelona, capítulos xxi y xxii.*

Por ambos lados del puente puede bajarse al cauce del río, que corre a la profundidad de unos treinta metros. La roca traquítica aparece mezclada con sedimentos calcáreos anteriores a los levantamientos volcánicos de la comarca; y como en los indicados sedimentos se descubren unos cantos rodados amasados o conglomerados con un cemento muy duro, de ahí se colige que la vaguada del río se hallaba en otro tiempo cinco o seis metros más arriba que su nivel actual. Deslizándose por las escarpadas gradas, bastante peligrosas, y como a medio camino, o sea después de haber descendido algunos metros, se encuentra una hebra de agua mineral ferruginosa, cuya temperatura se eleva a cuarenta grados centígrados; encima se ve una bañera natural, linda concha labrada en la roca, y en la parte inferior al nivel del agua, la vista se dilata a través del túnel que sostiene el puente del camino, viéndose a lo lejos la salida como un punto blanco bajo la profunda oscuridad de la bóveda abierta por las aguas.

Por la parte de occidente el cuadro es todavía más pintoresco y gracioso; repetidos desmoronamientos han incrustado en la entalladura grandes peñascos, resultando de ellos una especie de bóveda recortada que presenta singulares contrastes de luz y sombra. en los conglomerados calcáreos se han formado hermosas estalactitas. El más curioso fragmento de estos desordenados encabestramientos es una enorme roca de forma ovoidea, encunada entre las paredes y suspendida con extraordinario atrevimiento, por entre cuyos intersticios pasaba un rayo de sol difundiendo una luz tan misteriosa que en vano trataría de reproducir la pintura, tales eran sus contrastes y transparentes reflejos.

La altura absoluta del puente, según mis observaciones barométricas, asciende a 2.754 metros sobre el mar, mientras que Codazzi le da sólo la de 1.630. Mis cálculos, por otra parte, concuerdan con los de Boussignault. Poco tiempo antes de mi visita, hízose algo más arriba del puente un descubrimiento singular. Encontróse allí una casa entera enterrada y construida exclusivamente con sillares de piedra calcárea. Es de suponer que esta habitación, cuyo uso e historia se ignoran, databa de la primera época de la conquista. De ella se extrajeron luego materiales para nuevas edificaciones.

entre las rocas más interesantes de este lugar, hay una digna por cierto de llamar la atención. Tal es una piedra calcárea blanca y desmenuzable, formada de carbonato de cal y llamada licamancha, que constituye un

artículo de farmacia muy apreciado. Se la emplea con éxito para combatir la fiebre del ganado, conocida con el nombre de achaque, y también en las fracturas. Sus buenos efectos son indiscutibles; pero se ha querido hacer de ella una panacea universal. Pulverizada y mezclada con agua tibia se usa para dar fecundidad a las mujeres estériles. Esta célebre droga se expende con frecuencia en el mercado de Pasto y aún en el de Bogotá.

De Rumichaca a Tulcán, el paisaje no varía: el terreno ondulado forma redondeadas vertientes cubiertas de pajonales y surcadas por los pequeños sauces de las quebradas y de los ríos Carchi, Bobo, Chapues y Tejes, todos muy encajonados.

Allí pude distinguir con entera limpieza la línea divisoria tan caracterizada de los Andes de Colombia y del Ecuador. Humboldt la coloca por error al norte del nudo de Pasto, mientras que en realidad se halla situada más cerca de Tulcán a los 0° 55' de latitud boreal. Dentro de allí los dos grandes ramales de los Andes forman un arco abierto hacia el Norte, cuyas cadenas constituyen la Cordillera oriental la una, la Cordillera occidental la otra. Más lejos, al Norte de Popayán, empieza el tercer ramal, que forma la Cordillera central, barrera que separa los dos grandes valles del Cauca y el Magdalena. Inmensos estribos sostienen por el Este y el Oeste esta gigantesca muralla de traquito dominada por los volcanes de Cumbal y Chiles, que muestran hacia el Occidente sus diademas de nieves perpetuas.

Tulcán blanqueaba en lontananza recostado en la llanura. Una hora después llegaba a la posada, donde ya me esperaba el alcalde, llamado allí jefe político en vez de jefe municipal que es la denominación empleada en Nueva Granada.

El buen “magistrado”, que desempeña a la vez las funciones municipales, las de administrador de aduanas y algunas otras, y que es además agricultor, acababa de abandonar sus tierras para atender a la recomendación que le habían hecho de mi persona. Dejando a un lado las formalidades aduaneras, respetó mis equipajes.

- ¡Una misión científica! - exclamó - Esto basta para que el gobierno liberal de la República y especialmente las autoridades de Tulcán, hagan cuanto puedan en su obsequio.

Por otro lado la aduana es poco menos que una cosa nominal en Tulcán; el tránsito de mercancías procedentes de Colombia es casi nulo; aunque lo contrario sucede del Ecuador a Colombia.

Me hospedé en casa de una buena mujer llamada Estefania, que poseía un tenducho, junto al cual instalé los equipajes en un cuarto sin embaldosar y lleno de telarañas, donde estando acostado podía ver las estrellas del cielo ecuatorial a través de las grietas del techo de paja. Las camas usadas en Tulcán, de las cuales la mía era un ejemplar auténtico, merecen una pequeña descripción. Se denominan cuadros y consisten en cuatro pies de madera de cincuenta centímetros que descansan en el suelo y a veces están clavados en él, sosteniendo un marco rectangular muescado en su parte superior, en cuyas ranuras o encajes se ajustan unas sólidas tiras de cuero, cruzadas perpendicularmente. sobre este poco elástico sommier se tiende una estera y ya está hecha la cama.

A la mañana siguiente, al amanecer, el paisaje había cambiado de aspecto. Los volcanes de Cumbal y Chiles amanecieron nevados y todos los picos de los alrededores desaparecieron igualmente bajo una capa de nieve. Durante la noche llovió, y el enfriamiento de la atmósfera hizo descender de un modo considerable el límite de las nieves, circunscrito ordinariamente de mil quinientos metros para arriba en las proximidades de la línea ecuatorial. el pico de Chiles se levanta a 4.140 metros sobre el nivel del mar; una parte de su grandiosa mole está situada en Nueva Granada y l otra pertenece al Ecuador: tiene la forma de un cono regular, y a su alrede4dor las pendientes cortadas en diversos puntos por multitud de barrancos, se dilatan al principio; mas luego se acortan hacia el Norte confundiéndose y amasándose con las de Cumbal. Las depresiones principales de los valles que tuve ocasión de examinar son las que surcan las primeras quebradas del río Carchi. Este volcán está siempre en actividad; en la parte superior de la zona de las nieves, han llegado a contarse hasta quince aberturas que dan paso a los vapores sulfurosos; no obstante, las erupciones no han perjudicado hasta aquí las habitaciones emplazadas a alguna distancia del radio peligroso.

La temperatura de Tulcán, cuya elevación es de 2.977 metros (esta altura, según Villavicencio, asciende a tres mil diez y nueve metros) no pasa de los 12° 9'. Esta población es cabecera de un partido de poca importancia, cuyo número de habitantes ignoro; sólo sé que se compone de seis parroquias: Tulcán, Asunción, Huaca, Tusa, Puntal y Angel.

Salí de Tulcán al día siguiente tempranito: en los campos comenzaba la siega de la cebada. Me chocó la forma de las hoces, de hoja corta y ancha, parecidas a mal curvadas podaderas, de veinticinco centímetros de longitud por siete de ancho, que estas buenas gentes deberían sustituir por otro instrumento más cómodo. Los puñados de mieses reunidos en haces, son atados inmediatamente y transportados en mulos.

Hallé junto al camino, entre pequeños arbustos, una gramínea desconocida para mí (más tarde supe era el *Gynerium jubatum*); tiene hojas largas, finas, onduladas y rojizas, panículos de flores sonrosadas y alcanza hasta dos metros de altura. Con las puyas o vástagos de esta planta una vez secos, se elaboran en el país las almas del huso llamado sicse.

En los campos de ocas (*Oxalis tuberosa*) se daba principio al barbecho, cuya operación se lleva a cabo con una azadita llamada cute. Las suaves colinas, altas y despejadas, están cubiertas de trigo, patatas, habas y especialmente de alfalfa, forraje muy estimado allí y que constituye en la parte alta del Ecuador y del Perú, el principal alimento para los mulos y caballos. En tierra fría, incluso en Tulcán, la alfalfa se siega cada tres meses; pero en los terrenos cuya temperatura llega a 16°, hacia los 2.000 o 2.200 metros de altura sobre el mar; las siegas se verifican mensualmente, siendo considerable el producto que reporta al agricultor de este cultivo.

Pronto los picos de los elevados volcanes desaparecen en lontananza envueltos entre las nieblas, y el camino bastante bueno mientras cruza los prados, vuélvese malo primero y luego detestable. Uno de los peones me lo había advertido; pero no pude creer que lo fuera tanto. Las lluvias de las noches precedentes han reblandecido el lodo de los barriales y a trechos reaparecen las escaleras pantanosas y los surcos y baches llamados camellones; cuya profundidad aumenta mientras permanecemos en el bosque, es decir, hasta atravesar los páramos de las Cuasas y de Boliche. Un rasgo característico de esta región brumosa y fría, donde los líquenes cuelgan de los árboles formando prolongados festones de encaje ceniciento, es la presencia de la hermosa orquídea de la variedad *Oncidium cucullatum*, llamada macrochilum, y gauminche varón en el país, en contraposición a otra planta provista de falsos bulbos pequeños, llamada por esta razón guarminche hembra. Encontré además otras variedad blanca, aunque no muy abundante.

Desde la cresta del páramo, que se levanta quinientos metros sobre la meseta de Tulcán, divisé por última vez las lejanas cumbres de Nueva Granada, que en lo sucesivo van a quedar ocultas tras de los nuevos cerros interpuestos en nuestro itinerario.

La vida vegetal abunda entre aquellas nieblas frías gracias a un sol fecundo. Hay allí verdaderos árboles; enormes araliáceas del género *Oreopanax*, melastomáceas por clasificar, que figuran entre las mayores de la familia y cuyas ramas están cubiertas de encantadoras bromeliáceas (*Caraguata*) de brácteas encarnadas y flores anaranjadas, y hermosos ramos de orquídeas (*Epidendrum*), cuyo color varía desde el canela oscuro al puro amarillo.

en Orejuela (2.929 metros), donde me refugio en una mísera choza aguardando la llegada de las caballerías atascadas en los charcos del páramo, comienza a subir la temperatura y una especie de mirtáceas (*Myrcia*), llamada allí “arrayán”, forma bonitos árboles de veinte metros de altura, cuyo tronco alcanza un metro de diámetro. Su madera es dura, de buena clase y muy apreciada en carpintería y ebanistería, pues con ella pueden hacerse excelentes muebles. En los sotos se ve una graciosa commelínea de flores sonrosadas y velludas, que se enrosca en las ramas de una escalonia de flores verdes, llamada Cuasa.

Empieza a notarse ya la diferencia de los trajes y costumbres con los de Colombia.

En la choza antes citada vi una joven sentada en el suelo, hilando algodón. Para ello se valía de un aparato compuesto de un soporte (*tulur*), que no es más que un tronco de arrayán, cuyos cuatro pies lo forman las raíces. En su parte superior el tronco se bifurca sosteniendo un copo de algodón. En cuanto al huso, de unos cincuenta centímetros, se compone de una canilla (*sicse*) de ginerío y una patata que hace las veces de disco.

Hétenos ya en Huaca, pequeña población situada al pie del cerro o nudo del mismo nombre, sumamente pobre, con todo y poseer cerca del páramo del Angel las pingues minas de plata llamadas de Chiltason. El cura del pueblo me acompañó al cementerio contándome sus cuitas por el miserable estado de su iglesia, destruida por el terremoto de 1868. La tulpa, que hasta ahora hemos visto compuesta de tres piedras redondeadas, está formada allí por tres grandes ladrillos regulares, y a la tosca olla de barro

han sucedido las marmitas de cobre bruñido. En las siegas no se usan las podaderas de Tulcán, sino unas hoces cuya forma se asemeja más a las nuestras y los diversos utensilios, como marmitas, badilas, etc., etc., son de bronce, metal que se adquiere en Quito a un peso sencillo la libra estando obrado. Una buena hacha cuesta sólo tres pesos.

el mismo día puede el viajero llegar a Tusa; pero antes fui testigo de un fenómeno atmosférico extraordinario: un arco iris, o mejor una faja de arco iris quebrada en zigzag, lamía las faldas de las montañas a unos cien metros de altura: la sucesión de sus colores de arriba abajo, era del verde al azul y del violeta al rojo. Uno de los trozos quebrados de la izquierda era solamente violeta; el de la derecha, amarillo y anaranjado, y ambos se hallaban separados de la faja central, proyectando un arco hacia el fondo del valle. El iris parecía arrastrarse sobre las faldas del monte, sin destacarse en el cielo. A la media hora desapareció el fenómeno para reproducirse veinte minutos después, aunque con menos intensidad y con sólo los colores verde y violeta.

Este espectáculo, según parece, se presenta con alguna frecuencia en esta montaña, conocida en el país con el nombre de Cerro encantado.

Estamos en domingo y los habitantes de Tusa, cubiertos con sus ponchos multicolores de claros matices, están reunidos en la plaza Mayor, alegre, bulliciosa y animada por las riñas de gallos. Sobre las esteras tendidas en el suelo se ven grandes montones de corteza de quina, que los indios yumbos han traído para su venta. Un apreciable negociante del país, don Apolinar Bucheli, secúndame con desinteresada solicitud hasta encontrar (cosa bien difícil en domingo) un muletero que me hace falta con un nuevo mulo de carga, pues los míos ¡ay! están con sólo la piel sobre los huesos.

Al salir de tusa crecen sobre el traquito de los encajonados caminos bellísimos arbustos, entre los cuales reconocí una turneforcía de grandes racimos escorpóideos blancos, abundantes daturas sanguíneas, una magnífica tacsonia (*T. mixta*) de flores de suave color de rosa y frutos cilíndricos comestibles llamados tauso, melastomos (*Miconia*) peperomias, un ceraisto de grandes corolas blancas, el pequeño miosótide, blanco también, que se arrastra por doquiera, un hermoso solano trepador, de frutos de color de cereza, la zarza comestible de los páramos (*Rubus nubigenus*) y otras muchas especies propias de la región fría.

A veces un detalle pintoresco me detiene un instante solicitando un croquis, verbigracia la cabaña de Capulí con su pocilga, su rústico gallinero y una madre, joven aún, dando vueltas al sicse, mientras sus hijos juegan fraternalmente con los cerdos volviéndose por el cieno.

Desde un erial arenoso lleno de ondulaciones y surcado de quebradas, donde crecen las agavas y los ginerios, pasamos por delante de la hacienda de Cuesaca, y llegamos al pueblo de Puntal (2.672 metros).

El Puntal se halla situado en un plano inclinado en donde predominan los mismos terrenos secos y de poco espesor; tiene una iglesia nueva construida junto a las ruinas de la antigua, destruida en 1868, y sus huertas bien cultivadas contrastan con el árido aspecto de la comarca.

Partidos de Puntal, cruzamos la extensa sabana de San Vicente (2.546 metros) desde donde se divisa la soberbia masa de Cuyambe, cuya cúspide alcanza 5.500 metros de altura; y bajamos luego al profundo valle del Chota, principal afluente del Mira. En los prodigiosos acantilados que van desde lo alto de la Posta hasta las chozas del Pelado, verticales y pulimentados por las aguas, se ven las diferentes capas de terrenos desgarrados. La vegetación es escasa, componiéndose de gramíneas, onóseris, pequeñas rubiáceas blancas de hojas de tomillo, tagetas, eringios de hojas gladiadas, chilcas, achicorias blancas de los Andes (*Achyriphorus*), llantenes, durantes, etc., etc.

Franquéase el río Chota por un puente rodeado de grandes *Schinus Molle* a la altura sobre el mar de 1.674 metros. Hétenos pues de nuevo en tierra caliente; pero sólo por algunas horas, pues luego hay que remontar un nuevo alto desde donde se divisa en todo su esplendor el panorama de la villa de Ibarra, dominada por el magnífico volcán de Imbabura.

Antes de describir Ibarra y sus alrededores, que tan curiosos al par que tristes atractivos ofrecen con el espectáculo de sus ruinas, producidas por el espantoso terremoto de 1868, demos una ojeada de conjunto sobre la región de Chota, que en parte acabamos de reconocer, pues bien lo merece.

En toda la longitud de la cadena de los Andes, especie de “espina dorsal de la América del Sur”, que se prolonga por todo el continente en una extensión de 5.800 kilómetros, paralelamente a la costa del Pacífico, no

existen más que tres cortaduras que dan paso a un verdadero río por el estilo del Danubio que atraviesa los Cárpatos por la “Puertas de hierro”. Prescindamos de los Andes chilenos, donde quizás también se encuentra algún desfiladero que los atraviesa en toda su anchura.

El primero de los indicados ríos es el Patía, al Sur de Nueva Granada; el segundo el Chota, del que acabamos de hacer mérito, y el tercero el Guayllabamba, que veremos luego.

Las profundas orillas del Patía están cubiertas de una vegetación espesa encuadrada por montañas pobladas de bosque y llenas de verdura.

Enteramente distintos son los valles del Chota y Guayllabamba, que desde que se desprenden de los picos de la Cordillera oriental para atravesar las altiplanicies de los Andes ecuatoriales hasta el punto donde franquean la Cordillera occidental aproximándose a tierra caliente, presentan una desconsoladora aridez, en medio de una naturaleza enemiga, feroz, inhospitalaria en alto grado, que recuerda ciertas regiones de la baja California y México, secas y rocallosas, donde tan sólo crecen los catus y las agavas. Los pastos de las lomas superiores se truecan en arenales o en extensiones de rocas blanquecinas, salpicadas aquí y allá por las manchas verdes de algunas plantas silvestres y espinosas.

Esos valles son los más profundos del globo. Abundantes en depresiones bruscas de 1.500 a 1.800 metros bajo las crestas de la Cordillera oriental, mientras en su cumbre domina una atmósfera glacial, en su base se cultiva la caña de azúcar: país sinigual, grandioso, imponente, casi terrible.

Para llegar a ellos viniendo del Norte se presenta el paisaje en esta forma: antes de atravesar la sabana que se extiende entre los ríos Mira y del Puntal, hay que subir por una serie de planos inclinados hacia el Noroeste, compuestos de una especie de toba arenácea, rugosa, conglomerada y parcialmente cubierta de yerbas; por todas partes aparecen profundas grietas, que forman otros estrechos valles bruscamente encajonados, de acantilados bordes y llenos de desprendimientos naturales. Estos repechos alcanzan alturas considerables, formando a menudo derrumbaderos o murallas completamente lisas. en algunos recodos de las quebradas, redondeadas al principio en forma de penínsulas, se ven istmos cortados por las aguas y convertidos en una especie de islotes en forma de solitarias

torres, alguno de los cuales acaba por hundirse en el barranco, dejando grandes ollas atravesadas en el lecho del torrente. Las capas de arenas mezclada con guijarros alternan con las rocas traquíticas desprendidas de los volcanes, indicando sucesivos períodos de terribles inundaciones seguidas de aluviones mansos.

Desde lo alto de las sabanas, se descubre un panorama soberbio por la grandiosa sencillez de sus líneas: a la izquierda surca el terreno un valle de inmensa profundidad, por cuyo fondo corre el río Chota en forma de plateada cinta, dirigiéndose al Oeste. Junto a sus orillas, los cuadros de verde claro señalan la presencia de campos de caña dulce, viéndose además algunos pueblos diseminados y en especial el de Tambo, que se apoya en la base de uno de los más robustos contrafuertes de la Cordillera oriental. Esta cadena se encamina al Noroeste antes de formar una punta al Sur, dejando un enorme cabo cerca del cual se levantan dos formidables conos: a la izquierda el Imbabura y a la derecha el Cotacachi.

Desde el observatorio donde contemplo el inmenso desgarró que separa ambas montañas, se ve uno de los más admirables panoramas que cabe imaginar. Detrás se extiende el desierto de San Vicente, que he seguido durante diez horas mortales; a la derecha las grupas de las montañas cruzándose hasta los valles del Mira y sus afluentes, y a la izquierda, ¡qué contraste! desde el fondo del valle del Chota los estribos de la Cordillera oriental, formando una punta al Suroeste, y gradualmente cortados de la manera más pintoresca y majestuosa. Esos contrafuertes, que forman ángulo recto con el eje de la Cordillera, sostienen, a guisa de robustos hombros, los elevados picos cubiertos de sombríos bosques. Al oscurecer, los flancos se disfuman a través de la bruma, apareciendo como velados por una gasa azul violácea que aún permite distinguir sus menores detalles. el conjunto revista una poesía y un encanto que no tiene igual en ningún paisaje de las montañas europeas.

Dirigiendo la vista al Oeste, se ve el nevado vértice del Cotacachi, destacándose con algunos picos sobre la línea de los cerros. Los Andes occidentales se hallan a nuestros pies medio velados por un cendal de nubes blancas e inmóviles, y sobre ellos brilla un inmenso trozo de cielo azul. ¡Cuadro magnífico que adquiere una grandiosidad sublime e indescriptible a la hora en que el sol traspone el horizonte!.

Ecuador (continuación)

Dije en el anterior capítulo que el valle del Chota podía ser considerado, en el punto en que lo atravesé, como uno de los más profundos de cuantos existen en el globo, opinión confirmada por un ilustre testigo. “Más profundos y angostos que los valles de los Alpes y de los Pirineos”, dijo Humboldt, “los de las Cordilleras presentan los sitios más agrestes y a propósito para llenar el alma de admiración y espanto. Son hendiduras cuya profundidad es tan enorme que podría colocarse en ellas el Vesubio y el Puy de Dome encima sin que su cumbre sobresaliera del nivel de las montañas más inmediatas. El valle de Ordesa, que desciende del Mont Perdu en los Pirineos, tiene una profundidad media de novecientos metros. Pues bien, yendo de Pasto e Ibarra por los Andes, Mr. de Bonpland y yo, atravesamos el famoso desfiladero de Chota, cuya profundidad perpendicular excede de mil quinientos metros. Para dar una idea más exacta de la grandiosidad de estos fenómenos geológicos, es menester observar que el fondo de esas grietas es sólo una cuarta parte menor que los pasos del San Gotardo y del Mont Cenís”.

Descendidos a esas profundidades pasamos por delante de las diez miserables chozas que componen el lugarejo de Tascón, marchando con rapidez hacia el punto llamado “el Pelado” un poco más arriba de Pusir. La sequedad del terreno arenáceo está contrarrestada por algunos terrenos de regadío horizontales y bien dispuestos, y gracias a un calorcillo de veintiséis grados, los campos de caña de azúcar, cercano de agavas, ostentan notable lozanía. Más abajo corre el río Mira. en los ranchos se encuentra guarapo en abundancia, cuyo recuerdo habíamos perdido hacia ya algún tiempo. en las pendientes rocallosas, en lugar de los prados de grama que hollamos por la mañana en la Posta, no se ven más que agavas, furcroyas, acacias, crotones de hojas blancas y polvorientas, una que otra malvácea plateada, abundantes y variadas labiadas, la pequeña amarantoide rosa de ramajes dicótomos, e higueras tunas (Opuntia) enteramente cubiertas de cochinillas. Por primera vez nos sale al paso una choza cubierta con hojas de furcroya, de las cuales no quedan más que las fibras blancas, habiendo destruido el sol su tejido celular.

Entre las rocas del puente tendido sobre el Chota, compuesto de dos largas pértigas cubiertas con faginas y tierra, crecen otras muchas plantas

características de esta región ardiente. Uno de los árboles más hermosos de la América del Sur es sin disputa el “molle” o falso pimentero (*Schinus Molle*), muy conocido en el litoral del Mediterráneo, donde ha sido aclimatado hace mucho tiempo. Aquí se encuentra en su país natal, presentándose en forma de árbol de corteza rugosa y agrietada, tronco y ramas retorcidos, hojas aplumadas y racimos de flores blanquecinas que preceden a unas bayas de color de rosa del tamaño de granos de pimienta, con cuyo saber tienen alguna semejanza.

Franqueando el Chota por este puente vacilante, reproduciese en su orilla izquierda la misma vegetación. en esta árida soledad no hay que pensar en habitantes: no hallé allí otros elementos para mis estudios geológicos que un sapo amarillento, algunos lagartos grises y unas tórtolas de color oscuro y arrullo melancólico.

He bautizado con el nombre de “naturaleza armada” a esta parte del globo y no sin motivo; júzguense sino. al remontar las pendientes de la orilla izquierda del Chota, sobre una arena ardiente mezclada con toda clase de residuos volcánicos, al pie de los elevados y desnudos picos en que la roca se presenta rayada de fajas de color rojo ferruginoso, la mula en que iba montado, tan pacífica de ordinario, pegó inesperadamente un bote de costado que por poco me desmonta, y encabritada se lanzó al galope relinchando dolorosamente. Cuando pude dominarla, bajé a examinarla con atención, y hallé que tenía las extremidades de sus remos materialmente acribilladas con unos acericos verdes provistos de afiladas puntas blancas, que le atravesaban las carnes. Procedían de una repulsiva planta, la *Opuntia tunicata*, cacto cuyos tallos cilíndricos, erizados de grandes púas transparentes, huecas y sonoras, terminan con un dardo en forma de anzuelo que al herir se rompe dentro de la herida, siendo su extracción difícilísima, tanto que fueron necesarios ocho días para curar a mi pobre montura los centenares de pequeñas heridas que le había producido ese detestable puerco espín vegetal.

Subimos penosamente una cuesta árida, franqueamos un nuevo alto y después de una serie de lomas cubiertas de bosquecillos de crotones, salvias y dulcamaras, arribamos a orillas de un hermoso lago de aguas cristalinas, llamado por los antiguos indios no sé por qué “lago de sangre” (Yaguar cocha). encuéntrase situado a una elevación de 2.254 metros y en las totoras (*Scirpus*) de las orillas abríganse verdaderos enjambres de

ánades silvestres, cuyo poco armonioso concierto no cesó ni a nuestra presencia, tomándome la libertad de cazar tres bellos ejemplares, que formaron parte de la cena de aquel día.

Por fin empezamos a bajar la última cuesta por un camino orillado de vergeles en los cuales abundan los plátanos, guamos, naranjos, granados, chirimoyos y un hermoso nogal que tiene muchos puntos de semejanza con el *Juglans Granatensis*, cuyos frutos se comen en dulce; y llegamos al río Taguando, que vadeamos, con todo y haber oscurecido y ser muy rápida la corriente. Estábamos en Ibarra.

Capital del cantón de su nombre y de la provincia de Imbabura, se halla situada entre los ríos Taguando y Ajaví a una elevación de 2.225 metros sobre el nivel del mar; su longitud oeste del meridiano de París es de $80^{\circ}37'$ y su latitud norte de $0^{\circ}24'$. La ciudad se extiende en un hermoso llano compuesto de traquito un tanto seco, aunque fertilizado en parte por las aguas alumbradas en la vecina montaña. su temperatura media anual, medida según el sistema de Boussignault, era de diez y seis grados centígrados.

El antiguo corregimiento de Ibarra, que fue la provincia más septentrional del reino de Quito durante el gobierno colonial de los españoles, tenía por lindes: al Norte, el distrito neogranadino de los Pastos; al Sur, el de Otavalo; al Oeste el de Atacames; al Este Mocoa y Sucumbíos. Este territorio fue dividido al principio en siete provincias: Tusa, Huaca, Dehuaca, Chota, Tumbabiro, Pimampiro y Caranqui. Con este último nombre fundaron los primeros conquistadores una pequeña población, reemplazada en 1597 un poco más abajo por la actual ciudad de San Miguel de Ibarra. Caranqui era antes de la conquista una ciudad india importante; los incas habían erigido en ella un espléndido templo al Sol y un monasterio de vírgenes, destinadas, como las vestales romanas, a mantener el fuego sacro. En el magnífico palacio de sus reyes el célebre Atahualpa, cuyo noble carácter y fin trágico interesan vivamente.

Ibarra, a partir de los primeros años del siglo XVI prosperó rápidamente. En esta ciudad, bien construida y agradablemente situada, se reunió una población rica e industrial, que excedió pronto de veintidós mil almas. En ella residía el corregidor presidente del cabildo político, cuyos alcaldes eran los asesores. El obispo de Lima tenía allí un vicario y los jueces dependían del gobierno de esta capital. Verdaderos monumentos se levantaron en las

plazas de la ciudad; la iglesia parroquial (que podría muy bien llamarse Catedral dadas sus dimensiones), obra toda de sillería, ocupaba el centro de una vasta explanada. El inmenso convento de padres jesuitas, unido a una iglesia construida también de sillería, se componía de dos partes distintas, una de las cuales se levantaba sobre construcciones antiguas. Dos torres monumentales adornaban su fachada. Los superiores de la Compañía vivían en un edificio próximo. Contábanse además otros varios monasterios: uno de franciscanos y otros de agustinos, ambos de poca importancia. En cambio el de dominicos, grandioso y opulento y próximo a desaparecer totalmente, sólo fue reconstruido en parte. Las religiosas de la Concepción habitaban un convento enorme, con una iglesia anexa; y por último el hospital estaba provisto también de su correspondiente capilla.

Estos monumentos subsistieron siglos enteros, desafiando las vicisitudes de los tiempos y conservándose altivos e incólumes en medio de una ciudad floreciente.

Pero el día 16 de agosto de 1868 quedaron convertido en un montón de escombros.

En menos de un minuto sobrevino un espantoso terremoto que destruyó la ciudad hasta los cimientos, abrió una gigantesca grieta en el lecho del Taguando y aplastó tres mil personas en el recinto de Ibarra, seis mil en Otavalo y más de treinta mil en la provincia de Imbabura.

El resto de la población, sin abrigo, ni víveres, ni socorros, atronaba los aires con sus lamentos; el pánico producido por el terremoto fue tal, que nadie osaba moverse, comer, ni dormir; todos creían llegada su última hora y los muertos permanecían insepultos bajo los escombros.

García Moreno, presidente a la sazón de la república del Ecuador, dícese que apenas supo en Quito lo ocurrido y el pánico subsiguiente, montó a caballo llegando a Ibarra de un tirón. Ya era hora, pues la población aterrada iba a perecer a consecuencia de las pestilenciales emanaciones que comenzaban a desprenderse de los de cadáveres insepultos. Hizo Moreno tocar llamada, congregó a los habitantes en una plaza y en alta voz dio la orden de despejar las ruinas, retirar los muertos y darles sepultura, sin que nadie se moviera. La situación era cada vez más grave, pero aquel

hombre de hierro, con la ayuda de algunos compañeros decididos que había traído de Quito, mandó construir horcas, y cuando los siniestros dogales se balanceaban amenazadores, empuño su revolver y se encaminó en derechura a un grupo de ociosos forzándoles a trabajar bajo pena de ser ahorcados sin dilación. Púsose él mismo a la cabeza de los trabajadores, levantando piedras, transportando cadáveres y abriendo fosas para inhumarlos, y no descansó un instante hasta haber conjurado un peligro si cabe mayor que el primero, librando a los supervivientes, a pesar suyo, de las últimas consecuencias de esta terrible catástrofe.

No ha logrado Ibarra reponerse aún de un golpe tan funesto; al pasar por allí ocho años después del desastre, las ruinas en su mismo lugar, habiendo modificado en parte su aspecto la vegetación que asomaba entre las piedras. Triste y pintoresco a un tiempo era el cuadro que presentaba la que fue Catedral. De ella no quedaban más que destrozadas columnas y fragmentos de bóveda, destacándose sobre la nevada cima del Cotacachi, volcán a que se atribuye la causa del terremoto, situado a veinticinco kilómetros de distancia y que domina todas las cumbres vecinas. La iglesia de la Compañía formaba un detalle no menos imponente en este cuadro de desolación: de ella no quedaba más que un informe montón de paredones, y columnas rotas alzándose al cielo como brazos descarnados entre raquílicas zarzas, agavas, nopales y gramíneas. Los demás monumentos antiguos ofrecían un aspecto idéntico, y eran aún en gran número las casas que no habían sido reedificadas.

sin embargo, la corporación municipal no omite esfuerzos para devolver a la ciudad, a falta de la perdida prosperidad muy difícil de recobrar, un renacimiento de virilidad y energía. Las calles anchurosas y bien alineadas han sido adoquinadas con cantos rodados procedentes del Taguando, en forma de compartimientos separados por pasos de adoquines; se han restaurado muchas viviendas de uno y dos pisos con tejado, y las escuelas públicas, instaladas antes del terremoto en algunos conventos, han sido trasladadas a otros locales. Ocupa la fachada principal de la gran plaza la casa de gobierno, que es un edificio bastante vulgar adornado con un friso lleno de adornos azules combinados con cuadros amarillos: tiene un cuerpo central con un peristilo compuesto de cinco arcadas, coronado con un frontón perforado en su centro por un círculo rodeado de arabescos y terminado con una asta de bandera. En su conjunto predomina un detestable color amarillo muy chillón. Este crimen de lesa armonía arquitectónica

ha sido compensado en parte con la construcción de un hermoso jardín público, que adorna el centro de la plaza.

Me hospedé en la antigua hacienda de Pílanqui, perteneciente a los señores de la Torre, familia rica e influyente en el país. En ausencia de los dueños, necesario me fue dirigirme al jardinero, robusto y joven originario de Belfort, el cual me hizo saber que él y su hermano habían salido de Francia contratados para plantar viñedos en el Ecuador y que ya muchas de sus importantes plantaciones comenzaban a dar buenos resultados en Pinsaqui, Baridero, Mateleno y Tapiabamba, cerca de Quito. “De modo, dijo, que espero cosechar pronto abundantes vinos tan buenos como los de Moquegua en el Perú”.

Llegó la noche, tranquila y bella; la plateada luz de la luna acariciaba tan dulcemente los picos de las montañas que no me pude conformar con acostarme a pesar de la fatiga de la jornada; el aire balsámico de las montañas inundaba la atmósfera diáfana y una temperatura apacible contribuía a dar descanso al cuerpo elevando el espíritu hacia las regiones etéreas, a las cuales parece que le aproximaban las elevadas cimas de las vecinas montañas.

Al día siguiente, antes de partir, completé mis notas sobre Ibarra y sus alrededores. Poco hay que decir sobre los trajes y costumbres de sus habitantes, que se diferencian apenas de los que predominan en el Norte de la república del Ecuador y que describiré más tarde. Sin embargo, noté en los indígenas algunas particularidades dignas de consignarse. en las campiñas tuve ocasión de ver a los indios sedentarios dedicados activamente al cultivo, entre cuyos vestidos figura un poncho de lana azul de sombrío aspecto, que lo cambian los domingos y días de guardar por otro menos fúnebre. La alegría de estas buenas gentes se refleja en la viveza de colores de sus trajes. Las mujeres llevan sombrero de paja de alas planas y visten un sayón también de lana azul sujeto al talle con un cinturón bordado. Llevan además una camisa que deja al desnudo sus brazos bien musculados, abierta y bordada de festones y recortaduras en la parte superior del pecho.

Respecto a procedimientos agrícolas, observé que la alfalfa no se sembraba como en Europa, sino que se plantaba a mano. Para empanar un campo, lo aran primero abriendo surcos bastante profundos, y cuando el terreno

se halla así bien mullido (cosa sumamente fácil en aquel suelo arenoso) se plantan a estaca, a unos cincuenta centímetros de distancia unos de otros, trocitos de raíz. De esta suerte queda asegurada la cosecha dentro del mismo año, mientras que a lo menos hubieran tenido que aguardar dos, empleando la simiente. Nos hallamos en junio, época en que se hace esta plantación; a población rural procede además en esta misma época a la recolección de los guisantes, habas y trigo.

En los alrededores de la ciudad se levanta una capilla muy elegante, llamada de los Molinos, en donde todos los años se celebra una animada romería.

A algunos kilómetros al Noroeste se halla el pueblo de Salinas, donde se recoge abundante sal en forma de pequeños cilindros algo terrosos, lo que en nada afecta a su buena calidad. Pero no se limitan a la sal los productos minerales de la rica provincia de Imbabura; en Chorlaví se encuentran minas de hierro; en Chachimbiro se explota el azufre, los carbonatos, los sulfatos de sal cristalizada, la sosa, el alumbre, el cristal de roca y las canteras de yeso; cuéntanse además muchas aguas termales que podrían ser utilizadas y el salitre abunda tanto en la misma ciudad de Ibarra, que los sillares de las casas expuestos al sol, se cubren, por efecto de la humedad, de nitrato de potasa casi cristalizado.

Cerca de la ciudad se encuentra Atuntaqui, último baluarte de resistencia de los antiguos schyris; en los alrededores se levantan aún los conos de tierra, llamados tolas, que son los sepulcros de los indios muertos en la sangrienta batalla que dio a Huayna Capac la posesión definitiva del imperio de los incas sobre la ruina de sus enemigos.

Pimampiro, remontando el río Blanco hacia la Cordillera oriental, ofrece todavía vestigios de una agricultura en otro tiempo floreciente, en la que entraban, según dicen, grandes viñedos; pero el cultivo de la caña y la fabricación de azúcar y aguardiente han sustituido a la viña y viticultura, de suerte que, según se cuenta, en 1676 once mil indios abandonaron el país, que no les permitía trabajar a su gusto, atravesaron la Cordillera y reanudaron su existencia salvaje en las inmensas selvas de Mocoa y Sucumbíos.

Terminados mis estudios sobre Ibarra y sus alrededores, reanudé la marcha hacia el Sur con la idea de no detenerme ya hasta Quito.

Al salir de la ciudad, con el Imbabura a la vista, primero se atraviesa el pueblo de San Antonio de Ibarra, al que sólo da algún interés su plaza Mayor, adornada con una fuente labrada. Sus habitantes estaban ocupados a la sazón en secar sus cosechas. En los pequeños jardines adosados a las casas, cultivase esa especie de Cosmos de flores rojas, rosadas o blancas, que hemos visto ya en Nueva Granada, y cuya introducción en Europa sería muy estimada. Su nombre indígena es el de tacunga.

Al principio la suerte se nos muestra propicia; todo marcha a pedir de boca, con los mulos descansados y bien restaurados, los mozos admirablemente dispuestos y la carga no muy engorrosa ni pesada. ¡Engañosa seguridad! Apenas habíamos andado algunos kilómetros más allá de San Antonio, cuando un indio se para en el camino y nos grita:

- ¡El camino está bravo, y si pasan Uds. por él, no van a salir!

El indio completó su relación con horribles detalles acerca de los puentes rotos, los cenagales, derrumbos y camellones que nos esperaban si queríamos llegar a San Pablo por la laguna del mismo nombre.

Preciso nos fue torcer el rumbo hacia Otavalo, lo cual me dio ocasión de explorar las faldas del Imbabura. Este volcán se eleva a quince kilómetros de Ibarra y su poderosa masa se apoya sólidamente en dos ramales de los Andes; su forma es irregular, y he dicho ya que la nieve sólo cubre accidentalmente su cúspide, cuya elevación es de cuatro mil seiscientos sesenta metros. La etimología del nombre proviene de dos antiguos vocablos indígenas, imba, nombre de un pequeño pez negro, y bura, criadero. Parece que, en efecto, en las harto frecuentes erupciones de ese volcán, en general inofensivas para la ciudad de Ibarra, se ha visto a la montaña vomitar infinidad de esos pececitos, cuyo receptáculo se hallará sin duda en algún lago subterráneo (este pequeño pez es el *Pimelodes Ciclopum* y he oído llamarle preñadilla por los habitantes de los alrededores del Imbabura).

Avanzaba el convoy en dirección a Otavalo cuando tropezamos con una población de mediano aspecto, llamada Ilomán, cuyos moradores, de una extraordinaria indolencia y de una suciedad en extremo repugnante, pasan por descender directamente de los incas. su traje sólo se distingue por sus ruanas de colores chillones; pero por su peinado, no pueden confundirse

con ninguna otra población de los contornos. Llevan sus cabellos largos, finos, negros y lisos, divididos en tres partes; dos de ellas caídas en libertad sobre los hombros, y la tercera trenzada fuertemente como la cola de un chino. En esa tribu de antiguos autóctonos, no se ejerce otra industria que la fabricación de sombreros de fieltro, en la cual se ocupan hombres y mujeres sin distinción en los momentos en que no les domina la pereza.

Llegamos a Otavalo, después de haber atravesado largas y desnudas lomas y franqueado el río Mojanda por un puente de piedra bien construido. Esta población, emplazada en una meseta ligeramente inclinada entre los dos arroyos de San Sebastián y Batán, cuenta unas ocho mil almas, y sus calles rectas están afirmadas con gruesos adoquines alineados, ocupándose sólo los indios en este trabajo, que examiné con algún interés, como resultado de una civilización bastante adelantada. De muchas iglesias bien construidas, como San Francisco, San Luis y La Matriz, sólo quedan después del terremoto de 1868, una capilla, o más bien una cabaña, en espera de la comenzada reedificación. Los dos tercios del caserío poco más o menos quedaban ya reconstruidos. Los jardines hubieron de llamar mi atención por su bien estado; y en uno de ellos, que revelaba los cuidados de su inteligente propietario, vi un curioso injerto por aproximación, hecho en dos sauces de Humboldt, soldados en ojiva en una calle de árboles. Por su forma fustigiada le llaman allí sauce macho, en contraposición a la variedad de ramas colgantes llamada sauce hembra. Canales de riego bien conservados permiten cultivar con buen éxito magníficas coles, lechugas, cebollas (que se comen tiernas), el *Solanum betaceum*, cuyos frutos se comen como los tomates, los naranjos, limoneros, etc., etc., Dos árboles sobre todo me sorprendieron en ese hermoso jardín; eran dos variedades de papayos que no había visto hasta entonces; el uno da unas frutas oblongas muy bellas, cilíndricas y mucronadas, llamadas chamburos; y el otro, más pequeño, da frutas acostilladas, de aspecto enteramente original, llamadas chilvacanes; con ambas frutas se hacen excelentes confituras.

Posee Otavalo un cementerio muy pintoresco, situado en una colina irregular y cercado por un muro de tapia; en él presencié ceremonias fúnebres semejantes a las que llevo ya descritas.

para evitar el mal camino, tuve que entrar en Otavalo, y a fe que no lo sentí, pues ello me dio ocasión de conocer un pueblo activo e industrial que rápidamente se levanta de sus ruinas. Era indispensable volver a tomar

el camino de la laguna y pueblo de San Pablo, porque el sendero que rodea el Yana-Urco, yendo a Malchinguí, estaba igualmente intransitable. Nos encaminamos, pues, en línea recta hacia el Este cruzando algunos campos bien cultivados, cuyos setos están formados con unos arbustos o arbolitos de la familia de las euforbiáceas, muy parecidos al ficus elástica, y que después supe no eran más que la *Euphorbia lauriflora* de Jussieu.

Los habitantes de la comarca son a la vez agricultores e industriales; en todos los umbrales se ven mestizos de indio y español, bordando, tejiendo, hilando y tiñendo telas, fabricando objetos de cuero, espuelas y estribos, y también sombreros de fieltro. La inteligencia y el buen humor resplandecen en su rostro, y da gusto ver aquella especie de colmena en actividad, después de atravesar tanta población ignorante, sucia y perezosa.

En cuanto el camino comienza a elevarse, se divisa la laguna de San Pablo, dominada hacia el Noroeste por los múltiples picos del Imbabura.

Allí cerca viven los indios de San Roque, tribu singular que ha conservado sus costumbres medio salvajes en medio de la civilización que la rodea. Me aparté un tanto del camino a fin de visitarles, penetrando en uno de los senderos que conducen al lago, cuyos bordes están cubiertos de totoras (*Sicripus*) y poblados por millares de aves acuáticas. su altura sobre el mar es de 2.697 metros; su longitud ocho y medio kilómetros y su latitud media mil cien metros. viven en sus transparentes aguas pequeños peces negros como los del Imbabura y en las orillas abundan las nutrias, que los indios cazan para vender sus pieles, a las que dan el nombre de chilcapan.

Rodeadas de espesos setos, las viviendas o más bien chozas de los indios de San Roque (llamados también de San Pablo) tienen una forma caprichosa y pintoresca. Sus moradores, hombres, mujeres y niños, medio cubiertos todos con un pedazo de bayeta oscura, estaban acurrucados en el suelo fabricando tizas o tazas de tierra cocida. Las mujeres modelaban con los dedos y los niños las sacaban al sol a secar; otros trenzaban gruesas cuerdas con vogas extraídas de los *Carex* de la laguna; y ninguno de ellos contestó a mis preguntas sino con monosílabos desconocidos para mí y algunas pocas palabras en español pronunciadas con extraordinaria timidez.

En los campos contiguos comenzaba la labor para la siembra del maíz y el barbecho de las ocas. El arado que usan esas gentes se compone de un palo

al que va sujeta con una liana una reja de madera redondeada: arrástranlo dos hombres y lo dirige un tercero, procedimiento agrícola primitivo, suficiente sin embargo para esponjar aquellas sílices ligeras. Los barbechadores emplean una azuela que afecta la forma del hacha de los antiguos schyris, apero compuesto de un cuño y un mango muy corto y encorvado. Una pala de madera les basta además para remover las tierras ligeras. Para conseguir que uno de aquellos salvajes se estuviera quieto, necesité toda la paciencia del mundo; pero tuve la malhadada idea de enseñarle su retrato bosquejado en mi álbum y al verlo escapó como alma que lleva el diablo. Pregunté acerca de ello a uno de los peones, quien me respondió:

- Señor, cuando se saca el retrato de un indio catequizado, se figura que el demonio, a quien se le pueden dar las señas, ha de ir pronto en busca de él, y por eso huye corriendo.

Déjase San Pablo a la izquierda hacia el Norte, con sus alineados jardines bien regados por abundantes arroyos; y un poco más lejos se extienden los pastos llenos de ganado. Un anfiteatro de montañas rodea ese risueño paisaje.

A la subida del Páramo el suelo aparece cubierto de plantas características, como Weinmaunias, osteomélias, etc., de cuyas ramas penden largos musgos y líquenes. El camino cada vez más áspero nos tenía reservados aún muchos pedazos feos, como dicen los muleteros. A la vista del pueblo de Cayambe, adosado a las pendientes opuestas al sureste, cerca de un extenso valle, las praderas están cuajadas de ganado, y la hacienda de la Compañía presenta un aspecto de riqueza que contrasta vivamente con las miserias que acabamos de contemplar.

A la derecha, el Yana-Urco perfila en el horizonte los ásperos dentellones de sus caprichosas crestas formando una línea prolongada hacia la Cordillera Occidental; su nombre, que significa “montaña negra” se justifica por el sombrío aspecto de sus traquitos dispuestos en muros perpendiculares, en los cuales ni la nieve siquiera puede sostenerse. Esta montaña levanta sus recordados picos, sombríos y amenazadores, a la altura de cuatro mil setecientos ochenta metros.

A eso de las cinco de la tarde llegamos a la antigua hacienda de Tupigache, de la que se habían posesionado unos arrieros que se hallaban de paso:

preciso nos fue, pues, plantar la tienda en la loma y hacer la cocina al aire libre.

Al día siguiente, temprano, levantamos el campamento después de engullirnos una calabaza de chocolate, emprendiendo luego el camino de las lomas para dirigirnos a Tabacundo, primer pueblo de la provincia de Pichincha, en cuanto a la de Imbabura, quedaba para siempre, detrás nuestro. Es Tabacundo un pueblo bastante pobre y descuidado desde donde se divisa perfectamente el Yana-Urcu, pero en cambio llama la atención por el cierre de sus campos hechos con barreras plantadas de césped y pitas, y por la original ornamentación vegetal que cubre las paredes y techos de paja de sus viviendas.

En los sucesivos descansos fueros preciso acampar al aire libre, echando mano de la tienda y sus accesorios, pues no hay asomo de hospitalidad en los vastos eriales que debíamos recorrer.

Por una serie de planos inclinados, el camino, apenas trillado sobre las lomas, se dirige hacia el valle de Pisque, sin perder de vista el magnífico volcán de Cayambe, cuya majestuosa silueta se yergue en los aires alcanzando la considerable altura de cinco mil novecientos metros (los observadores están discordes respecto a la altura del Cayambe; los académicos franceses le atribuyen 5.902 metros, Humboldt 5.901, Villavicencio 5.953, y Reiss 5.840); sólo el Chimborazo le aventaja en el Ecuador. Una capa de blancura de mil quinientos metros de elevación corona su cono truncado y su resplandeciente blancura centellea eternamente a los rayos del sol ecuatorial bajo la misma línea “cual si la naturaleza, ha dicho un ilustre viajero, se hubiese complacido en erigir un colosal monumento, para señalar con él uno de los puntos de esa gran división del globo”. El nombre verdadero del volcán es: Cayambe-urco, (Monte Cayambe), y no Cayambur, como erróneamente indicaron en el pasado siglo los académicos franceses Bouger, Godin y La Condamine.

Proseguimos la marcha por Cachihuango, pueblecito próximo al Yana-Urcu, al cual nos hemos acercado mucho, y pronto empieza la bajada a los profundos valles del Pisque, afluente del Guayllabamba. Llegamos por fin a esa tercera ruptura de la Cordillera occidental que presenta caracteres semejantes a las del río Chota. Montañas de arena que el viento barre y nos arroja a la cara; de vez en cuando chozas salvajes como en la travesía

del lugarejo de Cascajal, entre blancas rocas tostadas por el sol; algunos miserables indígenas errantes en esas soledades; y por último una linda cascadita llamada la quebrada Chorrera, son los rasgos más salientes que observamos durante el tránsito. Hétenos ya en el Guayllabamba, al fondo de un valle de ochocientos metros, debajo de Cachihuango. su elevación en el puente del río Pisque es de dos mil ochenta y seis metros sobre el mar. Así pues, este valle puede, clasificarse igualmente entre los más profundos del globo, como también el del Guayllabamba situado allí cerca, trescientos metros aún más bajo.

en esta dirección, antes de la bajada, atravesé por vez primera la línea ecuatorial, a las tres de la tarde.

El puente del río Pisque, de cincuenta metros de longitud, se había derrumbado en parte algunos días antes de nuestra llegada; de sus tres arcos de piedra, el de la orilla derecha yacía al fondo del río, de modo que el paso era un problema bastante peligroso para hombres y ganado. Al caer el arco, se había descoyuntado el resto del puente que las mugientes aguas socavaban con rapidez y que iba antes de poco a desaparecer por completo. Pero después de adoptar grandes precauciones nos decidimos a atravesarlo, sin otra novedad que la pérdida de un mulo, precisamente el que llevaba las provisiones de boca, que cayó en el torrente dándonos el disgusto de verle desaparecer con su carga rodando de cascada en cascada, hasta las últimas profundidades del río.

A parte del puente, toma la naturaleza el salvaje aspecto del río Chota. Grandes Schinus Molle tuercen entre las rocas sus diformes troncos; pero un verdor suave y lustroso da elegancia a su follaje, y sus raíces se incrustan en las roturas de las peñas calcáreas, blancas como el caolín, y alternadas con capas de arena. Alfombran el suelo escorias de traquito, pórfido, piedra pómez, y otras piedras cocidas de color de ladrillo, cenizas y fragmentos carbonizados, lanzados en tropel por las erupciones de los vecinos volcanes; los mayores pedazos han rodado hasta el fondo del desfiladero; los otros se han detenido pintorescamente en las vertientes.

La aldea de Guayllabamba que se atraviesa a algunos kilómetros de allí, después de trepar entre desmenuzadas rocas blancas y cruzar áridas arenas, forma con estas un agradable contraste por su fresco verdor y sus huertos bien cultivados; su altura es de dos mil ciento seis metros y su temperatura

anual de 18°; las casas se construyen con cañas de Provenza (Arundo Donax) planta importada de Europa, conocida allí por carrizo y que se ha aclimatado en la comarca.

Guayllabamba era nuestro último descanso antes de entrar en Quito, hacia donde salimos a las tres de la madrugada a fin de llegar lo más temprano posible. Se atraviesa el río Guayllabamba en el salto de Alchipichi, a la altura de 1.719 metros por medio de un puente de piedra de un sólo arco, tendido sobre una profunda grieta en la cual se arremolinan las aguas furiosas y negruzcas con reflejos bronceados, formando el cuadro más salvaje e imponente que puede imaginarse.

A las seis aparece el sol por detrás de la Cordillera oriental después de un crepúsculo de cinco minutos, y avanzamos por un buen camino en medio de una temperatura bonancible. Sobre una inmensa explanada abierta al Este, blanquea en lontananza la pirámide de Caraburo, erigida por los académicos franceses sobre el emplazamiento de una de las principales señales que establecieron para la célebre triangulación que dio origen a la medida exacta del meridiano terrestre.

Quito se halla enfrente nuestro, escondido aún detrás de una colina de sílice; allí he de encontrar amigos y noticias de Europa...Ya no puedo contenerme por más tiempo, pico los ijares de mi cabalgadura y un sostenido trote de algunas horas me pone a las puertas de la ciudad en donde por fin echo pie a tierra encontrando un afectuoso recibimiento.

WILHELM REISS

*Cartas de viaje de América del Sur*⁸

XXI

Quito, 15 de octubre, 1870

Como pensaba el Dr. Stübel que debíamos ocupar el verano para investigar en Mojanda antes de que llegue la época de lluvias en octubre, continuamos con nuestro viaje. Nos pusimos en marcha hacia el norte; nuestro destino era la provincia de Imbabura, que había sido destruida por el terremoto. Primero tuvimos que cruzar el río Guayllabamba, que atraviesa muy profundo la mole de toba, por el Puente de Turo (1719 m) y luego subir otra vez al altiplano hacia Malchinguí entre paredes igualmente perpendiculares. El lugar (2878 m) se halla en la falda sur del Mojanda, un amplio macizo volcánico que, a diferencia de otros, se extiende de este a oeste en dos cadenas montañosas dispuestas en dos ramales que corren de sur a norte, lo cual significa que casi atraviesa dichos ramales. Estas montañas separan las hoyas de Quito e Ibarra. La región es extremadamente fría y seca. En pocas horas de ascenso pasamos de los cañaverales a los pastizales del altiplano. El camino real atraviesa la inmensa caldera que abarca la cumbre. La caldera tiene un diámetro de 5 kilómetros, está rodeada por paredes de piedra de hasta 500 metros de altura y tiene un imponente cono eruptivo. El espacio entre el pie del volcán y las paredes circundantes lo ocupan dos hermosas lagunas, Caricocha y Guarmicocha (cari=macho; guarimi=hembra; cocha=laguna). En medio de ellas quiso acampar nuestro guía, a 3797 metros de altura. Nosotros preferimos otro lugar y levantamos nuestro campamento cerca de la orilla de Guarmicocha (3727). En plena tarea arreció una lluvia con granizo; pepas del tamaño de una avellana cayeron sobre nosotros durante dos horas con gran fuerza y el lugar que antes había estado completamente seco, quedó inundado por el agua que se desbordó de los intersticios de las rocas. Empapados

8 Reiss, Wilhelm, *Reisebriefe aus Südamerika, 1868-1873*, Verlag von Duncker & Humboldt, 1921, Leipzig, cartas xxi-xiv.

de pies a cabeza, la noche se hizo larga y perdimos todo el día siguiente trasladando el campamento a otra posición. Las tormentas continuaron día tras día. Los truenos retumbaban amenazadores en la caldera y los rayos golpeaban uno tras otro el espejo del lago; en cierta ocasión lo hicieron tan cerca de nosotros, que recibimos una descarga eléctrica y hubieron de pasar cinco horas antes de que pueda recuperarme del dolor. Sin embargo, al final la tormenta amainó y empezó a llover con normalidad, de suerte que en lugar de los vientos huracanados y los relámpagos, tuvimos día y noche nubes en todas direcciones. Luego de catorce días de semejante temporal, partimos hacia Quito con las extremidades entumecidas y un fuerte catarro. El trabajo en la caldera fue agotador, ya que la complicada estructura del monte exigía un registro de distintos lugares y el lago estaba lleno de pantanos alrededor, en donde tuve que chapotear horas enteras, para luego permanecer junto a mis instrumentos el resto del día con la ropa húmeda. Nunca había visto tantos cóndores como aquí. Cuando el cielo estaba despejado la vista era magnífica: hacia el sur los valles de Chillo y Quito, rodeados de inmensos colosos, al norte, la planicie de Imbabura y el monte del mismo nombre, más allá el Cotacachi. Llamó especialmente nuestra atención un pequeño cráter, producto de una erupción, que ahora estaba lleno de agua y que se encuentra al sur al pie del Cotacachi; su nombre es Cuicocha (cui=conejo de monte).

El 6 de octubre desarmamos el campamento hacia mediodía y llegamos esa misma noche a Guayllabamba ya en la tierra caliente. El 7 de octubre entramos a Quito.

XXII

Esperanza, 12 de enero de 1871

Realizar otras investigaciones en la Provincia de Imbabura, destruida por el terremoto de 1868, fue el motivo de un nuevo viaje hacia el norte. Una breve recorrido en el viaje de Cumbal a Quito fue suficiente para darnos una idea de las dimensiones de la catástrofe provocada por los movimientos telúricos.

El altiplano andino entre las dos cordilleras, donde se han fundado todas las ciudades del Ecuador, está dividido al norte de Quito por el macizo montañoso del Mojanda, que lo cruza de este a oeste, en dos partes, una al norte y otra al sur. El camino real que comunica ambas divisiones sale de Quito y sigue el borde oriental del macizo; un segundo camino, más corte que el primero, atraviesa la caldera del Mojanda: ambas rutas eran conocidas por nosotros. Decidimos entonces intentar una tercera, más difícil que las anteriores, que avanza por el borde occidental del Mojanda y ha sido bautizada, con toda razón, como Camino de las Escaleras. Primero tuvimos que bajar a las plantaciones de caña de azúcar en las márgenes del Guayllabamba para luego emprender un ascenso pronunciado hacia las formaciones de toba volcánica al oeste del Mojanda. Un espeso bosque cobija estas laderas escarpadas, donde tuvieron lugar inmensos deslizamientos de tierra durante el último terremoto. Ya de este lado, en Perucho (1830m), no quedaba ni una sola casa de pie. Una vez que dejamos atrás el bosque, pudimos observar la verdadera dimensión de la catástrofe. La primera hacienda que encontramos, Perugachi (2645 m), tenía parte de sus sementeras enterradas bajo los escombros y la piedra que había arrojado al valle el temblor. Otavalo (2645), un pueblo floreciente, estaba destruido por completo; todas las casas, todas las iglesias se habían venido abajo y y ahora la gente vivía en miserables chozas de barro apiñadas una junto a la otra, de manera que las porquerizas parecían más dignas de vivienda humana.

De la provincia de Imbabura está habitado propiamente sólo el espacio en medio de cinco grandes volcanes. El Mojanda (4294 m) al sur, el Cotacachi (4966 m) al sudoeste, el Páramo de Piñán con el Yana-urcu (4556 m) al noroeste, el Cayambe (5840 m) al sudeste, el Imbabura (4582 m) al este, y los largos estribos del Cayambe al norte encierran con sus escarpadas pendientes una franja de 15 kilómetros cuadrados, llena de piedra caliza y arena, que pronto se convierte en planicie.

Visitamos de sus alrededores, primero, el hermoso mote piramidal del Cotacachi. De una superficie de casi 2400 metros de altura se levanta sobre amplias estribaciones dispuestas en forma de radios como una escarpada pirámide de piedra infranqueable, en cuyas pendientes ni siquiera la nieve puede mantenerse. A 150 metros abajo de la cima, donde el monte tiene el ancho suficiente, se extienden campos de nieve, de los cuales bajan ventisqueros en todas direcciones hasta los 4499 m.

La vista del monte desde la ladera sur es particularmente bella. Allí se ha formado por explosiones volcánicas un cráter que alberga un lago cuyo diámetro puede ser recorrido casi en una hora. Las aguas del lago son de color azul oscuro y están rodeadas por paredes de lava roja y café que caen casi perpendicularmente; el espejo de las aguas contrasta bellamente con las rocas negras y la nieve brillante de la cima. En el lugar más bajo la altura de las paredes de roca circundantes es de apenas 37 metros y es muy probable que con el terremoto el agua haya desbordado la pendiente exterior, lo cual puede ocurrir incluso luego de los numerosos deslizamientos de tierra que se producen en todos los lados de la caldera. La tierra alrededor está partida y en algunos lugares la tierra cubierta con hierba está dividida en zanjas; pero en ningún lugar son más profundos estos surcos que en la represa de tierra hasta la piedra subyacente (piedra caliza).

Ocurre igual con las grietas en las partes superiores del monte. Allí en las pendientes más pronunciadas suele soltarse la capa de humos y precipitarse hacia abajo, formando numerosos surcos y represándose al final como los glaciares en un deshielo. En la pendiente se desprenden bloques de 1.5 a 2.4 metros de diámetro y caen en masa formando huecos profundos en la tierra. Por todo lado ocurren pequeños y grandes deslizamientos de tierra que suelen provocar aluviones de lodo, porque las masas de piedra represan el curso de los ríos y forman pequeñas charcas, hasta que el agua, las piedras y la tierra se precipitan de una sola vez valle abajo sin encontrar resistencia. Los más grandes de estos aluviones de lodo tienen lugar en un sitio llamado Cotacachi (2453 m).

Es triste escuchar las historias de la gente. Cada uno cuenta la historia de cómo se salvó o salvó a alguien. No obstante, creo que el número de víctimas ha sido exagerado. Al principio se hablaba de 40.000 muertos, pero nunca ha vivido una población semejante en toda la provincia. Es posible que haya habido entre 10.000 y 15.000 habitantes blancos, y es sobre ellos que cayó todo el peso de la tragedia, pues las víctimas indígenas son muy pocas, en su mayoría, debido a los aluviones de lodo. Supongamos que de ellos más o menos la mitad, 7.000, encontraron la muerte, y fuera de ellos, otros 3000 o 4000; tenemos entonces la terrible cifra de 10.000 ó 11.000 víctimas. Es más probable, en mi opinión, que hayan sido en el peor de los casos entre 6000 y 8000. En cualquier caso, las noches debieron haber sido espantosas. Más o menos a la una y media ocurrió un terrible

sacudón, se escuchó primero el crujir de las casas que se venían abajo y luego todo fue silencio. Todos creían ser los únicos sobrevivientes o los únicos desafortunados. La nube de polvo era espesa y amenazaba con ahogarlo todo en la noche oscura. A cada paso se encontraban escombros, personas que habían perdido la conciencia y cadáveres. Todos buscaban a sus parientes y amigos. Luego, pocos minutos después, se escuchó el bramido efervescente del aluvión que bajaba de las montañas. En Cotacachi se había reunido 1000 cabezas de ganado para que abonon los campos vecinos. Presa del terror, los animales se volvieron medio salvajes y destrozaron las cercas, huyendo en estampida a través de los escombros que inundaban las calles. Algunos encontraron la muerte debajo de las patas del ganado. ¡Y luego, los días después de la catástrofe! Temblor tras temblor; las grietas de la superficie se abrían y se cerraban con cada movimiento; desnudos, sin ayuda alguna, aislados de las ciudades vecinas, pues los caminos estaban intransitables y los puentes se habían caído, vivían los habitantes en un pequeño espacio, hacinados, en medio de la lluvia, con hambre y sed.

Tres semanas estuvimos a la orilla de lago Cuicocha (3081 m), con lluvias abundantes, y catorce días en Cotacachi. Luego pusimos rumbo hacia el norte y seguimos por la pendiente del monte a través de malos caminos, porque incluso con las fuertes lluvias los arroyos se convertían en ríos de lodo y durante la noche volvían intransitables los pasos del valle. La población de Imantá (2422 m) estaba completamente destruido; las haciendas La Hoya y Peribuela eran todo un caos. El 26 de diciembre cruzamos el Cariyaco, el río que separa el Cotacachi y los montes de Piñán que se encuentran al norte. Ningún viajero había visitado esta montaña, pese a que es un volcán de gran extensión, donde la roca madre aflora en varios lugares. En la Hacienda del Hospital (2460 m), que está a los pies del monte, el caserío fue sepultado por rocas desprendidas del terremoto matando a sus cuarenta habitantes.

Ocho días estuvimos en el páramo, que era uno de los más grandes que habíamos visto hasta entonces. Durante horas de camino se recorren los pajonales a una altura de casi 4000 metros. Hay varias cumbres en la zona pero nosotros sólo ascendimos a la más alta, el Yana-urcu (4556 m; Urcu = monte, Yana = negro). Al regreso visitamos las ruinas de una antigua fortaleza indígena o pucará. Al parecer hay muchas de estas fortalezas en los montes. Su forma es simple: una punta en forma de cono rodeada de

varias zanjas circulares y los respectivos parapetos. La construcción que visitamos (3615 m) tiene cuatro paredes circulares

Urcuquí (2320 m), a donde llegamos más tarde, había sido igualmente destruido por el terremoto, y el nuevo emplazamiento estaba más profundo en la pendiente. Para llegar a Tumbabiro (2118 m) y a la Hacienda del Ingenio (2094 m) tuvimos que bordear quebradas infranqueables dando largas vueltas. Nos hallábamos cerca del extremo noroeste de la provincia. Todas las aguas se reúnen aquí para atravesar, conjuntamente con el río Chota, la cadena montañosa hacia el oeste donde forman el río Mita. Un valle extenso y profundo de tierra caliente se extiende aquí al pie del macizo del Piñán a una altura de 1600 metros. La región es fría e inhóspita, y sólo el saber que cerca de allí existía el fenómeno peculiar de que brota de los estratos superiores nos motivó a hacer una visita al pueblo febril de Salinas (1638)⁹.

Las investigaciones en las estribaciones nororientales del Piñán nos tomaron ocho días, luego de los cuales cruzamos a Ibarra con destino a Esperanza.

XXIII

Quito, 18 de mayo , 1871

A pesar de las malas condiciones climáticas, el 13 de enero por la mañana partimos hacia el Imbabura. Mi propósito era levantar el campamento a

9 Diario de Viaje de Wilhelm Reiss, 3.1. 1871 .- La sal de Salinas se encuentra esparcida sobre una gran extensión No está en el estrato blanco superior sino en uno inferior que es de color oscuro por la humedad que retiene la sal. Se extrae, se coloca en montones, se deja al sol y luego se coloca en "pipas", o embudos cuadrados de 1.20 centímetros cuadrados y una profundidad de 45 a 60 centímetros; están hechos de barras de madera y bloques. La tierra se compacta para extraer el agua, dejándola en ese estado por 24 horas. La tierra colada de esta forma se amontona alrededor de la pipa hasta formar montículos coniformes de hasta 6 metros de alto. Luego sigue un proceso de secado que dura 14 días, transcurrido el cual se coloca nuevamente en la pipa de manera que se cambia una capa de tierra ya colada con otra de tierra fresca. El agua de la pipa sale por el extremo inferior y se recoge en una artesa de barro. Es un líquido amarillo poco salado que se pone a hervir al fuego en una paila de cobre de 60 centímetros de diámetro. Se retira de la superficie la suciedad y se exprime en un costal la masa todavía húmeda, de manera que se escurra la lejía original y se pone a hervir otra vez con algo de agua en la paila. Con este material se hacen bolas con la mano, que pesan aproximadamente una libra y se venden a medio real antes de expenderse a un real en Quito. Una parte del producto se envía a Colombia. Una pipa debe dar hasta 20 bolas de sal.

una altura considerable, de suerte que pudiéramos aprovechar el mejor momento para ascender a la cima. En medio de una niebla espesa subimos lentamente por senderos resbalosos hacia las últimas casas que se encuentran en la ladera nornordeste del monte (3330 m). En estas alturas sólo viven los indios, que cultivan sus campos con esfuerzo unos metros más abajo del páramo. Hacia arriba la pendiente es muy pronunciada: en muchos tramos en zigzag que cortan el aliento buscan las mulas el camino a través de los pajonales. Hacia las 3 de la tarde llegamos a un lugar en el que había levantado su tienda un año antes el doctor Stübel. Era el último punto donde podíamos aprovisionarnos de agua. Nos encontrábamos cerca de la parte superior de la pendiente externa, donde el agua logra formar grandes charcas naturales.

Tan pronto levantamos las tiendas e instalamos la cocina debajo de una formación de lava que afloraba, empezó a llover. Yo me hallaba escribiendo en la tienda cuando de pronto me llamó la atención un ruido muy fuerte. La artesa del valle se había convertido en un lago donde se acumulaba el agua que baja del monte a 400 metros en todas direcciones. Junto a la entrada de mi tienda se precipitaba por entre las piedras una corriente de agua; una segunda corriente cayó sobre la cocina, la fogata y el carbón. Pronto toda la superficie quedó inundada unos 15 centímetros, pero el agua no dejaba de verterse por la pendiente. Hasta medianoche continuaba la pequeña cascada junto a la tienda; luego, poco a poco se hizo el silencio, hasta que en la mañana todo estuvo otra vez como antes. Durante seis días se repitió el espectáculo, sólo que en algunas ocasiones, la lluvia empezaba antes y hacia las diez de la mañana se habían formado estas cascadas. Todo se llenaba de agua y sólo mi cama quedaba más o menos a salvo. En estas condiciones no era posible trabajar mucho pero tuve la suerte de que durante algunas horas, el monte quedó despejado por completo.

Hasta entonces sólo conocía el Imbabura desde el lado occidental; ahora me hallaba en la pendiente oriental. El volcán yace en la planicie de Ibarra y Cotacachi rodeado de montañas. Como casi todos los macizos volcánicos de Quito está formado por una serie de lomas radiales que se agrupan en la mitad en una especie de meseta y caen precipitadamente entre valles y quebradas. En el centro se encuentra un cono elevadísimo que rodea el cráter. La altura de la meseta central es de casi 4.300 metros y la de la cumbre, de 4582 m. Como mi tienda estaba a los 3903 metros de altura,

pude llegar con facilidad al pie de la cumbre. La vista es maravillosa, como en todos estos montes: a un lado están las poblaciones de Ibarra y Esperanza, como si fueran pequeños pueblos con casas de cartón; al otro lado el imponente coloso del Cayambe. La estructura interna del Imbabura es visible desde aquí: el valle de la caldera se abre hasta la cima, de manera que entre las rocas de las paredes posteriores la depresión del cráter se eleva cerca de 400 metros. Está compuesta de escoria de aspecto negro que contrasta tanto con el interior del cráter con sus masas de nieve como con la caldera y las pendientes cubiertas de pasto.

El 18 de enero salí de mi húmeda vivienda para volver a la Esperanza, pero mientras mi carga volvió directo, yo aproveché para subir al Cuvilche (3882 m), que se conecta con el lado este del Imbabura mediante una serie de lomas pequeñas. El monte, que hasta ahora no había sido visitado por ningún viajero, es uno de los más interesantes de Imbabura. Un cono empinado con un cráter amplio y plano empata con una pared en forma de loma (3685 m) que está hacia el este; en la ladera oriental aparece un gran flujo de lava con un cráter llamado Loma de las Cochas (3494 m). De allí sale una corriente de lava que parece un ramal de la montaña. Con un pequeño brote de piedra traquita que continúa hacia el este, El Cunru (3338 m), que también tiene un cráter en la cima, remata este complejo macizo montañoso, cuya composición de enormes masas traquíticas y lava basáltica es de lo más notable y digno de estudio.

Debíamos empacar, porque de aquí saldrían hacia Quito todo lo recolectado durante varios meses: 16 cajas llenas de rocas. El 10 de marzo dejé la ciudad para no regresar.

El viaje continuó hacia el Cayambe. Pasando La Magdalena (2702 m) y siguiendo las faldas del Cuvilche se llega a una gran superficie que se extiende entre el pie del cerro Cusín y el Cayambe. Aquí se encuentra a los 3156 m la Hacienda Pesillo.

Tuvimos que quedarnos en casa debido a un espantoso temporal. Apenas el cielo se despejó un poco, partimos hacia el Cayambe, que se encuentra muy cerca de aquí. En pocas horas llegamos al extremo inferior del glaciar. Avanzamos hacia el este por el lado norte del nevado para echar un vistazo a los valles que terminan en la cuenca del Amazonas. En la tarde llegamos a un antiguo afloramiento de lava y levantamos ahí el campamento,

protegidos de la lluvia. Aquí, en Machai de la Cruz (4154 m), se interrumpe el camino de herradura, por lo que tuvimos que dejar allí gran parte del equipaje. Al día siguiente continuamos a pie hacia el este, casi siempre junto al extremo inferior del glaciar hacia un valle llamado Las Playas. El camino avanza por numerosas quebradas; lo que nos llamó particularmente la atención, porque era distinto de lo que habíamos encontrado en los otros montes, fueron las amplias depresiones en la ladera, limitada por largos ramales, cuyo fondo está lleno de arena gruesa. El material proviene del barrido de las gigantescas masas de hielo del monte.

El Cayambe es un extenso macizo con dos cumbres. La parte del monte que está sobre la línea de la nieve eterna es asombrosamente empinada y alcanza en algunas parte entre 40 y 60 grados de inclinación. Es natural que con estas pendiente las masas de hielo se rompan en algunas partes. Es natural que en estas pendientes se formen en muchas partes aberturas en el hielo. Es curioso que en el lado noreste a 4400 m una masa compacta de hielo cubra el monte y que los extremos del glaciar bajen hasta los 4134 m, mientras que en el lado occidental el límite de la nieve se encuentra a 4672 m y el glaciar termina a los 4510. Dos días estuvimos en el valle de Playas para estudiar el glaciar y recoger piedras; luego volvimos a Machai de la Cruz y nos trasladamos el 20 de marzo a Yancureal, un arenal a 4288 m de altura. Desde allí estudiamos el lado este del volcán y subimos hasta los 5060 m. Ese mismo día regresamos a pie a la Hacienda Pesillo.

Como nos faltaban las mediciones del monte, levanté la tienda en la ladera oriental del Cusín y permanecía allí hasta el 31 de mayo. La cumbre dio una altura de 5840 m. El 2 de abril dejé Pesillo para volver a Quito por Guachalá (2801 m), El Quinche (2664 m) y Tumbaco (2390).

XXIV

Quito, 17 de octubre, 1871

El 22 de junio partimos de Quito hacia el Cayambe para conocer el lado sur y continuar hacia el Sara-Urcu al este. En dos días llegamos a Guachalá (2106 m) pasando por Guayllabamba (2106 m), la hacienda ya

mencionada que es propiedad del presidente. Ella sería nuestro centro de operaciones, porque gracias a las recomendaciones de García Moreno con toda seguridad encontraríamos menos dificultades que lo acostumbrado. Aunque perdimos 10 días de buen clima, porque se celebraba una fiesta en la que los pobres indios, que son tratados peor que esclavos, gozan de algunos días de asueto. Durante la semana de San Pedro es prácticamente imposible conseguir guías o acompañantes. Los indios se disfrazan lo mejor que pueden y bailan desde las primeras horas de la mañana hasta altas horas de la noche los mismos ritmos monótonos. Estos bailes sin duda vienen de la época del Incario y se han convertido por influjo de la Iglesia en un día de fiesta cristiano. Las mujeres no pueden participar e ellos, aunque a menudo se ven muchos hombres vestidos de mujeres. Agrupados en diferentes comunidades, los indios forman largas filas, uno tras de otro, tocando flautas pequeñas y algún tambor, golpeando el suelo con las plantas de los pies para llevar el ritmo. El bailarín principal entona algunos cantos, parte en quichua, parte en castellano, y la fila completa le sigue con un sonoro “ha”. Como en nuestras polonesas, los bailarines hacen todo tipo de figuras, golpeando el suelo con las alpargatas. Con pequeñas pausas, siguen bailando sin cansancio no uno sino ocho días.

Finalmente el 3 de julio pudimos partir. En el lado sur del Cayambe corre el río Guachalá, que desemboca más adelante en el Guayllabamba y divide la formación volcánica del coloso de las antiguas formaciones de esquisto que están al sur. En el valle subimos a caballo en dirección este hasta el tambo de Sayaro (3499 m) a pocas horas de camino. Como una parte del equipaje la dejamos atrás, tuvimos que quedarnos aquí un día, hacinados en un cobertizo, porque el interior del tambo estaba lleno de goteras. A las 6 de la mañana salimos a pie, porque aquí acababa el camino de herradura. A la izquierda del río Guachalá subimos por la pendiente del valle del río Vistuyacu, con nubes y llovizna, y un viento que soplaba fuerte desde el este. Hacia mediodía alcanzamos el borde posterior y cruzamos a 3940 m de altura la divisoria de aguas entre el Océano Pacífico y el Atlántico. Entre los 3900 y los 4100 metros circundamos el borde sur de valle del río Volteado que se dirige al amazonas y que separa el Cayambe del Sara-Urcu. El camino a través del río seguramente habría estado más cerca, pero el fondo del valle estaba lleno de pantanos. Nuestros cargadores avanzaban con dificultad e incluso el doctor Stübel se sintió enfermo, de manera que tuvimos que levantar el campamento en medio de los pantanos. Salimos bien entrada la mañana al día siguiente y hacia el mediodía

llegamos a una cueva grande, que era más bien un abrigo rocoso que ofrecía un lugar seco para escapar de la inclemencia del tiempo. Aquí, en el Corredor Machai (3895 m), teníamos al Sara-Urcu justamente al frente de nosotros, separado únicamente por un pequeño valle pero siempre cubierto de montañas que nos impedían verlo en toda su dimensión, aunque en algunas partes salían a la luz los picos de nieve. También hoy llovió sin parar, y el doctor Stübel no pudo recuperarse del todo. Fue una suerte que hayamos encontrados este abrigo rocoso, pues aquí tuvimos al menos por algunos días un lugar seco para dormir. Pero en todo caso, a una altura de 3895 metros y una temperatura promedio de 7 grados, con lluvia y nieve, no era un buen lugar de reposo para un enfermo.

El doctor Stübel se quedó aquí mientras yo continuó hacia el Sara-Urcu. Pasamos el río Volteado a 3801 metros de altura y subimos por la pendiente de la montaña. Está formado por lomas que se extienden de este a oeste, separadas por muchos valles y quebradas; la parte superior está cubierta de masas de hielo. Luego de casi seis horas llegamos a un valle profundo que parte del glaciar de la cumbre principal. Aquí, en el límite superior del bosque, a 3900 metros de altura, levantamos nuestra tienda. El suelo era pantanoso y la ladera tan empinada que apenas pudimos encontrar un lugar adecuado para el campamento. Como no tenía nombre alguno, lo llamé con el nombre de mi sirviente, “Ángel Mariápamba”. Estos valles tienen todos un rasgo particular: sobre su extensión se levantan terreras casi planas, rodeadas paredes de roca altísimas. De que el Sara-Urcu no era ningún volcán, como se cree en Quito, me convenció en seguida porque ya en mi tienda tenían un grupo de esquistos de mica y sobre ellos piedras de granate. Para mí el monte había perdido todo interés.

A pesar de todo, al día siguiente, pese a que el clima era bastante malo, hice una visita a la límite de la nieve eterna (4364 m). la cima tendrá a lo suma 4800 m de alto y los ventisqueros bajan hasta 4176 m por en el lado occidental sobre paredes muy altas, como si fueran caídas de agua congelada. En ningún lugar de América del Sur había visto esta formación en tal belleza. Como yo quería, de ser posible, determinar la altura del monte, me quedé dos días en mi tienda y en medio de la crudeza del temporal esperé pacientemente hasta que al final pude medir la cumbre despejada. El doctor Stübel, que vio el macizo desde una distancia mayor, cree que aquél no era el punto más alto y al parecer tiene razón.

En la última noche en Angel Mariápamba cayó una ventisca inusualmente fuerte. A la mañana siguiente la nieve tenía casi 30 centímetros de alto. El regreso hacia Corredor Machai fue duro: como toda la superficie estaba cubierta de nieve, no había alternativa y tuvimos que seguir por los pantanos. El doctor Stübel ya había salido del abrigo rocoso de regreso a Guachalá y yo me vi obligado a seguirle porque los peones estaban con hambre. El hambre y el frío de la nieve mezclada con agua pantanosa hicieron que la gente se apresurara y a mí me resultó difícil seguirles el paso. A pesar de una corta visita al borde sudeste del Cayambe, el primer día llegamos a Sayaro y al día siguiente a Guachalá. Once días de lluvia y temperaturas de 2 a 5 grados fueron el resultado de nuestro viaje. A pesar del mal clima, habíamos tenido una vista de la forma de la cordillera en esta región y de la ladera sur del Cayambe.

Cerca del Cayambe, se divide la parte volcánica de la cordillera oriental: los montes de esquisto forman la sierra oriental propiamente dicha, mientras que el macizo eruptivo continúa hacia el oeste. Precisamente en Guachalá, donde ya habíamos atravesado los estratos más antiguos en nuestro viaje al Sara-Urcu, se encuentra una amplia depresión entre ella y el volcán más septentrional de esta cordillera oriental, el Frances-Urcu. En realidad se trata de una formación montañosa independiente que se comunica a través de un rellano de 3855 metros con las alturas de Moyapamba (3778 m). Entre las pendientes orientales y los montes de esquisto yace el lugar llamado Cangahua a 3186 metros. Mi ruta me condujo a lo largo de la ladera este del volcán. Como ya había subido desde Guachalá la cumbre de 4093 metros, lo pasé de largo. El Frances-urcu o, como también se lo llama, “Cerro de Pambamarca” es interesante no sólo por la maravillosa vista que se tiene desde su posición, sino también por los numerosos restos de edificios prehispánicos. Todas las copas y salientes e incluso la cima más altas están convertidas en pucaraes: tres o cuatro surcos en forma de círculo y paredes con terrazas intermedias rodean estas fortalezas. Pude contar en mi recorrido doce o quince pucaraes bastante bien conservados que mostraban aún restos de mampostería e incluso los cientos de pequeñas casas de madera, cosa que no había visto antes. ¿Qué eran en realidad estas construcciones? ¿Se trataba de fortalezas o templos?.

En el pucará de la punta más alta se encuentran los restos de una pirámide construida con piedras colocadas una sobre otra, que hacia 1730 fue erigida por los académicos franceses como señal para medir los grados

terrestres. Por esta razón el monte lleva el nombre de Frances-urcu. Los descendientes de los españoles la han destruido, porque creían que tenía oro en su interior.

En estas montañas se cultivan cereales más alto que en otros lugares, ya que encontré cultivos a 3716 metros de altura. Son campos cultivados por indígenas pobres que han sido expulsados de sus tierras por los blancos para evitar así que puedan hacer dinero con la venta de sus productos y tenerlos en permanente dependencia.

Llegué temprano a Quinchucajas (3560 m), un caserío que pertenece a Guachalá. Se halla en el lado occidental de la cordillera oriental y ofrece una vista soberbia de los montes occidentales y de la planicie entre ambas cadenas montañosas. Del Cotacachi al Iliniza y el Cotopaxi, teníamos desplazados todos los volcanes como en un mapa.

Desde aquí era mi deseo salir hacia el Cerro Puntas. Sin embargo, como no tenía ningún informe confiable sobre las distancias, juzgué mejor continuar con toda la carga. El 27 levanté mi tienda al pie de este monte, en un valle a 3548 metros. El clima era desastroso, el viento soplaba con toda fuerza y desde el este se apiñaban las nubes que soltaban sobre nosotros lluvia y nieve. Mi paciencia llegó a su fin y me atreví a desafiar la inclemencia del tiempo y decidí emprender el ascenso. Encontré que el borde del cráter estaba formado de escoria y lava y las puntas más altas eran piedras que rodeaban la caldera como torres. La cumbre tiene una altura de 4462 metros, el fondo del cráter está a 4100 metros y está cubierto de un horrible pantano. Es el nacimiento del río de la Tola, que se dirige al oeste y desemboca en el Guayllabamba. Entumecidos del frío y la lluvia, regresamos a la tienda por la noche.

Como no quería tomar nuevamente el tortuoso camino hacia Quinchucajas, seguí las laderas del monte hacia el oeste y llegué a la Hacienda Igiñaro (2689 m) por el Camino Real que sigue el borde occidental de la cordillera, y finalmente a la villa de Pumbo (2484 m).

El 11 de agosto salí de allí hacia la Hacienda Chántag en Pifo (2.569 m) y me encontré nuevamente con el Dr. Stübell, que esperaba por mí. Desde allí queríamos emprender el viaje por la Cordillera hacia el Oriente. Ecuador posee inmensas provincias en la llanura del Amazonas y sus

afluentes. Antiguamente había poblaciones relativamente florecientes, y aunque hoy en día casi no hay ningún blanco, en el futuro el Estado no podrá abandonar a su suerte a esta región, que recibe a misioneros¹⁰ pero también sirve de colonia penal donde van a parar criminales comunes y prisioneros políticos. El comercio con los indios que allí habitan, la mayoría de ellos salvajes, apenas existe, por lo que faltan naturalmente caminos en buen estado. A caballo uno puede atravesar la Cordillera hasta un lugar llamado Papallacta a 3.156 m.

A causa del mal camino dejamos nuestros animales en Pifo y continuamos el viaje con muías alquiladas, que ya conocían las ciénegas de los páramos. Primero nos dirigimos hacia Paluquillo (2.970 m), siguiendo un valle ancho y profundo¹¹, que, viniendo del este, nos permitió llegar sin mayor dificultad hasta cerca de la sierra más alta de la montaña. Una fila de afloramientos recientes que cubren el piso del valle con lava facilitan el ascenso aún más, y sólo la última parte es agotadora, puesto que en este punto los pantanos se mezclan con escarpadas paredes rocosas, de suerte que los animales de carga unas veces se hunden, y otras veces se despeñan. A los 4221 metros de altura cruzamos el pasó cortado de Guamaní, con lluvia, nieve y viento. Desde allí empezaron las verdaderas dificultades, porque la montaña baja hacia el este mucho más gradualmente, de manera que es preciso atravesar grandes pantanos. Debido a que nuestras muías se hundían cada vez más en los pantanos tuvimos que detenernos y, a una altura de 3.962 metros, nos vimos obligados a levantar nuestro campamento en medio de la lluvia y los vientos. La lluvia continuó cayendo pertinaz durante toda la noche sobre nuestra tienda, que apenas lograba resistir el rigor de los vientos.

A la mañana siguiente el cielo se despejó ligeramente y nos dimos cuenta que nos hallábamos en una hermosa laguna montañosa llamada Sucus-Cocha¹². Rodean la laguna paredes rocosas que alcanzan hasta los 4.200

10 Durante el gobierno de García Moreno, la mayoría fueron Jesuítas. Las peripecias de las misiones jesuíticas en Macas las cuenta Reiss en su *Ein Besuch bei den Jivarosindianern* (*Verh. d. Ges. Für Erdk.*, Berlín 1880, 8, p. 329).

11 Reiss, Diario. 13.8.1871.- El valle de Paluquillo tiene un hermoso llano entre rocas escarpadas. El camino está rodeado en algunos lugares de pequeños bosques. Al parecer el Dr. Stübel tenía razón cuando suponía aquí un relleno, pues el fondo del valle no está formado de tobas de cangagua, sino de lava oscura de naturaleza porfírica. En la pared sur creemos poder reconocer tres flujos de lava que caen hacia el oeste. De igual manera las masas eruptivas provienen de una abertura lateral que viene del norte.

12 Reiss, Diario. 14.8.1871.- El Sucus-Cocha es una bella cuenca fluvial que se extiende del

m y sólo hacia el sur queda una abertura. El flanco oriental de la montaña tiene varias de estas lagunas. Seguimos el desagüe de la laguna y llegamos al valle principal, donde el río Papallacta forma numerosos meandros. Las rocas a ambos lados son menos escarpadas aquí y pertenecen a los esquistos y las bases; también se observa lava en Sucus-cocha y en todo el camino de Pifo hacia arriba. El fondo del valle es una amplia superficie llena de hierba y pantanos, que nos parecía extraña por la profundidad de la inmersión. Su existencia, empero, como pronto lo veremos, está determinada por una enorme masa de lava¹³, que baja desde el sur en un corte que viene desde el Antisana y que, al atravesar el valle del Papallacta, se estanca aquí, obstruyendo el paso de las aguas que vienen desde arriba, de manera que detrás se reúnen la escoria y los detritos que cubren el fondo del valle. La corriente se escurre a través de la piedra porosa y sale a sus pies clara y fuerte, cerca del lugar llamado Papallacta. En la época de lluvias se forma sobre la corriente una hermosa laguna, conocida como Laguna de Papallacta (3.341 m). La lava es tan fría y bella como no se puede imaginar y hasta ahora sólo Orton¹⁴ la ha reconocido como tal¹⁵.

El paisaje es de lo más bello en esta parte. La paja de páramo, que cubre la parte superior de la montaña, desaparece, dando paso a bellos prados que se mezclan con algunas franjas de bosque. La laguna, la corriente de lava que rodea el escenario y las pendientes, bellamente cubiertas de

nomoreste hacia el sursuroeste, rodeado de rocas escarpadas. Su desagüe se encuentra en el sur y cae a un valle de formas geológicas muy particulares que nos recuerdan el esquisto del Sara-urcu. El fondo que se extiende entre las rocas tiene una cantidad de protuberancias, todas formaciones como aquellas que son producto del glaciar.

13 Reiss Diario 14.8.1871.- El volcán de Papallacta es una loma pequeña que emerge de un valle circundado de rocas de lava que viene desde el sur y cuyo origen está en los montes de Volcanpamba. Siguiendo diagonalmente al valle de Papallacta, la montaña determina la formación del lago, que en verano está totalmente seco pero en invierno tiene media hora de largo y se extiende de un bosque al otro. Los brazos de lava salientes forman en él pequeñas islas. El macizo de lava está cubierto con matorrales, pero es aún visible. Se forman algunas estribaciones que siguen hacia Papallacta y llegan hasta el pueblo. Los indios han reconocido su naturaleza, como su nombre lo indica

17.8.1871- La superficie está formada por bloques dispuestos unos entre otros, aunque también hay escorias con relativa frecuencia. Son visibles varios brazos contiguos con depresiones intermedias llenas de bloques y carbón menudo, mientras que los brazos se elevan al final en sendas formaciones esparcidas. Tienen una altura de 60 a 80 metros y caen precipitadamente hacia el lago.

14 Orton, American Journal of science, XLVII, 1869, p. 247. También mencionado antes por M. De Almagro. Breve descripción de los viajes hechos en América, Madrid 1866, p. 97.

15 Véase p. 131 de este libro y la observación en la carta XXV.

árboles, forman una imagen única llena de solaz. En el lado norte del valle, a lo largo de las paredes de esquisto, el camino baja sobre las rocas de lava formando peligrosas terrazas, hasta un lugar donde apenas pueden mantenerse en pie hombres y bestias.

Papallacta (3156 m) con sus pocas chozas de paja y su iglesia se encuentra sobre una terraza en la desembocadura del Río de los Baños que viene desde el norte. Sólo está habitada por indígenas que nos acogieron con las mayores muestras de amistad.

Mientras al oeste de la Cordillera es verano, al este predomina la temporada invernal, por lo que llueve casi sin parar. No obstante, casi todos los días teníamos por varias horas el cielo descubierto y podíamos ver los montes. Aquí en Papallacta empieza el sendero hacia el Río Napo, un afluente importante del Amazonas¹⁶. El camino es terriblemente malo. Exactamente debajo de la población de Papallacta da inicio la selva que se extiende hasta el Océano Atlántico. No hay ningún sendero propiamente dicho y las ramas de los árboles obstruyen el paso, las raíces y las piedras, cubiertas de charcos, hacen que cada paso sea inseguro. Los ríos son caudalosos y a menudo infranqueables; ¡cómo será más adelante! Nosotros mismos bajamos durante varias horas valle abajo, para estudiar los cantos rodados de algunos ríos que vienen del Antisana¹⁷.

En el regreso hacia Pifo utilizamos el transitado Camino Real, que, cuando está malo, ofrece casi las mismas dificultades que el sendero por el que vinimos. En el Tambo (3.505 m), a donde llegamos apenas el primer día, pues dedicamos varias horas a investigar el flujo de lava, las dos rutas son iguales, pero esta vez seguimos el valle principal hacia arriba hasta el paso sur de la cordillera de Guamaní (4.173 m). Qué apariencia tienen allí las montañas no sé decirlo, pues viajamos en medio de las nubes y la lluvia,

16 Es el mismo camino por el cual Francisco de Orellana descubrió el Amazonas en 1539, siguiéndolo hasta su desembocadura. (Agustín de Zárate, Historia del descubrimiento y conquista de la Provincia del Perú, 1555. Biblioteca de autores españoles. Historiadores primitivos de Indias, n. p. 494) - Véase también Clements Markham, Expeditions into de Valley of the Amazons, Londres 1859.

17 Diario. 16.81871. El camino que conduce al Río Napo serpentea por entre los montes cubiertos de bosques. Los montes están formados por esquisto brillante, pero también por piedra azul grana con muchas inclusiones, bloqueadas por un derrumbe ocurrido con toda seguridad hace pocos meses (Phyllitgneis y esquisto brillante, véase F. v. Wolf, p. 290). El río contiene pequeños cantos rodados compuestos por gneiss y piedras verdes, trozos encontrados también en el derrumbe, mezclados con pequeños trozos de lava.

con vientos terribles, hasta el punto que nuestras muías apenas podían avanzar por los malos caminos. En el lado occidental de la Cordillera entramos al valle del río Encañada, que desagua al sur de Pifo. Bajamos muy cerca de El Inca (2.868 m), tomamos entonces otra vez hacia el norte y pasamos la noche en una quesería en la ladera de la montaña, en el Tablón de Itulgachi (3.097). Desde allí se baja a un valle donde se encuentra la Hacienda de Itulgachi (2.668 m), donde se levanta una de las iglesias más bellas del país, pero que al no estar terminada, sirve de porqueriza. El 19 de agosto entramos nuevamente hacia mediodía en Chántag; el Dr. Stübel llegó apenas en la noche.

Ya en el norte de Popayán despertaron nuestra curiosidad fragmentos de obsidiana que yacían esparcidos en grandes cantidades en los campos, y desde entonces los encontramos por todo lado, así en Colombia como en Ecuador. Todas nuestras investigaciones subsiguientes para saber el lugar de origen de la obsidiana fueron en vano. Finalmente alguien nos aseguró que existen grandes cantidades de obsidiana en la montaña¹⁸. Por esta razón partimos el 21 de agosto hacia Pitaná, una hacienda ubicada a 3.360 m. El administrador, hombre muy cortés y afable, nos condujo al día siguiente hacia la sierra, llamada aquí Filo de los Corrales (4.447 m). En los afluentes del río Guambi, que seguimos aguas arriba, encontramos también hermosos flujos de lava con obsidiana de tal belleza que nuestra fantasía no podía mejor imaginar¹⁹. Nos ayudó el tiempo, de manera que tuvimos una hermosa vista hacia el este de cadenas montañosas completamente desconocidas, entre Papallacta y Saraurcu. El 24 partimos nuevamente, pero esta vez cruzamos la Cordillera, para visitar Qishca-Machai (cueva de obsidiana, 4.143 m) y regresamos de allí cargados de

18 La obsidiana había sido encontrada en Ecuador, antes de Reiss y Stübel, por Humboldt y Boussingault. - Reiss habla de este hallazgo en Elich, Pambamarca bis Antisana, p. 7-8, también Elich, op. cit., pp. 57-8. - Stübel, Vulkanberge von Ecuador, p. 116-7.

19 Reiss, Diario. 22.8.1871.- Salimos de Pitaná hacia el este por el valle de San Lorenzo y ascendimos una loma que se encuentra entre los dos valles laterales. A las 9 horas llegamos a las piedras con contenido de obsidiana que sobresalen de los pajonales y forman el Yana-urco (3937m). Se compone de lava en la que están incrustados pedazos y capas de obsidiana de hasta un pie de ancho. El monte está muy partido, sobre todo aquellas partes que no tienen constitución cristalina. Existen además variedades rojas y negras. Mientras más se asciende, más frecuentes son estas formaciones y más beños son los flujos de lava dispuestos en posición casi paralela. No sabemos a ciencia cierta de dónde provienen, pues no hay ningún monte cercano y no hay cráteres en los alrededores. En nuestra opinión se trata de una montaña larga formada de abundante lava, sin que se formen escorias importantes ni ningún tipo de cráter.

piedras que despertarán el asombro en Europa, pues hasta la fecha no se conoce ninguna obsidiana en América del Sur, fuera de los pequeños trozos ya mencionados, que seguramente tuvieron su origen en la lava de las erupciones del Cotopaxi.

Embargados de la alegría volvimos a Chántag. Observamos una vez más la pirámide de la expedición francesa que se halla en Oyambaro (2.637 m). Estas pirámides tienen una larga historia²⁰. La vanidad de los españoles se vio herida cuando leyeron las inscripciones que aparecen en el monumento, por lo que el gobierno, a poco de la partida de la expedición francesa, ordenó su destrucción. Sólo en los años treinta de este siglo el Presidente Rocafuerte las mandó a construir nuevamente, aunque no sabemos si en el mismo lugar que se hallaban antes. Ahora se observan horribles formaciones cúbicas de dos metros de largo con una pirámide de cuatro lados como techo, construida de ladrillo, blanqueada pero sin ninguna inscripción. De las antiguas construcciones queda aún una muy bella placa de piedra en la hacienda Oyambaro (2.633 m), con los restos de una inscripción labrada que está del todo ilegible, después de 100 años de servir como piedra de apoyo para las “damas” descalzas que montan el caballo. Otras piedras, que todavía muestran algunas inscripciones, han sido utilizadas para construir las columnas de la casa de hacienda; la única palabra, legible es “París

El 29 de agosto dejamos Chántag para siempre y emprendimos nuestro viaje de regreso a Quito.

20 Un relato detallado del destino de las pirámides nos ofrece F. Hassaurek, *Fouryears amog Spanish America*, Londres 1868, pp. 250-3. En un principio fueron levantadas por La Condamine (op. cit. pp. 20-1) como mojones o señales, en noviembre de 1736. En abril de 1740 La Condamine tuvo la idea de hacerlas en piedra como monumento a los trabajos de la expedición francesa (op. cit. p. 92). Sin embargo, como La Condamine no había consignado en las inscripciones los nombres de Jorge Juan y Antonio de Ulloa, el gobierno español mandó añadirlos. Fue un largo proceso por el cual finalmente La Condamine tuvo que añadir los nombres de los funcionarios españoles. Una copia de esta inscripción ordenada por la Corona española se encuentra en Juan y Ulloa, op. cit., p. 500. La destrucción de las pirámides, sin embargo, no tardó mucho, cosa que ocurrió en 1746 poco después de la partida de los académicos franceses por voluntad del gobierno español. P. F. Cevallos publicó las palabras de la placa que se incorporó en piedra por aquél entonces, véase *Resumen de la Historia del Ecuador*, Guayaquil 1886, p. 311. Una inscripción hecha por la Academia Francesa (en F. Hassaurek, op. cit., p. 253, y en Cevallos, op. cit., p. 312) no se ha conservado. Otra placa, que fue diseñada por La Condamine p. 162-3, se encuentra ahora en el observatorio de Quito (Hans Meyer, *Hochanden*, p. 296).

EDWARD WHYMPER

En la provincia de Imbabura y primera ascensión al Cotacachi ²¹

El 21 de abril salimos de Cayambe, y cruzamos la depresión entre el Mojanda y el Imbabura, hacia el pueblo de Otavalo¹ teniendo dos objetos en perspectiva: una ascensión al Cotacachi y recoger antigüedades en el distrito que fue en tiempos pasados, y es aún hoy en día, el que contiene la población más densa del Ecuador.

Fui a esa región poseído de la idea de que debe haber habido una “Edad de Piedra” ecuatoriana: pero , no tenía datos seguros acerca de si podría conseguir utensilios de piedra, ni de si, en los tiempos incásicos, eran de uso corriente armas e instrumentos de ese material. Como no poseía muestras, la investigación falló durante largo tiempo, si se hablaba a los nativos de los Incas, preguntaban con sorpresa: “Quiénes eran los Incas”, y parecían desconocer igualmente los trabajos de sus más remotos (probables) antecesores; de modo que optamos por preguntar por cosas viejas, y tuvimos una lluvia de puños gastados, de paraguas, tijeras echadas a perder y vajilla rota, objetos que fueron rehusados, por cuanto no eran bastante antiguos para hacerse de ellos. Al fin encontramos lo que buscábamos: una noche, mientras cenábamos, se abrió la puerta sin ruido y vimos que nos atisbaba una cabeza que salía de un raído poncho, el que ocultaba un voluminoso objeto. “¿Tienes algo que enseñar?”. “Sí, señor”. “¿Es antiguo?. “Sí señor”; y echando a un lado su andrajosa prenda de vestir, exhibió una marmita antigua, diciendo triunfalmente: “Esto es muy antiguo, Señor”.

En Machachi, después de persistentes investigaciones, Perring descubrió al fin una hacha rota de piedra; y, así, teniendo ya una muestra que enseñar, recogimos algunas otras conforme progresábamos hacia el N. Pero, al S. de Quito son muy raras toda clase de antigüedades, y en la Capital sea las buscaba tanto como mercancías en Chelsea; o como Caxtons^{22*} en Westminster. Con todo conseguí algunos objetos aun ahí como la punta

21 Whymper, Edward, *Entre los Altos Andes del Ecuador*, Editorial Abya Yala, 1994, Quito, capítulo xiv.

22 Nombre del primer impresor inglés, y, por extensión, los libros editados por él (N. del T.)

de lanza que se muestra en la página siguiente² que se encontró en un muro antiguo. Todos me decían: “Váyase Ud. a Imbabura, y búsquelos en Ibarra y Caranqui, la cuna de Atahualpa”.

Así pues, fuimos a Imbabura,³ recogiendo objetos de piedra conforme avanzábamos; acosando a cuantos encontrábamos y registrando todas las casas; descubriéndolos, a veces, colgados como adornos o amuletos de los cuellos de las indias; o usados como pesa por los tejedores en sus telares, o como juguetes por los muchachos. Verity me ayudaba bastante activamente en Otavalo; pero, encontré un ayudante más eficaz en la persona del Yankee Judío que había anatematizado la comida de pescado salado el día de Viernes Santo; y acabé por captarme las simpatías de varias otras personas, que no eran insensibles al amor del Omnipotente Dólar.

El tiempo se nos hacía estrecho, pues en este viaje al N. Habíamos gastado más del que era nuestra intención; y acordamos que el Cotacachi sería nuestro primer objetivo, y después de ascenderlo, seguiría yo mi colecta de antigüedades con Verity y Cevallos, mientras los Carrel volvían al S., para intentar de nuevo una ascensión al Iliniza. En Otavalo nos informaron que era imposible acercarse por ese lado a nuestra montaña, en razón de las quiebras sísmicas que la rodeaban y nos dijeron que nos dirigiéramos al pueblo de Cotacachi, y que solicitáramos ahí, para el objeto, los buenos oficios del cura. Fuimos allá el 22 de abril, y encontramos a éste trepado en un andamio, haciendo las veces de maestro de obra, dirigiendo la construcción de una nueva iglesia y rodeado de sus feligreses que trabajaban como abejas. Este cura era un buen hombre; nos dio hospedaje y alimentación, escribió una carta de recomendación para el propietario de la hacienda más elevada al pie de la montaña y nos despidió a las 6.35 a.m. de la mañana siguiente, provistos de un guía para la primera parte del camino.

Estudiando el Cotacachi a distancia, habíamos determinado ascenderlo por el S. o el S.O. Cuando pudimos inspeccionar el horizonte desde la Punta Jarrín, encontré que era, con mucho, la más elevada y también la única montaña nevada al norte la línea Ecuatorial, y que el más meridional de sus dos picachos era el más alto. El Jefe de Estado Mayor sostuvo al contrario la opinión de que lo era el septentrional; pero, lo desengañé, porque el teodolito, hallándonos a un nivel casi igual al de la cima de la montaña, dejaba ver una marcada, aunque pequeña diferencia a favor del meridional.

Nuestro guía nos condujo con dirección O. por senderos cuyos bordes estaban cargados de helechos⁴, todos diferentes de los que hasta entonces habíamos encontrado, y siguió esta ruta por unas seis millas, faldeando la base de la montaña y apartándonos, en apariencia, de la meta, paralelamente a una quebrada impasable de unos 75 pies de anchura y formada en 1868, hasta que llegamos a un lugar en que los bordes se habían desplomado rellenando la grieta. Cruzamos este puente natural y nos dirigimos entonces al N.N.O., hacia Iltaqui, (10,049 pies)x, una hacienda diminuta, cuya casa era la más elevada sobre la montaña, y estaba al cuidado de un indio viejo.

Cuando desde este lugar nos volvimos a ver hacia atrás, encontramos que había mucha razón para habernos traído por una tortuosa ruta; los declives inferiores de la montaña y todo el terreno relativamente plano de su base estaba rajado y hendido de modo extremo. En ninguna otra parte del Ecuador hay nada que iguale a esta extraordinaria reunión de fisuras que se interceptan unas a otras formando un perfecto laberinto de impasables grietas. El aspecto general de la región se asemeja mucho a una galleta destrozada por una puñada. Las rajadas tienen todas las formas de una V y, aunque rara vez de gran anchura, son por lo regular muy profundas; por creencia general, son quebradas sísmicas; por lo menos, se conserva el recuerdo de la formación de varias de ellas, mientras que de otras se cree que tienen siglos de edad. No era de esperarse encontrar a nadie que hubiera, en verdad, presenciado su formación,⁵ o que tuviera algún conocimiento de las causas inmediatas de ella. Algunas personas habrían dicho con Shakespeare que

*Oft the teeming earth
Is with a kind of colic pinch'd and vex'd
By the imprisoning of unruly wind
Within her womb; which, for enlargement striving,
Shakes the old beldame Earth, and topples down
Steeple and moss-grown towers.*

Con frecuencia la prolífica tierra
está con una especie de cólico oprimida y exasperada
por la prisión de indómito viento
dentro de su vientre; el que esforzándose por libertarse,
sacude a la decrepita Tierra, y echa abajo
campanarios y musgosas torres.

Con todo, si han sido causadas por un levantamiento, han debido serlo por algunas irregularidades en la superficie; aunque yo creo que se han formado por una sucesión de asentamientos en esta área particular. Sean efecto de levantamiento o desplomes, lo que es evidente es que, cuando se produjeron, la superficie del terreno estaba en estado de tensión.

Cuando pasamos de Itaqui, el indio nos guió a un pequeño valle que se dirige a un lomo meridional del Cotacachi, y, llegando a él, se vuelve bruscamente a la derecha; con dirección a la cumbre. Las quiebras y fisuras que aparecían en la arista de este lomo sugerían de nuevo la idea de que se producían asentamientos. Nuestro guía nos condujo bien, llevándonos, poco después de mediodía al pie del picacho final, hasta más de 14.000 pies sobre el nivel del mar. El terreno se hizo entonces demasiado áspero para los animales, y nos paramos para deliberar.

En esta dirección el Cotacachi tenía una forma más bien piramidal que cónica; una de sus fases, la que daba frente al E., a la hoya de Imbabura, era muy precipitosa; y había otra al O., menos abrupta y cubierta en gran parte por la nieve. Por ahí debíamos hacer nuestro camino, y como alcanzáramos a ver un pedacito de terreno plano en buena dirección, todos pusimos ramos a la obra para transportar el equipaje allá. Hacíamos el segundo viaje cuando ocurrió una completa transformación; un cielo despejado se nubló por completo, la montaña se perdió entre la niebla, y después de la consiguiente caída de lluvia, granizo y cellisca, se desató una furiosa tempestad de nieve que volvió la atmósfera tan opaca que, a pesar de entrarnos a pocas yardas de distancia, no podíamos vernos uno a otro. Los naturales abandonaron sus cargas y escaparon, mientras Verity y los Carrel permanecían en su trabajo, procurando colocar las tiendas en medio de un diluvio de nieve que se arremolinaba en una verdadera tormenta; las ráfagas de viento hinchaban las lonas de las tiendas, desafiando sus esfuerzos para instalarla; el viento nos zarandeaba como a juguetes suyos, y ni los fuertes de Juan Antonio y Verity podían nada contra él. Fue esta la única ocasión en que encontramos imposible erigir debidamente nuestra habitación.

Las tiendas que llevé al Ecuador se parecían mucho a la descrita en *Scrambles amongst the Alps*; pero, las cuatro pértigas estaban divididas,⁶ fijándose las mitades inferiores en las superiores por medio de una espiga; de esta manera, separándolas, podía hacerse con ellas bultos de un tamaño conveniente para que viajaran a lomo de mula. La madera estaba barnizada para impedir

que absorbiera humedad; pero uno de mis ayudantes creyó hacerlo mejor raspando las espigas para que encajaran con más facilidad, y volvió las cosas peores aún de lo que estaban al principio; la madera se hinchó, y no se deslizaba con la misma facilidad que antes; y en la prisa del momento se plegó parte de la lona, impidiendo que una de las mitades inferiores ajustara con su correspondiente superior; nos esforzamos en vano para rectificar el daño y cuando, por último estuvo montada la tienda, tuvimos que relevarnos en las siguientes catorce horas soportando la esquina falta de apoyo para que no se viniera todo el establecimiento al suelo.

Por la mañana habían seis pulgadas de nieve reciente alrededor de la tienda y toda la montaña estaba cargada de ella. ¿Seguiríamos adelante? Si hubiera sido nieve seca, pulverizada, habría desistido de ello. No hay razón, aparte del mayor trabajo que supone, para no atravesar declives cubiertos de nieve reciente, con tal que ésta tenga cohesión; pero las partículas de nieve granular se sueltan con lentitud y, si el tiempo es frío, pueden pasar varios días antes de que se adhieran unas a otras. Felizmente, nunca vimos en el Ecuador nieve de esta clase, que es muy común en las regiones elevadas; nuestra nieve era húmeda. Debe ser el resultado de intensos fríos; pero, como al caer atraviesa una atmósfera cuya temperatura es bastante superior al punto de congelación, llega a tierra en estado de fusión y no tiene la tendencia, característica de la nieve granular, a deslizarse por los declives⁷.

Avanzamos, por lo tanto, después de una inspección preliminar y a las 11:35 del 24 de abril nos encontrábamos en el punto más elevado del Cotacachi. Ocupamos ciento noventa minutos en subir del campamento (14.490 pies) a la cumbre (16.301); ascendimos, en consecuencia 571 pies por hora, término medio muy inferior a los alcanzados en el Antisana y en el Cayambe, debido a la precaución con que caminábamos para evitar un desequilibrio de la nieve y debido también a lo más escarpado del terreno⁸. Noté que andábamos 657 pasos sin pararnos cuando nos hallábamos entre 15.000 y 16.000 pies de altura, lo que se puede comparar favorablemente para nosotros, con experimentos hechos por expertos alpinistas, a igual altura (presión) sobre el Mont Blanc. Aunque debo confesar que los pasos eran cortos como al principio del viaje éramos incapaces de hacer cosa semejante, hay razón para creer que en el transcurso de los últimos cuatro meses nos habíamos habituado un tanto a las bajas presiones.

La verdadera cúspide del Cotacachi es un pico de lava, rajado por el frío,

en extremo enhiesto hacia el fin y, en consecuencia, con poca nieve⁹. Lo estimo unos 150 a 180 pies más alto que el septentrional, o segunda cumbre. Esta montaña es quizás el undécimo de los altos Andes ecuatorianos. Dice la tradición que hace algunos siglos se encontraba en erupción y no es imposible que se halla enterrado su cráter bajo el glaciar que ocupa la depresión de entre los dos picachos¹⁰.

Regresamos a Cotacachi el 25 de abril. Los caminos estaban atestados de caravanas de indios que acudían al pueblo con inusitada presteza; y en él, todas las bocacalles de la plaza estaban obstruidas para impedir el escape del ganado. Su precipitación se explicaba entonces: ¿qué pasatiempo más dulce para ellos que acosar a un toro? ¿qué tiempo más adecuado para ello que la tarde de un domingo?

La flor y nata de Cotacachi se encontraba en la casa del cura, comentando acaloradamente un relato de la ascensión al Antisana que acaba de publicar el General Villavicencio en la Gaceta Oficial. Su Reverencia insistió en que debía leerse en público y envió a uno de sus mensajeros para que informara al pueblo que tenía que hacerles una comunicación. La noticia se espació como por obra de magia y el populacho nos siguió en masa, inundó el edificio en donde iba a verificarse la lectura hasta que no cabía un alfiler, se treparon a las ventanas y aun quedaron fuera miles de oyentes que extendían los pescuezos para alcanzar a oír las palabras de su Pastor, quien, desde una tarima elevada, después de una pequeña introducción, leyó todo un verídico relato, escuchado por su pueblo en silencio profundo y con la más concentrada atención, lo que demostraba su grande respeto por su conductor espiritual y evidenciaba su sed de información¹¹.

Cuando se terminó la lectura, regresamos a Otavalo y al día siguiente los Carrel partieron a Quito, acompañados por David y el arriero Jovial, dejándome con Verity y Cevallos. Mi salud no marchaba bien, y recibí ahí, en donde podían serme de provecho, algunas atenciones del Yankee Judío que se había hecho notable el día de Viernes Santo en la mesa de huésped; el lenguaje de este judío híbrido era con frecuencia muy grosero; pero, era un hombre afable, un comerciante ante todo, que lo mismo podía comprarle a uno el cabello que venderle un reloj; y yo procuré retornarle sus atenciones cuando nos volvimos a ver en la Capital. Encargué a éste y a un inteligente remendón que inquirieran por objetos antiguos en el lugar, durante mi ausencia, y el 28 de abril me dirigí a través de la provincia de

Imbabura, hacia Ibarra, pasando por los pueblos de Atuntaqui y San Antonio.

Una gran parte de esta provincia está ocupada por las montañas del Mojanda, del Cotacachi y del Imbabura; los declives de esta última se extienden desde Caranqui casi hasta la laguna de San Pablo, y por el O. principian a levantarse desde el pueblo de Ilumán. La parte fértil y cultivada de la provincia está en su mayor parte en la hoya formada por estas tres montañas, y su fondo no es tan alto como las de aquellas de que he hecho mención hasta ahora, constituyendo un delicioso término medio entre la rígida temperatura de las tierras altas y la sofocante de las bajas. La fertilidad de Imbabura se debe a esta temperatura un poco elevada, más que a cualquier diferencia del suelo; y la comparativa densidad de su población es una consecuencia de su fertilidad. Toda la región, entre los dos lugares que he mencionado, está salpicada de moradas, casas de campo indígenas como si dijéramos, provistas cada una de un pequeño lote de terreno, donde se podía cultivar todo, más aún de lo necesario¹². Se dice que la paga diaria de la gente es de solo un medio (dos peniques), aunque parece ser suficiente para sus necesidades. Tenían una apariencia pulcra de bien alimentados, y eran lo suficientemente ricos como para permitirse llegar a la embriaguez¹³.

Es muy placentero viajar por la provincia de Imbabura; los caminos bastante concurridos y secos están cubiertos de follaje que proporcionan grata sombra. Alrededor de Atuntaqui y San Antonio, en particular, hay un gran número de montículos artificiales, que miden desde 20 o 30 hasta 200 pies de diámetro, de forma semejante a los panecillos de los volcanes y que se consideran como túmulos, (tolas). Según el P. Velasco¹⁴, después de la derrota de las tribus de los Cayambes, Caranquis y Otavalos por el Inca Huaina-Capac, en la llanura de Atuntaqui se erigieron más de doce mil de ellos. Son muy numerosos; pero, no puede creerse que existan o hayan habido 12.000 en esta localidad. Hay otros en las cercanías de Caranqui que se dice han sido investigados, con resultados negativos, por compañías que se han formado con este objeto; se ha creído hallar en ellos oro y plata, y no se ha encontrado más que huesos y cacharros.

Los pueblos de que he hablado, tanto como los más grandes de la provincia de Imbabura, se hallaban aún en estado ruinoso, por efecto del terremoto del 16 de agosto de 1868. Ocurrió éste a la una de la mañana, y se cree que se originó en un espacio de terreno comprendido entre Otavalo y

Cotacachi siendo asunto de pocos segundos. Sus efectos se dejaron sentir solo en Imbabura. Parece que una sacudida con dirección N. repercutió, de las montañas de Colombia¹⁵, que cierran la provincia por ese lado, sobre Ibarra, pues la destrucción fue en este lugar más completa que en las villas que se encontraban más cercanas a la gran quebrada que se abrió por la noche. Me dijeron que no habían quedado en pie más de una decena de casa, y que existían listas en las que se demostraba que habían perecido 20.000 personas en Ibarra¹⁶.

Imagino que la perturbación que produjo la sacudida o sacudidas ocurrió a corta distancia bajo la superficie; pues si el foco hubiera sido profundo, el área influenciada habría sido mayor.

Llevé a Ibarra cartas de recomendación para el señor Teodoro Gómez de la Torre, el mayor propietario del N. del Ecuador, un caballero de quien se hablaba con respeto en todas partes. Una de sus acciones de más alto mérito fue que cuando estuvo de Candidato para la Presidencia de la República, después del asesinato de García Moreno, se retiró dejando el campo libre a Borrero, antes que consentir en que se dividiera su Partido. “Mi casa, solía decir, es el único hotel en Ibarra”; y mantenía bien su reputación de hospitalario.

El 29 de abril fuimos a Caranqui, un pueblo de 700 u 800 habitantes, a una milla y un cuarto al S. de Ibarra, ubicada en un nivel un poco superior. En este lugar procedimos como antes, preguntando a cuantos encontrábamos, exhibiendo los objetos que habíamos ya adquirido e interesando al cura y al Teniente Político en la pesquisa. Encontramos que se podía sacar bastante provecho del lugar; pero, mi creciente debilidad, y la imposibilidad de procurarme medios adecuados para mi curación, me advirtieron de que era ya tiempo de volver; y después de una segunda visita a Caranqui, regresamos a Otavalo, dueños de una colección que probaba la existencia de un gran número de utensilios de piedra en la América ecuatorial, y hacía presumir con mucho fundamento que había existido, en alguna época remota, una Edad de Piedra. Doy en seguida todas mis observaciones al respecto, aunque no pocos de los ejemplares a que me refiero los adquirí con fecha posterior.

Colocaré en primero lugar un género de objetos algunos de los cuales se incluyen en la ilustración de la página anterior, a los cuales, que yo sepa,

ningún viajero ha prestado especial atención hasta ahora y que pertenecen a un tipo muy numeroso en el Ecuador, y que quizás no pueden clasificarse como ornamentos, armas ni utensilios. Yo los llamo “Estrellas de Piedra”. Se encuentran donde quiera, entre Ibarra y Riobamba, y hasta se me hicieron embarazosas por su excesiva cantidad. La mayor parte son de seis puntas, y ninguna de más, puntas que proceden con simetría del centro, y todas tienen igual forma por ambos lados; algunas tienen solo cinco puntas, y unos pocos ejemplares son de forma irregular. Todas están taladradas y sus agujeros se han barrenado de lado y lado; sus dimensiones varían desde tres hasta cinco pulgadas de diámetro, y un cuarto de pulgada hasta dos de espesor. Su peso es desde cinco hasta de veinte onzas, y la mayor parte son fabricadas de roca basáltica y gabro. Esta clase de objetos se fundían también en metal; pero, de éstos se encuentran en el Ecuador muy raros ejemplares¹⁷.

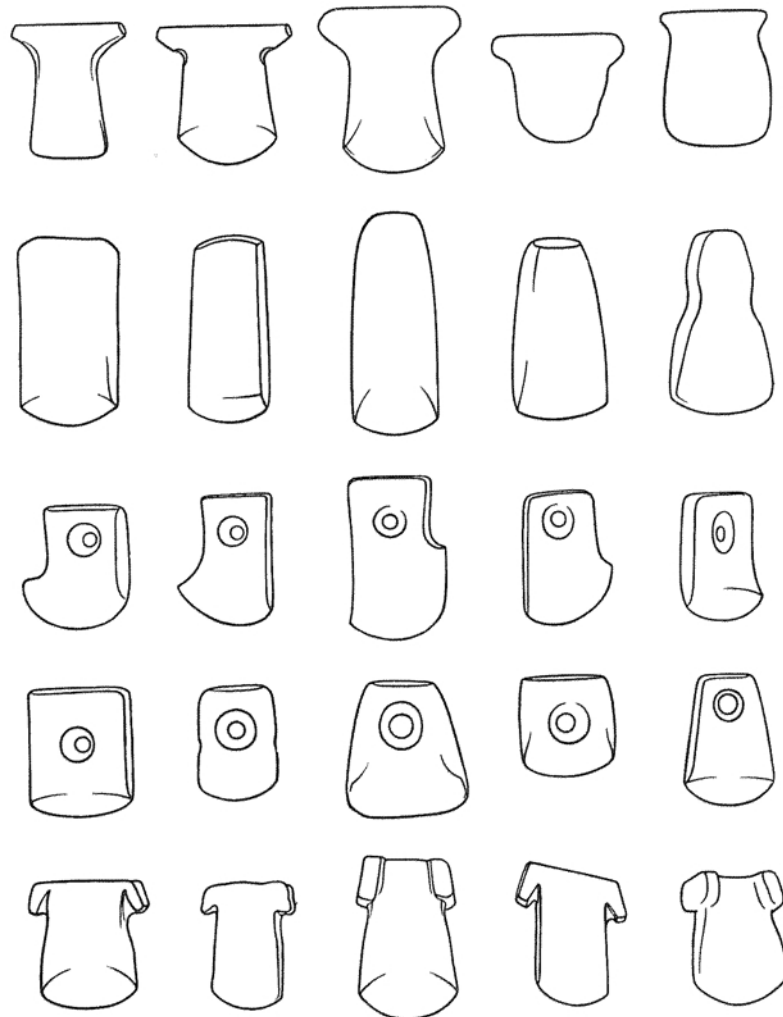
Aunque todas ellas poseen los puntos de similitud de que he hablado, casi no hay dos de idéntica forma. Unas son planas y delgadas, otras gruesas y otras se levantan en el centro, por ambos lados, en forma de cubo de rueda. El gran número que colecté de estos objetos fue motivo de sorpresa, tanto para los ecuatorianos como para mí mismo; aunque muchos conocían la existencia de estas Estrellas de Piedra, nadie parecía tener la menor idea de que fueran tan numerosas, y de que se encontraran en una distribución tan vasta.

Examinando los libros que se han escrito sobre los países vecinos, he encontrado varias referencias a estrellas de piedra y de metal; pero, ningún viajero demuestra sorpresa por su abundancia. En la relación *The U.S. Naval Astronomical Expedition to the Southern Hemisphere, during the years 1849-52*¹⁸, tomo II, pág. 138, se presentan dibujos de dos estrellas de bronce, encontradas en el Cuzco, Perú, una de las cuales tiene una de las seis puntas prolongada en forma de machado, lo que da la idea de que debe haber sido una clava de guerra o hacha de combate. En la obra de Squier sobre el Perú¹⁹, (pág. 177) hay una figura de un objeto, de seis puntas, que se dice ser una de las varias que el autor “casca-cabezas”. Parece que ha tomado este término de algún escritor anterior a él, y dice que entre los cráneos fracturados que encontró, “la mayor parte parecían trepanados por tales armas”. El Sr. Wiener, en su obra *Pérou et Bolivie*²⁰, presenta el dibujo de una estrella que encontró en Ancón, cerca de Lima, mostrando un mango insertado en el agujero central; y otro de un

objeto semejante, de bronce también, con mango. Lo mismo que Squier los llama casca-cabezas²¹. Los Dres. Reiss y Stübel, en su magnífica obra sobre las Antigüedades Peruanas conseguidas en Ancón²², hacen notar que “los pocos objetos de piedra encontrados aquí presentan ligeras señales de manufactura, excepción hecha... de una arma de piedra, en forma de ‘Estrella de la Mañana’... La piedra de seis puntas, única encontrada aquí, se halla en cualquiera otra parte, en los sepulcros peruanos, de ningún modo raros”.

Todos estos escritores parecen considerar estos objetos como hachas de combate, y quizás no estén equivocados en lo tocante a aquellas que tienen punta prolongada en forma de machado; pero, hay varias consideraciones que me hacen dudar acerca de la opinión de que todas las Estrellas de Piedra se usaban como armas. Los indios de esta región formaban un pueblo tranquilo, inofensivo y pacífico, como lo es hasta ahora; y dando por sentado que estos objetos son más numerosos que los de cualesquiera otras clases y se encuentran en todas partes, concluiríamos de ahí que una gran parte de la población estaba provista de armas ofensivas. Las Estrellas más grandes, que pesan hasta una libra y un cuarto, podían sin duda, usarse con provecho para este objeto; pero, las más pequeñas que pesan apenas unas pocas onzas no deben haber sido formidables; y, tomándolas en general, son menos adaptables a propósitos ofensivos o defensivos, que los demás utensilios que luego enumeraré. A esto debe añadirse que muchas están intactas, demostrando que de ellas no se ha hecho uso alguno. Francisco Campaña, un medio indígena que nos acompañó en la última parte del viaje, me dijo que había asistido a la apertura de algunas tumbas en el Perú, y que estas Estrellas de Piedra se encontraron colocadas sobre el pecho de los cadáveres; parece más verosímil que fueran para los Hijos del Sol, símbolos del astro que adoraban, antes que armas para romperse las cabezas.

Algunas de las herramientas de piedra recogidas por el autor en Ecuador



De los restantes objetos de piedra que recogí, un gran número debe, sin duda, clasificarse como utensilios; no pocos como ornamentos, quedando un residuo que puede haber servido para uno u otro objeto. En la lámina siguiente se presenta cinco tipos diferentes de implementos. En la serie de la A a la E, todos los bordes están redondeados, excepto los del fondo.

En la siguiente línea, de la F a la J, todos son del tipo cincel. A veces las puntas y los lados son planos o angulares e incluso redondos; los filos inferiores son cortantes. Las muestras de la serie siguiente de K a la O tienen algún parecido con un pico encorvado; los bordes de las puntas son planos; y todos están perforados de ambos lados. Las muestras de la fila siguiente tienen los mismos agujeros; de otra forma se aproximan al tipo cincel; mientras tanto el tipo representado en la serie de la U a la Y difiere de los demás en que tiene hombros salientes y (en ocasiones) en que tiene un surco a lo largo del borde de las puntas, aparentemente con el fin de facilitar el manejo. En muchos lugares encontré cinco tipos diferentes de utensilios, en gran número, que han sido, con evidencia, de los más comunes y generalizados durante la Edad de Piedra ecuatoriana. Varían muchísimo en sus detalles, y hay grande diferencia en su tamaño, espesor y peso. Los tipos P - T son los más numerosos y he colectado más de 50 ejemplares; la mayor parte tienen perforaciones que se estrechan hacia la mitad²³, aunque en otros la abertura es tan ancha interior como exteriormente, es decir, pasa recta de un lado al otro. La posición de los agujeros varía también: algunos son centrales; pero, la mayor parte están situados cerca de un extremo. El borde inferior es siempre el más agudo y, si muchos de ellos no cortarían mantequilla, hay algunos que pudieran cortar madera. Su peso varía desde 3 1/2 hasta 29 onzas y, como las Estrellas de Piedra, han sido trabajadas en diversidad de rocas.

Aparte de los muchos ejemplares de estos cinco tipos, obtuve una gran cantidad de indudables utensilios de los que se dan en seguida las formas en la figura mencionada. Los marcados E, J, K, L, N, y R son únicos, y los otros más o menos raros. El central, marcado M fue el único objeto para el cual los naturales pudieron asignar un uso; me dijeron que era un triturador de granos; éste pesa cinco libras y cuarto, y tengo otro que pesa once. Al marcado I, del que tengo varios ejemplares, el Sr. Thomas Ewbank²⁴ lo considera como “un martillo para ahuecar metales”.

Es posible que los marcados A, B y C, y sus numerosas variedades se

usaran con el mismo objeto. Más difícil es acertar el uso de D, F, G y H. Los objetos de esta clase están finamente pulidos, y trabajados en piedra dura. No parece inverosímil que se usaran para aguzar herramientas; el Sr. Wiener los encontró también en el Perú.

Los objetos de piedra pequeños que colecté, están contruidos de mayor variedad de materiales que los grandes. Cerca de una tercera parte son de roca basáltica, y hay también utensilios u objetos de cristal, azabache, jaspe, malaquita, sausríta, serpentina, pórfido y granito. Los objetos y utensilios más grandes pesan varias libras cada uno, y entre los pequeños hay muchos que pesan menos de la octava parte de una onza; tengo dos, un pocillo con mango, tallado con delicadeza y una figura humana en cuchillas que, juntos pesan menos de 24 gramos.

Entre los indudables ornamentos de piedra hay imitaciones de mazorcas de maíz. Estos ornamentos están citados con especialidad en la obra de Juan y Ulloa, hace cerca de siglo y medio, y parece que en este tiempo se los conocía mejor que al presente. Estos escritores españoles dicen²⁵:

“El maíz ha sido siempre la delicia de los indios; pues, además de constituir su principal alimento, de él hacían su bebida favorita, la chicha; los artistas indígenas, por lo tanto, solían demostrar su habilidad haciendo mazorcas en una clase de piedra muy dura; y tan perfecta era la semejanza que apenas podía distinguirse, a simple vista del natural; especialmente, porque el color estaba imitado en el más alto grado de perfección: algunas representaban el maíz amarillo, otras el blanco... La circunstancia más sorprendente de todas es la manera cómo trabajaban, la cual, cuando consideramos su falta de herramientas y la desgraciada forma de las que tenían, parece misteriosa; pues, o trabajaban con herramientas de cobre, metal poco adecuado para resistir la dureza de las piedras, o tenían que usar de otras piedras como herramientas, para dar a sus trabajos el hermoso pulimento que los hace notables”.

Squier presenta en su libro sobre el Perú, (pág. 91), un mal dibujo de estas mazorcas de piedra y dice que están mencionadas con especialidad por el P. Arriaga en raro libro sobre la Extipación de la Idolatría en el Perú, bajo el nombre zaramama y que eran dioses tutelares de los antiguos habitantes. Los ejemplares de la ilustración han sido encontrados en Caranqui.

Otra parte de los objetos de piedra que colecté son con toda evidencia, adornos, y muchas veces se encontraron aún en uso entre las indias, quienes se deshacían de ellos a regañadientes. En otros es difícil distinguir si sirvieron como adornos o como útiles; como sucede con las imitaciones de cabezas de animales, que parece que fueron las favoritas en la hoya de Riobamba, y con ciertos objetos que tienen más o menos la forma de un yunque, muy numerosos en la hoya de Imbabura.

Que la mayor parte de estos objetos son de considerable antigüedad, parece manifiesto por el hecho de que Garcilazo de la Vega hace apenas mención de ellos. Dice este autor que los indios:

“No tenían la inventiva de poner un mango de madera a sus martillos, sino trabajaban con ciertos instrumentos hechos por ellos, de cobre mezclado con una especie de bronce fino. Ni sabían construir limas, herramientas para esculpir, ni fuelles para fundir metales... Pero, sobre todo, sus carpinteros parecían los peormente provistos de herramientas; pues, mientras los nuestros usan muchos instrumentos de hierro, los del Perú no tenían otros que una hachuela y un pico hechos de cobre, los del Perú no tenían otros que una hachuela y un pico hechos de cobre; no tenían sierras, ni barrenos, ni cepillos, ni ninguna otra herramienta para el trabajo de carpintería, de modo que no podían construir arcos ni umbrales para puertas; únicamente desbastaban y cortaban la madera, y la blanqueaban, y entonces estaba preparada para sus construcciones; y para hacer sus hachuelas y picos, y unos pocos rastrillos, acudían a los joyeros, pues no habían alcanzado aún el arte de trabajar el hierro. Ni sabían hacer clavos ni usarlos; sino que ataban toda la madera con cuerdas de cáñamo. Ni sus picapedreros eran más artificiosos, pues para cortar y dar forma a la piedra, no tenían otra herramienta que una, hecha de ciertos guijarros y matacanes agudos, con la que más bien desgastaban la piedra por un continuo frotamiento, antes que cortarla”. *The Royal Commentaries of Peru* p. 52-3.

Por este pasaje se trasluce que los indios, en el tiempo de los Pizarros, usaban herramientas de metal para la mayor parte de sus trabajos. La última frase se refiere, con evidencia, solo al trabajo de piedras para construcciones. En los escritores antiguos, por lo general, nada he encontrado que indicara que tuvieran conocimiento de una Edad de Piedra; y los viajeros modernos, tanto como es dable juzgar por escasas referencias de sus libros, no parece que hayan puesto seria atención en el asunto. Descubrimientos que

se hagan en el futuro, me anticipo en decirlo, confirmarán mi opinión, de que la mayor parte de estos objetos y utensilios de piedra fueron ya antigüedades al tiempo de la Conquista Española, y que pertenecen a una edad muy anterior a los tiempos en que el Inca Túpac-Yupanqui conquistó el “Reino de Quito”, y en los que Huaina-Cápac asoló Imbabura.

En el curso de la investigación por objetos de piedra, pude conseguir varias otras cosas, en especial, piezas de alfarería. Los objetos metálicos me los ofrecían con gran rareza, y se los veía de ocasión; no oí hablar sino de una sola imagen de oro, que no la puede adquirir; los artículos de plata eran también muy escasos; y aun los de cobre y bronce, cuando se los encontraba en el país, los fundían enseguida, porque se suponía que estaban ligados con oro. La figura que se anexa de la cabeza de un alfiler de plata es una muestra de un tipo que fue otrora común y que hoy en día es raro. La estrella de seis puntas ilustrada en esta página y el par de destrales de la página 274 (que forman parte de una gran hallazgo en Cuenca) son casi todo lo que pude obtener en bronce.

La idea popular de la alfarería peruana (ecuatoriana) sigue el plan general de las grotescas formas de los cacharros que se ven en casi todos los museos. Squier dice que la mayor parte de éstos se han traído de los distritos costaneros del norte del Perú²⁶.

Vi pocos de ellos en el Ecuador, y los ejemplares que encontré es probable que hayan venido al país, del sur. La mayor parte de los usados en la antigüedad por los indios²⁷ que habitaban los altos Andes del Ecuador tienen un carácter peculiar, y se distinguen por la sencillez y a menudo, elegancia de sus formas. Hay tanto vidriados, como sin vidriar, de varios tonos de almagre y diferentes grados de finura; algunas piezas muy antiguas son de color gris. Esta alfarería indígena parece haber sido descuidada por otros viajeros, y yo me esforcé por hacer una colección tal de ella que pudiera dar una colección tal de ella que pudiera dar una idea acerca de los artículos de uso corriente en la antigüedad.

Las formas que parecen haber sido las más usadas se presentan en el grabado de la siguiente página.

Los asientos de estas vasijas son planos, redondos o terminados en puntas; estas dos últimas forma eran adecuadas para cocinar o calentar las vasijas

sobre el fuego. Los indios, aún hoy en día, apenas si están provistos de mesas; y en el pasado, quizás no tuvieron ni noticias de tal comodidad; se acurrucaban en el suelo y cocían sus alimentos con leña, y estos utensilios de asiento redondo o punteado, aunque impropios para colocarlos en una superficie lisa, se mantendrían erectos en las ascuas o presionándolas sobre el suelo terrizo.

Los naturales no dependían en lo exclusivo de estas sencillas vasijas; las mayores, en las que se efectuaban las más importantes operaciones culinarias, estaban provistas de pies cortos o largos (ver H-K) o incluso con patas (ver la figura inferior de la ilustración en la pág. 276). Algunas tenían un par de asideras (B, M, O) colocadas a conveniente altura para derramar los líquidos; y otras, diminutos mangos en la parte superior, de los que probablemente se suspendían la vasija. La vajilla con mango único, como en E y W, se la encuentra con más dificultad que la de doble. Muchas de estas vasijas y utensilios no están ornamentadas, aunque algunas tengan toscas representaciones del rostro humano (A, B, F, G, W). Ocasionalmente aparecen detalles ornamentales tallados, pintados o en elevación; y pocos de los más característicos llevan grabados encima.

De las formas menos comunes eran los potes triples representados en ésta página. Como sus partes están conectadas todas interiormente, no puede suponerse hayan servido de alcuza familiares; según toda apariencia, se construyeron para contener líquidos; pero, es muy difícil encontrar la ventaja que haya podido reportar semejante forma de construcción. Los potes dobles y triples eran numerosos en Imbabura; pero, traje pocos de ellos, por la razón que luego expresaré.

Luego viene la alfarería musical, deliciosamente fea, pero, más útil, a veces, que cartas de presentación. Apenas si se podía obtener de estas piezas aires sencillos, y en el viaje de retorno, mis ayudantes amenizaban el camino tocando estos primitivos instrumentos.

A los más interesantes, artísticamente considerados, de todos los objetos de alfarería que conseguí en el Ecuador, el Sr. Ewbank los ha llamado vase-busts, (bustos-jarrones). En la exposición publicada en The United States Naval Astronomical Expedition que ya he citado, da una mala representación de objeto de esta clase y dice, (en 1856): “se supone que no existen más de dos o tres”. Los cuatro ejemplares que obtuve eran,

sin duda, obra de cuatro diferentes artistas; y , aunque todos antiguos, no tiene la misma edad. Los modeladores indígenas no pudieron comprender que una persona humana tuviese una puntiaguda barba o un enriscado bigote hasta que los caballeros españoles invadieron su continente. En los jarrones más antiguos nunca se encuentran trazas de pelo sobre los labios o en la barbilla, y si presentan barba o bigotes, es señal inequívoca de que es obra posterior a la Conquista Española; este es el caso de una pieza que yo llamo “Don Vasija”. Los otros tres ejemplares presentan considerables caracteres de retratos, y quizás lo sean de personas eminentes.

La alfarería representada en las páginas anteriores la obtuve de varias maneras, proviniendo la mayor parte de ella de antiguos sepulcros que se violaban con frecuencia. El señor Gómez de la Torre, oyéndome lamentar de que nunca podía estar presente a la apertura de uno de ellos, tuvo la bondad de ofrecerme enviar todo el contenido de una tumba, y fue tan amable que cumplió su palabra. La caja, sin embargo, no llegó a Guayaquil antes de mi partida para Europa; y cuando llegó a Londres, encontré que todos los objetos que contenía habían sufrido muchísimo por los destrozaequipajes de Panamá y otras dañinas influencias: algunas piedras redondas, (quizás trituradoras de granos), habían danzado, destrozando la alfarería. Después de muchísimo trabajo pude restaurar una parte de los objetos los cuales pueden apreciarse en la ilustración de la página 281²⁸.



Hacienda Cusín (San Pablo) - Otavalo

Bastante satisfecho por el buen resultado de la investigación en Imbabura partimos de Otavalo para cruzar el Mojanda, el 2 de mayo, hacia Quito, con intención de hacer el primer día una corta jornada y parar por la noche en el pueblecito de Malchinguí²⁹.

Empaquetamos la alfarería con paja, subdividiéndola tanto como era posible; y como, aparte de ella, teníamos poco equipaje, pusimos toda nuestra atención en la seguridad de nuestro tesoro.

Principiaba a atardecer cuando pasamos las lagunas de Mojanda y principiamos a ascender por un largo declive que conducía al punto más elevado del camino; habíamos salvado su peor parte, y Verity y yo apresuramos el paso, adelantándonos a los demás, para llegar a nuestros cuarteles a buen tiempo. Media hora más tarde, mientras trataba de tomar algunos ángulos de posiciones, oímos gritos detrás de nosotros y vimos a Cevallos que venía corriendo y gesticulando “No sé cómo sucedió, señor; la vi caer en un precipicio; está muerta”. Había ocurrido un accidente con una de las mulas poco después que nos separamos. Regresamos juntos, y nuestro arriero nos señaló el sitio en donde había sucedido la caída, diciéndonos que la mula había rodado por el declive y desaparecido; no

podíamos verla, pues el lado de la montaña, un declive común de tierra y guijarros estaba cortado en ciertos puntos por algunas irregularidades.

Cevallos y Verity descendieron en su busca y reaparecieron cariacontecidos, trayendo un lío de ropas saturada de barro, y arreando a la desgraciada y vacilante bestia; la que, después de rodar unos cien pies se había lanzado desde una roca de unos 80 pies de altura, cayendo, al fin, en una charca lodosa. Aparte de la pérdida del aliento y la punta de una oreja, no había sufrido daño; pero, las cajas habían explotado: las soperas, los potes dobles y triples y otras preciosas reliquias de una civilización del pasado, golpeando en las peñas, se habían convertido en miles de fragmentos, sin esperanza alguna de recomposición. Abandonamos, pues, los restos del naufragio de nuestros frágiles tesoros en medio del desierto páramo.

Cuando cerró la noche nos hallábamos a varias horas de Malchinguí, vacilando y tropezando entre surcos y camellones. Los otros me imploraron que hiciéramos alto y, como accediese a ello, echamos pie a tierra y acampamos en una zanja lodosa en pleno páramo. He reposado sobre lechos mejores y más limpios; pero, después de todo, uno de barro no es el peor de los lechos; y pronto se acostumbra a él. En Malchinguí dejamos a la mula contusa para que se restableciera y yo apresuré el paso hacia Quito, con Cevallos que me seguía despacio, y llegué a la Capital el 3 de mayo a las 10 p.m., sintiéndome más muerto que vivo y pareciendo, según me dijeron, “un desenterrado”.

- 1 Había un buen camino de herradura desde Cayambe a la laguna de S. Pablo, y de ahí a Otavalo, una carretera bastante buena.
- 2 Este fue uno de los dos objetos despostillados que obtuve. Todos los demás estaban pulidos.
- 3 Imbabura limita al norte con Colombia, y al oeste, sur y este con las provincias de Esmeraldas, el Oriente y Pichincha. Está dividida en cuatro cantones, Tulcán, Ibarra, Cotacachi y Otavalo, los que se subdividen en veinte y nueve parroquias. Ibarra es la capital de provincia. Gran parte de ésta la ocupa el monte llamado Imbabura.
- 4 *Asplenium trichomanes*, L. (abundante=; *Cheilanthes myriophylla*, Desv. (abundante); *Cystopteris fragilis*, Bernh.; *Notholaena sinuata*, Kaulf.; *Woodsia mollis*, J. Smith; y otras.
- 5 La quebrada que bordeamos era una de las mayores; no tenía menos de seis millas de largo; se habría abierto en la noche. No puedo dar una vista de este notable rasgo porque las placas fotográficas expuestas en Iltaquei se destrozaron en el accidente que ocurrió cuando volvimos a Quito.
- 6 En los puntos donde los polos se cruzan se cortó un pedazo de lona, dejando un hueco en cada esquina del techo para la ventilación. Con frecuencia son necesarias estas aberturas cuando el clima es lluvioso y nevado, y se lo hizo cubriéndolas con revestimientos a prueba de agua.
- 7 Durante todo el tiempo que estuvimos entre los altos Andes del Ecuador nunca vimos una avalancha de nieve, ni huellas de tal suceso.
- 8 Dejamos el campamento a las 8:25 a.m. y fuimos hasta la cumbre sin hacer ninguna parada. El 24 de abril al mediodía, el barómetro de mercurio (calibrado a 32° Fahrenheit) leía 16.661 pulgadas y 36°5 Fahrenheit para la temperatura del aire. La observación hecha a las 11 a.m. en Guayaquil (con el barómetro calibrado a 32° Fahrenheit) fue de 29,869 pulgadas y 81° Fahrenheit para la temperatura del aire.
- 9 “Una roca gris púrpura que contenía pequeños cristales de feldespato blanquecino y muchísimas vejiguillas diminutas...La muestra del terreno parece consistir de una base brillante que contiene diminutas cristalinas; probablemente

feldespato en su mayor parte; pero quizá también un mineral pirocénico, con varillas de opacita y con óxido ferroso. En este aparecen cristales de feldespato plagioclástico que no sobrepasan las 0,3 pulgadas y básicamente tienen el mismo carácter de aquellos ya descritos pero que contienen, tal vez a menudo, vahlados y tienen una “apariencia sucia”. Estos cristales no son muy característicos, pero creo que tanto la augita como el hiperesteno pueden ser identificados. Estas rocas tomadas del Cotacachi parecen ser augita-andesita hiperestenífera” Profesor T. G. Bonney, *Proc. Royal Soc.*, 27 de noviembre de 1884.

- 10 Había en el Cotacachi abundancia del liquen *Stereaulon turgescens*, Nyl., y del musgo *Grimmia ovata*, Web. Y Mohr, entre las rocas de la cima. Vimos con frecuencia ejemplares de estos dos géneros muy cerca de la nieve, o rodeadas por ella (15.000 a 16.000 pies) y no era una rareza encontrarlos en tales posiciones. Encontramos cinco especies de *Grimmias* a 16.000 o más pies de altura, en varios lugares. En el punto más elevado había dos hierbas (*Trisetum Andinum* y una *Deyeuxia* que no está aún determinada), de las que sólo una raíz estaba bien desarrollada; se encontraban dos mil pies más arriba de su zona habitual, en la más expuesta exposición que pudiera escogerse, en donde, durante la mayor parte del año, la temperatura debía estar debajo del punto de congelación y el suelo duramente helado, y crecían, sin embargo, llenas de vida, con evidente florecimiento y próximas a la madurez. Es este el ejemplo más notable de esta clase que ha llegado a mi corregimiento.
- 11 García Moreno estableció la instrucción obligatoria en el Ecuador antes de que ésta se introdujera en la Gran Bretaña, y en 1880 era excepcional encontrar en el interior una persona que no supiese leer. Tenían, sin embargo, pocas oportunidades de conseguir en qué hacerlo, pues no había librería alguna en Quito, ni creo que en todo el país. La gente con la que tratábamos, (indios o semi-blancos) estaba siempre ansiosa de que se le leyese algo. En esta ausencia total de literatura y sed de información habría una buena oportunidad para una persona de empresa.
- 12 Vi las siguientes plantas cultivadas en esos pequeños lotes; maíz, trigo, cebada, caña de azúcar, algodón, alverjas, lentejas, fréjoles, patatas, yuca, berros, lechugas, coles y otras hortalizas comunes, plátanos, capulíes, frutilla, chirimoyas, limones, naranjas y uvas.
- 13 Hasta que llegamos a Imbabura no habíamos visto media docena de personas intoxicadas en el Ecuador. Pero cuando regresamos el 25 de abril, en la pe-

queña distancia entre Cotacachi y Otavalo, vimos a tres hombres que habían muerto por una intoxicación de alcohol, a otros bastante ebrios , y muchos, incluyendo mujeres, en una condición ética más o menos avanzada.

- 14 *Historia del Reino de Quito, por el Padre Juan de Velasco (traducida por H. Ternaux-Compans), 8vo París, 1840, volumen 1, pg. 53.*
- 15 Las montañas de Colombia cierra las provincias de Imbabura por ese lado. Aunque su altura general era muy considerable, en el mes de abril estaban desprovistas de nieve. N. del A.
- 16 Pero si se comprobara estas listas, quizás se encontraría una grande exageración, pues yo creo que Ibarra nunca ha contenido 20.000 habitantes. Al tiempo de nuestra visita se hallaba el lugar muy destrozado; el hospital, las escuelas, un convento y seis iglesias estaban en ruinas.

Este terremoto de 1868, los indios sufrieron menos que el resto de la población, debido, en especial, a la fragilidad y mayor elasticidad de sus viviendas. Algunos deben haber sido tragados por la abertura de grietas, pues en este distrito de tan densa población no podía, quizás en ninguna parte, abrirse una fisura de seis millas de largo sin que esto ocurriera.

En un reporte del Sr. Alfred St. John hecho al Ministerio de Relaciones Exteriores, fechado en Quito, el 14 de julio de 1891, se dice que la población íntegra de la provincia de Imbabura es de 67.940 habitantes; y la de Ibarra de 6.000 (ver nota de la pag. 1).

- 17 Es probable que muchas muestras de metal hayan perecido en la fundidora (como las hachas y otros implementos y armas) durante la fiebre de oro del Ecuador.
- 18 Por el Lieut. J. M. Gilliss, 4to. Filadelfia, 1856.
- 19 *Peru, Incidents of Travel and Exploration in the Land of the Incas, por E. George Squier, M.A., F.S.A., Comisionado americano tardío al Perú; New York, 1877. En la misma página Squier dice: "que si alguna vez se ha encontrado aquí armas de piedra, no he podido saberlo". En este pasaje él habla del Perú norteño, cercano a la frontera con el Ecuador.*

- 20 *Pérou et Bolivie, París, 1880, pg. 685, el Sr. Wiener fue enviado al Perú y Bolivia para recolectar antigüedades en 1875-7, obteniendo un gran número de objetos. Es de notar que de los cientos de grabados que aparecen en su libro sólo una media docena de objetos de piedra están presentes.*
- 21 Esta expresión, traducida, quiere decir, “Cascanueces”.
- 22 *The Necropolis of Ancon in Peru, W. Reiss y A. Stübel, Londres-Berlín, 3 vols. folio, 1880-1887.*
- 23 Estrictamente hablando estas perforaciones no son “avellanadas”. El diámetro disminuye a medida que se acerca a la mitad.
- 24 En la página 137 del *Report por el Teniente Gilliss, ya citado, dice el Sr. Ewbank: “La ranura trabajada alrededor del centro era el expediente universal para sujetar los mangos a los martillos, cinceles y hachas de piedra primitivos; es decir, dando vuelta con una varilla de madera de avellano u otra flexible, por dos veces alrededor de la muesca, enroscando entonces, o atando juntos los dos extremos, y sirviéndose de tal varilla como de un mango. Los herreros, aún hoy en día, ponen mango de esta manera a sus cinceles y punzones; pues no han descubierto manera superior de hacerlo que aquella que estaba en boga antes de que se conocieran las herramientas de metal”. El ejemplar a que se refería provenía del Cuzco, Perú. El Sr. Wiener, en la página 685 de su libro, llama “piedra de honda” a uno de estos; no está claro en qué se basa para decirlo. Hace algunos años, los indios de la costa del Pacífico Norte usaban implementos de piedra con estas características de la manera descrita por el Sr. Ewbank.*
- 25 *Relación Histórica del Viaje a la América Meridional, 4to, Madrid, 1748, §§ 1047, 1048. La cita proviene de la quinta edición inglesa, 8vo. Londres, 1807.*
- 26 Se puede decir con seguridad, dice, que las tres cuartas partes de la alfarería llamada peruana que se ven en los museos de Europa y América, han venido de la costa o de cerca de ella, y de éstos es probable que la mayor parte provenga de la región gobernada por los príncipes de Chimú (cerca de Trujillo), Perú, 177-8.
- 27 Entiéndase que todos los utensilios a los que estoy a punto de referirme están ahora superados por la alfarería moderna.

- 28 Con respecto al cráneo con ellos venido, el Sr. H. Flower me favoreció con la siguiente nota: “El cráneo procedente de Ibarra es, con evidencia, de considerable antigüedad, como lo demuestra por la sequedad y fragilidad del tejido óseo. Qué edad tiene es, naturalmente, imposible decir; pero nada hay en su condición que impida creer que fue enterrado antes de la Conquista Española. Por desgracia, es imperfecto; pues está roto el lado derecho de la cúpula craneal, quizás en la exhumación, pues las fracturas son recientes y faltan la mandíbula inferior y todos los dientes. Hay, sin embargo, bastante fundamento para creer que perteneció a un hombre de más de mediana edad y de un considerable desarrollo muscular. Su ángulo facial es de $76^{\circ}6$ y los caracteres étnicos generales son los mismos que con frecuencia se encuentran en los cráneos de los aborígenes americanos; pero es bastante más largo y estrecho, las órbitas son mas bajas y la nariz más ancha que de ordinario. Comparándolo con una serie de cráneos de los antiguos Muisca, procedentes de tumbas halladas cerca de Bogotá, que existen en el Real Colegio de Cirujanos, es evidente que es del mismo tipo general. DE otra suerte que la mayor parte de los cráneos antiguos encontrados en la localidad de cerca de la cual proviene, no presenta señales de deformación artificial en la infancia”.
- ¡29 Donde hay una pequeña posada; pero, entre ese lugar y Otavalo, no hay, creo, una sola casa. La más próxima habitación, bastante al O. es la hacienda de Alchipichi, un establecimiento grande situado en los declives del S.O. del Mojanda, a unos 1.400 pies sobre el fondo de la quebrada de Guayllabamba. El descenso de la quebrada al puente es en extremo abrupto.

ENRICO FESTA

*Desde Quito hacia Ibarra y Tulcán*²³

26 de Diciembre.- Voy con el Sr. Jacinto a la casa de a Sra. Naranjo, donde nos esperan el Sr. Norero y el Sr. Boggiano. La buena señora quiso invitarnos a un rico almuerzo y nos dio muchos alimentos para el viaje.

Salimos de la ciudad cruzando El Ejido, suburbio donde se encuentran muchos elegantes chalets, algunos muy bonitos. Pasando frente a la casa habida por la familia del Ministro de España, voy a dar un último saludo a esos queridos amigos. El Sr. Norero y el Sr. Jacinto con gran cortesía nos acompañaron por un buen trecho, pero llega el momento en que tenemos que separarnos de ellos y, conmovidos, nos despedimos de esos amigos tan buenos.

El camino, ancho y bastante bueno, corre hacia el norte cruzando verdes pastos y fértiles cultivos, sombreados por bosquecillos de capulíes y eucaliptos.

A unos 14 Km. de Quito, está el pueblo de Cotocollao, situado en un lindo campo y meta de numerosas excursiones de quiteños. Aquí también se ven muchas elegantes casas señoriales rodeadas de jardines bien sombreados.

Encontramos allá al Sr. Correa que nos espera; es el Copropietario de la hacienda La Concepción, y seguimos viaje con él. Después de Cotocollao el camino sigue recorriendo una zona fértil y verde hasta el pueblo de Pomasqui, que está a unos 10 km. de Cotocollao. Pasamos este pueblo para entrar en una región seca y arenosa, muy triste.

Se pasa por el pueblo de S. Antonio y se entra en el Valle de Guayllabamba, que es estrecho y muy profundo, tiene en el fondo el río Guayllabamba, y está rodado por empinadas montañas con poca vegetación; hay solamente árboles raquíuticos de mimosa y una especie de algarrobo, tunas, Cereus y pocas otras plantas. El clima es muy caliente y poco sano, y el que vive

23 Festa, Enrico, *En el Darién y el Ecuador, Diario de viaje de un naturalista, Monumenta Amazónica, No. 5, CEIA, Editorial Abya Yala, IAP, 1999, Iquitos, Perú, capítulos ix y xi.*

allí por algún tiempo tiene a menudo fiebres maláricas muy peligrosas. Muchas plantas de climas tropicales, especialmente la caña de azúcar, pueden (donde puede llegar el riego artificial) cultivarse con éxito.

Un interminable y estrecho sendero que baja serpenteando, nos lleva al puente sobre el río Guayllabamba, llamado puente de Alchipichi, lo cruzamos y trepamos por el otro lado, en una cuesta empinada, hasta llegar a una llanura ligeramente inclinada cubierta de fértiles plantaciones de caña de azúcar y alfalfa, pertenecientes a la hacienda de Alchipichi. El camino, después de seguir subiendo por un largo trecho, llega aun amplia llanura que se extiende al pie de la alta Cordillera del Mojanda, donde se encuentra a 2878 m. de altura, en medio de fértiles cultivos de cereales y alfalfa, el gran pueblo de Malchingui, donde pasamos la noche en un tambo bastante aceptable.

27 de Diciembre.- Salimos por la mañana temprano de Malchingui, y comenzamos a subir por la cordillera del Mojanda; después de cruzar una zona cubierta de bosques de árboles poco desarrollados, llegamos a una zona salvaje de páramos. En la estación de lluvias se dan aquí violentas tempestades de nieve, que hacen que esta parte sea peligrosa para el viajero. El punto más alto por donde pasa el camino está a unos 3800 m. Vemos dos lagunas: la menor se llama laguna de Caricocha y la otra laguna de Guarmicocha. Nos quedamos en las orillas de esta para almorzar, luego doy una vuelta para ver si encuentro aves acuáticas, pero no hay; se ve solamente un pato que no deja que me acerque.

Pasamos luego otra vez el páramo y lo recorremos por algunos kilómetros hasta llegar a una zona más baja, muy pintoresca, con bosques de árboles no muy altos, pero adornados con muchísimas plantas parásitas y epifitas, entre las cuales admiramos algunas bellas orquídeas. Son muy abundantes también los matorrales florecidos, por ejemplo numerosas y bellas fucsias.

Numerosísimas aves alegran estos bosques y entre éstas observé las llamativas pandora, (*Heliocbera rubrocristata*, D'Orb. el Lafr.), que en las ramas más altas de los árboles que se encuentran al borde del camino, están tranquilamente observando a los viajeros. Entre matorrales veo correr rápidamente la ágil *Grallaria monticola* (Lafr.), de la cual oigo en todas partes el fuerte silbido que es su llamado. Elegantes colibríes voletean delante de las floraciones de los matorrales y algunos dejan que

me acerque tanto, que casi creo poderlos agarrar con las manos. En lo alto de los árboles dan vueltas la elegante *Euphonia nigricollis* (Sclat.) y muchas otras avecillas de colores brillantes.

El camino, con amplias vueltas, baja poco a poco en el hermoso y fértil valle o planicie de Otavalo. Esta gran llanura está rodeada en parte por altos montes; al noreste se encuentra el empinado Imbabura, volcán apagado, que da el nombre a la provincia; al noroeste sobresale el pico nevado del Cotacachi, otro volcán apagado en cuya parte baja brotan varios manantiales termales.

El valle de Otavalo tiene muchos y ricos pastos y cultivos bordeados de verdes setos y con muchas chozas de indios sombreadas por bosquecillos de capulíes y toctes. Por todo lado se oye el eco del armonioso canto de los chiroles (*Trupialis bellicosa*, De Filippi), de los gorriones (*Zonotrichia pileata*, Bodd.), de los chugos (*Pheucticus crissalis*, Sclat.).

Los indios que viven en esta zona pueden ser llamados los indios más limpios del Ecuador. Los hombres tienen una chaqueta y pantalones de tela de algodón blanco; sobre los hombros tienen una chaqueta y pantalones de tela de algodón blanco; sobre los hombros tiene, como todos los indios, el poncho, y en la cabeza un sombrero de fieltro de color oscuro, ancho y bajo.

Las mujeres se visten más o menos como las de las otras regiones de la Sierra, pero en las cabezas tienen una larga faja de algodón blanco que forma un tocado parecido a un gorro. La ciudad de Otavalo se encuentra a 2580 m. de altura y tiene unos 4000 habitantes. Tiene casas bastante hermosas, casi todas construidas en los últimos años, porque en 1868 fue casi completamente destruida por un temblor.

Encontramos cómodo arreglo en un hotel limpio y bastante elegante. Otavalo tiene muchas fábricas de telas de algodón que casi todas se exportan a Colombia.

28 de Diciembre.- Salimos de Otavalo. El camino va al norte, casi plano, y bastante bueno, entre fértiles huertas donde se ve toda clase de árboles frutales que, favorecidos por el clima templado, crecen muy fuertes.

A unos 15 km. de Otavalo se encuentra la aldea de Atuntaqui, donde nos quedamos a almorzar en la casa de un arriero del Sr. Boggiano.

Los habitantes de Atuntaqui son muy trabajadores; son casi todos arrieros, los otros se ocupan de la fabricación de costales tejidos con la pita, es decir con las fibras textiles del “Agave americana” o de sombreros de fieltro.

En los alrededores de la aldea se ven numerosas lomititas de tierra, llamadas tolas, tumbas de los shiris, antiguos habitantes de estas tierras, muertos en una gran batalla contra Inca Huaynacapac.

Según los historiadores, Atuntaqui fue una de las principales fortificaciones de la nación Caranqui.

Saliendo de Atuntaqui nos dirigimos al este llegando a los pueblos de: Antonio y Caranqui. En esta zona también se ven muchas tolas.

Muchas de estas tumbas fueron destruidas por los buscadores de oro. En los antiguos sepulcros que se encontraron muchísimos objetos de oro muy valiosos, los buscadores de tesoro se dedicaron a buscar dentro de las antiguas tumbas. Pero en las que estaban cerca de Atuntaqui y Caranqui no se encontraron sino pocas armas y objetos de barro.

Los antiguos shiris enterraban a sus muertos así: ponían el cadáver en el suelo, poniéndolo sentado con las rodillas cerca de la cara; al lado ponían sus armas y otros objetos personales, con algunas jarras de chicha y otros alimentos; rodeaban todo este conjunto con un murito sobreponiendo luego piedras y tierra, para formar una sepultura alta algunos metros.

Los historiadores ecuatorianos cuentan que los shiris, y más tarde los incas, habían erigido en esta zona, templos, palacios y otros edificios monumentales. Actualmente ya no se ven huellas de aquellos monumentos; fueron probablemente destruidos por el azote del mal tiempo, o acaso fueron destruidos por los buscadores de tesoros, y sus materiales fueron usados más tarde para otras construcciones. Solamente las tolas siguen allá, para recordar aquellos antiguos habitantes.

Después de Caranqui, el camino vira hacia el noroeste y baja despacio hasta llegar a Ibarra, que yace a 2225 m. de altura en el pintoresco altiplano que forma el valle de Ibarra.

El terreno alrededor de la ciudad es muy fértil. En los jardines crecen lindos naranjos, limoneros, el durazno, el peral, etc., y varias plantas típicas del subtrópico, como el aguacate, la chirimoya, y una especie de banano, llamado guineo. Pero el suelo es muy húmedo en algunos puntos, y hay ciénagas, por eso el clima de Ibarra, a pesar de ser agradable, es bastante peligroso para la salud, y en ciertas estaciones se dan las fiebres maláricas. Al noroestes de Ibarra, en cambio, el suelo es muy seco y arenoso.

En Ibarra pido a la Sra. Mariana Cevallos, para la cual tengo cartas de presentación de un amigo mío de Quito, el Sr. Nicanor Palacios, que me acoja en su casa. El Sr. Boggiano y el Sr. Correa van a dormir a otra casa.

Los arrieros a quienes entregué mis cajas, ya habían llegado a Ibarra el día anterior, y entré todas mis cosas ya depositadas en la casa de la Sra. Cevallos. En estas ciudades de las provincias septentrionales del Ecuador las camas de los dormitorios, en que se hace dormir a los forasteros, no tienen ni sommier ni colchones, y en su lugar se encuentra una urdimbre de cuero, en tiras cruzadas. El viajero debe tener consigo su cama, sus sábanas, cobija y almohada, y debe tenderse la cama poniendo las cobijas sobre esa base tan poco suave. Las primeras noches es difícil dormirse, porque las tiras de cuero magullan la piel, dejando unas señales como de golpes. Pero luego uno se acostumbra. Por otra parte es muy útil que las camas no tengan ni sommieres, ni colchones, porque estos darían amparo a un sinnúmero de chinches, que en cantidades ya bastante notables invaden estas camas, provocando un tremendo tormento a los que deben quedarse en estas ciudades.

29-31 de Diciembre.- Gracias a la cortesía de la Sra. Mariana, pude fácilmente encontrar arrieros dispuestos a llevar a Tulcán mis cajas. Pero no quisieron viajar antes del 2 de Enero, porque querían pasar el primer día del año con sus familias. Yo acepté con gusto el atraso porque puedo hacer alguna excursión de caza.

El día 30 acompañado por el Sr. Boggiano, el Sr. Correa y un grupo de señores de Ibarra, hice una excursión a la laguna de Yaguarcocha, que se encuentra a unos 4 km. al norte de Ibarra.

Cuatro cargadores que gentilmente me buscó el jefe de la Policía, llevaban la embarcación Berthon.

El nombre de Yaguarcocha significa “lago de sangre” y se dio a esta laguna porque el Inca Huaynacpac, después de una victoria decisiva contra los indios caranqui, hizo masacrar y tirar al lago miles de los derrotados, al punto que el agua se hizo roja por completo por la sangre de las víctimas.

El aspecto de la laguna es muy pintoresco. Ocupa una amplia cuenca que se extiende a la derecha del río Taguando, y está rodeado, al este y al norte, por altos montes que forman parte de la Cordillera de Angochagua. Cerca de las orillas hay extensos y tupidos cañaverales donde viven muchas aves acuáticas.

Navegando con el Berthon a lo largo de los cañaverales, pude matar dos gallinas de agua.

Entretanto, habían llegado a la laguna muchos otros señores de Ibarra, que querían admirar mi embarcación. Como yo sabía que muchos de ellos veían, en esa ocasión, por primera vez una barca, con gusto se hubieran paseado por la laguna, dejé de cazar e hice hacer a cada uno de ellos un corto paseo en la barca.

Al día siguiente volví a la laguna con muchos soldados, concedidos por el Comandante de Armas Gen. Orellana, para llevarme la draga y otras redes y los recipientes llenos de alcohol.

Navegando a lo largo de los cañaverales, hice buen botín de gallinas de agua y somorgujas (*Podiceps juninensis*, Bern. et. Stolz. m.). Maté también unos patos (*Nettion andium*, Sclat et Salv.) y *Erismatura aequatorialis*, Salvad.

Pesqué también con la red-draga y la red “de ajedrez”, pero no logré pescar nada. Pero supongo que en esta laguna debe encontrarse la Preñadilla (*Arges prenadilla*, C et V.) que es abundantísima en los ríos que desembocan en la laguna.

Pescando con la red-draga entre las hierbas de la laguna, cerca de las orillas, hice también gran botín de crustáceos, insectos de agua, Irrudineos y Planarie O.

1 de Enero de 1897.- Celebro el primer día del año trabajando con ahínco en la preparación de las aves cogidas en Yaguarcocha. Por otra parte no

me atrevería en absoluto a salir justamente hoy, a las calles de la ciudad, porque el primer día del año los habitantes de estas ciudades suelen correr por las calles disfrazados, haciendo miles de locuras.

Se permite a los disfrazados hacer cualquier broma y a menudo se trata de bromas malcriadas y peligrosas. Se divierten a tirar a la cara o ropa de otros, cáscaras de huevo llenas de líquidos de colores o agua sucia, o también de otros materiales...muy hediondos; incluso llegan a agarrar a un infeliz transeúnte y le tiran a alguna fuente. Otros distribuyen generosamente latigazos a todo lado y hacen un montón de otras bromas groseras, que a menudo provocan sangrientas peleas. De las ventanas de la casa señoras y señoritas se dedican a lanzar a los transeúntes, cáscaras llenas de polvo, ceniza, agua sucia, etc., y se encienden así cómicas peleas parecidas a las que se ven en los días de los confetis en el carnaval de Roma.

2-3 de Enero.- Voy a Tulcán con los señores Boggiano, Correa y Manuel León, propietario de una hacienda en los montes al norte del valle del Chota.

Pasamos otra vez al lado de laguna de Yaguarcocha, luego comenzamos a subir en uno de los cerrarones de la Cordillera de Angochahua hasta un caserío de miserables chozas llamado Alluburo.

Después de Alluburo comenzamos a bajar por el valle del Chota. A medida que bajamos, la zona se va haciendo cada vez más seca y arenosa, y se parece al Valle de Guayllabamba.

Aquí también la vegetación es escasísima: solamente pocos y ralos matorrales de Mosquea (*Dodonea viscosa*), Chamanos (Croton?), Opuntia y Cereus y unos arbolitos raquíuticos de mimosa y de guarangos (*Prosopi* Sp.?).

Hacia el fondo del valle y cerca de las orillas del río Chota, los árboles de espibos y guarangos son bastante más desarrollados y tienen las ramas cubiertas con una curiosa planta parásita, parecida a una larga estepa (*Tillandsia usneoides?*), llamada por los indígenas “barba de salvaje”. En este profundo valle la temperatura es muy elevada. Los ardientes rayos de sol, que llegan como flechas sobre los desnudos peñascos, producen un calor sofocante. En los lugares donde se pudo hacer llegar el riego artificial, crecen, en cambio, estupendamente la caña de azúcar y todas las plantas del clima tropical. Se encuentran en esta zona ricas haciendas,

cultivadas por negros y mulatos que resisten mucho mejor que los blancos las fiebres que azotan a la gente en estos valles. El agua del Chota corren llenas de espuma en un profundo lecho lleno de grandes rocas.

Pase el punto construido sobre el río, y aquí tengo que separarme de mis simpáticos compañeros de viaje que se van al oeste, para ir a sus haciendas. Yo en cambio me dirijo hacia el noreste por un camino que sube serpenteando en el lado opuesto de valle, cruzando una región parecida en todo a la ya recorrida en la bajada. Vi aquí bastantes ejemplares de la lechuza de las guaridas (*Speotyto cunicularia*, Mol.), notable especie que vive en guaridas y subterráneos que ella misma cava. Suele quedarse en la abertura de su guarida, parada sobre sus tarsos, espiando el paisaje y desapareciendo a la primera señal de alarma, en su casa subterránea. Recojo también unos menudos saurios que corren entre las hierbas medio secas, hierbas malas que crecen entre rocas.

Al anochecer llegamos a un miserable tambo llamado de La Posta, donde pasamos la noche. El tambo no es más que una casucha-tugurio con ninguna clase de muebles. Merendamos con los alimentos que trajimos y para dormir me recuesto sobre mis cajas envuelto en una cobija. Después del tambo De La Posta, el camino sigue subiendo por un buen trecho, luego entre en una zona muy amplia de páramos cubierta de alto pajonal. Estos páramos tiene un aspecto particular, por los numerosos bosques que se encuentran especialmente en el fondo de los valles, y especialmente por una curiosa planta; que crece aquí en gran cantidad, llamada frailejón.

Esta planta (una especie de Espeletia) tiene un tronco negruzco de unos dos metros de largo, y un gran mechón de hojas arriba, cubierta por una especie de vellos gris ceniza. Sus flores son amarillas.

En esta zona vi muchos curiquingas, animales muy confiados que dejan que el transeúnte se acerque a pocos pasos. Los indígenas de estas regiones dan el nombre de curiquinga a los *Poliborus cherivay* (Jacqu.), que en esta zona sustituyen al *Phalcobaenus carunculatus*, del cual vi aquí poquísimos ejemplares. Los *poliborus chivay* en cambio son muy abundantes.

El caminos es pésimo. El suelo, formado de una especie de arcilla, cuando está mojado es tremendamente resbaloso, y los animales de silla y carga

logran mantenerse de pie con mucha dificultad. Las subidas y bajadas son especialmente peligrosas: continuamente alguna de nuestras mulas se cae y tenemos que perder mucho tiempo para levantarla y cargarla nuevamente.

Al anoecer llegamos a una aldea de montaña, llamada Tusa o San Gabriel a unos 2800 m. de altura, habitada sobre todo por pastores.

Pasamos la noche en la casa de uno de los señores de la aldea, que gentilmente nos ofrecieron posada.

4 de Enero.- Partiendo de Tusa, el camino pasa por fértiles pastos, y unos 12 Km.; después llega a Huaca, una aldea grande a 2.950 m. de altura.

Alrededor de Huaca, en los terrenos que no han sido labrados para hacer pastos o plantaciones, crecen tupidos bosques de árboles bastante altos, y especialmente al oeste y este se ven inmensas extensiones cubiertas de selva.

Mis arrieros me dijeron que en esta zona se encuentran, cerca de Huaca numerosos cementerios de los antiguos indios.

Mi caravana, y sobre todo los numerosos pájaros vivos y la osezna, excitan la curiosidad de los habitantes de la aldea, que se asoman en los umbrales de sus casas para vernos, pero elaborando las más extrañas conjeturas sobre nuestra identidad. Hay quien dice que somos saltimbanquis y que estamos yendo a Tulcán para luego ir a Colombia; por algunas palabras que pude oír al paso, parece que esta es la opinión general.

Los habitantes de esta zona tiene hermoso aspecto y carácter orgullosos y bravo. Los cholos que encontramos en el camino nos saludan con ademán lleno de dignidad, e incluso los indios no saludan a los blancos con esa aptitud humilde y servil que usan los indios de otras regiones. Los habitantes del Carchi fueron y siguen siendo los más turbulentos de todos los ecuatorianos, y no son capaces de quedarse tranquilos por largo tiempo.

Al noreste de Huaca se encuentra una alta cordillera, casi completamente cubierta por selvas, y con muchas cumbres, entre las cuales resalta el monte Mirador.

El camino cruza la aldea y luego se dirige hacia el norte, comenzado a subir serpenteando entre bosques y pastos llenos de aves: vi muchas Pandora (*Heliochera rubrocristata*, D'Orb. et Lafr.) y el Lincuangu (*Grallaria monticola*, Lafr.)

La lluvia, que ha caído casi toda la mañana sin parar, ha convertido el suelo en una peligrosa resbaladera, y nuestros pobres animales deben hacer todo el tiempo esfuerzos de equilibrio para mantenerse de pie.

Después de unos cuantos kilómetros de trabajosa cuesta, llegamos a una inmensa llanura cubierta de pajonal y frailejón, surcada por numerosos valles cubiertos de tupidos bosques.

A lo largo de la vertiente de la cordillera, que limita al noreste, esta llanura, está el confín entre Colombia y Ecuador. Hacia el este se ven dos cumbres altas se ven dos cumbres altas con sus nevados, el Cumbal y el Chiles, y otra cumbre, también muy alta, llamada Cerro Negro de Mayasquer. Estas tres cumbres son los conos de antiguos volcanes, y el primero es todavía activo, a veces emite columnas de humo.

El aspecto de esta región es salvaje, pero muy pintoresco.

Los arrieros me dicen que en esta parte se encuentran con frecuencia tres clases de ciervos: el gran Venado del Páramo, el Socci, más pequeño y de pelo rojizo y Chonta, especie de tamaño muy menudo. Probablemente este Chonta es La *Pudua mephistophiles*.

Después de atravesar los llamados Altos de Boliche, el camino baja serpenteado entre pastos donde se ven grupos de chozas de pastores.

Cruzamos al vado el pequeño río Chane y entramos en el valle donde se encuentra la ciudad de Tulcán. Poco antes de llegar a la ciudad, se cruza una llanura toda llena de pastos y cultivos, llamado El Ejido de Tulcán, como El Ejido de Quito.

Entro a la ciudad y pregunto por la casa el Sr. Estanislao Acosta, para el cual tengo una carta de presentación que me dio un hermano suyo que vive en Ibarra. Para llegar a esa casa tengo que atravesar toda la ciudad; aquí también, el paso de mi numerosa caravana suscita la más grande

curiosidad de los ciudadanos. Un oficial desea saber quién soy, me detiene y me pide el pasaporte. Le presento la carta que me dio S.E. el Gnral. Alfaro, y al instante él me llena de venía y cumplidos, ofreciéndome su ayuda en lo que yo pueda necesitar.

El Sr. Estanislao Acosta me recibe con suma cortesía, y me entrega no solamente un dormitorio, sino también una gran bodega, donde puedo cómodamente colocar todo mi voluminoso equipaje.

5-8 de Enero.- La ciudad de Tulcán tiene unos 4000 habitantes. Se encuentra cerca de 3000 m. de altura, a pocos Km. del río Carchi, que es límite entre Ecuador y Colombia. Su clima es más bien frío.

Alrededor de la ciudad se cultivan, en discreta cantidad, los cereales. Pero el recurso principal de esta zona es el pastoreo.

El comercio es bastante activo, pero esencialmente “de tránsito”. Del Ecuador se exportan a Colombia sobre todo tejidos de lana y algodón, y de Colombia se importa tabaco, azúcar, sombreros de paja, etc.

Como los precios de la aduana colombiana de Ipiales y de la ecuatoriana de Tulcán son altísimos, una buena parte de la mercadería se hace pasar por contrabando, y a menudo entre aduana y contrabandistas, se producen graves conflictos, y en ocasiones los de la aduana llevan la peor parte.

Las casas de Tulcán tiene las paredes hechas de adobes (son unos ladrillos muy gruesos, de lodo apisonado mezclado con paja), y casi todas tiene el techo cubierto de pajón.

La ciudad tiene algunos edificios notables, entre los cuales hay un colegio, regido anteriormente por los Hermanos Cristianos, un Hospital y una Iglesia. La ciudad es sede de la oficina de aduanas del Ecuador y de un Cónsul de la República de Colombia.

Una de las peores plagas de Tulcán es la abundancia realmente extraordinaria de piojos, pululan en todas las casas, incluso en las familias más notables. No existe forma de liberarse de esos asqueros animalitos que son terribles sobre todo para los viajeros. En ninguna parte vi con tanta frecuencia la asquerosa costumbre de las mujeres cholas e indias de aplastar entre

dientes estos sucísimos animales. Cuando dos de estas mujeres están juntas, una de las dos muy pronto se acomoda en el suelo apoyando la cabeza en el regazo de la otra, que, haciendo pasa de uno en uno entre el pulgar y el índice los pelos de la compañera, busca esos insectos los agarra con las uñas y se los lleva a la boca aplastándolos con los incisivos. Parece que ésta es una de las formas más agradables de pasar el tiempo de estas mujeres, porque no son capaces de quedarse un rato juntas sin entregarse a esta detestable ocupación.

El día después de mi llegada me fui de inmediato a visitar al Cónsul de Colombia, para saber de él de qué manera podría yo introducir en esa república mi equipaje. El cónsul Dr. Vicente Paz, caballero extremadamente cortés, me recibió con gran cordialidad, pero no me ocultó que encontraría graves dificultades, por los aranceles de aduana establecidos por Colombia para los objetos que provienen del Ecuador. Por esos me ofreció gentilmente acompañarme al administrador de aduanas en Ipiales, para intentar encontrar algún arreglo que me permita seguir mi viaje.

El día 7 nos vamos a Ipiales, por un camino bastante bueno que pasa por fértiles cultivos de cereales y pastos.

Recorrimos unos cuatro Km. y llegamos al río Carchi, no muy grande, que forma el límite entre las dos repúblicas y que se cruza pasando por un notable puente natural de tierra. Unos diez km. más hacia el noreste, a través de una llanura llena de cultivos, llegamos a Ipiales, pequeña ciudad de unos 10000 habitantes, no lejos del río Guaytara, a unos 3080 m. de altura.

Llegamos a la casa del cuñado del Cónsul, que nos recibe con gran cortesía y nos hace servir un estupendo desayuno.

Luego vamos a hablar con el Administrador de aduanas, joven caballero de Bogotá, cortés y delicado; pero él también se ve obligado a declararme que me encuentro en seria dificultad, porque los reglamentos de aduana en vigencia actualmente en Colombia, referente a todo lo que proviene del Ecuador, son extremadamente severos, y los impuestos exageradamente altos. Debería pagar impuestos no solamente por el alcohol, los productos químicos que llevo conmigo, sino también por todos los instrumentos de la embarcación “Berthon”, la carpa de campamento, las redes, los instrumentos

científicos, la ropa, la ropa blanca, etc. y lo que es peor, es que debería pagar también el mismo impuesto que se pagaría como si todas estas cosas fueran nuevas; de manera que por muchas de estas cosas, el impuesto superaría, casi su valor.

No hace falta explicar cuánto dolor me provoca esta triste noticia, y el gran asombro de que el Cónsul de Colombia en Quito, con el cual si había hablado antes de mi salida, no me haya avisado de esta gravísima dificultad, que amenaza impedir la continuación de mi viaje.

Al administrador, muy gentilmente, pidió por telégrafo al Gobierno Central de Bogotá la exención completa de los derechos de aduana para todas mis cosas, agregando que el gobierno ecuatoriano ya me la había concedido. Por mi parte telegrafíé al Cónsul Norero, que pidiera al Ministro de Italia en Bogotá que haga en lo posible para ayudarme.

Vuelvo a Tulcán completamente deprimido por este contratiempo inesperado.

Yo, convencido de que podía continuar tranquilamente mi viaje, había contratado una compañía de arrieros de Tulcán que debían llevar mis cajas a Pasto. Ya había pagado, tal como se acostumbra, la mitad el precio estipulado. Ahora, si tuviera que romper el contrato, perdería el dinero adelantado.

Como el cónsul Paz me dijo que en el caso más favorable yo no tendría ninguna respuesta de Bogotá antes de que pasen cinco días, decidí, para no malgastar el tiempo, aprovechar la cortés invitación del Sr. Estanislao Acosta de ir unos días a Huaca, una Hacienda propiedad de una hermana suya.

9-11 de Enero.- El día 9 salgo de Tulcán acompañado por José y dos arrieros con dos acémilas que llevan mi equipaje y los instrumentos necesarios para las recolecciones zoológicas. En Huaca la señora Mercedes Acosta me acogió con gran cordialidad e incluso llegó en persona para llevarme a su hacienda, que queda a unos 2 km. de la aldea.

La hacienda se encuentra en uno de los valles limitados por estribaciones de la Cordillera del Boliche; tiene una linda casa donde viven los dueños, en que puedo instalarme cómodamente.

Alrededor se encuentran pastos y cultivos de cebada, papas, “oca” melloco, habas, etc. Allá donde el terreno no ha sido labrado, hay espesos bosques de árboles bastantes altos. En muchos puntos haya ciénaga. Los troncos y ramas de los árboles están extremadamente cargados de plantas parásitas y epifitas, entre los cuales se ven muchas especies de bellas orquídeas.

En estas selvas viven unos cuantos mamíferos, propios del subtrópico como las Nasue O, los armadillos, etc.

Entre las aves encontré muchas *Sethopaga Bairdii*, Salv., *Diglossa personata*, Fraser., *Conirostrum Fraseri*, Sclat., *Poecilothraupis atricrissa*, Cab., *Buarremon spodionotus*, Sclat., *Cyanolyca turcosa* (Bp.), *Heliochera rubrocristata* (D'Orb. et Lafr.), y *Grallaria squamigera*, Prev. Vi una sola especie de *Trogon personatus* (Gould), del cual maté unos cuantos ejemplares.

Entre los gallináceos, es bastante frecuente la *Penelope montagnii*, (Bp.). Recogí también bastantes insectos y otros animalitos.

Los Lepidópteros son representados por pocas especies.

El día 11 salgo de Huaca y por la noche estos nuevamente en Tulcán.

En el Valle del Mira

El 1 de Abril dejo Ibarra para ir a “La Concepción”.

Hasta el río Chota, recorro el valle ya recorrido en el viaje a Tulcán; luego paso el río sobre el Chota, curvo hacia el noroeste y sigo la orilla del río.

Un poco más abajo del puente está la confluencia entre el Chota y el río Ambi, y de este punto, hasta la desembocadura en el océano, el Chota toma el nombre de Mira. Cerca del río la vegetación es muy abundante, mucho más que en las paredes del valle: árboles de Guarangos (*Prosopis*) y mimosas de dimensiones bastante notables, enormes Cereus, nopales y pitas se encuentra a todo lo largo del camino.

Este lado del valle del Mira está formado por amplias y planas terrazas. En los puntos donde los colonos lograron hacer llegar el riego artificial, se han hecho plantaciones de caña de azúcar y algodón. El agua que sirve para el riego llega aquí de lugares muy alejados, y su canalización ha costado un trabajo largo y difícil.

Muchas ricas haciendas se encuentran en este valle. Pasamos por las de Huasquer. Santiaguillo, Burras, etc. Las viviendas de estas haciendas son grandes chozas de paja y lodo, con el techo de pajón. Los trabajadores son casi todos negros, porque solamente los negros pueden resistir un poco al clima dañino y las fiebres malignas endémicas de este valle, uno de los lugares más insalubres del Ecuador.

Cerca de la hacienda “Burras”, tengo el gusto de apretar la mano de los señores Boggiano y Correa, que con gran cortesía han ido a mi encuentro, y recorro con ellos los pocos kilómetros que no separan aún de la “La Concepción”. Esta es una enorme y fértil hacienda que se encuentra en una de las más amplias terrazas situada en la orilla derecha del Mira.

Las chozas habitadas por los negros que trabajan en la hacienda, forman una aldea que, por la disposición de las viviendas y la población negra, de la impresión ilusoria que uno se encuentra en un valle africano. Los negros que viven allá son robustos y bien hechos.

La casa habitada por los señores de la hacienda es bastante cómoda. Mis gentiles anfitriones me asignaron un bonito cuarto y una amplia bodega,

donde pude colocar mis cómodamente mis cajas.

Até mi joven osa con una larga cadena, a uno de los pilares que sostienen la “varanda” de nuestra casa, así puede divertirse trepando y molestando a los transeúntes. Muy pronto ha conquistado las simpatías de todos por su mansedumbre y sus actitudes cómicas.

2-30 de Abril.- El cultivo de la caña y el algodón, son los dos más importantes de la hacienda. El algodón es enviado a las hilanderías de algodón de Quito, y de la caña se saca el aguardiente, el alcohol, y azúcar de excelente calidad que se vende mucho en Ibarra y Quito.

Maduran aquí casi todas las frutas de los climas tropicales, como los guineos, las chirimoyas, el aguacate y muchos otros.

El río Mira tiene un lecho muy profundo. El fondo de su valle es unos 200 m. y más, más abajo de las mesetas o terrazas que forman sus lados. Las dos orillas del río están cubiertas de vegetación bastante rica, y en eso son diferentes de las paredes del valle. En muchos puntos, a lo largo de las orillas, el terreno forma ciénagas, donde crecen en abundancia la caña brava, el carrizo, varias liliáceas, gigantescos equisetos (cola de caballo) y varias otras clases de plantas acuáticas.

Salen en esta zona varios manantiales, y en las pozas y riachuelos que forma, pesqué un buen número de Doradillas ²⁴ y Preñadillas (*Arges preñadilla*, C. et V.). Esta segunda especie de pececillos tiene carne muy sabrosa, en cambio la doradilla no.

En el río Mira pescamos también algunos ejemplares de Sabaletas (*Brycon atricaudatus*, Kner), pez que llega a tamaño bastante grande, y tiene carne de delicado sabor.

Al noreste de la “Concepción”, se encuentran altas montañas que forman las estribaciones de los páramos del Angel. La flora de las faldas de estas montañas es casi idéntica a la del valle; más arriba, hay grandes selvas con árboles bien desarrollados, parecidos a los de la región que rodea Huaca.

La hacienda de la “Concepción”, posee en esta zona y en la superior, de los páramos, que lindan con los del Angel, un amplio territorio, llamado

²⁴ *Tetragonopterus simus* (sp. nov.) Boulenger.

La Convalecencia, donde se cría, muy exitosamente, y en importante cantidad, ganado vacuno. Además, la selva proporciona en abundancia el comestible necesario para la fabricación del aguardiente y el azúcar.

En el valle, la temperatura es muy elevada durante el día, y en cambio las noches son relativamente frescas. Por la mañana el termómetro marca habitualmente, de 19 a 22 grados c. y de día sube a 27,30 y aún más grados c.; el barómetros oscila entre los 638 y los 645 mm.

Del día 21 al 30, cayeron algunos aguaceros que refrescaron la atmósfera y fortalecieron la vegetación. Me pareció que incluso los insectos, después del aguacero, se hicieron más abundantes.

Me dijeron que en estos bosques se encuentran numerosos venados. La descripción que se me dio de éstos me hizo pensar que se trata de una especie perteneciente al género *Coassus* (*Mazama*). Varia veces estuve acechando a estos animales, en los puntos que me parecían más favorables, pero no tuve la suerte de ver ninguno. Había recomendado también a varios otros cazadores, que me dieran algún ejemplar, pero nunca nadie me dio ninguno.

En general, hice escaso botín de mamíferos; una única especie de quiróptero, El *Desmodus rotundus* (E. Geoffr.), una especie de pequeño carnívoro (*Mustela flaviventris?*), varias especies de Muridi y un ejemplar de armadillo; he aquí todas mis presas.

En cuanto a las aves, cerca de la hacienda encontré varias especies que se encuentran también en otros lugares de la zona interandina, como el *Pheucticus chrysogaster* (Less.), el *Pyrocephalus rubineus* (Bodd.), el *Tinnunculus cinnamominus* (Sw), la *Zenaida auriculata* (Des Murs), y la *Chamaepelia passerina* (Linn.). Estas dos especies de tórtolas son muy abundantes, y su sabrosa carne, junto con la carne de chivo, forman casi todos los días la base de nuestras comidas.

Aquí se encuentra también varias especies propias de las zonas tropicales, como el *Troglodytes albicans* (Berl.), el *Saltator albicollis* (Vieill.), la *Volatinia jacarini* (Linn.), el *Tyrannus melancholicus* (Vieill.), La *Crotophaga ani* (Linn.) y otras.

En los bosquecillos a lo largo del Mira, encontré frecuentemente la *Calliste vitiolina* (Cab.), la *Piaya cajana* (Linn.), un poco menos la *Leptoptila verreauxi* (Bp.) y el *Coccyzus melanocoryphus* (Vieill.). Entre los colibríes, pude capturar ejemplares de las siguientes especies: *Calliphlox mitchelli* (Bourc.), *Petasophora cyanotis* (Bourc.), *Eucephala grayi* (Del. et Bourc.), *Chlorostilbon pumilum* (Gould).

En las selvas de la “Convalecencia” observé el *Ostinops atrocastaneus* (Cab.), la *Cyanolitta turcosa* (Bp.), el *Xiphocolaptes compressirostris* (Tacz.), y en los bosquecillos esparcidos entre los pastos de la zona, cerca de los páramos, encontré el elegante *Hipoxanthus brevirostris*, (Tacz.), y el *Geranaetus melanoleucus* (Vieill.), así como el *Bubo nigrescens* (Berl. et Tacz.), y el *Glaucidium jardinei* (Bp.). Vi algunos ejemplares del *Phalcobaenus carunculatus* (Des Murs) cerca de los páramos del Angel. Además, recolecté bastantes culebras, muchos insectos y otros animales pequeños.

La solemnidad de las Pascuas, la “Pascua de Resurrección”, se celebra con gran pompa en las haciendas de estas regiones. Por la ocasión, el cura de la aldea de Mira llega a cantar misa en la gran iglesia de la hacienda, y los negros hacen grandes francachelas por dos días, y grandes juergas y danzas. Los propietarios regalan barriles de aguardiente; se matan muchas vacas, y las amas de casa compiten en la preparación de las más sabrosas y complicadas comidas.

Así que, la noche de la víspera del Domingo de Pascua, todos los negros de la hacienda se reunieron delante de la casa del amo, para hacer homenaje a los dueños y comenzando así la fiesta. Comenzaron con un concierto con banda musical, uno de los más extraños que tuve la ocasión de oír en mi vida, aparte del bombo; todos los otros instrumentos eran lo más primitivo que se puede imaginar, adaptando con mucha habilidad a sus labios pedazos de hojas de banano, imitaban muy bien el sonido de las flautas; los pífanos y clarines; otros, soplando dentro de zapallos vaciados, imitaban el sonido de trompetas y trombones. Con estos instrumentos preadamíticos, los negros lograban tocar bastante bien varias piezas bailables y marchas militares.

Cuando el concierto terminó hubo la premiación de los músicos, con abundante distribución de aguardiente. Entonces comenzaron las danzas.

Acompañan tales bailes los cantos monótonos de todas las mujeres espectadoras, que además, palmotean todo el tiempo, y la salvaje música de dos instrumentos: la bomba y el alfandoque. La bomba es una especie de barril de dos fondos, formados por dos pergaminos templados: el músico golpea los pergaminos con los dedos de ambas manos sin interrumpirse nunca, ni siquiera para tomar el aguardiente, que un compañero le sirve continuamente, llevando él mismo el vaso a los labios del otro. El alfandoque es un pedazo de caña lleno de arveja seca y cerrado en las extremidades por pedazos de pergamino: el músico lo sacude violentamente, en forma rítmica, y la arveja, golpeando las paredes de la caña, y los pergaminos templados, produce un fuerte ruido que, unido con el redoble de la bomba, el palmoteo y el canto de las mujeres, forma una música barbárica que hace pensar que uno se encuentra en el centro de Africa.

Las danzas de estos negros son variadas, pero las preferidas son dos. En una la mujer de una pareja de bailarines finge atacar a su compañero intentando golpearlo con la cabeza como lo haría un toro que quiera cornear; el bailarín, con variadas y cómicas contorsiones intenta esquivar los golpes, sin interrumpir la danza. Luego los papeles se cambian: el hombre ataca, la mujer se defiende, y al final ella le abraza y la danza termina. El otro baile parece al llamado la Chilena: el bailarían y la bailarina se mantienen unidos por medio de dos pañuelos, de los cuales cada uno tiene, con la mano, una de las puntas; la habilidad de los bailarines consiste en ejecutar, con toda la agilidad y velocidad posible, varias vueltas, sin perder el tiempo, ni separarse de la pareja, ni enredarse con los pañuelos.

Las abundantes libaciones de aguardiente excitan los ánimos conforme sigue la fiesta, los movimientos se hacen cada vez más licenciosos y los cantos de los espectadores más atrevidos.

Después de algún tiempo, los dueños de la hacienda despidieron a los bailarines y sus compañeros, y todos los negros volvieron a su aldea, donde los bailes continuaron toda la noche.

El día de Pascua, el cura de Mira celebró la misa en la iglesia de la hacienda, con la asistencia de la población entera de la “Concepción” y la “Convalecencia”.

Después de las ceremonias religiosas, las danzas volvieron a empezar,

así como la toma del aguardiente, y la farra siguió todo el día y la noche siguiente.

Las exageradas libaciones ocasionaron unos cuantos violentos altercados entre los negros, pero por suerte sin graves consecuencias.

Un día asistí con el Sr. Correa a un “rodeo de ganado” en la “Convalecencia”. El ganado, en esta hacienda, como en todas las otras de los páramos del Ecuador, se lo deja moverse libremente por las montañas. Una ancha y profunda zanja cavada a lo largo de los límites de la propiedad, impide a los animales salir.

Dos veces al año los vaqueros van a buscar el ganado en las montañas, y lo reúnen en un amplio corral cerrado con troncos. Allí cuentan las piezas de ganado y las marcan con un hierro candente.

El rodeo es un espectáculo extremadamente pintoresco. Los vaqueros deben hacer una auténtica cacería a toda velocidad, para lograr que el ganado se reúna el corral. Montando robustos y agílísimos caballos, persiguen los animales semisalvajes y, con la ayuda de perros muy bravos, los cansan. El animal perseguido, cuando está cansado, corre hacia algún torrente y se tira al agua, enfrentando a los perros. Entonces el vaquero se acerca y, con gran habilidad, le lanza el lazo al cuello. Cuando el vaquero ve que el lazo agarró al animal, hace retroceder violentamente su caballo, así que el lazo se estira fuertemente y la res se cae. Entonces permite que se levante y la lleva al corral.

Parece imposible que un vaquero pueda lanzar al suelo de esta forma los más robustos y feroces toros.

Estos vaqueros son habilísimos en lanzar el lazo, y en esto no son absolutamente inferiores a los cow-boys norteamericanos ni a los gauchos argentinos.

Sin embargo, existen unos toros, denominados “toros bravos”, que nunca se dejaron agarrar por el lazo. Estos toros son muy peligrosos, porque asaltan al hombre incluso sin ninguna provocación cuando se los encuentra solos en el páramo. En cambio, si están en compañía de otras reses, casi nunca atacan.

Cuando todas las reses están reunidas en el corral, los vaqueros cogen a las bestias de una en una con el lazo, las tumban y las marcan con un hierro candente, con marcas distintas según la edad. En ocasión, curan también las heridas y llagas que pueden eventualmente tener las reses.

El ganado recogido de esta manera, es mantenido un día o dos en el corral, y luego se los suelta nuevamente.

El ganado vacuno de estas regiones es hermoso y muy fuerte. Su leche no se aprovecha porque las hembras viven en libertad y no sería posible, casi ordeñarlas. Por otra parte esas vacas tienen a duras penas la leche suficiente para alimentar sus terneros. En las haciendas algunas vacas son mantenidas encerradas en un corral para obtener su leche, pero aún así dan poquísima.

Un cazador negro, que vive en las selvas del valle inferior del Mira, había ido a visitarme y me había dicho que me llevaría a pasar un tiempo con él en esas selvas, riquísimas, según me dijo, de caza. Yo había aceptado su ofrecimiento, pero él se fue a Ibarra, y luego ya no asomó, a pesar de su promesa de pasar viéndome después de unos días.

Por muchas investigaciones que hiciera en los días siguientes, no logré conseguir ejemplares del venado Socci.

VIAJEROS DEL SIGLO XX

ARTHUR CLIFFORD VEATCH

*De San Pablo a San Gabriel*²⁵

Llegamos a esta Hacienda al mediodía de ayer y tal fue la hospitalidad de esta gente que esperaban que nos quedásemos al menos dos semanas con ellos, de suerte que habían planificado varias excursiones a lugares de interés en las vecindades. Nos comprometimos a quedarnos hasta la mañana siguiente. Esta casa es mucho más nueva que la de la hacienda Cusín. Su dueño, el señor don Ignacio Fernández Salvador, pasa mucho tiempo en París y efectivamente se encuentra allí al momento. Por eso las habitaciones de la casa tienen con acabados y decoración francesa de estilo moderno, son muy confortables y en una de ellas se encuentra una gran biblioteca con las mejores obras en francés -ciencia y literatura, y una variedad de novelas francesas contemporáneas.

El frente de la sala es todo de vidrio y nos la vista completa de un paisaje lleno de solaz y descanso. Al fondo, llenando la depresión del valle, está el lago, que tiene casi un kilómetro de longitud y está lleno de patos salvajes, bordeado de senderos y arbustos en flor, acompañados de algunas coníferas que magnifican el efecto del paisaje. El embarcadero artificial al final del lago está oculto por una inclinación del valle y no hay ningún elemento discordante en la vista desde la ventana de la sala. En la distancia, varios kilómetros al este a través de la planicie cubierta de pastos, se encuentra un borde montañoso bastante regular, más bien bajo y cubierto de vegetación, que se hunde más adelante en la cuenca fluvial del Amazonas.

La Hacienda Cusín se halla en un valle angosto en el extremo sur de la hoya de Ibarra, con picos rocosos de volcanes; la hacienda El Vínculo, por su parte, está cerca del extremo norte de la hoya, en medio de un valle ancho y con ligeras ondulaciones, cuyas montañas se elevan apenas a 600 metros de altura y están rodeadas de despeñaderos de rocas filosas. Al norte y al oeste se hallan los páramos del Ángel y de los Altos de Boliche, y al otro lado de estos está la hoya de Tulcán-Túqueres, que comparten Ecuador y Colombia.

25 Veatch, A. C., *From Quito to Bogotá*, George H. Doran Company, 1917, New York, capítulo iii.

La planicie donde nos encontramos en este momento tiene una elevación promedio de 2.800 metros y es ligeramente mayor que el nivel más alto de la hoya de Quito. Aunque parte del primer nivel de la hoya de Quito limita con el borde de esta planicie, su área total es mucho menor que el valle de segundo nivel. A su vez, el valle de primer nivel de la hoya de Ibarra es extenso sólo en el extremo norte de la cuenca, donde cubre una superficie de 400 kilómetros cuadrados, y es tan importante como el de segundo nivel; éste último está interrumpido no sólo por los ríos que lo atraviesan sino también por los nudos de ambas hoyas.

El segundo plano, con una elevación de 2.250 metros es mucho más bajo que su similar de la hoy de Quito. No observamos ningún tipo de valle de tercer nivel, aunque hay razones para suponer que se encuentra en la región de Salinas, con una elevación mucho menor que el tercer nivel de la hoya de Quito. Entre el nivel superior y el nivel medio, a través de un profundo cañón, corre el río Chota por la mitad de la cuenca en dirección este y oeste y confluye con el Ambi, que trae las aguas que vienen de Otavalo al Mira. Este río cruza la cordillera en dirección noreste hacia el Pacífico en el lecho abierto en un valle natural. La segunda planicie se extiende en esta dirección a lo largo de las riberas del valle del Mira.

Hay cierta dificultad en asociar la llamada cordillera occidental a través del río Mira con el nudo que se halla al norte y al este. La concepción de los Andes como una doble cadena montañosa debe ser modificada para entenderla más como una cadena sola en cuyo parte superior se sitúan estas hoyas.

Dejamos nuestro placentero hospedaje en el extremo sur de esta hoy a las nueve de la mañana del 4 de julio, una hora después de que los hombres con la carga habían partido con instrucciones de esperarnos en Ibarra, donde planeábamos pasar la tarde y la noche. Cruzamos la población de San Pablo, donde los ciudadanos, henchido de orgullo cívico, habían empezado la pavimentación de sus calles, y seguimos por el borde del lago que reflejaba como espejo los montes adyacentes. Luego cruzamos por un borde del Cerro Cunru siguiendo un sendero que pasaba por sementeras de cebada y alfalfa, antes de terminar en la ancha carretera que conduce de Otavalo a Ibarra y a lo largo de la cual podrían transitar automóviles de una ciudad a otra si no fuera por dos puentes rotos.

Al paso nos encontramos en el valle de segundo nivel que se extiende hacia el norte y se encuentra entre el borde occidental y una serie de elevaciones de la cual el Imbabura es el último al norte. La cresta del borde occidental se halla a 40 kilómetros y nos separa de ella no sólo la cadena Cusín-Cunru-Imbabura sino también una pequeña cadena que viene desde el Cayambe. Por lo tanto, nos encontramos en el tercio septentrional de la hoya de Ibarra.

A la izquierda, más allá del río Blanco, se observan las torres de la iglesia y los edificios de la hermosa ciudad de Cotacachi, en tanto que hacia el noroeste se eleva ligeramente sobre la masa que forma la cadena occidental, a manera de un cono simétrico cubierto de nieve, el viejo volcán del mismo nombre (4.900 metros). A la distancia, con dirección al norte, se encuentra un monte que se eleva sobre el nivel promedio de las montañas occidentales: es el Yana-urcu o Monte negro, llamado así porque su cumbre está compuesta de roca volcánica que contrasta con la nieve que de cuando en vez cubre la cima.

Pero el rasgo dominante del paisaje es el viejo volcán Imbabura, a la derecha del camino, que sigue alrededor de sus faldas, primero al oeste y luego al norte, hasta entrar al pueblo de Ibarra, ubicado doce kilómetros al noreste de la cumbre. Aunque tiene 300 metros menos que el Cotacachi en elevación absoluta, el Imbabura es el monte más imponente, ya que el Cotacachi se eleva apenas sobre la gran cadena montañosa que le rodea y no puede impresionar la vista como el Imbabura, que se levanta 2.100 metros sobre el valle que lo circunda. La cima del Imbabura, que se divisa muy de vez en cuando durante el año, es mucho más pequeña y pronto desaparecerá. Esto se debe al mismo sistema de lluvias que nos recuerda el cruce del Páramo de Mojanda. Sin embargo, existe nieve suficiente para acentuar la masa negra de roca volcánica que forma la cresta del pico. Se encuentran campos cultivados no sólo en el valle sino en las laderas del Imbabura y pasamos muchos de ellos sembrados con trigo y cebada. El suelo es de composición volcánica y al parecer es capaz de producir muchas veces más de lo que produce en la actualidad.

Se dice del Imbabura que en tiempos históricos ha arrojado grandes cantidades de lodo con una inmensa cantidad de peces muertos de una especie endémica de los Andes y que aquí se conoce como “preñadilla”. El historiador Velasco, que en 1765 y 1766 residió en el Colegio Jesuita de

Ibarra asegura que el volcán ha tenido varias erupciones de agua con este tipo de pez que en varias ocasiones el valle de Ibarra quedó contaminado por el pescado en descomposición, y que en una ocasión estuvo a punto de morir ahogado cuando estuvo en una de las laderas al momento de la erupción. En base a una afirmación hecha por un nativo cien años antes de ocurrido el evento natural, Humboldt afirma que en 1691 hubo un gran efluvio de lodo del Imbabura que contenía tantas preñadillas que sus cuerpos putrefactos contaminaron toda las vecindades del volcán. Estas leyendas fueron investigadas y desmentidas por el doctor Teodoro Wolf, que fue por algunos años profesor de la Escuela Politécnica de Quito y geólogo del gobierno del Ecuador, con quien el país está en deuda no sólo por ser de su autoría el mejor mapa de su territorio sino por un tratado magistral sobre la geografía y la geología del país, ambos preparados con el característico esmero y prolijidad alemanes. El doctor Wolf visitó el cráter del volcán en 1871 y encontró que en realidad había estado apagado por varios siglos. Señala el sabio alemán que no sólo no ha habido ninguna erupción histórica del Imbabura sino que las preñadillas no viven por sobre los 3.000 metros y que el cráter del volcán se encuentra varios cientos de metros por sobre ese límite. Observa además que los deslizamientos de tierra eran tan comunes en las faldas de la montaña, sobre todo durante movimientos telúricos, que masas de agua temporalmente represadas por deslizamientos se acumulaban en seguida en cantidades suficientes para vencer cualquier barrera natural, de suerte que el agua llena de material volcánico bajaba por la montaña a toda velocidad, atrapando algunos peces cuando el diluvio llegaba al nivel donde éstos vivían; y como las preñadillas ni siquiera se encuentran en grandes cantidades en estos ríos, virtualmente desaparecían en la masa de lodo. El que su destrucción pueda haber contaminado el aire y ocasionado enfermedades en la zona es totalmente improbable y no se puede atribuir más que a la imaginación. Durante el gran terremoto de 1868, que destruyó por completo las ciudades de Ibarra, Cotacachi y Otavalo, ocurrieron muchos deslizamientos de tierra en las laderas de los volcanes Imbabura y Cotacachi que dieron lugar a las mismas leyendas ajenas a la verdad.

Siguiendo seguir la carretera por al borde del Imbabura, cruzamos por una serie de arcos que se extienden a través del camino en una pequeña villa. Los arcos estaban cubiertos con musgo verde y líquenes del páramo, con decoraciones de flores; conducían en todas las direcciones hasta una construcción central que consistía de cuatro pilares coronados por un

domo. Todo el conjunto era parte de la celebración indígena de la fiesta del 1 de julio que vimos en la Hacienda Providencia el primer día que salimos de Quito. En seguida llegamos a la población de San Antonio, a 2.340 metros sobre el nivel del mar y 8 kilómetros al sudoeste de Ibarra. Aquí fuimos recibidos por el señor José Ignacio Peñaherrera, sobrino de nuestro amigo de Quito, doctor Víctor Manuel Peñaherrera, el cual nos informó que tenía una casa a nuestra disposición y que se celebraría un banquete en nuestro honor en Ibarra.

El nuevo camino de San Antonio a Ibarra tiene a cierta distancia a la derecha el pueblo de Caranqui, que según nos informaron, fue fundado en el sitio de un pueblo indígena de gran importancia y antigüedad, en el cual, según algunos, nació Atahualpa, el último inca en ejercer el poder. Su padre fue el oncenavo emperador del incario, Huayna Capac, quien concluyó la conquista del Reino de Quito, originalmente una confederación de tribus indígenas, cada una con su propia lengua y con una civilización muy cercana en importancia a la del Reino del Perú, que fueron obligadas a adoptar el idioma y las costumbres de sus gobernantes. Los jefes de la confederación ecuatoriana llevaban el título de “shyris” y tenían en Quito su capital; por su parte el título de los gobernantes que hablaban el quichua era el de “inca” y éstos tenían su capital en Cuzco.

Más de cien años antes de la llegada de los españoles, los Incas emprendieron la conquista del reino de los Shyris y hubo muchos años de sangrientas batallas. De acuerdo con una historia, el último shyri fue derrotado en 1476 en una serie de batallas en la misma planicie que acabábamos de pasar y murió de las heridas que recibió en la batalla final de la loma de Atuntaqui, que ahora tenemos a la izquierda del camino nos tres kilómetros al oeste de San Antonio. Después de esta batalla el inca tomó como una de sus esposas, a Pacha, hija del gobernante derrotado, y según algunos, el hijo de esta unión fue Atahualpa, nacido en Caranqui. De acuerdo con Prescott, Atahualpa era el hijo favorito de su padre y a la muerte de éste en 1525, el reino se dividió en dos partes, correspondiéndole la parte sur con el Cuzco de capital a su hijo legítimo, Huáscar, y la parte norte con Quito de capital a su hijo Atahualpa.

Haya o no intentado el inca dividir su reino de esta manera, Huáscar y Atahualpa entraron en guerra poco después de su muerte. Las fuerzas de Huáscar fueron derrotadas al final y Atahualpa se proclamó único

emperador el año de 1532, el mismo en que los españoles llegaron a la costa del Perú. Éstos encontraron a los indios exhaustos luego de cruentas guerras de conquista que duraron casi cien años y de los últimos años de la guerra entre ambos hermanos. Si la invasión española hubiera ocurrido cien años antes, cuando los reinos inca y shyri estaban en la cúspide de su poder, o una décadas después, cuando Atahualpa habría tenido el tiempo suficiente para consolidar su posición, la historia de la conquista española de estas regiones habría sido, en opinión de mucho con quienes no comparto, totalmente diferente.

Los indios quedaron perplejos por los caballos de los españoles y muchos aseguran que huían al verlos. Cieza de León cuenta cómo el cacique de Otavalo utilizó este recurso para engañar al jefe de Caranqui. El relato del cronista es el siguiente:

“Son muy enemigos los de Carangue de los de Otavalo; porque cuentan los más dellos que, como se divulgase por toda la comarca del Quito (en cuyos términos están estos indios) de la entrada de los españoles en el reino y de la prisión de Atabaliba, después de haber recibido grande espanto y admiración, teniendo por cosa de gran maravilla y nunca vista lo que oían de los caballos y de su gran ligereza, creyendo que los hombres que en ellos venían y ellos fuese todo un cuerpo ,derramó la fama sobre la venida de los españoles cosas grandes entre esas gentes; y estaban aguardando su venida, creyendo que, pues habían sido poderosos para desbaratar al inga su señor, que también lo serían para sojuzgarlos á todos ellos. Y en este tiempo dicen que el mayordomo ó señor de Carangue tenía gran cantidad de tesoro en sus aposentos, suyo y del Inga. Y Otavalo, que debía de ser cauteloso, mirando agudamente que en semejantes tiempos se han grandes tesoros y cosas preciadas, pues estaba todo perturbado; porque, como dice el pueblo, a río vuelto, etc., llamó á los mas de sus indios y principales, entre los cuales escogió y señaló los que le parecieron mas dispuestos y ligeros, y á estos mandó que se vistiesen de sus camisetas y mantas largas, y que tomando varas delgadas y cumplidas, subiesen en los mayores de sus carneros y se pusiesen por los altos y collados de manera que pudiesen ser vistos por los de Carangue, y él con otro mayor número de indios y algunas mujeres, fingiendo gran miedo y mostrando ir temerosos, llegaron al pueblo de Carangue, diciendo cómo venían huyendo de la furia de los españoles, que encima de sus caballos habían dado en sus pueblos, y por escapar de su crueldad habían dejado sus tesoros y haciendas. Puso, según se dice, grande

espanto esta nueva, y tuviéronla por cierta, porque los indios en los carneros parecieron por los altos y laderas, y como estuviesen apartados, creyeron ser verdad lo que Otabalo afirmaba, y sin tiento comenzaron á huir. Otabalo, haciendo muestra de querer hacer lo mismo, se quedó en la rezaga con su gente y dio la vuelta á los aposentos destos indios de Carangue, y robó el tesoro que halló, que no fué poco y vuelto á su pueblo, dende á pocos días fué publicado el engaño”.

El supuesto nacimiento de Atahualpa en Caranqui no concuerda con la crónica de Sarmiento de Gamboa, que afirma seguir declaraciones juramentadas de los descendientes de los incas que vivieron en Cuzco en 1572. Cieza de León, que visitó Caranqui diez o quince años después de la primera llegada de los españoles a estos territorios, no da crédito a la historia; pero informa que el pueblo ha sido una muy importante fortaleza indígena con una gran guarnición, y la sede de la administración de la zona norte que habían conquistado los Incas. De acuerdo con esta versión había aquí un gran palacio de los Incas, hecho de piedra acopladas perfectamente sin cemento alguno. En su interior había un cuenco de piedra tallada y junto a él un gran Templo del Sol, del cual quedaba lo suficiente para mostrar que alguna vez fue una estructura de gran importancia.

Mientras proseguíamos hacia Ibarra con el señor Peñaherrera, otros caballeros que habían salido a darnos la bienvenida se unieron a la cabalgata y a unos dos kilómetros del pueblo nos encontró un automóvil con el gobernador de la Provincia de Imbabura y los miembros del consejo, quienes nos dieron oficialmente la bienvenida a la capital de la provincia. Ibarra fue fundada en 1606, setenta y dos años después de que los españoles entraran por vez primera a Quito, por don Miguel de Ibarra, IX presidente de la Real Audiencia de Quito, de quien llega su nombre. A diferencia de muchas otras ciudades fundadas por los conquistadores, ésta no parecer haber sido construida en el sitio de un pueblo indígena, como en el caso de Caranqui y Atuntaqui, pero su planicie, regada por las aguas del Taguando, lo convierte en un lugar excelente.

La ciudad fue destruida por completo por el terremoto de 1866, que, según los informes, cobró la vida de 20.000 personas en la hoya de Ibarra y es considerado por Wolf como el más desastroso que haya vivido el Ecuador. La ciudad actual que se levantó de las ruinas de la antigua se caracteriza por tener calles amplias, rectas y bien pavimentadas, y edificios lujosos.

Antes del terremoto la ciudad tenía cerca de 10.000 habitantes, entre los cuales había algunos negros del vecino valle del Chota.

Las habitaciones que se pusieron a nuestra disposición daban a la Plaza, bellamente adornada con palmeras y una fuente en el centro. Cerca de nosotros estaba la catedral y el palacio del obispo, al frente, el edificio de la gobernación, y junto a éste, el edificio de la Municipalidad: era una arquitectura que complacía la mirada desde la ventana donde nos encontrábamos, con el Imbabura al fondo, nublado e imponente, como si estuviera a unos pasos de la ciudad y no a más de doce kilómetros.

Lord Murray recibió una carta de bienvenida del Obispo de Ibarra a su llegada y en seguida visitó a su Eminencia. El Obispo fue de lo más cordial y dijo que esperaba que la Firma construyera el ferrocarril del Pailón. Este proyecto consiste en una línea férrea desde Quito a Cayambe, de allí a Ibarra, y a través del valle del Mira hasta la Bahía del Pailón, donde se hay un puerto bien protegido y profundo en la costa del Pacífico justo al sur de la frontera colombiana. El obispo creía que la construcción de este ferrocarril era fundamental para el progreso y el bienestar del país, en especial para las provincias del norte, con todo su potencial agrícola hasta hoy tan poco desarrollado. Nos dio una carta de presentación para todos los sacerdotes de su diócesis, que se extiende de Ibarra hasta la frontera, y nos expresó la esperanza de que volviéramos al Ecuador pronto y ayudáramos al desarrollo del país.

A la mañana siguiente cruzamos el moderno puente sobre el Taguando y en seguida estuvimos en las riberas de un pequeño y hermoso lago de forma circular llamado Yaguar-cocha, cuya superficie se encuentra a 2.200 metros sobre el nivel del mar y menos de 30 metros sobre la ciudad de Ibarra, cuyos habitantes lo tienen como un lugar de descanso de sus favoritos. El lago tiene poco menos de un kilómetro y medio de diámetro y ocupa el cráter de un volcán apagado que en su última erupción, siglos atrás, destruyó casi todo su flanco occidental. Al este los despeñaderos son muy altos y rematan en el pico de Ventanillas, a 3.000 metros. El borde occidental no es elevado pero los restos de masas rocosas que alguna vez formaron este lado del volcán son vistos saliendo del nivel del lecho del Taguando, donde fueron arrojados en la última explosión. Las palabras indígenas Yaguar-cocha significan “lago de sangre” y conmemoran la batalla librada aquí a inicios del siglo XV entre el Inca y los rebeldes caranquis.

Luego de la derrota y muerte del último shyri, los Caranquis que formaban una parte de su reino prometieron obediencia al Inca, pero poco después se rebelaron y el levantamiento fue tan salvajemente sofocado que los primeros cronistas españoles dicen que la sangre de 20.000 caranquis fue vertida en las aguas de este lago, lo cual le dio el nombre de Yaguar-cocha.

La ruta sube a lo largo del borde norte del lago hasta un grupo de edificaciones conocido como Aluburo. De allí, 300 metros sobre el nivel del lago se tiene otra vista magnífica de las fértiles tierras de la región de Imbabura y Otavalo. Poco después cruzamos la cresta de la cadena que se extiende hasta el valle de Ibarra desde Cayambe e inicia el largo descenso de 900 metros al valle del Río Chota. Mientras nos acercamos al río, el terreno se vuelve más y más árido, la arena se empieza a levantar y todo el paisaje, con sus pequeños arbustos de espinas y sus especies de cactus, se asemeja a un desierto. En este punto y a través de la hoya de Ibarra, las condiciones confirman la hipótesis sugerida por las observaciones en la hoya de Quito de que en estos valles andinos la cantidad de precipitación disminuye con la profundidad del valle que está debajo del nivel del borde montañoso circundante. El valle del Chota tiene un kilómetro y medio de ancho y a lo largo de su curso se encuentran tierras llanas que se pueden irrigar, para lo cual el río ofrece una abundante provisión de agua, y que algún día estarán llenas de cañaverales y frutas tropicales. El valle es muy caliente y alberga un caserío que lleva el mismo nombre (1550 metros sobre el nivel del mar) y que cruzamos lentamente hasta el puente sobre el río. Habíamos ordenado que la mula que llevaba el almuerzo nos esperara, de manera que almorzamos en las rocas bajo los arbustos que hay junto al puente.

Este ha sido un lugar tradicionalmente frecuentado y se rumora que los españoles encontraron un puente indígena en este lugar. Sea como sea, nosotros pudimos observar los restos de los empalmes de dos viejos puentes debajo de la estructura actual. El río, que aguas arriba recorre un lecho amplio entre ambas márgenes, en este punto pasa por una abertura angosta y escarpada abierta entre la roca con las colinas circundantes a ambos lados. Cruza el río un excelente puente con modernos arcos de piedra y el agua alcanza 25 o 9 metros por debajo. Dos montículos de piedra sobresalen del nivel del puente a ambos lados de este corte y el camino pasa entre ambos en la margen sur. Esta contracción en el valle ofrece un buen sitio de represa y sería fácil construir allí un dique de 18 metros de algo sobre el nivel actual de las aguas. La colina del sur es de

roca sólida y el desfogue sería necesariamente por allí, ya que la colina del norte es de textura suave. Este dique proveería de agua para riego a las tierras que están a lo largo del valle y brindaría energía suficiente para empujar molinos de algodón que podrían ser operados en la parte alta de la sierra del Ecuador. La capacidad de producción de algodón en algunas partes de esta región al parecer es enorme, pero en la actualidad no hay medios de transporte que les permita competir en los mercados del mundo.

El valle del Chota “goza” hasta hoy de la reputación de ser la tierra más enferma en el norte de los Andes, sólo después del valle de Guayllabamba. Nuestros amigos de Quito aseguraban que sería poco menos que suicida pasar una noche en el valle del Chota, y en Ibarra nos advirtieron de que bajo ningún motivo nos quedásemos a pasar la noche allí. El Chota está a una altura de 1.700 metros sobre el nivel del mar, es decir, 600 metros sobre el famoso valle del Cauca en Colombia. Que nos perdonen quienes no piensan así, pero la reputación que tiene el Chota no tiene ninguna razón de ser y con el cuidado necesario podrá llegar a ser un hogar placentero para el hombre. Desde el puente del Chota hay dos caminos a San Gabriel; el más transitado pasa el valle del Ángel, que desemboca en el Chota justo antes del puente, pasa por los ríos Mira y Ángel (en el borde del valle más alto a una altura de 3000 metros), y atraviesa el páramo hasta San Gabriel. Sin embargo, al ser informados que este camino estaba en malas condiciones, y como no creíamos que nuestros conocimientos aumentarían con los lodazales de un sendero como los que abundan en esta parte de los Andes, excepto quizá por aumentar nuestro vocabulario del español con ciertas palabras nada propias de una conversación educada, tomamos a la derecha del puente y entramos a un sendero poco utilizado que era la ruta alternativa.

Esta ruta sigue la margen norte del río al este por cinco o siete kilómetros y pasa un caserío semidesierto de chozas miserables con pedazos de tierra sembrados con caña de azúcar; inicia luego el ascenso de la pared norte del valle. El sendero en este punto está en realidad muy bien construido pero el ascenso es de casi 1.200 metros, y aunque hay muchos zigzags, es escarpado y en muchos casos sólo una pequeña abertura entre la roca. Encontramos varias partidas de carga que bajaban y su paso por algunos de los lugares más angostos era realmente terrible.

Mientras subíamos el valle, vimos, a través del Chota en una pequeña

meseta sobre él, la pintoresca vista del pueblo de Ambaqui, que según nos dijeron está rodeado de cafetales, cañaverales y algodones. Más al sur, a lo largo del valle de un tributario del Chota, está Pimampiro, sobre una mesa que está más o menos a la misma altura que Ibarra, y cerca de allí el lago de Angas-cocha (“lago Azul”), al parecer de origen volcánico como Yahuar-cocha, y que está al oeste en el lado opuesto de la cadena montañosa inferior que cruza entre Ibarra y el Chota. Ambaqui. Y la región al sur del Chota están en la provincia de Imbabura, pero ahora nos hallamos en la Provincia del Carchi, que es la más septentrional del Ecuador en los Andes, como lo dice su nombre, derivado del quichua “extremo”, “borde”.

Finalmente completamos nuestro ascenso de las montañas que están al norte del Valle del Chota y nos hallamos en el borde del valle más alto, una hermosa región de vegetación verde y abundante que marca un contraste con el árido valle que acabamos de cruzar. El valle se eleva aquí hasta un borde montañoso este y oeste que se llama “el borde del valle del Chota” y tiene una elevación de 3000 metros. Desde este punto, que tiene una altura de casi 3.100 metros, el valle baja hacia el norte y el este para luego volver a subir hasta el borde de la sierra circundante. El camino sigue por el borde oriental de esta sierra sobre el valle de un río que riega la planicie. Casi ha anochecido y vemos al frente un grupo de edificios que nos imaginamos es el lugar elegido para pasar la noche. En el crepúsculo parece a corta distancia, pero en lugar de seguir recto, el camino pasa por la parte superior de las colinas y cae en pequeños valles una y otra vez, provocando un retraso de la llegada que es irritante al final de una larga jornada.

Poco después de caída la noche, llegamos al lugar que estaba junto al camino. Pasamos por un gran portón con puertas de madera maciza, entramos a un patio adornado con antorchas, que en realidad es una construcción de techo rojo en forma de una plaza cubierta con el centro descubierto. A los dos lados habían habitaciones con techo, pero en el otro lado el techo forma un cobertizo para los animales. Encontramos que estaban retirando el último fardo y cuando quitaron las sillas a nuestras monturas y les dieron el forraje de cebada y maíz que se guarda para venderlo a los viajeros, se llevaron todos los caballos y mulas a pastar toda la noche. Abrimos los bolsos de dormir y los colocamos sobre el plástico que llevábamos envuelto, para sorpresa de los indios que estaban alrededor y por primera vez durante esa jornada abrimos nuestra caja de provisiones y nos preparamos la cena.

Este lugar es conocido como Chulunguasi y es un famoso tambo para cargas y viajeros. Ocho kilómetros más al norte está el pueblo de Bolívar, a 2.900 metros sobre el nivel del mar. Antiguamente este lugar se llamaba Pistu, San Blas de Puntal, o simplemente Puntal. El nombre fue cambiado recientemente al de Bolívar, con el mismo motivo patriótico por el héroe de Ecuador, Colombia y Venezuela que animó a bautizar con el nombre de Washington cientos de pueblos, y ciudades en los Estados Unidos. Se dice que la inscripción en la iglesia antigua que fue destruida por el terremoto de 1868 indicaba que el pueblo se encuentra sobre el sitio de un pueblo indígena cuyo jefe era conocido por los españoles con el nombre de Martín Puntal, de allí el nombre de este asentamiento.

Al entrar en las vecindades de Bolívar la mañana del 6 de julio, vimos bajar por la calle a un caballero montado seguido de dos indios que llevaban una docena de caballos. Cuando nos acercamos, nos enteramos que se trataba del señor Carlos Nicholls, hijo de un inglés, que no obstante sólo hablaba español. Era el administrador de la hacienda El Vínculo y había viajado diecisiete kilómetros desde ese lugar para dar la bienvenida a Lord Murray y su comitiva y para cambiar de caballos en caso de que los nuestros estuvieran agotados pro el viaje. El señor Nicholls cruzó el pueblo con nosotros y luego algunas lomas. En su mayor parte es una excelente tierra de pastizales, cubierta con hierba espesa, pero en algunas partes se observan campos de cebada y trigo, y en algunos lugares, sementeras de maíz. En algunos lugares, extensos en sí mismos pero pequeños comparados con la extensión total del valle, el suelo estaba desnudo, a causa de métodos indebidos de cultivo que habían dejado expuesta la roca.

Tomamos hacia un lado del camino unos cuantos kilómetros al sudoeste de San Gabriel (antiguamente conocido como Tusa) y entramos a la Hacienda El Vínculo. Viajamos por una hora a través de sus campos, antes de llegar a la casa principal. Esta propiedad tiene una extensión aproximada de 170 kilómetros cuadrados y es casi toda tierra de pasto, siendo una de las propiedades más importantes en la región andina del Ecuador. Vimos excelente ganado, pero su número era apenas una pequeña fracción de la capacidad que pueden soportar estos ricos pastizales. Cuando comentamos sobre esto, la respuesta fue la siguiente:

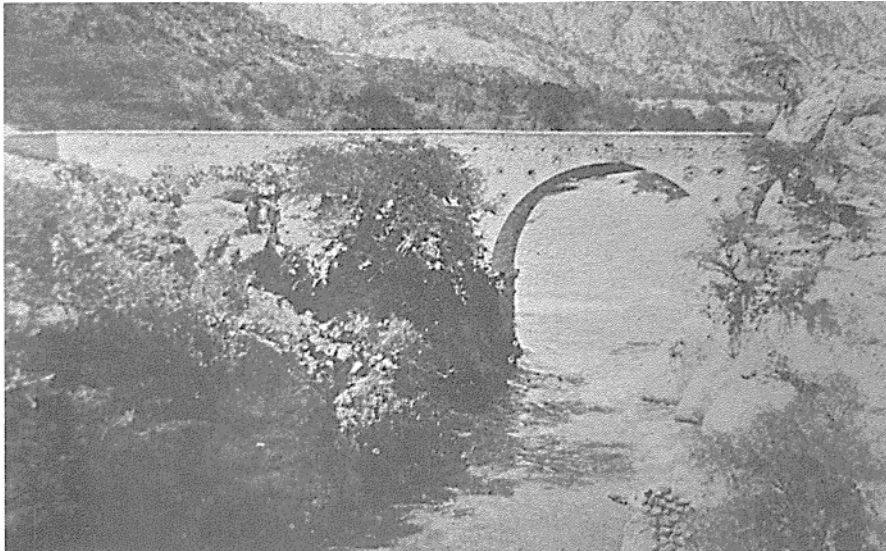
“¿Para qué criar más ganado? No hay ningún mercado y seguramente desaparece en la próxima revolución. Como sea llevamos 5.000 cabezas

cada año a Quito, pero el viaje es, como Ud. sabe, muy duro, una distancia de 170 kilómetros a través de montañas y valles, y cuando llega, el ganado ha perdido tanto peso que las ganancias son mínimas. De las cabezas que llegan a Quito, 1.000 son embarcadas a Guayaquil para abastecer la demanda local. Este es todo el mercado que hay con las condiciones actual de transporte. Podríamos aumentar la crianza de ganado, claro, pero ¿qué haríamos con él? El señor Nicholls creía que el futuro de esta región, sin embargo, estaba más en el ganado ovino que en el ganado vacuno y decía que si se llega a construir el ferrocarril del Pailón, todo el mundo en la región se dedicaría a esta actividad a gran escala.

Al llegar a la casa de hacienda encontramos una deliciosa cena esperando por nosotros y no pasó mucho tiempo antes de que los funcionarios de San Gabriel y otros notables de la localidad vinieran a dar nos la bienvenida. En seguida insistieron a Lord Murray en la necesidad urgente del ferrocarril del Pailón, sin el cual creían que esta parte del Ecuador no podría desarrollarse y expresaban la esperanza de que emprendiéramos su construcción y que incluso comprásemos El Vínculo, lo cual podríamos hacerlo a buen precio, nos dijeron, para que sea de nuestro interés personal el futuro de la región. Según ellos, esta hacienda, con el resto del país, estaba virtualmente subdesarrollada, pues sólo una extensión de sus tierras bajas estaba siendo utilizada en pequeña escala si tomábamos en cuenta su potencial.

Los caballos de El Vínculo son de raza chilena y son conocidos por subir los montes con facilidad. Queríamos comprar algunos de ellos, pero el señor Nicholls dijo que no los vendería pero que podríamos tomar todos los que quisiéramos y ocuparlos hasta Bogotá inclusive, si era nuestro deseo. Finalmente decidimos tomar cuatro de ellos hasta Pasto.

Nuestras mulas con la carga habían salido de aquí por la tarde para pasar los Altos de Boliche mañana por la mañana y llegar a Tulcán a mediodía, donde, gracias a los caballos que nos proporcionó el señor Carlos Nicholls, esperábamos alcanzarlos. Los papeles y las cartas que habíamos preparado aquí ayer y hoy saldrán mañana a las tres de la madrugada a Quito con un cartero indígena.



Puente del Valle del Chota



Vista del Valle del Chota



Hospital y mercado



Parque y edificio municipal

HARRY FRANCK

*Un vagabundo en los Andes*²⁶

Salimos de Pasto cuatro días después de llegar. Esa noche Hays tuvo otra vez la suerte de obtener el único banco de madera que había y yo me resigné a dormir en el suelo de una choza indígena, envuelto en un peludo cuero de vaca. Estábamos junto al Ancasmayu, o Río Azul, cerca de la frontera norte del antiguo Imperio Inca. Toda la noche los cuyes de la choza pasaron sobre mí y chillaban incesantemente husmeando todo lo que parecía comestible. Fuera de la llama, y tal vez, del allco, un tipo de perro que casi no ladra y que se dice que fue exterminado por el hambre de los conquistadores, el único animal doméstico de los andes al momento de la Conquista era este pequeño roedor, conocido en inglés con el nombre de “guinea pig” - a pesar de que no pertenece al género porcino ni es conocido en Guinea, siendo endémico de América del Sur. Los españoles lo llaman, con más acierto, “conejo de Indias”. Los nativos los llamaban cuyes y aún lo hacen. Para todo aquel que haya escuchado sus chillidos durante toda una noche interminable, este nombre le será comprensible. En los días anteriores a la Conquista - siendo la llama un animal cuya carne era tan valiosa que los hatos eran propiedad personal del Inca - el cuy quizá era la única carne, excepto la de animales salvajes, que acompañaba la dieta de los indios. Hoy en día todas las chozas en los Andes están llenos de cuyes. Las gente decente afirma, no sin poca dosis de sarcasmo, frívolamente que los indios crían cuyes con dos propósitos: para comerlos y para aprender a multiplicarse.

Al día siguiente todo el camino era intransitable y debíamos llegar a Ipiales en la frontera esa noche. No olvidemos que de por sí ya era un camino malo, como suele ocurrir en los Andes, pero había llovido durante toda la noche y ahora nos abríamos paso por un baño de lodo. Llegamos casi a gatas a las siguiente elevación. Una vez que bajamos casi en tobogán cientos de metros a través de un pueblo donde teníamos previsto comer, literalmente sin poder detenernos hasta que encontramos una roca felizmente dispuesta al borde de un río que rugía más abajo.

26 Franck, Harry, *Vagabonding down the Andes*, The Century Co., 1917, New York, pp. 116-126.

Una vez llegado a Iles, Hays salió en busca de cigarrillos, y fue tal su prisa que cuando llegué yo, encontré que la cena estaba en camino y que mi compañero llevaba la llave de nuestra habitación. Un hojalatero había dejado el taller esa tarde, de modo que podían sentirnos dueños absolutos de él, con todas sus herramientas y sus santos de hojalata. Sueña extraño, pero después de que fueron santificados, sus obras fueron tan sagradas para el herrero como para el resto del pueblo. Iles estaba terminando la construcción de una nueva iglesia de grandes proporciones. Los únicos implementos que habían utilizado los albañiles eran las palas, porque todo el edificio había sido construido con barro de la localidad, incluso para fabricar las tejas. Toda la población indígena, hombres y mujeres, entraban en procesión, unos tras otros, descalzos, desde el lugar donde se mezclaba el barro con paja, llevando sobre la cabeza tejas llenas del material; las mujeres llevaban a sus niños en la espalda. El sistema de trabajo gratuito de los Incas, que lo heredaron los conquistadores, sigue en boga en los lejanos pueblos de los Andes, con la diferencia de que el capataz hoy en día es el cura del pueblo.

Mientras nos acercábamos a la frontera, la población era cada vez menor y había tramos donde no se veía una sola persona. En la tarde nos desviamos del “camino real” para visitar a la “Virgen de las Lajas”, cuyo santuario es el más famoso en Colombia. A él llegan peregrinos de toda la república, del Ecuador e incluso de otros países, para implorar la curación de sus enfermedades. En el camino nos encontramos con un anciano que llevaba un asno y escuchamos de la historia de la fundación de la ciudad sagrada. Siglos atrás la Virgen se había aparecido allí a un niño y le había entregado una estatua suya - “bajada del mismo cielo, porque era de carne y hueso y sangraba cuando se le pellizcaba o si se le tiraba del cabello”. Luego ordenó al Obispo de Riobamba que construyera una capilla en la roca viva de la montaña en el lugar de la aparición. Nuestro informante aseguraba a gritos que la Virgen curaba diariamente a mancos, ciegos, mujeres estériles, y a cientos de personas con infinidad de dolencias; pero nunca nos explicó por qué a pesar de vivir en Las Lajas toda su vida, estaba casi ciego.

Engastado en la escarpada pared de un desfiladero, al final del cual corría un pequeño pero torrentoso río, el pequeño pueblo tenía ese algo peculiar de todas las ciudades “sagradas” - un atisbo intangible de peligro desconocido, quizás de fanatismo, de ignorancia, algo de la tristeza que aborda al viajero al encontrar la evidencia de la ingenuidad humana. Varias

“posadas de peregrinos”, burdas copias de los hospicios de Jerusalén, y muchas pequeñas tiendas y casetas de venta, ofrecen hospedaje, comida, baratijas y cientos de velas inglesas para la milagrosa imagen. Niños de ropas raídas dejan de tejer y piden “una limosnita”. Atravesamos el pueblo y bajamos en zigzag hasta el templo, blanco todo él, de cuatro pisos, con dos torres gemelas, pende del borde del desfiladero como espuma incrustada de la cascada que cae en él. Aunque son largos los viajes que hacen para implorar su favor, los peregrinos no tienen la reverencia suficiente para su Virgen, pues no han cambiado en nada sus nefandos hábitos personales que han hecho de cada piso del santo edificio una ofensa para la vista y el olfato. La virgen milagrosa no era sino la usual muñeca de mirada plácida, ricos vestidos y joyas lustrosas - aunque es probable que hayan sido más bien imitaciones de la joyería que los monjes guardan a buen recaudo en sus bóvedas - detrás de un vidrio grueso frente al cual indios de ojos tristes suplicaban sus milagros.

Las montañas del Ecuador aparecieron frente a nosotros cuando entramos a Ipiales, el último pueblo de Colombia y el lugar más frío que haya visitado desde el último invierno septentrional. A este paso el Ecuador estaría lleno de nieve. Se dice que Ipiales tiene mucho comercio con la vecina república, pero las únicas señales que pudimos constatar fueron algunas recuas de bestias temblorosas. Apenas ocho kilómetros separan Ipiales de la frontera. Pronto dejamos la tierra de la “Libertad y el Orden” y entramos en el Ecuador. El camino bajaba rápidamente junto a un espantoso precipicio hasta llegar a un caserío llamado Rumichaca - palabra quichua que significa “puente de piedra” y que es un inmenso arco natural sobre el río Carchi por el que pasa el camino real. Para sorpresa nuestra, no hubo formalidad alguna en la frontera. Ni siquiera vimos a un solo representante ecuatoriano; los funcionarios de la aduana colombiana, dos pastusos nada espabilados pero muy amables, nos dijeron que no se cobran impuestos por los artículos que cruzan la frontera, a menos que no pertenezcan a uno de los dos países. Su tarea consistía simplemente en registrar todo lo que cruzaba la frontera, aunque no se sabe con qué fin, a menos que fuera para entregar una canonjía a un secuaz político.

Una hora más tarde sorprendíamos a los ecuatorianos paseando en la vacía plaza de Tulcán. Sólo un alambre telegráfico nos había seguido desde la frontera. Ambos países estaban tan fusionados que un viajero desatento no habría adivinado que cruzó una frontera internacional. En el cuartel

estaban acantonados medio centenar de soldados, tipos insolentes pese a su sangre indígena. Sus ruanas de colores vivos daban a Tulcán un toque de colorido, a pesar de estar dedicados a la monótona labor de proteger su pequeño terruño de las presiones del país más grande del norte. Para cuando cambié parte de la plata que llevaba en billetes del país, Hays había encontrado al jefe político, quien nos pidió que hiciéramos nuestro hogar de su sala de visitas por el tiempo que quisiéramos. La habitación era lo más magnífico que habíamos visto desde Bogotá, con largas filas de sillones elegantes, retratos familiares que habrían descorazonado a un artista, y dos sofás largo pero angosto cubiertos con un tela de pelo de caballo. Después de pasar semanas enteras sin cama y durmiendo sobre la tierra, todos los muebles parecían el mismo lujo en persona. El jefe nos pidió que no nos quitáramos el sombrero y nos dejó con los diarios de Quito de hace una semana, nuestro primer contacto con el mundo exterior en mucho tiempo.

Albergaba la sospecha de que el jefe político nos había tratado tan amablemente no sólo por la bondad de su corazón, y mis sospechas se vieron cumplidas. Nos habíamos extendido en nuestros sillones y Hays dormía placenteramente - al menos eso pensé - cuando llegó el jefe llegó en la noche y me enfrascó en una conversación que parecía no acabar nunca. Con el pretexto de darme información, se puso a averiguar con toda indiscreción cuál era nuestro verdadero motivo para entrar al Ecuador por la puerta trasera y sin anunciarnos. Aunque nunca sugirió siguiera abiertamente lo que le rondaba por la cabeza, fue una hora más tarde cuando se mostró convencido de que no había nada siniestro ni peligroso en nuestra explicación. Como para entonces nos tenía más confianza, nos dijo que siendo hombres que viajábamos por lugares lejanos, con seguridad encontrarías en algún momento a dos individuos a los que se moría por ponerles las manos encima. El uno era un belga de nombre Deciderio Vanquatehm, un actor astuto aunque nada fotogénico. Se había casado con la sobrina del jefe y le había pedido mil sucres en calidad de préstamo para iniciar un espectáculo de linterna mágica, el cual nunca llegó a realizar porque antes escapó con el dinero pero sin la mujer. Por la impresión que nos causaron las palabras del jefe político, pensamos que si hubiera rectificado su conducta, no habría razón para ninguna revancha. Nos pidió también que nos mantuviéramos atentos por si se nos cruzaba en el camino un tal Francisco Fabra, que había dicho ser francés y había escrito de "Ashcord" (¿Akron?), Ohio, proponiéndole matrimonio a una de

sus hermanas, sólo para desaparecer de la escena después de que recibiera la foto de la novia. “No se debe burlarse así de las mujeres”, clamaba iracundo el jefe político.

Si a la mañana siguiente no hubiéramos encontrado a dos indios que llevaban el mismo destino, no estoy seguro de haber podido llegar a San Gabriel. Tan pronto inició el viaje, entramos en una serie de páramos inhóspitos, cubiertos solo con paja y millones de “frailejones”, grupos plantas con tallos que miden de 15 a 60 centímetros de alto y que nos acompañaron a través de la neblina como niños montañeses temblorosos. Nuestros compañeros de viaje nos aseguraron que la planta era conocida con ese nombre por su parecido a un sacerdote en su púlpito; nos dijeron que las hojas eran buenas para calmar el dolor de cabeza. También encontramos la achupalla, una especie de piña silvestre con hojas como espadas que dan la apariencia de un cactus conocido como “bayoneta española”; su corazón se parecía a una gran cebolla y se vendía como alimento en los mercados locales. Luego, por un largo tramo, el sendero nos condujo a través de un bosque lleno de musgo y barro, que sólo pudimos cruzar saltando y sujetándonos de los árboles.

San Gabriel yace sobre la cima de un nudo; sus calles bajan al valle por todas direcciones. En las afueras encontramos un juego nuevo para nosotros. En el campo irregular formado por la plaza y la iglesia medio centenar de indios descalzos, envueltos en ruanas de colores brillantes que les cubría hasta los pies, perseguían una esfera del tamaño de la mitad de una pelota de balompié. Cada jugador tenía en su mano derecha, como la cesta de un jugador de pelota española, un instrumento redondo y largo hecho con cuero de vaca, tenía la forma de un tambor plano o de un banjo de dos caras. Las reglas del juego era similares al balonmano o al tenis. En espera de alguna pista sobre su origen nativo, pregunté a uno de los jugadores cómo se llamaba el juego.

“Pelota, señor”, me contestó lacónicamente.

¡Debí haberlo adivinado!

“¿Y eso?” insistí, señalando al instrumento en forma de banjo.

“Guante”, me respondió.

¡Sólo un hombre inteligente lo habría adivinado!

Que la lengua de los incas no había dejado rastros en San Gabriel saltaba a la vista. De pronto repicó la campana de la iglesia; los jugadores recogieron sus

“guantes” rápidamente formando una cruz y no quedó ser vivo en la plaza. Todos entraron al lugar de culto, con los sombreros en manos, y al son de una extraña música que venía de algún lugar.

Una carta del jefe político de Tulcán nos permitió ocupar la propiedad de uno de sus parientes. El correo había llegado la noche anterior y Don Manuel estaba dictando a su hija algunas cartas; la joven escribía con una pluma de acero que remojaba en cada palabra en una tinta que parecía seca por los años. Cuando volvimos a la noche de una tienda donde cenamos quimbolos - un tipo de pudín de maíz envuelto en hojas de mazorca - encontramos a Don Manuel, a su esposa y a sus cuatro hijas reunidos en conferencia familiar para discutir, no el contenido de la carta, sino cómo debían ir escritas ciertas palabras; era toda una controversia que duró mucho tiempo en medio de gritos y silencios. Luego entró un niño indio llevando encima un gran colchón; la familia anunció que irían a visitar a un pariente - pero en verdad fue una forma cortés de retirarse para que fuéramos a la cama. La habitación era la mejor de la casa, como muchas en los pequeños pueblos de Sudamérica. Un mar de sillas cubiertas con sábanas y un caos de baratijas amontonadas en una recámara adyacente llena de polvo. En las paredes colgaban retratos de los ancestros familiares hasta los tiempos de los rizos y las pelucas, todos con vestidos de duelo. La biblioteca familiar consistía de apenas media docena de libros, todos imitaciones de la “Imitación de Cristo” de Tomás á Kempis, excepto por un libro de agricultura en castellano, publicado en Buffalo.

Hay tres rutas de San Gabriel a Ibarra. Para sorpresa nuestra, nos enteramos que todas ellas, lejos de seguir el altiplano, bajan a la tierra caliente, pues el valle del Chota atraviesa todo el callejón de los Andes más arriba del volcán Imbabura. Los indios nos dijeron que el camino era pedroso [sic] y fue lo más exacto que escuché jamás de sus labios. Es difícil que hubiera algo más pedregoso en la tierra. Durante la tarde no hubo momento en que no descendiéramos a toda prisa, con los muslos cansados de tanto frenar, por un camino sembrado de piedras que curvaba por los flancos de una cadena montañosa, formando trazos como la pluma experta de un escritor. A la izquierda se abría una grieta profunda en la tierra, inhóspita como un desierto, sin más vegetación que el cactus - que en esta región lleva el nombre de “méjico” - a la derecha, tan cercano que nos cobijaba los hombros, el flanco de esquisto parecía crecer mientras descendíamos. Allí donde los fríos vientos de la Sierra se vuelven templados, los indios

empiezan a desaparecer. Por un buen tramo no hubo señal alguna de humanidad. A cada vuelta del camino el calor se hacía tropical. Una mancha de color verde apareció casi directamente frente a nosotros, brumoso como una vieja alfombra verde con una luz indefinido que brillaba detrás. Pasaron entonces dos negros, los primeros que habíamos visto desde que salimos del Cauca. El camino bajaba directamente por una pendiente y aparecían más monos y más negros; luego la mancha verde fue definiéndose en cañaverales. Detrás de ellos, por un puente con techo de madera, cruzamos el río Chota y nos encontramos en el “Caserío del Chota” cuando el sol empezaba a ocultarse.

Las chozas tropicales hechas de juncos y paja, muy diferentes de las habitaciones con gruesas paredes de adobe que se encuentran en la Sierra, aun en la forma, yacían dispersas a lo largo de la otra orilla. Toda la población era negra; la vida del lugar era tan distinta del altiplano que parecía como si hubiésemos sido transportados a otro continente. Risas estridentes irrumpían en el espesor del crepúsculo; por sobre la charla acalorada resonaba a menudo el grito de una broma explosiva o el barullo de una pelea repentina. El griterío de los niños nos hizo caer en cuenta de que, por el contrario, antes no habíamos oído llorar a un niño indígena. La insolencia de estos descendientes de esclavos que alguna vez fueron traídos para las plantaciones de azúcar del Ecuador y que en el medio siglo transcurrido desde la abolición de la esclavitud se mudaron a este valle tropical contrasta marcadamente con la presteza y buenas maneras del indígena andino.

Junto a ambas filas de casuchas de paja y juncos donde viven los negros se encontraba el edificio del gobierno; construido de piedra y adobe, tenía en un extremo la oficina de telegrafía. Su operador había salido dos días antes para “visitar a unos parientes por unas horas” y había dejado dentro encerrados a dos niños que lloraban sin cesar. La parte descubierta del edificio era un matadero. En los cincuenta kilómetros que hay desde la cumbre de los Andes hasta el valle del Chota no habían hollado nuestros pies tierra seca y firme. Vacilamos mucho antes de despejar un espacio para recostarnos. Afortunadamente tenía en mi bolso el pedazo de una vela. En una lejana esquina algún esforzado viajero había construido un cobertizo de juncos dispuestos al través de dos palos, pero todo estaba en estado de descomposición. Había el rumor de que los negros del Chota eran diestros asesinos, aunque el aspecto del pueblo no lo hacía pensar.

Dejamos las armas en el piso junto a nosotros pero no nos atrevimos a cerrar la puerta por miedo de ahogarnos con el sudor. Toda la noche me desperté en varias ocasiones con la sensación de que alguien entraba y se lanzaba sobre nosotros, pero el amanecer llegó sin prueba definitiva de que el peligro había sido apenas fruto de una exhausta imaginación

No habría sido difícil subir desde el Chota hasta Ibarra luego de un revitalizador desayuno, pero en este pueblo de negros holgazanes no se podía siquiera conseguir una taza de café. Durante horas ascendimos dificultosamente por un desierto de arena y piedra menuda que nos hacía atragantar a cada paso.

La siguiente es una historia del Chota que nos sugiere la barrera que supone para el progreso moderno. Archer Harman, el norteamericano que construyó el ferrocarril de Guayaquil a Quito, mientras recorría por las calles de la capital ecuatoriana, se encontró por casualidad con uno de sus ingenieros, también norteamericano.

“Salga de aquí mañana por la mañana y evalúe cuáles son las posibilidades de llevar la línea férrea hasta Bogotá”, le dijo mientras jugaba con su cigarro en la boca.

El ingeniero partió al día siguiente a lomo de mula, con todos los pertrechos que pudo conseguir en Quito de la noche a la mañana. Tres meses más tarde regresó a la capital.

“Bueno, veo que está de regreso”, le dijo el jefe, “¿cuánto nos costará tender la línea por el valle del Chota?”

“Son ciento veinte kilómetros de esquivo con un peralte de 6%”, contestó el ingeniero.

“Uhm” dijo Harman, “no habrá ferrocarril a Bogotá”.

Esta es una de las principales razones para que la “Carretera Panamericana” exista sólo en la imaginación de soñadores ilusos.

El ascenso continuó durante varias horas. En el camino empezamos a encontrarnos con indígenas tranquilos y de buena contextura física, que se podían distinguir fácilmente por su vestimenta de los pueblos del norte.

Hablaban una lengua gutural y sibilante que no podía ser otra que el quichua, la antigua lengua de los Incas. Aproveché la ocasión para repasar mi vocabulario e hice una pregunta innecesaria:

“Maypi ñan Ibarrata?”

A la que respondió en seguida el más viejo del grupo con un castellano fluido aunque con acento, sin esbozar siquiera su rostro una sonrisa:

“Sí, señor, éste es el camino a Ibarra, derechito”

Antes de mediodía estábamos bebiendo chicha en la cumbre de la cordillera, con la vista de varios nevados famosos que se asomaban entre las nubes que nos rodeaban. Ibarra y sus laderas verdes y fértiles saltaron a la vista. Se veía una docena de caseríos esparcidos en el paisaje y los dos caminos que conducían a Quito cruzaban los flancos opuestos del nublado Imbabura que se alzaba imponente al cielo y recortaba la mitad del horizonte por el sur. A nuestros pies se extendía el famoso Yahuarcocha, “lago de sangre”. En la cúspide de su poder, el décimo tercer inca, Huayna Capac, había llevado sus conquistas más allá del Ecuador, cuando se revelaron los Caranquis, pueblo guerrero del valle. El ejército que envió el inca exterminó a todos sus guerreros y lanzó sus cuerpos al lago, “tornándose las aguas rojas del color de la sangre”, según dice la leyenda, y dándole el nombre que lleva hasta hoy. Sus riberas son blancas y están llenas de sal; al igual que muchos lagos andinos, está completamente rodeado de ciénagas de totora, por lo que tuvimos que abandonar la idea de darnos un buen chapuzón antes de entrar a la capital del Ecuador como nos habíamos prometido.

Ibarra es un pueblo tranquilo y señorial de aproximadamente 12.000 habitantes, fundado en 1606 por el virrey español sobre la antigua villa indígena de Caranqui, para que sirva de residencia a la población blanca que vivía en la región comprendida entre Pasto y Quito. A pesar de la extrema fertilidad del valle circundante y de su inigualable clima, muchas casas estaban vacías y varios edificios de la época colonial todavía seguían en ruinas luego del terremoto que ocurrió ya hace mucho. La dueña de un pequeño restaurante nos dejó sus habitaciones, profusamente adornadas con fotografías, llena de sillas endebles, sofás, canapés de caña, y una inmensa cama con dosel, amén del extraordinario lujo que era tener un

diario local de hace apenas dos días. Pero el pueblo entero nos mantuvo despiertos toda la noche con una fiesta local y nos arrebató así el placer de un primer descanso luego de varias semanas. Habíamos sido tan imprevisivos que llegamos el día de la “virgen de la Merced”. La celebración empezó temprano en la tarde. Una fila interminable de indios en atuendos de vivos colores cruzaba apresurado el pueblo llevando abultados manojos de paja que acababan de recoger en el monte; el jefe del pueblo, montado a caballo, recorría una y otra vez la fila, impartiendo órdenes en quechua. Hombres, mujeres y niños depositaban sus atados en la plaza vacía que se hallaba frente a una vieja iglesia deslucida por el tiempo y empezaban a deambular tranquilos por allí cerca. Se formaron cinco grandes montones en forma de cruz. El sacerdote salió y aspergeó sobre ellos agua bendita. En el espesor del crepúsculo el pueblo todo se reunió en medio de un tañido ensordecedor de las campanas de la iglesia, acompañado de la explosión de miles de juegos artificiales hechos en casa y “camaretas”, de la música de una banda incansable y del griterío del populacho y los ladridos de los perros vagabundos. La cruz de paja la encendió el sacerdote y empezó un pandemonio que tal vez no era del gusto de la virgen en vela pero que iba a durar toda la noche.

Los restos de la fiesta eran las víctimas de la chicha, regadas por las calles y los portones, vueltos sobre sí, nos acompañaron hasta salir del pueblo antes de iniciar el ascenso al Cayambe hasta la gélida línea ecuatorial. Un carretera ancha subía por el pueblo de Caranqui, lugar de nacimiento de Atahualpa, el hijo más amado de Huayna Capac y de Pacha, hija del conquistador shyri que alguna vez gobernó el territorio de los Quitus. Hacia el sur se levantaba el borde izquierdo del Imbabura. Los primeros kilómetros estaba abarrotado de indios vestidos con mantas rojas, de sombreros de fieltro gris, con las piernas desnudas, que parecían el éxodo de alguna tribu de otro mundo. Todo se hacían a un lado a nuestro paso y las mujeres se tocaban el sombrero para saludarnos una vez en castellano pero la mayoría en quechua. Al oeste se encumbraba el nevado Cotacache, de picos filosos como los dientes de un perro, y la vista del Ibarra y su valle fértil se abría detrás de nosotros como un mapa desplegado. Luego nos pasó una fila de indios apresurados y nos quedamos sólo en el paisaje de las montañas.

Cincuenta kilómetros habíamos recorrido cuando entramos a Cayambe, un pequeño pueblo adormitado por el frío de los campos nevados que cubren

el gran volcán que lleva su nombre y que se apodera del paisaje de fondo. El día siguiente, luego de un viaje agotador de ocho leguas por parajes desolados y secos, de fisuras enormes abiertas por el último terremoto, nos dio la experiencia de una nueva bebida llamada “guarango”, de preparación desconocida, que nos ayudó a mantenernos firmes y no decaer al paso del ecuador como quien atraviesa el reino del Padre Neptuno. Una sequía había azotado la región desde hace mucho tiempo, tanto que hasta el valiente cactus se había rendido. Todo el día el Cayambe, despejado sobre un fondo azul, nos siguió a la izquierda. Más lejos, al suroeste, entre la niebla, se veía una amplia cadena montañosa cuyo punto más alto sin duda era el Pichincha, a cuyos pies se hallaba el destino de nuestro viaje.

Con el objetivo tan cerca de nosotros, no fue difícil pasar la noche en el oasis semitropical de Guayllabamba, caserío de calles llenas de arena y pavimentadas con pepas de aguacate. Con la luz del día bajamos al río y empezamos un ascenso de más de 1.500 metros hasta la cumbre de la siguiente cadena montañosa. Una ancha carretera seguía ahora hacia el oeste entre hileras de cactus a través de un desierto seco que asfixiaba a hombres y animales. Nos invadió de pronto el miedo de que también Quito estuviera sufriendo una grave sequía echando por tierra nuestros planes de permanecer en la ciudad por algún tiempo. Otro ascenso agotador y estuvimos frente al Pichincha y sus vecindades, pero la ciudad de Quito no aparecía por ningún lado. La carretera doblaba al sur, subiendo y bajando entre campos secos cercados por cactus o paredes de adobe, como un pueblo aislado en el rincón de la sierra. En un cobertizo a la vera del camino, una mujer indígena vendía una sopa con trozos de carne y pedazos de papa. Nos sirvió en un plato de barro con cucharas de madera, tan impávida como con cualquier otro cliente. Más adelante, a la vera del camino, grupos de aborígenes quemaban sobre paja cueros de cuy tendidos en grupos de media docena cada uno. Pasó un carruaje, el primero que habíamos visto en varias semanas; luego un automóvil; un hombre a pie, vestido “a lo europeo” y con lustroso calzado; un niño bien aseado, hijo de padres pudientes. Una muchedumbre de indígenas en ponchos rojos y azules iba y venía; los edificios empezaban a asomar a ambos lados; una carretera, bordeada de hileras de eucaliptos que llevaban el aroma de la “goma australiana”, tomaba el nombre de 18 de septiembre – aunque ese día era 26. Sólo entonces apareció de pronto Quito, en su atardecer primaveral, metido dentro de las montañas, recortado al sur por el horizonte con una colina verde. Cincuenta y siete días habían transcurrido desde que salimos

de la plaza central de Bogotá; quince de ellos no habíamos caminado. El pedómetro marcaba 844 millas. Habíamos gastado un dólar diario durante todo el viaje. Hays había empezado con 180 libras, yo con 160; al terminar el trayecto pesábamos 160 y 161, respectivamente. Quizá no parecíamos dos rezagados de la expedición de Gonzalo Pizarro a su regreso de la selva del Amazonas, pero tampoco éramos dos personajes lustrados de vestíbulo

FORTUNATO PEREIRA GAMBA

*Impresiones de un viaje por el Ecuador*²⁷ (por un viajero ciego)

I

Salida de Túquerres - Pascana en Casafría - Ipiales - El puente de Rumichaca - Tulcán - El poeta Gómez Jaime

Por muy experto que sea el viajero siempre deja para lo último todos los arreglos: en el volante final se empaacan las cosas entre gentío de amigos, despedidas y abrazos. Por el camino se arreglan las cargas y se echa de ver lo necesario olvidado y lo inútil que se lleva.

Toda mi vida fue para mí labor tediosa hacer equipajes y acomodar baúles; cuánto más lo será ahora, encontrándome privado del precioso sentido de la vista.

Como se pudo se hicieron las cargas consistentes en muy poca ropa, algunos libros, por si la suerte, tras una operación venturosa, se dignase dejarme estudiar de nuevo - y una inmensa cantidad de avío que mano cariñosa prepárame con solícito esmero.

Viajar ciego, a lomo de mula, bien se lo figuran todos es cosa grave; pero para saber lo que esto es, es preciso experimentarlo. Ir a tierra extraña, en donde no se tienen relaciones, en busca de un cirujano complica, además, el problema extraordinariamente.

Un buen arriero de Túquerres ofertóseme para el viaje y se ajustó conmigo más por cariño personal que por codicia de la mezquina remuneración que le pagara y con él un magnífico muchacho - el Josesito - que había de tirar del ronzal mi cabalgadura y prestarme su ayuda en cuanto se ofreciese. Como compañero y para todo lo de la asistencia en la operación, si a ello había lugar, el joven Luis M. Caicedo que me ha acompañado por bastante tiempo en calidad de Secretario y con el cual hemos escrito bastante y

²⁷ Pereira Gamba, Fortunato, *Impresiones de un viaje por el Ecuador (por un viajero ciego)*, Imprenta de "El Progreso", 1919, Quito, pp. 1-59

continuamos aún escribiendo, pues es lo único que puede hacer un ciego que lleva vida intelectual.

Mi pieza de habitación estaba llena de amigos que iban al deje, de los cuales unos irían a caballo y otros a pie, estos últimos, artesanos queridísimos, amigos de la “Sociedad de Mutua Apoyo”, querían acompañarme hasta el partidero de abajo de la Capilla de Las Lajas; los otros irían más lejos. Mandé al arriero con las bestias adelante a esperar en donde debíamos montar.

Tras un último abrazo a una persona queridísima que se hallaba presente, nos echamos a la calle y principió el viaje.

Buena copia de pueblo trabajador salió conmigo calle abajo y así anduvimos en procesión silenciosa hasta el partidero. Yo estaba profundamente emocionado, pues me conmueven hasta lo íntimo, las manifestaciones de tan sincero afecto que recibo del pueblo tuquerreño. Robustos brazos - hechos nervudos y potentes por el diario trabajo me fueron estrechando por turno; aquí Tomás Castro, Patrocinio Mora, Julio Dávila...¿y cómo nombrar a todos los inolvidables amigos que fueron tantos?

No quiero enternecerme, pues no escribo una relación sentimental; vaya, empero, la expresión de mi afecto a todo el gremio artesano de Túquerres.

Ahora montar a caballo...horresco referens! No saber dónde está la bestia, no tener idea cómo está ensillada y, además...bestia de alquiler enteramente desconocida en sus mañas, resabios y vicios. Un amigo tiene el estribo de la derecha, otro el de montar, otro nos toma el pie para ponerlo en el sitio conveniente y al fin estamos encima. Andando...qué atroz tormento! Imposible ajustar el equilibrio no distinguiendo las orejas de la bestia ni el terreno por donde ella va caminando; la montura parece floja, a cada instante cree uno que va a voltearse y en todo cambio de dirección del animal, inminente pérdida del equilibrio.

Agárrase uno a la silla como un mico y piensa confundido en la ridícula figura en que se exhibe. Cual relámpagos cruzan por la mente las imágenes de los días mejores cuando airoso caballero rompiera el viento en la Sabana, sobre brioso corcel...

La nerviosidad del ciego es grande; paseándose en el aposento conocido, en paraje silencioso y de piso uniforme gozamos los sin vista de una tranquilidad completa y aún podríamos agregar, agradable, pero en los lugares desconocidos se exaspera el sistema nervioso, todo ruido entonces es insólito, una amenaza.

Imaginaos ahora, lector, cual me sintiera yo sobre el animalejo del buen Didacio Coral, dueño de las cabalgaduras; váyase desde ahora entre paréntesis decir que este hombre bondadoso resultó en todo el viaje compañero excelente y sin par. Pero no me adelanto.

Numerosa cabalgata rodeaba al amigo que partía para Quito en busca del Doctor Saenz, es decir, de los ojos. Nobles y queridos amigos que compartimos los azares de la pasada campaña electoral, afables y afectuosos hiciéronme olvidar, por algún tiempo, la misérrima condición presente y el temeroso porvenir de un viaje de doce días por tierras desconocidas, abruptas y tal vez impropicias. Dolarte, los Figueroas, Virgilio Rodríguez, Ruiz y tantos más.

Menudea el trago en estos dejes y acalorada la imaginación todo se presenta fácil y hacedero, aún la misma ceguera, se olvida, ¡cuán penosa es la reacción!

En el puente de Sapuyes, postreros apretones de manos y los viajeros siguen solos a su destino; ¿cuál será?

Adelante Josesito: tirando el ronzal, a mi lado Caicedo - cabalgando ratonil mulita - silencioso y sombrío; pensará, me imagino, el querido Secretario en la donosa niña que dejó en Sapuyés y que no sabe cuando volverá a ver. Puras imaginaciones mías por supuesto; adelante don Didacio, montado en su caballo, arriando las cargas con el simpático grito de los recuantes. La noche se venía encima.

Al subir una cuesta , algo empinada, para llegar a Casafría, tropezó mi estribo contra una gran piedra. Cual estallido de la chispa eléctrica iluminóse mi pensamiento con un cuadro visto en aquel mismo lugar ahora años en época de bienhechora venturanza: íbamos para el santuario de Las Lajas con mi esposa, con mi Lile idolatrada, entonces bella y feliz, y nuestra familia de pequeñuelos en época de un invierno atroz, el camino estaba horrible; al llegar al pie de la cuesta, nos detuvimos, temerosos de

emprenderla a caballo; en ese momento de vacilación aparecieron en los alto cinco Madres Franciscanas, mal montadas, que indiferentes al peligro se echaron cuesta abajo, impávidas; imágenes del deber. Todo lo vi tan claro cual si lo mirara con ojos materiales; gran silencio se hizo en mi interior como si mil alma quisiera ponerse al unísono con la negrura de la lóbrega tarde.

Colombia ha sido descrita por todos los viajeros como uno de los países más hospitalarios del mundo, esto es cierto. La hospitalidad colombiana es incomparable, mas, como en todas las cosas de la vida, hay variedad entre aquí y allí. Nariño es, después de Antioquia, la tierra colombiana más hospitalaria: cualquier puerta que se toque se abre al caminante, sobre todo entre los pobres, aquí podría decirse lo mismo que se escribía en algunos templos de Apolo, “Doy poco, pero con amor”.

Oscureciéndose ya demasiado arribamos a una casucha en Casafría, en donde una buena mujer nos dio albergue. Cediósenos, como es costumbre, la cama matrimonial y todas las comodidades de la vivienda.

Después de dar una buena arremetida al avío, charlamos hasta tarde con los caseros sobre los tópicos de siempre en las cercanías de Ipiales: los milagros de la Virgen de Las Lajas, las romerías, etc.

Era nuestra última pascana en Colombia, la noche siguiente nos dormiría en suelo extranjero.

No cabe aquí escribir los progresos de la ciudad de Ipiales. Para obtener el pase del equipaje en la frontera permanecemos en la ciudad algunas horas, bien sabrosas por cierto, en compañía del progresista Prefecto Don Eudoro Ortiz del Corral.

Como a las doce del día a cabalgar de nuevo descendiendo al puente de Rumichaca que está sobre el Carchi y es la frontera.

Un ¡alto! Me hizo comprender que habíamos llegado al Puente de Piedra [Rumichaca] y que nuestra policía de fronteras nos exigía el documento de la Aduana; “pasen” dijo la voz. Momentos después caminábamos por tierras de la República del Ecuador; echándonos un buen trago, vivamos a las dos Repúblicas hermanas y apuramos a las cabalgaduras creyendo ir a pernoctar bien adelante de Tulcán; pero el hombre pone y Dios dispone.

La capital de la provincia del Carchi es una ciudad bien grande que progresa rápidamente; baste saber que hay en la actualidad noventa y seis (96) casas en construcción. Es bulliciosa la ciudad; guiándome por el oído - el oído del ciego percibe modulaciones e inflexiones sonoras en las voces que son desconocidas del sano - parecióme la gente alegre, satisfecha y contenta. Por los datos de mi Secretario supe que había ñapangas muy simpáticas que en el vestir se diferencian algo de las de Nariño, pues éstas usan el follado alto dejando ver el pie, mientras que esotras lo cargan arrastradero y además llevan grandes pendientes en las orejas llamados por acá sandongas, de muy buen oro.

A pesar de mi deseo de no pasar por la plaza fue imposible evitarlo; había que presentar el equipaje en la Aduana, formalidad indispensable; y la Aduana está en uno de los costados de la plaza, en Tulcán.

La banda militar del batallón residente en la Zona del Carchi ejecutaba en aquellos momentos una espléndida retreta; dos cosas distinguen a las bandas ecuatorianas, magnífica técnica y deliciosa suavidad; nada de pistones estridentes, nada de sonoridades retumbantes. En la música de estas bandas militares ecuatorianas pareceme que se refleja el carácter nacional: una especie de suaviter in modo, fortiter in re.

Al atravesar el square, fui detenido por un caballero del cual me informéme vestía uniforme militar; era el Mayor Don Daniel Regalado, quien por recomendaciones de su hermano Don Abelardo, residente en Túquerres, me invitaba a pasar la noche en su casa; no pudiendo negarme a tal fineza sacrificamos la jornada y, bendito sea Dios, a cambio de una de las noches más deliciosas que he pasado en mi vida.

A poco de apeado en la casa del simpático Oficial del Estado Mayor, vino a visitarme nuestro Cónsul el Dr. Alfredo Gómez Jaime. Cuán bien representada está la Patria, en el norte del Ecuador, con este distinguido personaje.

Es, en mi sentir, Gómez Jaime una de las mentalidades más poderosas en Colombia a un tiempo mismo que uno de los más nobles y bondadosos caracteres que haya conocido. Aparte de la inmensa admiración que me inspira el poeta líganme con la familia de su esposa vínculos de antigua amistad tan fuertes como los del parentesco.

Grande era mi emoción al entrar a la casa del Cónsul, aquella noche. Iba a estar con personas que me traían los más lejanos recuerdos de mi adolescencia y primera juventud; por un momento creí no pudiera contenerme haciendo una escena de lágrimas, pues tal me sentía.

Afortunadamente las cosas pasaron de otro modo. Rogado el poeta por los que lo visitábamos nos leyese algo de lo inédito suyo, accedió bondadosamente. Qué hermosa y noble poesía la de Gómez Jaime!

“Alma felina”, maravilloso episodio de sádica, pero intelectual voluptuosidad femenina; “Ascuá ardiente”, símbolo místico - ensayo de un género nuevo para Gómez Jaime - y algunos soberbios sonetos fueron el pasto intelectual que devoramos ávidamente en esta noche inolvidable.

Los visitantes que éramos el Mayor Regalado, Caicedo y yo estuvimos alledados varias horas que se pasaron sin sentirle; ratos así hacen creer sea cierta la fábula aquella del buen monje que se estuvo un siglo oyendo cantar a un pajarito celestial sin darse cuenta del correr del tiempo

La familia Gómez Jaime se compone de los esposos, un inteligentísimo chicuelo de quince años y la hermana de la señora Gómez Jaime; son cuatro seres perfectamente felices que se admiran, se respetan e idolatran mutuamente. “somos como las cuatro patas de una mesa” dice el poeta para expresar el equilibrio espiritual en que viven él y su familia.

Con cuánta razón dice Gómez Jaime “yo temo a la vida y a la muerte”; a la una la temo por los arcanos que encierra de desdicha, a la otra por el misterio de la separación; en todo caso es más de temerse la vida.

¡Qué buena noche pasé en la hospitalaria casa del Mayor Regalado!. En mis sueños desfilaban sobre mi cerebro los alejandrinos de la velada y se me aparecían las panteras, los tigres y los leones que el domador enamorado hacía saltar a latigazos para ganarse a la mujer aquella de alma felina que sólo deseaba verlo devorar por las fieras.

II

Tulcán - El páramo de El Ángel - Un accidente imprevisto - San Gabriel - Un buen ejemplo de espíritu público

Como a las cuatro de la mañana me despertaron [día domingo 28 de julio de 1918], las dianas militares y la música marcial de las bandas, es la retreta matinal del batallón acantonado en la capital de la provincia del Carchi. Dióme la idea de un gran aparato militar y me imaginé a Tulcán una especie de Metz u otro lugar fuerte francés; ¡vaya con la imaginación! Más tarde llamaron a misa y el sonido de las campanas parecióme bien diferente del de las de Túquerres; temeroso de sufrir una ilusión auditiva preguntéle a Caicedo si él experimentaba la misma sensación y como estaba de acuerdo conmigo quedé convencido de no equivocarme. Esta observación respecto del sonido de las campanas ecuatorianas la hemos corroborado hasta en la misma capital de la república.

Las campanas ecuatorianas - sea por la forma, sea por el metal de que son hecha, o por una causa cualquiera - tienen un sonido no agresivo sino por el contrario melodioso, suave y muy agradable de oír; pero dejemos las campanas.

Después de un substancial desayuno y de despedirnos de nuestro distinguido huésped, Caicedo y yo emprendimos a pie la primera jornada por los caminos del Ecuador. El camino sigue por la Avenida Veintimilla, trozo de carretera sumamente plano que, cuando esté bien arborizado, será un bellissimo paseo sin quitar que desde ahora lo es muy agradable.

Mucha gente iba a la ciudad a misa, mucha carga de víveres, leña, etc.; los transeúntes hablan recio y me producen la impresión de que son alegres y comedidos; muy poca diferencia en el acento con los de Nariño y, en fin, no puedo sentirme en tierra extraña.

Tulcán es un gran centro de negocios colombianos. Entre esta ciudad y la de Ipiales existe un activo intercambio. Cuando esté terminada la carretera de Rumichaca y la que une a Ipiales con Túquerres, el tráfico entre los pueblos fronterizos se acrecerá inmensamente.

Como todo se acaba en la vida se acabó también la Avenida Veintimilla; la pendiente cuesta se nos puso delante y hubo que echar mano de las caballerías, de nuevo al tormento.

El camino que tomamos va por una falda del gran páramo del Ángel; la senda - pues de otro modo no puede llamarse - que va directamente de Tulcán a la población del Ángel, tiene fama de ser intransitable y se me aconsejó, con insistencia, no tomar esa vía en ningún caso; por debajo del que tomamos sigue el camino real, más faldeado, me imagino, que pasando por Guaca va a San Gabriel, el nuestro - recortándole algunas leguas—se le una cerca de los caseríos de Chilpe y Caico en la vecindad de la precitada población.

Andando, pues, la caravana cuesta arriba hasta entrar en las desoladas regiones de pajonales y frailejones que ocupan una extensión vastísima; imperio de la desolación, de las lloviznas , del frío y de la ventisca.

Cada rato preguntábale a Josesito. “Que se ve para adelante y para los lados”, e invariablemente contestábame: “planadas de páramo, mi Doctor”.

Senda descuidada en absoluto, en su mayor parte llena de canjilones profundos, de estrechuras en donde al enredarse los estribos casi se me aplastaban los pies o se me arrancaban las piernas, es este camino uno de los peores que pueden imaginarse. Por fortuna estaba seco; en invierno creo que sea imposible transitar por allí.

Compasivo el cielo se mantuvo sereno y despejado; como a las dos de la tarde comenzamos el descenso del otro lado del cerro. Si a la subida pude resignarme al tormento de cabalgar, la bajada por los canjilones y estrechuras me horrorizó y eché pié a tierra.

Estaba tan maltratado que no podía tenerme en pié; sólo por un supremo esfuerzo de voluntad principié a caminar sobre los fangosos almohadillales que difíciles para un sano, imagínese el lector, cuál lo serán para un ciego.

El Secretario Caicedo, muy pierniflojo, no servía para el caso de llevarme; pero D. Didacio, hombre robusto, se hizo cargo de mí; echamos cuesta abajo entre bamboleos, tumbos y enlodadas pero siempre ganando terreno; bajar y bajar por una cuesta que parecía interminable. Ni habitaciones, ni viandantes, ni alma viviente por el páramo escueto.

A cosa de las cinco llegamos a tierra de cristianos, esto es, al punto en donde la vereda entra al camino nacional que viene de Guaca; se pasa una quebrada por un puentecico de madera y se coje una gran planada que va hasta San Gabriel con tal cual ondulación suave.

Sentíame tan rendido y postrado que ordené a los arrieros ranchar en donde quiere encontráramos primero potrero para las bestias y albergue para nosotros pues en camino largo lo más de atender son las cabalgaduras.

Era tarde de domingo; los caseríos de Chilpe y Caico estaban llenos de gente; por todas partes se oía el golpeteo del juego de pelota, de la pelota sobre la tabla, y las risotadas y vocinglería de los jugadores; charla de mujeres y gritos de chiquillos. Mi afinado oído tan susceptible a todas las entonaciones me hizo ver que entre ese gran gentío no había borrachos.

“Por aquí poco beben”, pensé y esta afirmación me la ha venido confirmando la experiencia del viaje.

En Caico una buena mujer nos acondicionó de potrero y posada de igual manera que la de Casafría.

Permítaseme digresionar un poco sobre el juego de pelota tan popular en el Sur de Colombia; la primera vez que vi este juego fue en Pasto, ahora años cuando vine del Norte y me encantó; en Túquerres es extraordinariamente popular cual lo les en casi todos los pueblos de Nariño. Reúne el juego de la pelota todas las cualidades de un deporte de primer orden; ejercita y desarrolla muy armónicamente el cuerpo, conquista serenidad, firmeza en la visión y pulso, agilitando el cuerpo extraordinariamente; ¿por qué pues en Pasto y otras ciudades en vez de formar clubs de pelota tratan de formarlos de juegos exóticos inferiores al nacional como deporte? Dios no quiera que el pueblo Suriano pierda su afición al popular ejercicio, pues esto sería el comienzo de una rápida degeneración.

Lo imprevisto se presenta con poca frecuencia y, por desgracia, casi siempre lo hace maleficiosamente, tal es por lo menos mi experiencia personal. En el caso presente el imprevisto se nos dio a conocer de este modo: lleva a D. Didacio las bestias al abrevadero y cuando los buenos y cansados animalejos satisfacían su sed, un toro cebado a matar caballos fuélese encima al mejor de los nuestros y de una cornada le partió el corazón.

Imposible pintar la desesperación del buen arriero tuquerreño para quien el castaño - en su pobreza - significaba un caudal, aparte de esto, queríalo extraordinariamente.

Para mi el contratiempo era grave; mi flaca bolsa no estaba para juegos y, además, faltaba saber si por aquellos vericuetos se conseguiría una bestia fletada hasta Quito.

La comida, avío calentado, fue triste, pues bastante me apenara la desgracia de mi buen compañero, y muy interrumpida a cada instante con los que entraran a dar noticias de la agonía del solípedo; las lamentaciones de D. Didacia y las observaciones, de uno y de otros, sobre el caso, desde el punto de vista legal, por si hubiera o no lugar a reclamo por parte del damnificado.

Llamóse al Inspector de Policía quien refirió el caso al Comisario en San Gabriel; resolvimos por último demorarnos el día siguiente en la precitada ciudad y ver allí lo que mejor conviniera.

Una carta de recomendación del Mayor Regalado para los Señores Córdoba de San Gabriel fue de mucha Utilidad y la demora en aquel lugar permitióme llevar a cabo observaciones de interés, confirmándose así el proverbio de que “no hay mal que por bien no venga”.

Discutióse mucho por la noche en Caico sobre la causa última del fatal accidente: opinaban los unos que el caballo había muerto por viajar en domingo, pero D. Didacio manifestó que esto no podía ser porque él con Josesito habían oído misa, por la mañana, muy devotamente. A la postre predominó la opinión de que aquello era una sentencia revocada; bendita sea la mano oculta que se propició sacrificando la bestiezuela para favorecer la vida de alguno de nosotros.

Bien por la mañana tomamos el caballo de San Francisco, Caicedo y yo, para San Gabriel; temerosos de encontrarnos el toro cebado anduvimos a buen paso este bonito trozo de camino orillado de verdes potreros y en cuya lontananza, a mano izquierda, se distingue según me cuentan la renombrada hacienda de “El Vínculo” tan grandemente productora que hace de su dueño uno de los personajes más ricos en el Ecuador.

No hay para qué ponderar la hospitalidad de los señores Córdoba y su simpática familia; D. César se dedicó todo el día a darme cuantos datos y detalles yo necesitara; a hacerme pasear por todas partes, de suerte que pude adquirir una idea imaginativa de la población.

Figúrome a San Gabriel como una de aquellas ciudades antioqueñas, jóvenes y robustas, que van para adelante y que en pocos años llegan a ser emporios de actividad comercial y de riqueza. En esto no me equivoco porque la raíz del progreso en Antioquia es el espíritu público cada día más desarrollado en ese pueblo; así también en algunas ciudades ecuatorianas - como San Gabriel y Otavalo, por ejemplo - el espíritu público de los moradores es vigorosísimo.

San Gabriel es una ciudad nueva; ahora treinta años apenas una ranchería, hoy centro de muchísima importancia. Está situada en terrenos feraces y la producción agrícola friana da para el abasto propio y para una activa exportación a Ibarra y otros lugares, hasta San Gabriel llega el activo comercio colombiano.

El mejoramiento material de la población se debe principalmente a una sociedad de jóvenes que se ha congregado para tal fin. Siendo la municipalidad muy pobre en rentas no alcanza a atender todas las necesidades; el espíritu público de los moradores satisface a todo aquello donde la acción oficial no alcanza.

La sociedad de jóvenes - Sociedad "Abdón calderón" - está levando a cabo obras importantísimas: dos buenos locales para colegios, tanto de varones como de señoritas, que están bien adelantados; el parque de la plaza principal y el embellecimiento de algunas avenidas; aparte del propio mejoramiento moral e intelectual.

Para procurarse fondos acuden al público, fomentan acarreos voluntarios de materiales de construcción y, en suma, no escatiman esfuerzos, ni despliegue de entusiasmo para adelantar lo que traen en mira.

He aquí un gran ejemplo de imitarse por nuestros coterráneos en Nariño donde, por desgracia, salvo en unas pocas ciudades, está tan narcotizada esta principalísima virtud social.

De las asociaciones obreras en el Ecuador ocuparéme con detenimiento más adelante; diré aquí por ahora, que en todas partes, en esta República, los obreros están organizados dentro de formas de sociedades diversas. Un dato, de bastante importancia respecto de San Gabriel, es que el gremio obrero más numeroso es el de los carpinteros, lo cual, bien se comprende, significa actividad constructiva.

Para terminar agregaré que el aseo de la ciudad es minucioso y que - basta donde yo puedo juzgar - se notan bienestar y actividad.

Acuérdome ahora de un artículo que escribí para el “Correo de Nariño”, de Pasto, bajo el rótulo “Un ejemplo que debemos imitar” y viera la luz pública hace unos cuantos meses. En él hacía hincapié sobre el admirable ejemplo de espíritu público que ha dado la gente ecuatoriana en el trabajo del proyecto ferrocarril Esmeraldas - Ibarra, siendo de admirar que millares de trabajadores hayan concurrido voluntaria y gratuitamente a prestar su contingente de trabajo manual. Pueblos que toman por ese camino, llegan hasta el prodigio; de esto no hay duda.

La principal industria en San Gabriel –puede decirse que es la principal en casi todo el Ecuador—es la de tejidos, no ha telares mecánicos todavía; la calidad de los productos a mano es soberbia, nunca había visto frazadas –mejor dicho magníficas mantas—comparables con las que se producen aquí. Estoy seguro de que puede hacerse un magnífico negocio llevando estas mantas al norte de Colombia. En la Sabana de Bogotá se venderían a muy buen precio.

Después de pasar el día muy bien empleado, conseguir un buen caballito para proseguir el viaje, pagando buen flete, adelantado por supuesto, y convencernos de que no había reclamación posible contra el propietario del toro mataballos, nos dimos al reposo. A la madrugada del martes pusímonos de nuevo en marcha para efectuar una jornada muy corta.

Se esperaba ese día, en San Gabriel, al Señor Obispo de Ibarra; todo el camino estaba lleno de arcos triunfales que nos tocó estrenar a Caicedo y a mí. “Buen agüero” le dije al Secretario “entrar bajo arcos en esta tierra propicia”. Ojalá salga cierto el presagio.

III

**El Chota. - El Puente del Chota. - Correos y telégrafos . -
Yaguarcocha. - Los alrededores de Ibarra. - El plantío de eucaliptus.**

Bastantes veces he descrito, en mis estudios técnicos la formación geognóstica de los terrenos del Departamento de Nariño cuyo carácter más específico es el de que una especie de casquete de rocas eruptivas cubre la mayor parte de los terrenos subyacentes; pues bien, todo me hace creer que la parte del Ecuador que he recorrido, sin verla, está en las mismas condiciones de formación. A pesar de estar ciego puedo darme cuenta bastante clara de las cosas, ya por la experiencia anterior, ya por las informaciones que solicito de los que van conmigo, así como por el manoseo de las arenas y otras mil circunstancialidades que sirven para el objeto.

Entre los fenómenos geológicos dignos de llamar la atención, en esta parte de la América, hay que citar los profundos cañones que corren a escuadra con la Cordillera Oriental abasteciendo a talvegs primarios paralelos con ella. Todos estos cañones pertenecen a un mismo tipo y deben poseer un origen común aún cuando no sean, quizás, coetáneos.

El primero de tales cañones se encuentra al norte, en Juanambú, después el Guáitara. - entre Pasto y Túquerres - más adelante ya en el Ecuador - el Chota primero, luego el Guayllabamba y no sé si de Quito para el Sur haya más. Prácticamente estos cañones son paralelos y se dirigen de Oriente a Occidente.

Me imagino que, en los eruptivos que cubrieron inmensas extensiones del territorio, se formaron grietas de retracción; cubiertas más tarde las rocas eruptivas por gruesísimas capas de tufas (arenas y cenizas volcánicas) estas se deprimieron por donde quiera que corrían las grietas y sobre tales depresiones se encauzaron las aguas posteriormente.

Viene enseguida el trabajo de erosión sobre los materiales, relativamente flojos, de la capa superior y el curso de agua ahonda su cauce hasta la roca dura, formando, de esta manera, el profundo cañón. El estudio de este fenómeno lo llevé a cabo con mucho detenimiento, hace años, cuando gozaba de la plenitud de mis actividades.

Las hondonadas profundas que forman el Juanambú, el Guáitara, el Chota, el Guailabamba, etc., son unos de los peores obstáculos que la naturaleza ha puesto en estas tierras al desarrollo de las vías de comunicación. Todos sabemos cuanto tiempo y dinero ha costado el paso del Guáitara en el Departamento de Nariño, en la redentora obra de la Carretera del Sur.

Dos caminos hay de San Gabriel al Chota; el uno por el Angel, el otro por Chulunguasi y el Alisal a un vado del río. Cuando se toma el primero se desanda un trecho hacia el norte, dando un gran rodeo, trepar de nuevo a los páramos y, como el Angel es bastante más alto que San Gabriel, aumentar la cuantía del descenso al fondo del cañón; por el otro camino, enllegado al río, para coger el puente hay una larguísima travesía como de tres leguas aguas abajo, y al otro lado del río otra aguas arriba. Estas dos travesías alargan mucho el camino; por esta razón, la mayoría de los viandantes, prefieren la vía del Angel a pesar de sus inconvenientes.

Nosotros tomamos la vía de Chulunguasi; mañaneando de esta posada - en donde las caballerías hicieron versos toda la noche- cogimos cuesta abajo,, como en los cuentos de hadas. .. caminar, caminar y caminar.

De los cañones de erupción arriba mencionados, el más profundo es el Chota (el Guáitara y el Guailabamba están poco más o menos a nivel). Este dato lo tengo de un amigo que viaja con aneroide; mas no es difícil darse cuenta de la cosa por el tiempo que se emplea en la bajada y la estimación de la pendiente de la cual un ciego se percata muy bien por la posición de la bestia.

Delante de nosotros iba una familias ibarreña, que pernoctara en nuestra misma posada; fomábanla varias Señoras y Señoritas, gente distinguida de la capital de Imbabura. Bueno es hacer notar aquí que los de Ibarra tienen, en todo el Ecuador y fuera de él, fama de hospitalarios, comedidos y benévolos en alto grado.

La familia en cuestión, bien montada, andaba al trote, cuesta abajo; mis compañeros los distinguían de trecho en trecho, cuando el terreno lo permitía, en todas sus revueltas y ondulaciones; teníamos mucho interés de saber si pasaban el río por el vado o daban el rodeo por el puente. Vadeando el Chota se economizan, por lo menos, cuatro horas de camino. Nos decíamos que si las Señoras pasaban el río, nosotros también; esto nos

significaba llegar a Ibarra temprano.

En el cañón del Chota existe las mesetas simétricas, a nivel sobre una y otra banda que señalan las distintas etapas del trabajo del curso de agua; pero aquí son más anchas que en el Guáitara y el Juanambú proporcionadamente con la amplitud de la quiebra. De una vez, y para agotar el tema diré que en el Guailabamba existen dos, de estas mesetas de considerable amplitud: en la banda izquierda la Josefina y en la derecha la Providencia.

Josesito me contaba lo que veía; sus ojos avizores inspeccionaban el horizonte y a cada rato dirijíase para informarme de cuanto alcanzaba a divisar: “allá, río arriba, se ve una hacienda grande, cañaduzales y trapiche”; “río abajo, lejos lejos, otra”; “allá se ve el río, más acá, del río una planada”; “ya casi llegan las niñas de a caballo a la planada, se van a echar por el vado”... y así con estas conversas del muchacho pude darme cuenta, casi casi de viso, de lo que me rodeaba.

Después de tres horas largas de andar cuesta abajo por la áspera pendiente llegamos a la vega del río que no es muy ancha, y nos dirigimos al vado; en este sitio existe un miserable caserío de cuyo nombre no me acuerdo.

Cuando nos indilgábamos al agua, regresaban las Señoras, habían encontrado muy profundo el vado y no atreviéndose a cruzarlo las tomaban para el puente al galope para rescatar el tiempo perdido. Qué alegre vocinglerío de juventud florida y lozana!

Aquí fue el discutir con D. Didacio; él estaba por el río y yo por el puente, por supuesto que predominó mi opinión y adelante; pero qué renegar tan desesperado del empecinado tuquerreño.

Caliginosa la atmósfera y el calor sofocante; caía el sol ecuatorial, como dardos de fuego sobre nuestras espaldas; jadeaban las bestias caminado sobre el rocalloso y desigual sendero por la orilla del río. Poca gente debe transitar por estos andurriales, porque la mañana se entrelaza de un lado al otro y en algunos parajes el jinete tiene que tenderse completamente sobre el cuello del rocín; lo peor del caso es que toda esta maraña está exclusivamente formada de robustos espinos de muy grueso y largo agujón. Ay! Cuántas veces me dieron en la cara con riesgo de arrancarme los ojos y hacer inútil mi viaje a Quito.

“Agáchese Doctor” gritaba Josesito en os puntos muy tupidos, triste de mí cuando al chiquillo se le olvidaba advertírmelo. En otras ocasiones eran los pies del lazarillo los que sufrían y muchas, el caballo hostigado por las espinas trataba de despedir, qué desesperación!

Cuánto siento que se haya lugarcomunizado la palabra dantesco, porque había de emplearla aquí al referir mi marcha Chota abajo por entre los espinos, derretido, además, por el calor sofocante.

Pueblan esta hondonada tribus, digámoslo así, de negros, que como que ni español saben hablar, ya que contestan a las preguntas con sordos, guturales, sonidos ininteligibles; de trecho en trecho se encuentran pequeñas plantaciones de algodón; el suelo y el clima son del todo apropiados para este cultivo que, sin duda, ha de tomar mucho desarrollo en el futuro.

No recuerdo bien, si fue al cabo de dos horas, cuando se divisó el puente y el caserío que está en la banda izquierda.

La sed nos devoraba, pero en este clima - esencialmente palúdico y malsano- el agua es un veneno, al decir de los experimentados; en una choza de las cercanías del puente compramos naranjas de muy mala calidad ellas; muy pequeñas, asoleadas y muy agrias.

El puente del Chota me dijeron que es más angosto que el del Guáitara, como éste, de cal y ladrillo y bonito.

Tenía que descansar un poco y apeándome con la ayuda de todos mis tres compañeros - tan entumecido estaba mi pobre cuerpo- me introdujeron a la mejor casa del caserío, la Telegrafía.

Alcanzábase a oír el taqueteo de los aparatos y también las argentinas voces de las Señoritas que iban en nuestra delantera El telegrafista Sr. Moncayo, hombre cultísimo, se esmeró con las mayores atenciones; tras una taza de exquisito café me vino el alma al cuerpo y di comienzo a las preguntas y repreguntas con las que lleno mi desesperada necesidad de información.

Envidio para mi Patria el buen servicio de Correos y Telégrafos, del que, con razón, está orgullosa la hermana República. Hay dos correos en la semana para todos los lugares del país muy bien servidos; en cuanto a los

telégrafos -el servicio es doble, de telégrafo y teléfono- está admirablemente organizado aún en los más infelices villorios; la tarifa, por otra parte, para los telegramas de diez palabras, menos de la mitad de la colombiana y, para los de más de diez palabras, mucho menos aún.

Esta necesidad de tener buenas comunicaciones postales, es atávica en las comarcas de origen incaico, bien sabido es por todos, cuan admirablemente organizados estaban los correos precoloniales cuando los Hijos del Sol gobernaban desde el Cuzco inmensos rebaños de hombres.

Mientras agotaba yo al Sr. Moncayo en todo lo del Ramo Postal, Caicedo charlaba con las Señoritas ibarreñas y, sabe Dios si este corazón tierno ya estuviese lamentando la próxima, ineludible separación.

Muy curiosas se manifestaron las damas y en poco vaciaron a mi Secretario, de pe a pa sobre mi personalidad, edad, vecindad, profesión, usos, hábitos y costumbres; espero que mi amigo y compañero no haya sido muy lengüisuelto pues en caso contrario quizás se hubieran escandalizado algo las Señoritas.

Cuando estuve suficientemente informado por el Telegrafista, vínome el deseo de dirigir telegramas a Túquerres para persona muy recordada; salutación a los amigos y demás.

La banda izquierda del cañón del Chota es menos escarpada que la derecha, el declive de la vía es suave como que sigue una quiebra de no muy fuerte gradiente; casi al fin de la subida hay una meseta y en ella una hacienda con muchos eucaliptus; grandes criaderos de asnos y de cabras son estos parajes; ganado también hay bastante, el que me aseguraron estaba gordo, malgrado no haber una brizna de yerba en los potreros. Cruza el camino una gran acequia de regadío en donde tomamos agua a pesar del miedo a la malaria, tal era la sed.

Anocheía ya - eran las seis de la tarde- cuando coronamos la cima en El Oburo, caserío donde ni agua se consigue.

Desde el alto de El Oburo la vista goza de un panorama espléndido. Yo oía las voces de admiración de mis compañeros y, con ansiedad inquiría hasta los más nimios detalles del paraje.

Aquí más cerca Yaguarcocha (lago de sangre), basta extensión de agua que da realce a lo circunvecino; más allá, hasta el límite del horizonte, el valle de Ibarra con sus verdes potreros, sembradíos, arboledas y casas de hacienda. Caicedo y José no se cansaban de exclamar “Qué lindo es esto”!

Para descansar del estropeo que produce el caballo, el gran remedio es andar a pie; con que ya lo saben los lectores para cuando se les ofrezca. Poniendo en práctica la receta echamos a andar por la cuesta pedregosa y al poco estuvimos en la planada cerca del lago por cuya orilla pasa el camino.

Lago de sangre! Sitio memorable en la historia de los incas, cuánto siento no haberte conocido con los ojos materiales; pero con la visión interior te miro enrojecido con la sangre que se vertió en la tremenda degollina que un tirano de los antiguos tiempos hizo en tus riberas; así por lo menos lo refieren las crónicas y tu nombre lo confirma.

Desde Yaguarcocha hasta Otavalo -habrá unas seis leguas de distancia- el camino es carretable y por él transitan automóviles y vehículos de tiro animal. Yaguarcocha constituye un delicioso paseo para los ibarreños, dícneme que hay una lancha de gasolina y botes para el servicio y el divertimento.

El caserío que queda cerca del lago es de muy poca o ninguna significación. Más adelante principia una alameda, que debe ser bellísima; poco de todo esto pudo verse porque cerró la noche muy oscura.

A eso de las ocho pudimos encontrar potrero y posada en la hospitalaria casa de Don Manuel Andrade, en el Olivo cerca de Ibarra; bien justificara el anciano matrimonio Andrade la buena fama de que gozan los de esta comarca.

Mucho incremento toma el plantío de eucaliptus en el Ecuador. La bendita especie ha sido aquí, como lo es en todas partes, una providencia.

La imprudente e inconsulta tala de los bosques en nuestros países y la dificultad en las comunicaciones ha hecho que los combustibles domésticos se escaseen extraordinariamente; el replantío se impone como necesidad apremiante y entre todas las especies arbóreas, es el eucaliptus, la que

reúne las mayores ventajas.

Hace muchos años escribí una monografía - que fue reproducida en casi todas las revistas y periódicos industriales de la América Latina- sobre el eucaliptus; en ella llamaba la atención a mis coterráneos a propósito de la urgente necesidad en que estábamos de formar bosques - del privilegiado árbol australiano en las cercanías de los centros de la población; poco incremento ha tomado en Colombia el plantío de eucaliptus lo que es de sentirse. Ojalá imitaran el buen ejemplo que se nos está dando en este país.

Los alrededores de Ibarra gozan de merecidísima fama como pintorescos en extremo y los terrenos aledaños por su fertilidad y esmerado cultivo. En la vecindad de la ciudad hay buenas fábricas de tejidos, principalmente de bayetas que tienen grande aceptación en el norte.

Los productos textiles ecuatorianos han sido siempre línea de activo comercio en el Sur de Colombia, en la actualidad el tráfico tiende a aumentarse considerablemente a causa de los altos precios, consecuencia de la conflagración mundial.

Bien hubiera deseado permanecer un día entero en el Olivo, dedicado a tomar informes y descanso; el afán de los arrieros por seguir adelante y terminar pronto el viaje, impidióme llevar a cabo el propósito concebido por la noche.

IV

Ibarra.- Una ciudad en rápido progreso (Otavalo)- Los indígenas.- La reforma militar en el Ecuador. - El páramo de Mojanda.

Por Ibarra pasamos de prisa y por calles extraviadas; mis compañeros que deseaban conocer la histórica ciudad se quedaron con las ganas. Sábese eso sí, que la Capital de Imbabura es una hermosa y simpática urbe, muy bien trazada a cordel y escuadra, Sede Episcopal, etc.

Destruída ahora cincuenta años por un espantoso terremoto fue reedificada como Cúcuta entre nosotros - en el mismo sitio que ocupaba antes de la catástrofe; desde su reconstrucción hasta el presente, la localidad no ha vuelto a experimentar novedad alguna por causa de los fenómenos.

El clima es algo palúdico; los fríos y calenturas se conocen en la localidad con el nombre de zaino y aparecen periódicamente según se dice.

En época reciente se ha establecido una planta hidroeléctrica para el servicio de alumbrado, etc., y ha mejorado extraordinariamente la ciudad en higiene y otros servicios públicos.

Mucha animación reina en la proximidad de la urbe durante las primeras leguas de camino que va a Otavalo; mucho movimiento de gente y carros, algunos coches también; grandes vacadas de lechería son conducidas a los ordeños o a los potreros. A medida que se adelanta el camino va haciéndose más y más solitario, ya no hay casas a su vera y sólo de cuando en cuando, alguno o algunos jinetes nos adelantan o se cruzan con nosotros. Los caballos, por lo general, me dicen son buenos; bien sabido es de todos que, en este país, se pone mucho empeño en la mejora de la cría tanto caballar y mular, como vacuna y ovina; en esta última sobre todo la mejora es grandísima. No puede pasarse inadvertido que el ordeño de ovejas y cabras contribuye, en esta tierra, bien gruesamente, al producto de la industria lechera.

Algunas partidas de indígenas se cruzan con nosotros, hablan quichua. Nunca había oído hablar este idioma por bastante gente; es muy checheado y da al oído como el ruso; los indígenas que hablan español poseen

marcadísimo acento desagradable y pésima construcción; todos saludan uniformemente diciendo “sacramento patrón”, algunos se nos acercan tímidamente pidiéndonos cigarrillos que les damos con gusto.

Al pasar por Ibarra no puede menos de recordarse al más insigne de los mitrados latinoamericanos, al hombre de excelsas virtudes y de sabia erudición que gobernó, por años consecutivos, la Sede de esta diócesis y, hasta no hace mucho cuando Dios se lo llevó, la arquidiócesana de Quito. La muerte del Señor Doctor González Suárez es una pérdida reemplazarlo? Quién tendrá su clara visión? Quién sabrá como él poner por encima de todo, los intereses patrios y hacer concordia entre las exigencias del progreso y los intereses eclesiásticos?

Nada cansa ni aburre tanto al viajero como las planadas largas de Ibarra a Otavalo se me hizo interminable; además - como habíamos salido del Olivo sin desayunarnos, por el afán de los arrieros - las tripas grandes, dentro de mi estómago, se estaban tragando a las pequeñas. En toda casuca al paso inquiríamos por algo de comer y nada había; la escasez de víveres por todo el camino ya nos había llamado la atención. La fama de que gozaban los caminos del Ecuador, allá en Nariño, de muy bien provistos resultaba fallida, lo que es hoy no se consigue en ellos nada, absolutamente nada, salvo en las fondas y hoteles de las poblaciones importantes y ---- a qué precios!

No cabe en este capítulo examinar la cuestión de la escasez que se relaciona con otras gravísimas que confronta el Ecuador en la actualidad, quede pues para luego.

Cada rato, a mi lado, oía las voces humildes de hombres, mujeres o chiquillos “sacramento patrón” de los indígenas que pasaba, por grupos o de uno en uno, tal vez a los trabajos de los campos, tal vez en acarreos --- y a todo viandante el mismo sonsonete “sacramento patrón”.

El soplo de un suave viento hacía resonar melodiosamente las hojas de los eucaliptus; caminábamos entre bien nutridos plantíos y mi memoria se obsesionaba en el recuerdo de tiempos lejanos de juventud ardiente, de fe segura en mi destino futuro y de firmes, halagadoras esperanzas de un porvenir que mirara como cierto

Mi hacienda “El Chorro”, en donde principié, en grande, la siembra de eucaliptus, los buenos negocios que hice vendiendo árboles tiernos.--- Todo esto se me venía encima entristeciéndome como un cruel remordimiento. Mi vida entera de recomienzos; más de diez veces recomenzada, y ahora? Trabajar con herramienta mocha cual lo dice Ruddar Kipling; “to work with worn out tools”

Mas, qué me pasa? Caigo en el fastidioso y feo yoísmo; perdóneme el lector y crea en mi sincero e inquebrantable propósito de la enmienda.

Serían las dos bien sonadas; cuando arribamos al encantador y progresista Otavalo; apeámonos en un buen hotel y resolvimos pernoctar allí, porque más adelante no se encuentra posada hasta allende el páramo de Mojanda.

Mientras preparaban la comida - lo que fue cosa de buena copia de horas - dedicámonos a darnos cuenta de la ciudad y otras menudencias dignas de ponerse, a buen recaudo, en la memoria.

Volvíme a sentir aquí, como en San Gabriel, en una joven, activa y progresista villa antioqueña; alguna de esas que, como las del Quindío crecen cual espuma. Así es Otavalo, va de para arriba que da gusto verlo: aseo, primoroso empedrado en las calles, buenas construcciones, plantas hidroeléctricas, muchas fábricas de tejidos, movimiento comercial y por encima de todo eso, que esto es lo que más vale, un espíritu público prepotente.

Cuando viví en Pasto muchos amigos, que habían sido educados o habían permanecido en el Ecuador, me conversaban mucho de esta tierra; ellos avivaron en mí el deseo de viajar por el Sur, sí que lamento las desdichadas circunstancias en que lo hago ahora; malgrado esto, siempre me he podido dar buena cuenta del país. Aquellos amigos digo se detenían en sus descripciones de Otavalo y lo que más les llamaba la atención era una tribu de indígenas que dicen ser una maravilla. Cuánto sentí no verlos!

Cuentan que son, en regla general, de facciones muy bellas, sobre todo las hembras; de una pulcritud y aseo llevados a la exageración y que visten de blanco (alba veste) como los pitagóricos. Fuera de estos indígenas, muy dignos de llamar la atención del viajero, sobrevive en estas comarcas una población aborigen pura, con su lengua histórica conservada y,

probablemente con ella, tradiciones bien precisas de su origen y del imperio de los Hijos del Sol. Tan cierto es esto que la historia registra numerosos tentativas de insurrección general de los indígenas en obediencia general de los indígenas en obediencia de órdenes emanadas desde el Cuzco.

El Imperio Inca, cuando el descubrimiento y conquista, iba en vía de expansión y señalado progreso traspasado casi el lindero de la barbarie para entrar en las primeras etapas de la civilización. Sea por el empuje que llevaba esta raza, sea por lo numerosa que era, sea por un motivo cualquiera en definitiva es lo cierto que se conserva con muchos rasgos de vitalidad y, entre ellos, el más sobresaliente es el conservar su idioma nacional histórico.

Si comparamos esto con lo que sucedió con los chibchas, hallamos una diferencia inmensa; estos quedaron sin su idioma histórico y sin sus tradiciones, greyes mutiladas llamadas a desaparecer muy pronto. Fácil es, para el observador, darse cuenta del fenómeno colocándose in mente en el pellejo de los chibchas, esto es, en las condiciones de vida en que se encontraban.

Los chibchas constituían un pueblo con algún adelanto enmarcado en una altiplanicie fría - y este es el punto importantísimo que da la clave del problema - rodeado por todas partes por tribus ferocísimas, de antropófagos, a las cuales temían hasta supersticiosamente creyéndolas compuestas de demonios. Un pueblo en tales condiciones; un pueblo que no puede extenderse y que pierde, en absoluto, el espíritu de conquista está irremediabilmente perdido.

Los conquistadores españoles fueron los verdaderos demonios para los apocados súbditos del Zipa, los conquistaron de pleno infundiéndoles tal temor que hasta su idioma lo olvidaron y con él las tradiciones de su origen y su imperio.

Pasemos a otra cosa. En regla general se afirma que, los indígenas viven en esta República, casi en condición de esclavos; a mí no me consta. Los decires, sin embargo, son muy unánimes en tal sentido.

Aquí - como en Nariño - hay una forma de contrato, entre patrón y

jornalero, que se llama de concierto; este contrato, como es bien sabido, se presta a los mayores abusos.

Las haciendas a las cuales están vinculadas grandes masas de indios, ya en concertaje u otra especie de contrato análogo, tienen el más grande interés en conservarlos en el estado de ignorancia y servilidad en que se encuentran; de esta manera permanecen los indígenas sin aprender el habla castellana; para lo de la religión los curas estudian el quichua y se vandeán con él en lo tocante a sus feligreses. No tengo estadísticas a la mano, pero es fácil juzgar que la cantidad de indígenas es bastante numerosa.

Será obra de un tiempo muy largo por cierto, la homogeneización de la raza ecuatoriana, lo que sólo puede tener lugar por medio de la cruce, y ésta es lenta. En el interin el equilibrio social exige que las cosas queden como están; una sensiblería anticientífica no habrá de servir para otra cosa que para llevar el país a la ruina de sus incipientes industrias.

No quiere decir esto que yo sea partidario del concertaje o contratos similares en que un patrón astuto esclaviza al infeliz trabajador; suficientemente conocidos son mis principios pueblistas y en la práctica mis actos también. Pero si estimo, con imparcial criterio, que las medidas graduales, sistemáticamente continuadas, son las que dan mejores resultados; naturalmente, entre ellas, la instrucción de las masas es la primordial.

Por la noche, mientras venía el sueño D. Didacio nos estuvo contando cuál era el páramo de Mojanda, en donde siempre llovía; casi nos hizo tiritar de frío. Hablónos también del camino viejo que pasaba muy cerca de la laguna del mismo nombre (Mojanda) por un páramo más bravío, solitario y temible; él viajara, desde guagua, a Quito, con su padre, y conocía como la palma de sus manos, todas esas tierra.

También hubo retreta en Otavalo por la noche, era jueves; la banda del batallón muy buena como casi todas, pues el Gobierno pone mucho esmero en ello y el público, unánimemente, toma interés en lo relacionado con el ejército.

No hay duda que la reforma militar - apenas esbozada entre nosotros - es un hecho cumplido en la hermana del sur, hasta donde puedo darme

cuenta el ejército está nacionalizado aquí; bien mirado y enaltecido por la generalidad y, en fin, la labor de las misiones chilenas fue fecunda.

Para dormirme me revoloteaban por la cabeza historias de ventiscas y aguaceros en Mojanda y ya casi en sueños veíame oficial del ejército ecuatoriano, mimadísimo por las damas, estimado por los caballeros y envidiado de todos. Buenas noches.

De Otavalo a Pomasqui.- De la que nos escapamos en Mojanda.- El problema aguardientero: o higienizar o degenerar.- Algo sobre el quichua.- Varia.

Se me había asegurado que entre Otavalo, mejor dicho, entre Ibarra y Quito, existía un camino carretable. Grande fue mi sorpresa al convencerme de lo contrario; pero el trazado existe, o, por lo menos, una gran parte de la vía está en buenas condiciones al efecto.

El trecho por el páramo de Mojanda es bueno y la única dificultad sería consistente en la quiebra de Guallabamba entre Malchinguí y Pomasqui.

La escasez de piedra para el afirmado de la vía, macadams, complica las cosas. Quizás, en estas circunstancias, la automoviliaria salga más cara que el ferrocarril.

Por qué no había de llamar a mis compañeros de viaje mis ayudantes ópticos? Ellos suplen lo que me falta y, gracias a sus informaciones, algo se me percata de los alrededores que circundan mi persona tan aislada del mundo de las cosas, de la belleza o monotonía de los panoramas, del encanto de los rostros hermosos

“Por aquí fijarse mucho en si hay piedra en abundancia, peñas o cosa que sirva para afirmar un camino” - les digo a cada instante; además pongo mis cinco (cuatro diría) sentidos en las pisadas del caballo. Indudablemente la piedra es escasa. Qué fatalidad! Una automoviliaria daría el mejor resultado en la comarca.

Indios pasan con bueyadas acarreando madera; su manera de carguío es muy ingeniosa y favorece mucho al animal. “Anotar esto para indicarlo en Nariño, chiquillos” - les digo a los míos - “hay que aprender lo más posible”.

Y - sin saber si me atienden o no - va una conferencia sobre carreteables, automovilismo, afirmado de las vías y explanación de la tesis que me es tan cara “automóviles versus ferrocarriles” para empujara el progreso de los países andinos. Con la conversa me distraigo, además, paréceme que el viaje me sienta bien menos neurastenia, más agilidad, más esperanza. Oh esperanza aurora de las animas, bendecido perfume del cielo!

Claro el firmamento y suave solana en el temeroso Mojanda; lo pasaremos en seco. Bendito sea Dios; pero qué hambre! Tal parece que la tripa grande está comiéndose a las pequeñas. “No hay alguna casita por ahí?” - pregunto y siempre que lo hago obtengo la misma respuesta “Nada, mi Doctor” -----

En toda la larga extensión de la vía en la región del páramo, sólo hay tres chozas distribuidas a intervalos casi iguales; se me olvidaron los nombres, pero eso no importa. A la última - la de la salida dijéramos - nos aproximamos en solicitud de fogón para calentar café, nuestro café tuquerreño tan sabroso.

Una india astrosa quiso huir al vernos aproximar, pero la convencí con cortesés modales y se humanizó. La labia es famosa moneda en viaje y

“Más que cien cartas sirven al viajero. El porte y la expresión de caballero”.

Arrimamos al fogón para dar comienzo al entredía que era nuestro almuerzo. Brindonos la indígena habas cocidas, para mi paladar uno de los más exquisitos manjares. Hallábame entregado, del todo, a la bucólica cuando hizo irrupción un tropel de arrieros cholos de Atuntaqui, semibárbaros, con crecida recua. Parece que uno de entre ellos se me acercó demasiado, a riesgo de atropellarme cuando saltaron Didacio y José como unos energúmenos.

Valiente ajazo redondo - que me provoca transcribirlo enterito - soltó el tuquerreño y---- la de Dios es padre. Los cholos eran hartos, nosotros cuatro apenas, contándome yo, ciego; sin una mala navaja siquiera. Armas para qué quisiera yo?

Imposible érame contener a mis hombres que parecían tigres toreados, jamás imaginara que los tres fuesen tan jaques y trancadores. A la postre colombianos.

Precipíteme, como pude, entre los contrincantes, logrando, con mucho trabajo, que me oyeran. Adiós plato de habas! “Vamos andando”, ordené, con imperio; a regañadientes fui obedecido; Caicedo mismo se me revelaba no queriendo soltar, una gruesa estaca que esgrimía en la mano. “Váyanse Uds. Adelante” - replicó el arriero - “que voy a acomodar las cargas”. “Nada de eso, mi amigo, más adelante las enderezamos”, repúsele, con tono serio pero agradecido y con un postrero, amistoso empellón, logré ponerlos a la delantera.

Pensad, lector piadoso, qué conflicto para mí; no tanto por el riesgo de los palos que me hubieran cabido en suerte sino por las consecuencias, caso de una desgracia que, a no dudarlo, hubiera acontecido. Andar por los juzgados de crimen en tierra extranjera y ciego!

Entre la gente arriera no dejan de suscitarse pugnas entre colombianos y ecuatorianos cual es el caso en pueblos fronterizos. Enfréntanos los de la hermana del sur que somos muchos en su tierra y que, por el contrario, los ecuatorianos no emigran a Colombia. Es cierto, bastantes colombianos hay en el Ecuador; precisamente, empero, de ello viene mayor vínculo entre los dos países. No se ve en esto, además, la prueba del alta estima en que tenemos la hospitalaria tierra de la frontera del mediodía?

Me vienen al magín - al escribir ahora - las peleas que tenía yo con mis primos, cuando guagua; nos decíamos las mismas cosas: “Vete de mi casa”. “Tú vienes todos los días”, etc---- sin que las infantiles reyertas mermasen, en lo mínimo nuestro acendrado afecto; lo mismito acontece entre ecuatorianos y colombianos; en el fondo existe un inmenso fraternal amor.

Somos unos mismos; el mismo tricolor nos cobija; nos ligan lengua y religión. Aquí y allí la Patria una misma, unos mismos sus problemas, sus futuros y sus aspiraciones.

Con la gana de pelear se quedaron mis acompañantes; su rabia convirtiose contra las caballerías. Arrea que arreando, al trote, descendimos la cuesta hasta el sitio de “la Bodoquera” en donde me desmonté para estirar las zancas----El nombre lo está gritando; la Bodoquera es un trozo de camino recto como figura de texto de geometría, con algo más de dos leguas de largo. Por la mitad del tramo está el pueblucho llamado Malchinguí, muy

desamparado él y miserable; allí encontramos regular acomodo, malgré tout.

Se aproximaba el instante de llegar a Quito---- crecían en mi ánimo los temores, las esperanzas, las zozobras y la inquietud! Cual es un asalto de esgrima me atacaban los nervios por aquí y por allí; cuánta vacilación, Dios mío!

Me azaraba sobremanera - llámese a este sentimiento incalificable puerilidad - el temor de las simplezas en que pudiera incurrir mi comitiva en la ciudad ya que ella trata enterito el pelo de la dehesa.

Qué figuraciones! Qué espanto! Mas ----- para qué referir estrambóticas fantasmagorías?

Valga la verdad - desde ahora cumple decirlo - mi Secretario y dilecto amigo, se ha manejado muy bien; cuanto a pelumbre de provinciano, poca trajo o si la cargaba la botó muy de ligero en la Metrópoli, en llegando no más, como se dice en Nariño.

Por manera absurda la loca de la casa, se ingenia en mortificarnos. Oh nervios! Oh nervios mal gobernados, cuántas risibles tribulaciones ocasionáis al hombre!

Quiera el Cielo darme ingenio y paciencia para escribir "EL ESCLAVO DE SUS NERVIOS" dentro de cuyo rótulo cabe harto de documento humano. Pero divago.

ALEJANDRO ANDRADE COELLO

*Hacia Imbabura*²⁸

Impresiones de viaje

Anotadas al vuelo

Por Alejandro Andrade Coello

Inmediaciones de Quito

En risueña tarde, plena de sol, de los días ardientes del mes de julio que nos están convidando a vacaciones, a las tres, en la amable compañía del director de El Magisterio Ecuatoriano, salimos al Norte de la República.

A lo largo de la polvorienta calle, la decoración está salpicada de esbeltas casas de campo, entre múltiples manchones de eucalipto de intenso verdor. Allá, sembríos esmeraldinos, en medio de la sequía; acá, salpicadura amarillentas de los campos de mieses, más allá, incesante vaivén de tranvías y carruajes que alegran al espíritu como una visión paradisíaca.

- Este lado se parece mucho a Suiza, por los innumerables *chalets y villas*, aunque las escarpaduras y ondulaciones del terreno son aquí en grande y no puede perderse la nota característica ecuatoriana, nos explica un acompañante accidental, recién llegado de Europa, según nos dio.

Seductoras las inmediaciones de Quito. el viejo Pichincha, a la izquierda, enmarca la gigantesca película, festoneada a la derecha por los cerros que flanquean a Guápulo y el valle de Tumbaco. Al centro, como por una sola avenida, desfilan caprichosas construcciones y humildes edificios - ni una sola cabaña - hasta Cotocollao, que parece un barrio quiteño. Desde la Plaza de la Independencia, hemos descendido ya, sin sentir, 48 metros, de los 2860 del punto de partida. A corta distancia del histórico *Iñaquito* la carretera se bifurca: es el *Partidero*. Tomamos por el callejón umbrío que conduce a las solitarias vueltas de *Carretas*, de imponente aspecto por las estribaciones y abras de la cordillera oriental, por el que bajamos sin cesar,

28 Andrade Coello, Alejandro, *Hacia Imbabura. Impresiones de Viaje anotadas al vuelo*, Imprenta de la Universidad, 1919, Quito, 40 p.

orillando cerros y sepultándonos en tierra calcárea, tobas y conglomerados volcánicos.

En Carapungo

A las cinco, los caballos galopaban por la calle principal del escueto *Carapungo*, o sea la parroquia *Calderón*, que está de examen. entusiasmo que en los pueblos sea día de gala el consagrado a las pruebas escolares de la niñez. El acto se efectúa en un corredor que da al carretero. Resguardado de polvo y viento con sábanas y esteras, atadas de pilar a pilar, el aspecto típico y de franciscana pobreza. Causa grima contemplar, a pocas leguas de la capital, las miserables casuchas donde oscura y penosamente oficia el maestro. Se oían los gritos de los niños que enérgicamente contestaban primitivos temas gramaticales. Desprovisto de agua, el poblacho carece de lo indispensable. De aquí para allá, inquirimos por forraje para las bestias, sin satisfactorio resultado.

- Nada significa no comer por la tarde ¡pero los fatigados animales!, dice desconsoladamente García.

- No perdamos tiempo. Avancemos resueltamente a Guailabamba.

Nos encogemos de hombros, sin acordarnos de las temibles fiebres intermitentes. Largo y cansado el descenso, por estériles vericuetos donde la vegetación llora y sólo el algarrobo despliega su débil quitasol que el cálido viento no agita.

Un rótulo en Guailabamba

El río se retuerce en el abismo, en un encañonado abrupto. Junto al puente, sus aguas se duermen, y se duda que lleguen a Esmeraldas. A lo lejos, al pie del Pambamarca, asomo, como una ermita, el Quinche.

-- Arriero, descarga las petacas, ordena ocasional compañía de viaje, un caballero rico del Angel, al conductor, antes de pasar el estrecho puente de hierro.

Después del arenal árido, se divisa una alegre mancha verde. Es el famoso Guallabamba, por lo insalubre. Rodeado de huertos, riachuelos y pantanos, el pueblo deja ver sus casas y rancherías. Por donde quiera caras pálidas, figuras anémicas. En la plaza hay un edificio de teja con este rótulo: “Casa de posada”. A ella nos encaminamos, fatigados y sedientos.

- Casera ¿tiene alojamiento?
- No, señor
- ¿queda algo de alfalfa?
- ¿Dónde podremos pasar la noche?
- En el corredor.

Y la escuálida sombra, con el farol en alto, se pierde en el interior de un cuartucho de bajísimo cielo.

- ¡Qué mujer tan malhumorada, dice mi compañero; Al menos debe borrar el anuncio colocado por ironía en la pared.

- Bonita casa de huéspedes. Dormir en el corredor, a merced del zancudo, paludismo seguro.

- ¿Qué hacer?

- Al hotel del Teniente Político, ordena una voz imperiosa.

Inquirimos por la primera autoridad. su casa está vacía. Ha marchado lejos a una comisión del servicio.

Quedamos perplejos

El mártir de la Escuela

El maestro de escuela es nuestra salvación. Su familia, consumida por los fríos, causa grima. Su mujer es también institutora. ha sufrido mucho. Parece un espectro. El se queja igualmente de lo malsano del lugar y de la dificultad de conseguir buena alimentación. El pan y la carne llevan desde Quito. Ha rendido ya los exámenes. En un corredor, se amontonan los vetustos bancos de la escuela. Pobre mártir, con una renta de cincuenta

sucres, hundido en la soledad de tumba del húmedo Guaillabamba, inmensa hoy a que la naturaleza se ha *convulsionado* caprichosamente. Inspira simpatía el ilustrado institutor Antonio Pillajo, que sereno está desafiando a la muerte. Es natural de Atahualpa (Habaspamba).

Bien remunerados, unos negros se aventuran a cortar alfalfa para las caballerizas. el aguacate de Guaillabamba es delicioso. Nuestro compañero no resiste a la tentación de saborearlo. En verdad, esta mantequilla vegetal sabe bien al paladar.

Escuchando el agudo zumbido de las trompetillas, pasamos a duras penas la noche. Canta un gallo. Inmediatamente brilla el fósforo junto al reloj. ¡Que desencanto! Es la una bien escasa de la madrugada. Las horas se prolongan. Canta otro gallo, y nos ponemos de pie. El arriero adereza a los jamelgos, un tanto trasijados.

Bello es madrugar siempre; mejor en el campo y en viaje. Espumante leche, en sendos tazones, nos está esperando en Cusubamba.

Reparamos las fuerzas. Después de orillar quebradas y cerros. Otón nos saluda con su calma imperturbable. A lo lejos, se oye monótona música.

- Es la procesión de la Virgen del Carmen, nos explica un hombrecillo, al que preguntamos por algo que masticar.

En su tienducha se alinean botellas vacías y en mugrienta mesa sal prieta en forma de rodillos. La carretera que endereza a Cayambe es magnífica, salvo uno que otro desperfecto. Empiezan a divisarse las dilatadas dehesas y el bosque de Guachalá. El albo monte se oculta entre fajas de nubes

La bella meseta de Cayambe

Cayambe, rico en mieses y ganadería, cuenta con intensa luz eléctrica, - planta norteamericana -, con holgado hospital en una área vastísima a la otra banda del río Blanco que le baña, con rectangular plaza de mercado en proyecto, un regular camal y la casa del municipio en su plaza céntrica. Su templo es ruinoso, con un verdino patio descubierto cerca del altar

mayor. Dicen que el cura es rico que acaba de comprar otra hacienda. Se construyen algunos edificios particulares de moderna arquitectura y se ensanchan las calles. Entre un hermoso parque, se yergue, rodeada de azoteas, la mansión del señor José Jarrín; en el suburbio, la deliciosa Miraflores, circundada de arboleda.

Sólo en punto a escuelas no ha tenido suerte. Cuéntase que en época no remota apedrearon al institutor V. Aguirre. el pueblo es muy fanático; despreocupadas las clases acomodadas.

!Qué despejado panorama, de vívidos matices, el del valle de Cayambe, al salir para el nudo de Cajas! Ricas haciendas, blancas masías, entre verdinegro bosque, salpicadas aquí y allá, en una llanura de esmeralda! Cerca, la torre de Tabacundo; lejos, la torre gigante del Cotacachi. Cayambe es celebrado por sus pastos naturales - espontánea tributo de la comarca - y por su raza caballar, alados Pegasos que se beben los aires. A propósito de bebidas, dizque preparan allí manos *angelorum* una especie de pulque o chicha llamado guarango, cocimiento de la miel de cabuya o *chahuarmisque*, purificado de su tufo y vuelto espumante por el fermento.

Una frase pesimista

El camino que conduce a Otavalo es suave, casi plano, anchuroso. Suelen viajar en automóvil hasta el nudo de Cajas. hasta allí, los esforzados imbabureños han entregado, lista para tender rieles, la línea del ansiado ferrocarril de Quito a Esmeraldas, el ensueño de oro de esos pueblos emprendedores. La obra ha tomado proporciones nacionales, dada la activa y enérgica actitud de los de esta parte de la sierra, que creen con fe viva en la resurrección de sus productos y riquezas naturales, cuando puedan ser fácilmente transportados.

-- Hay que respetar la farsa de los pueblos, nos decía un alto magistrado, en presencia de personajes de la administración pública, refiriéndose a los contingentes del Norte para los trabajos de la línea férrea.

Aunque al principio nos chocó esta salida, reflexionando un momento, no supimos qué contestarle, porque nos parecían elogios ponderativos, hipérboles de patriotismo, los que los periódicos habían tributado a los voluntarios trabajadores.

Ahora que hemos palpado la solidez y realidad de ese camino que espera sólo durmientes, vemos la herejía de ese alto magistrado y comprendemos que se expresó con malicia, porque no gusta mucho de los serranos, él, que debía fomentar el abrazo nacional, borrando ridículos regionalismos. con todo, nos desespera que la magna obra, que necesita, para su terminación, unos 24 millones de sucres, cuente con exiguas rentas y sólo haya gastado hasta aquí más de un millón, es decir, que casi todo resta por ejecutarse, inclusive 280 kilómetros de línea y el material rodante íntegro, pues apenas 84 se han trabajado.

Encuentro en Cajas

Hasta Cajas habían salido bondadosos amigos a recibirnos: el Director del Instituto Normal “Diez de Agosto”, de Otavalo, el de la Escuela Superior, el Visitador Escolar de Imbabura, miembros de la Sociedad artística, entre ellos el cumplido caballero señor a. Rodríguez, Institutores de las parroquias vecinas. El abrazo de enhorabuena ante el cielo límpido y el cuadro de frescor de la naturaleza, que está dilatando sus sembríos, encierra no sé qué de recóndita melancolía, después de las primeras expansiones. Quizá se piensa en que pronto nos alejaremos de los amigos a quienes visitamos después de largo tiempo; en que la alegría es fugaz, si se medita en los adioses. Callamos un instante; pero el buen humor se restablece, pasada la primera emoción de las almas. Agitamos los sombreros en alto, con un estruendoso saludo, al divisar el límpido lago que está reflejando el purísimo dosel del estío.

Panorama lacustre

Después de atravesar ásperos senderos, cerros calcáreos, montañas y más montañas, en uno como juego de cubiletes de los Andes, se sorprende el viajero, se pasma hallar, en el corazón de la sierra, una sonriente laguna como la de San Pablo. Besan sus aguas riberas prolíficas, en las que lozanos pastos alimentan grandes vacadas. Pintoresco pueblecillos como San Rafael y San Pablo le circundan. Grupos de árboles forman el marco de verde subido. Los juncales uy plantas acuáticas tejen tupida red, en sus orillas. Atraviesan las cristalinas ondas las zahoríes guacabas y los blancos alcatraces. Uno que otro pato se pavonea al ritmo de las aguas. Robustas

indias, de aseado cuerpo y limpia vestidura, lavan constantemente las telas que venderán en el mercado o la ropa de remuda. Extraen otras el jugo del agave y lo vuelven espumoso a manera de jabón. Algunos niños aborígenes ejercítanse a nada en sus costas. Recorre gran parte del lago, como la estela e una embarcación invisible, el río Itambe que no mezcla sus aguas, bien sea por el impulso que trae, bien por diferencias de densidad. La mente despejada quiere acceder al convite de imprimir vuelo a su fantasía y soñar en cosas diáfanas, discurriendo del azul del cielo al de las aguas, como esas aves que se recrean en al líquida llanura, de más de cuatro mil metros de longitud y de varia profundidad, hasta la máxima de 83. Primitivamente se llamó Chicapán e Imbacochoa. al un extremo, se divisa el Cusín, de cuatro mil y más metros de altura, y abajo, la fértil rinconada de Hualabí. al otro extremo, muy lejos, el negruzco Imbabura; a su frente, el plateado Cotacachi. siniestro aparece, al dirigir la vista a otro lugar, el perfil del Mojanda, que finge tempestad perenne, con sus oscuros nimbos.

Otavalo y su florecimiento

Atrás dejamos en breve los pueblecitos de *González Suárez y Espejo*, aseados y alegres. La vista de Otavalo, desde las alturas, es encantadora. Es una ciudad llena de claridades y de contornos plácidos. Cuenta con buenos edificios, públicos y privados. Destaca su elegante Municipalidad, sus clubes juveniles, los anchos portales del mercado, el matadero. el parque de la plaza principal es florecido y elegante, adornado con un artístico surtidor, en el que olfatea triple hipogrifo de bronce. Posee algunos templos. en cuanto a escuelas, es lástima que hace más de cuatro lustros se yergan los muros de un esbelto colegio, al que no se da remate todavía. El Instituto “Diez de Agosto”, regentado por el afanoso normalista Ulpiano de la Torre, si bien no goza de las comodidades de un edificio moderno, posee apreciable museo escolar, graciosamente formado por el Director del plantel. florece la “Sociedad Artística”, compuesta de artesanos probos y laboriosos. Actualmente construye, en local propio, casa para sus sesiones. Otavalo se ufana con un teatro, obra de esos a manera de yanquis que se llaman los señores Pintos, los mismos que implantaron la luz eléctrica, correctamente atendida. ¿Por qué tan animada población no ha pensado aún en un periódico?

Ciudades menos comerciales e importantes editan siquiera un semanario.

Factor cultural de inapreciable valía el de un diario, allí donde el indio necesita del pan cotidiano del espíritu, de una página barata y substanciosa de lectura.

Otro problema que surge es reemplazar y acrecer los brazos para la agricultura, pues el primitivo dueño de estas tierras es aquí hacendado, relativamente rico y dueño de vastas parcialidades: se niega ya a trabajar para los demás propietarios y sólo atiende a lo que es suyo, como es racional. el sistema de mingas es costoso. La máquina y el obrero extranjero derramarían incalculables bienes. ¡Salve, locomotora!

Visita de honor

Fuimos honrados con la visita, por la noche, del Directorio de la “Artística”, compuesto de veinte miembros. Al frente de la comisión el Sr. Don Miguel Valdospinos, Presidente de la Sociedad que se empeña por el mejoramiento moral, intelectual y físico de los artesanos y les proporciona recreo, deportes, actos literarios, excursiones y conferencia. Cuenta con una caja de ahorros para socorrer a los socios enfermos o en desgracia. En el camino que están abriendo de San José de Minas a Otavalo, la Institución ha dado notas ejemplares.

Las aguas del Cantón

Fluyen por doquiera ricas y abundantes aguas minerales, termales y de regadío sus fuentes son hermosas, como Punyaro, Yanayacu, Lagartijas, el Socavón, el Salado, El Neptuno, etc., de propiedades medicinales. La cascada de Peguche es doble motor: del espíritu, por su hermosura, y de la materia, por su fuerza.

El indio otavaleño

Numerosos los indios de Otavalo, puros representantes tal vez de los caribe-antillanos. Se distinguen de los demás de la República por el aseo y la abigarrada manera de vestir. Usan trenza. Atentar contra ella, es atacar su honor. primero se dejarían matar antes que consentir que se les mutile un

palmo de la coleta. sus ponchos son de colores vivos, tejidos de lana por ellos mismos. El sombrero, también de espesa lana comprimida, se diría una laguna con un islote en la mitad, tan grande y de falda tan levantada es, pesado por añadidura; constituye un arma contundente. Albísimos los calzones, de hilo fabricado por lo común en el lugar. Sujetos con lazos las alpargatas, tejidas de ebúrnea cabuya. Las mujeres van adornadas con multitud de abalorios, moneditas perforadas de plata, sartas de coral y de mullos dorados. No prescinden de esta “toaleta” ni las más pobres. El rebozo, de colores llamativos, deja ver la macana o chal de hilo blanco o con labores negras. El *anacu*, abierto al lado derecho, descubre nítidas enaguas: las más indigentes, una larga camisa muy bien lavada. Cada parcialidad se distingue por alguna variante en el vestido; forma del sombrero o supresión de éste, *tupulinga*, cogida con el *tupu* o prendedor, ancha faja en la trenza, manillas de coral y anillos de acero, rebozo abrochado con un descomunal alfiler de metal dorado y a veces de plata, *pachalina* de género, etc.

De resistencia hercúlea, en las fiestas bailan y rezan a Baco ocho días consecutivos y aún más, apurando chicha de jora - el yamor - y aguardiente.

entendidos en telares, son muy laboriosos, lo mismo que en tejido de cestos y canastitas hasta del tamaño de un dedal, que, encerradas unas dentro de otras, las venden con el nombre de *ternitos*. Hacen esteras de vivos matices para tapetes y escupideras, sombreros de espadaña (totora) ordinaria o de esparto. Los ponchos de Otavalo son apetecida prenda, por su fino tejido, abrigo y resistencia. Fabrican costal para pisos y rodapiés de lana.

Rudimentaria industria de Ilumán

En Ilumán se dedican todos a la confección de sombreros de lana, de caprichosas formas y estilo moderno. Con piedrecitas y mazos van apelmazando la fibra, dándola lustre y moldeándola: es un trabajo primitivo, pero muy curioso. Sorprende que con tan rudimentario proceder obtengan tan brillante resultado y en ingentes cantidades. Ese pueblecito inmediato a Otavalo, no sólo surte a todo el Cantón, sino que abastece a lejanos mercados.

Por Ilumán pasamos al dirigirnos a Ibarra. La carretera es de automóvil.

Dehesas a uno y otro lado alegran la vista. Descúbrese la hermosa avenida que conduce a Pinsaquí, regia hacienda, decorada con baldosas y mosaico.

Alto en San Antonio

En San Antonio, patria del escultor Reyes y del pintor Mideros, van a terminar los exámenes de niños, ese día, y el de niñas, el subsiguiente. vienen desde Ibarra automóviles y carruajes a darnos la grata sorpresa, con amigos distinguidos, como el Director de Estudios Sr. Juan Miguel Muñoz, el Sr. Secundino Peñafiel, el Director de la Escuela “28 de Septiembre” y simpático cuerpo de preceptores. El descanso es sabroso, entre charla chispeante y afectuosa. El Sr. Director, hombre de una sola pieza: tratándose del cumplimiento de su deber, no hay nada que le desvíe. En su itinerario y lista de rendimiento de exámenes, consta la asistencia personal suya. A nadie quiere delegar, y en medio del general regocijo, pasa por el sentimiento de quejarse, en tanto que emocionados continuamos la marcha, para no volverle a ver más, pues tareas del cargo le llevaron, a nuestro regreso, a los lejanos pueblos de montaña.

Entrada a Ibarra

Ruidosa la entrada a Ibarra, ciudad de edénica amenidad, entre follaje siempre lozano y verdes desde el intenso de la alfalfa hasta el amarillo de la caña de azúcar. De su plaza principal se distingue el tradicional pueblo de Caranqui, que revive la memoria del Emperador Atahualpa.

El amable caballero Vásquez, exquisito en su trato y en su sinceridad de perfecto *gentleman*, nos hospeda en su amplia mansión.

La Provincia de Imbabura está llena de sepulcros antiguos o *tolas* que nos han revelado ignoradas costumbres y han enriquecido la arqueología. Las valiosas excavaciones que los enterraban con vajilla y útiles que en vida prefirieron. Los magnates muertos eran acompañados a la tumba por la parentela: a la huesa bajaban sus mujeres más amadas y la servidumbre, amén de sus armas, joyas, rica indumentaria y prendas preferidas.

Ibarra se enjoya y progresa visiblemente; pero le falta movimiento, a causa

de las escasas vías de comunicación que trasladen sus variados productos, un granero inagotable y succulento. el ferrocarril dará la ansiada animación a este paraíso que a veces parece que duerme bajo el prestigio de un encantamiento.

Ferrocarril del Norte

Con el acucioso Gobernador, el Intendente de Policía y numerosos amigos recorrimos la línea férrea hasta el puente de Vásbuez. Aún no le besan las paralelas de hierro y ya los beneficios se dejan sentir; el desecamiento de los pantanos inmediatos a la población. Los trabajos. se inauguraron el 10 de Agosto de 1917, como simbolizando que la obra gigante estaba vinculada a la patria, al son del himno nacional, se dieron los primeros barretazos. El Coronel Villalba, esperanzado firmemente en el porvenir, dijo entonces: “Confiamos, señores, en que estos primeros golpes de la barra y de la azada, no cesarán un instante hasta remachar el clavo de oro en las costas del Pacífico...Todo esto, motivo es de orgullo para quienes, ajenos a todo prejuicios, llenos de fe y entusiasmo, venimos desde principio laborando por esta magna obra cuyo éxito no lo veo lejano”. Y los obreros de Ibarra, Otavalo y Cotacachi, y todos los imbabureños, no han desmayado un punto en su valor, fieles al juramento que prestaron, merced al genial gesto de un patriota, tan fervoroso como los demás patriotas.

- ¡Juremos, dijo el Dr. Pasquel, no permitir que ninguna mano atrevida y sacrílega intente frustrar nuestras más hermosas esperanzas; ni arruinar aquello que constituye nuestro único porvenir!

- Sí; ¡juramos¡, resonaron al unísono cinco mil voces.

y esos brazos robustos han realizado las sólidas obras de mampostería, han abierto profundos cortes, han levantado vastos terraplenes, no han omitido las alcantarillas y atarjeas, los túneles y socavones y los enormes rellenos, como el del lecho del Yatunyaco. Regocijados regresamos de admirar los puentes sobre las quebradas Seca, Laurel y Vásquez, que a la estática unen la estética.

El Sr. Gobernador nos invita a su casa. Allí podemos admirar la historia gráfica de la obra ferrocarrilera, en una serie de hermosas fotografías.

En Yaguarcocha

Al día siguiente, se realiza el paseo a Yaguarcocha.

Al compás de una melodiosa barca rola, se aleja del puerto la frágil embarcación.

Se diría que ese canto tiene armonía imitativa, que sigue el vaivén de las olas.

- Ya se encrespan, ya se encrespan, grita un tímido amigo, cuidadoso de su vida.

Al ver la copa de un árbol centenario que sale a flote, clama otro:

- Es la cabeza de uno de los cuarenta mil indios degollados en el lago que tiñeron con su sangre...Recordad la tragedia legendaria de Yahuarcocha, con el triunfo de Huaina-Capac y la inmolación de los Caranquis.

Circundada por cerros, toma un aspecto sombrío la laguna, que se reviste de extraña poesía. Allá el padre Imbabura, acá el mirador de Yuracruz, acullá el sublime Cotacachi. el glorioso pincel de Rafael Troya, autor de las telas la *Fundación de Ibarra y la Cordillera Oriental*, - para no citar, con las demás, sus notables retratos - y la pluma de José Domingo. Albuja son dignos de reproducir estas galas de la naturaleza.

Periódicos ibarreños

Ibarra goza de la fama de poseer bellas mujeres y culta juventud, apasionada por el estudio. ¿cómo el edén no ha de tener huriés y este rincón de la Grecia una eternal gracia juvenil? Palpitan dos castizos periódicos: *Grano de Arena y el Ferrocarril del Note*, que se engalanan con bellas poesías. Además, editan una revista pedagógica *El Maestro de Escuela*, órgano de la sociedad de receptores de Imbabura, que con tesón va por el tercer año de existencia, venciendo dificultades y contribuyendo eficazmente al mejoramiento de la instrucción primaria provincial. Su director, el infatigable normalista Don Secundino Peñafiel, Visitador Escolar, merece aplausos y

estímulos, lo mismo que los constantes colaboradores de la luminosa tarea. ¡Viva ella para dignidad y bien de la educación! Muchos años ha circulado la conocida revista *Hojas sueltas*.

Dejamos Ibarra a las ocho de la mañana, con la pena de las despedidas, en las que están hablando la sinceridad y el afecto.

Por Atuntaqui

A San Antonio vino un emisario - el Sr. Galindo - a comunicarnos que habían salido de Cotacachi, a nuestro encuentro.

Estas comarcas del Norte están sembradas de leyendas. ¿Tiene probabilidades históricas la famosa batalla de Atuntaqui?

El trigo de este pueblo ha sido notable por su calidad y abundancia.

En la gran abertura del Ambi, al otro lado del río, agitaba desde la altura sus pañuelos una numerosa cabalgata. Nos saludamos desde la distancia. Vivos deseos de abrazarlos pronto. Eran el Presidente del Municipio Sr. Daniel Garrido, el Jefe Político Sr. Manuel Cevallos, el Director de la Escuela Superior Sr. Rafael A. Varela, los Dres. A. Granja y C. Cevallos, el Sr. Moisés Granja, el Sr. C. Proaño D, etc.

Cotacachi y sus labores

Cotacachi, a 2453 metros, es una ciudad risueña. Se honra con ilustres varones como el educador Proaño, los Peñaherreras y la delicada poetisa Cevallos, de profunda intensidad psíquica, que aunque nacida en la capital de la República, ha pasado su infancia, desde los tres años, en sus haciendas de San Martín y Ocampo.

Su parquecito central distrae la vista, familiarizada ya con las excelencias de la pródiga naturaleza imbabureña. Modelos de laboriosidad sus moradores. En talabartería, tejidos de toda clase y sombreros de paja toquilla hacen primores. Carteras finas hemos visto que rivalizan con las extranjeras. Deliciosas sus aguas termales.

El director de la Escuela Superior «González Suárez», antes «Sarmiento», ofrece suntuoso almuerzo con exquisita corrección. Los acordes de la banda del lugar regalan los oídos con marchas y aires nacionales, entre ellos el celebrado *sanjuanito*.

Una tarde en Ocampo

Inolvidable será la tarde en Ocampo, rica hacienda de las inmediaciones. Poesía, música, baile, canto y un espléndido banquete, todo se mezcla como un cesto de flores arregladas coquetualmente. Pasó el placer; pero los recuerdos - brisa sutil - le refrescan como una dulce caricia amiga que llena de inefables complacencias el alma. Desde la terraza de Ocampo se contempla el panorama inmenso y jocundo, coronado, como por imperial guirnalda, por el más alto pico del majestuoso Cotacachi, a 4966 metros de elevación, entre un hialino cielo. Los ojos brillantes y el anhelar respiratorio que delata el naso y ensancha el pecho, hablan con más elocuencia admirativa que el mejor poema. En el confín, azulea el páramo de Piñán, para volverse áureo enseguida. Por todas partes la inspiración: allí está la musa de las notas sugestivas, desgranando afectos y genialidades, ya como himnos triunfales, ya como trenos melancólicos. Piérdense en el azul del firmamento las siluetas del Cambugán, con los cerros Sigsicunga y Chanchagrán, y más allá la masa negra de la Cordillera de Intac. El pensamiento, llevado por la fantasía, discurre por mundos de ensueños...

Añoranzas

La poetisa, agitadora del sentimiento y hermana de la melancolía, arranca de su álbum una hoja de intensa emotividad y hondo contraste, entre las galas de la naturaleza y los conflictos de su corazón que lucha. Es muy humano que en el magnificante goce de la vida añoremos la muerte, y en el placer nos acordemos del dolor. con su venia, transcribo esa inédita y delicada poesía, que semeja la quejumbre de un ruiseñor, la plegaria del ideal que se ha posado en la prominente cumbre a contemplar el duelo de las almas. Su pecho, como diría el sereno Fray Luis de León, navega en un mar de dulzura que lentamente nos aniega. Pero ella, como Amado Nervo, está en paz con la vida, como arquitecta de su propio destino, porque cuando plantó rosales «cosecho siempre rosas». Sin embargo, en

los momentos de tristeza, cuando hay ansia de un nirvana, canta la poetisa cosas que apuñalean la íntima entraña.

Sentimental poesía inédita

Escuchadla con religioso arrobamiento:

«Mis horas de nostalgia riman lentas
y largas y sombrías.
En mi faz, va marcando el tiempo huellas
de honda melancolía.
Ni un rayo que disipe mis recelos,
ni un alba de quimeras...
Y allá, trás el mañana obscuro, incierto,
sombras grises y negras.
Consolador afecto no derrama
su cálida caricia...
En brazos de este invierno que me mata,
¿cuándo el vivir termina?
¿Cuándo esta brega cesará, me dijo?
YA rotas las cadenas,
¿podrá el alma viajar a lo infinito?
¡Podrá dormir serena?

La poetisa interpreta el minuto en que anhelamos no ser. Se cuenta que el polígrafo doctor Francisco Suárez, honra de Granada y maestro de Coimbra, exclamó al expirar: «Nunca creí que fuera tan dulce morir».

Leyendo algunas poesías de María Ester Cevallos nos ha acontecido lo mismo, todo lo contrario que al recitar los «Salmos a la Vida» del montevideano Alberto Lasplaces, que ha dicho, no obstante haber sido maestro de escuela, periodista y actualmente Subdirector del Instituto Normal de Maestros: «No conozco el dolor ni los agravios, es una fiesta azul la vida mía; la risa se prendió de mis dos labios», y también ha repetido: «yo no sé lo que son los desengaños, ni he visto nunca a la melancolía».

Negra la noche, negríssimos como el luto de los ánimos, cuando, en desfilada, precedidos de faroles, descendemos de Ocampo.

Una joya indiana en La Calera

Al partir para Cuicocha, desviamos un poco, para hacer la más rara y simpática visita en La Calera, jurisdicción de la parroquia de San Francisco, cerca de Quiroga.

Es una escuelita de indios. Veinticinco vivaces cotacachenses, con rudimentarias camisas de tela burda, saludan poniéndose de pie. El maestro es Miguel Angel Sánchez Bonilla. ¿Quién es Sánchez Bonilla? Un inteligente indio de pura sangre, muy afanoso por la pedagogía. Para recibirnos, lucía cuello reluciente de caucho, camisa alba de puños limpios, poncho flamante, alpargatas y calzoncillos nuevos. Un detalle característico: no usaba corbata. El despejado indio es joven. Sonríe siempre. Su voz ha perdido el dialecto aborígen. Habla muy bien el castellano. Con los suyos, se ayuda con el quichua. Su afán es comprar libros. ¿Os imagináis cuál es su renta? Cinco sures mensuales. Enternece el amor que profesa a su madre, una india vieja y terrosa, que le contempla como a un dios. A todas partes van juntos: la madre cariñosa y el hijo modelo.

Soy muy pobre, señores, nos dice con serenidad. Deseo una beca en el Normal. Este apóstol indio es digno de mejor suerte. Tiene talento y carácter. Con una docena de tales maestros, el indio se regeneraría prácticamente. Le agasajamos y estimulamos, no sin obtener varias fotografías de este hallazgo de *La Calera*.

Cuicocha

La excursión al jirón de piélagos, a 3081 metros situado, resultó regia. ¿Cómo imaginar que a orilla de sus cerúleas aguas perturbadoras gozáramos de las exigencias de la civilización refinada? El anfitrión Granja realizó el milagro. Nada faltó en el opulento banquete. Ágiles indios, de robustez hercúlea, habían trasladado por la madrugada cuanto pudieran exigir los más sibaritas en delicadas viandas, buena vajilla y excelentes licores.

Créese que Cuicocha es el apagado cráter de un volcán. Confirman el aserto los dos montículos o islotes que, como conos de erupción, aparecen en su centro. El maravilloso lago - se diría una pintura escenográfica - está

circuido de rocas de difícil acceso, unas cortadas a pico y otras con espeso matorral, entre el que gallardean las calceolarias y se ocultan las florecillas azulinas y rosadas de las salvias. En la sombra, algunos helechos ostentan sus palmas; raras orquídeas fascinan con sus exóticos matices. No faltan tentadores parajes con alfombra de gramíneas, singularmente de *paspalum*.

El río Cuicocha desciende a engrosar el Blanco, serpeando con el Alambi y Cariyacu por las policromas faldas del Cotacachi.

En Gualsaquí, estrechamos, con muy sentidos votos, la mano de los rumbosos amigos, llevando en las pupilas el azul del lago y del cielo, junto con la húmeda emoción de las separaciones.

Al Sur

En unión de los señores U. de la Torre y V. Vázquez, tomamos, García y el improlijo cronista, la diagonal para la patria de Jacinto Collaguazo, por senderos poco frecuentados.

la fugacidad de las horas gratas de la vida arrastra las más intensas impresiones al mar de los recuerdos, que está golpeando sus ondas en la memoria, y tantas se vuelven espuma y unas pocas quedan.

Cacería en San Pablo

¿Cómo no refrescarnos con las embalsamadas brisas del San Pablo?

Para la madrugada siguiente quedó organizada la emocionante cacería de guacabas, alcatraces, patos y blancas gaviotas. Navegando de aquí para allá, al firme canaleta de dos membrudos indios remeros - los Aguilares - a medida que las aves dan tiro, recorreremos toda la laguna. Experto en cinegética el *gentleman* Vázquez, no desperdicia una sola carga de su escopeta. vienen a la barca hermosas guacabas de fino y airoso penacho y plumaje de seda, a vernos, expirantes unas, ligeramente heridas otras, con sus avizores y sangrientos ojos, indignadas seguramente de los que Tolstoy llamó placeres crueles.

El regreso

Otro día, en una fría y bramosa madrugada, la despedida final, en las alturas de Curubí.

Desde un repecho de la montaña, perfumada de hierbas selváticas y rumorosa con los cantos de las aves, el supremo saludo, con el sombrero en el espacio, a los amigos que han quedado muy abajo y que ya voltean grupas.

Páramo de Mojanda

El Mojanda está benigno. En su cima, a cerca de 4.000 metros, esconde las sombrías aguas de Caricocha de 3.373 metros de longitud y 2.520 de anchura, y las de Huarmicocha, de extensión reducida. Nubarrones velan los picachos del Yanaurco, el Fuyafuya, el más alto, y el Golongal.

Había llovido la víspera.

Esta pegajosa tierra vegetal, a poco que se humedece, se vuelve como la brea, resbalosa y espesa, en la que, con las pisadas, se abren escalones horizontales - barrizal tremendo - desesperantes surcos, como si hubieran colocado, unos junto a otros, enormes cangilones.

-- son terribles lomos de camello, en los que en invierno se atascan las mulas y mueren, dice un transeúnte.

Despacio, recorreremos algunas soledades que sobrecogen por su tétrica majestad, en medio de mares de vegetación perdidos en abismo formidable.

Largas son las vueltas de los *Azares*. rocas gigantescas parecen sombras que amenazan al viajero. Sobresalen desde lo alto, como suspendidas en el aire sobre las cabezas; han quedado muchas, formando encrucijada, a una y otra vera del estrecho camino.

Malchinguí

De Malchinguí, tambo obligado para mucha gente, y en el que la carga se aglomera, dirigimos telegramas a las distantes relaciones.

¿Después? Andar, andar sin desmayo por el desierto, por el mustio arenal, en el que la trillada senda se extiende muy recto, como la flecha de un cíclope. A gritos, pide la desapacible y sedienta comarca la varita de Moisés que obre el prodigio. Por una fascinación de óptica, la interminable cerbatana se ve de principio a fin, corta, capaz de atravesarla en diez minutos. Llámánle la *Bodoquera* de Malchinguí, que, pasándola en raudo vuelo, llena media hora inacabable, monótona.

De lejos, al margen de la ancha hendidura, se divisa un serpenteo blanco como madeja laberíntica.

- Por ahí tenemos que subir, como cabros o arañando el suelo como gatos, dice mi amigo desde el filo - tal es la palabra - de ese báratro cortado como a cincel.

- Fíjese en aquellos sembríos de caña: pertenecen a la Josefina y a la Providencia. Hasta allá ascenderemos hundiéndonos por dos veces en la hoya del Guailabamba.

Bajada al Orco

A trechos, la vegetación es deplorable: uno que otro raquítrico molle (*schinus mollis*) se esconde como avergonzado de sequedad tanta. Anquilóticos algarrobos abren sus paraguas entre los que se entrelazan, para colgarse como fleco ceniciento, los hilos de las tillandsias. Son empolvadas y vetustas cabelleras de seres que lloran en la sombra, almas en pena que añoran la civilización, los puentes colgantes, los ascensores, los trenes, los dirigibles, los funiculares.

El árbol de más allá, pálido y anémico, quizá es algún agonizante croton.

- Aburre, desespera el doble sube y baja por estrecheces y vericuetos, por

simas de arena que nos llevan a los infiernos, clama un acompañante.

- Esto no es camino, sino una tomadura del pelo al peregrino, dice sonriendo nuestro agudo amigo.

- Zigzags peligrosos, remedo de montañas !qué broma tan pesada el tal desvío, desecho o repechito!.

Al lento paso de su caballo, una mujer va derramando lágrimas , con un niño en brazos. con el polvo y el sudor, las caras quedan terrosas, inconocibles.

- Esta no es la pampa, sino el hueco de granito pulverulento que se masca, que se tritura con los dientes, que se traga por bocanadas, grita un condiscípulo que marcha a Tulcán, al acercarse y reconocernos.

- Realmente son desconsoladores tantos meandros que por ironía se llaman *La Providencia*, replicamos.

Por fin, casi exánimes, arribamos a la meseta de San Antonio, que se destaca, enmarcada en otra vegetación, menos miserable, al otro lado del boquete tartárico. De 700 metros subimos a más de dos mil.

Al recordar dificultades y fatigas, le entran ímpetus de abrir con furia, a dentelladas, la vía férrea.

Hacia Amboasi

Del recocado burgo, situado en la línea equinoccial y alimentado con unas pajitas de agua que por esponjoso terreno han traído desde Pomasqui, cruzamos hacia Calacalí, en vísperas de la inauguración de una pétrea fuente, quizá reliquia colonial, trasladada desde San Francisco de Quito.

El camino es bueno. Después del purgatorio, el paraíso: Amboasi. Inesperada visita a selectos y deleitables seres, apretón de manos amigas cariñosas. La niebla cubre la montaña, la melancolía de la tarde es infinita. El campo extiende la pompa fúnebre de su soledad y silencio. La comarca es rica en aguas termales y madres resistentes. El negocio de carbón es considerable.

Oasis en Cotogyaco

¡Espléndida mañana! El sol purísimo ha disipado la bruma de los montes. El azul es intenso. Ni cual gasa sutil la más ligera nube se escarmena al confín del horizonte. Por una trocha muy poco frecuentada, amables y gentiles damas ascienden al coronamiento de Cotogyaco, hollado raras veces por plantas femeninas. De lado y lado, el frondoso callejón, suave umbría, entrelaza sus ramas, nido de vivísimas parásitas, cual si fuesen arcos triunfales para que desfilasen airosas las venustas excursionistas. Forman amarillenta alfombra las hojas secas que han caído, húmedas todavía, cubriendo a algunos desclorofilados hongos, singularmente sapófitos.. Arborescentes helechos gallardean sus festones y otros minúsculos como que esconden sus verdes laminitas en innúmeros protalos, junto a variedad de musgos, licopodios y jungermanias.

- Dejemos dentro de una botella un recuerdo de la ascensión, dice sonriente una encantadora niña.

- Y la enterremos, chacotea otra, al pie de este singular *mandor*, ya que no podemos arrojarla al mar, como los naufragos de las novelas de Julio Verne.

- O como hizo una vez Colón en un barril o Alfaro en un tonel, grita la chiquilla más juguetona. Mejor ocultemos la botella en este espeso chaparral.

Digresión charrúa

El mandor de caprichosas curvaturas nos convida a descansar bajo su sombra propicia. Cada rama, en forma de abanico, dejando está colgar como rosario de perlas, sus amentos de armoniosos tonos.

- Leamos *Tabaré*, insinúa la menor, ya que alguien quiere rememorar el ático y querido Uruguay, cuna del charrúa fiero, no tan avanzado en civilización como el Imbabura poderoso; pero también de seductoras damas, todo espiritualidad y gracia.

- ¿Por qué dices eso? interroga su hermana

- Porque andaban desnudos, chupaban la sangre de los animales, en especial de lo yeguarizos, bebían chicha de miel de avispas fermentada, no conocían la sal; su alfarería era grosera, casi sin dibujos, y no gustaban del baile, del canto ni de las fiestas ni se levaban jamás. ¿Quieres más pruebas? Las charrúas solo usaban rudimentaria pampanilla y más tarde el *quiapi* o delantal de cuero. Se deformaban con horribles tatuajes y a los niños recién nacidos les introducían el *barbote* en el labio inferior, cruel suplicio de una vida.

- Una tempestad de aplausos para la ilustrada conferenciante, gritan regocijadas sus amigas.

La poesía del bardo que evoca la selva dilúyese, como una esencia sutil, en la virginal ánfora de las almas, ante el grandioso cuadro de la naturaleza y las dulces emociones recibidas.

Por fin, a Quito

El descenso es pintoresco: saltos, caídas, resbalones, risas, escenas chispeantes, que vivirán mucho tiempo.

Por Casitagua, desde cuyo célebre *patio* se contempla Quito, tocamos al fin de la jornada.

La ciudad querida es de aspecto tan característico, que no se la puede confundir con ninguna otra. Su rara estructura, entre quebradas, repliegues de la cordillera y brucas desnivelaciones, le vuelve simpática. Rodeada de colinas: encerrada está como recóndito recuerdo que guarda el corazón. Al verla, se añora el tiempo viejo: delicado soplo colonial como que conturba al espíritu saturado de místico encanto y de perfume de melancolía. Urbe típica, deja en el que la visita impresión indeleble. Las ciudades que poseen esta magia se diría que tienen personalidad, estilo, que son originales, porque cada piedra, cada rúa están hablando del pasado. Destruir ese prestigio centenario es atentar contra la historia plasmada en las añejas estructuras, en los augustos monumentos que, como los cuadros venerables, han dejado su pátina, su huella de los siglos.

Atravesando la capital del porvenir, circundada de jardines y arboleda - el

Quito moderno del Norte hacia donde se derrama la población - llegamos a la entraña de la metrópoli en bellísima tarde, llena de tal virtud y claridad, que se entró en el alma a repiquetear todas las alegrías y consolaciones de la muy amada ciudad, con tan hondo suspiro de satisfacción, que habría de traducirse así: por fin, en el hogar de mis mayores; por fin en la querida Quito que vieron por la primera vez nuestros ojos y que acaso la vean por la última, al partirnos para siempre; por fin en Quito, la cara de gloria - como Sevilla es la ciudad de la Gracia - según el viejo aforismo nacional venido de muchas provincias que, espontánea y afectuosamente, condensaron su cariño, sin pizca de ironía, como una aspiración de bienestar en esta sutil frase: «Hacienda en los Chillos y casa en Quito, cielo chiquito», para expresar, junto con el franco carácter de la hospitalaria y regocijada gente, su buen humor y agilidad epigramática y el goce de comodidades con que su primaveral clima está convidando a la salud y al contentamiento del espíritu.

LUDWIG BEMELMANS

*Buenos días, gran hotel*²⁹

El tren que se denomina Quito-Esmeraldas, (un puerto en la costa nor-occidental), es algo más pequeño que aquel que sirve de Guayaquil a Quito y no llega hasta Esmeraldas, pero el Proyecto es ese. La locomotora y los vagones están ya marcados «Quito-Esmeraldas».

El convoy se compone de tres carros: el primero para el equipaje, el segundo para los indios -este es muy insuficiente y gran número de pasajeros indios, junto con sus gallinas, viajan en el techo del vagón-. Hay ocasiones en que también hacen viajar consigo a los santos de su devoción, una estatuilla toda adornada con flores, en cuyo caso el tren llega a ser uno de gran fiesta, lleno de colorido y música -parece como una góndola surcando las aguas del Gran Canal. El tercer carro está dividido en dos compartimentos: la primera mitad que mira hacia los indios, es sencillamente primera clase, el final que mira hacia el paisaje, es «carro de observación».

En esta última sección hay seis sillas de mimbre, con una colchoneta de tela verde descolorida, como la de un paño de billar, en los asientos hay unos anillos que recuerdan los que dejan en el tablero de una mesa los asientos mojados de los vasos de cerveza; son producidos por los resortes metálicos que han trabajado su salida por medio del embutido de cerda. El viajero tiene que sentarse sobre esto, a menos que hubiese traído precavidamente un buen cojín, o por lo menos una cobija.

Pero el viajero tiene múltiples oportunidades para cambiar de parecer acerca del viaje. Desde el momento que llega a la Estación hasta que el tren parte, está rodeado de chaufferes que le imploran se les conceda el favor de dejarles que le conduzcan a uno hasta Otavalo; sus vehículos son más cómodos, más ligeros y no le costará a Ud. mucho más, según lo afirman. Conforme se aproxima la hora de salida del tren, el consejo choferil se torna angustioso, corren detrás del viajero, le agarran del brazo: «Por Dios! no tome el tren, vamos en auto»; tuercen las comisuras de sus labios en gesto despectivo enderezando hacia la locomotora, al tren y al

29 Bemelmans, Ludwig, *El burro por dentro*, Editorial Moderna, 1941, Quito, capítulos *xix*, *xx* y *xxi*.

conductor: «No se vaya! «No se embarque!»... «Eso es espantoso!»... Lo dicen en las barbas mismas del Jefe de Estación.

Deben ser las siete y media a. m. según el sol, un cuarto para las siete, según las campanas de la Catedral y diez para las siete, según el reloj de la estación (hay en Quito un Observatorio que conoce la hora exacta, pero no puede verse desde la Estación). El tren parte a las siete en punto, esto es cuando el Jefe de Estación pita y el maquinista le dice adiós.

Conforme va uno rodando por la vía se ve la ciudad primero por debajo y luego por encima: corre el tren a través de unas huertas silvestres sin cercados; por dondequiera crecen lirios, lirios blancos y se ven maceteros de geranios, pájaros valiosos surcan el cielo; en las horas tempranas, cuando las nubes vuelan bajo sobre los valles, el paisaje es tan claro y luminoso como si estuviera pintado en los lados de una taza de porcelana transparente; es, además, nítido en su campestre dejadez, las hojas, las plantas, el césped está bien recortado y cuidado. Doquiera pone uno los ojos halla un cuadro de la Biblia, los gorriones tienen moñitos en la cabeza, como gallos pequeños. Podría asegurar que este es el paisaje más bello y variado que he visto en toda mi vida.

En las curvas de la vía, agudas y peligrosas, el conductor señala al viajero los lugares donde la locomotora y el tren ha volcado en sucesivos descarrilamientos, relatando que el fogonero y al maquinista se salvaron tirándose a tiempo y explica que marchaban a demasiada velocidad. En el camino entre Quito y Otavalo el conductor aparece portando en el brazo un charol de sandwiches empolvados y ofrece a los viajeros; al par que botellitas de cerveza caliente.

El tren se detiene cada media hora en poblaciones ínfimas, casuchas de adobes en cuyas paredes crecen cabuyas, alrededor juegan y chapotean los chanchos negros los chiquillos indígenas se montan en el tren y viajan en el estribo hasta que sale unos kilómetros fuera del poblado, mientras el conductor se ha quedado rezagado, el conductor hecha a correr detrás y se encarama por la plataforma posterior. Sonríe. Todo el mundo sonríe. Est es realmente una novedad, todo esto es una novedad.

A ratos, durante la jornada, aparece en los coches el conductor con una tablilla en la que tiene unas cuartillas de papel, viene armado con un

pedacito de lápiz cuya punta moja en sus labios, procede a un cuestionario acerca del nombre, apellido, nacionalidad, profesión, de dónde viene a dónde va y por qué, de cada uno de los viajeros. Estos pueden darle las respuestas muy educadamente, con letras como las de un niño de seis años. Si el viajero duerme, el conductor espera; si otro es el dormido, entonces musita a media voz el interrogatorio al vecino; si el viajero es un peligroso político, un rebelde, un fugitivo o un asesino; no tiene sino que hacerse el dormido durante todo el camino hasta que llega a su estación. Nadie se habrá dado cuenta siquiera que ha salido de Quito a Ibarra, para Tulcán o para Alausí (sic).

El día que yo viajaba con dirección a Otavalo, un hombre se sentaba a mi lado, dormido; en una brusca parada del tren para tomar agua, se despertó, desempaquetó sus provisiones de boca, me pidió que compartiera de ellas y empezó la conversación. «Madame Alvarez y yo hemos querido ser padres por muchísimos años -díjome- hemos hecho todo lo posible para ser padres. Madame Alvarez y yo, durante diez y seis años, desde que nos casamos. Pero no ha habido resultado; no somos padres. Madame Alvarez ha venido encendiendo velas a todos los santos, inútil, nada.

«Pero ocurre que una ocasión, Madame Alvarez viajó a Chile para visitar una hermana suya por un mes, -levantó el índice y lo mantuvo en alto por un mes, -levantó el índice de nuevo-. En solo un mes, señor, yo soy ya padre; es esta la razón de que me encuentre en este tren, voy a visitar a mi niño, como padre le visito una vez por mes. Y, ¿Ud. señor?...»

-Yo también voy a visitar a un niño, estoy escribiendo un libro para niños y estoy en busca del niño, de un niño indígena para informarme de cómo vive y de qué es lo que hace».

El co-viajero díome entonces nombre y dirección de la maestra de escuela de Otavalo, y me prometió conducirme a un buen Hotel, agregando que también era un literato y editor en Santiago de Chile. (Había sido).

Se rascó la palma de la mano con los dedos de la otra y me informó que su publicación había fracasado porque era un vespertino.

«Mi periódico tenía poca circulación era pésima, amigo mío, porque era un periódico de la tarde; existe allá un problema alcohólico, todo el mundo

se pega sus buenos tragos y a las cinco de la tarde, cuando aparecía mi periódico, nadie daba un comino por nada, nadie estaba ya en condición de leer nada. Hemos tratado de imprimirlo en grandes y bien legibles caracteres, pero los resultados fueron idénticos. Ahora tengo un pequeño hotel en Quito.

El tren se precipitó hacia un valle que se asemejaba mucho a las malas-tierras de North Dakota. Los indios canturreaban en el techo del vagón, mi compañero comenzó a roncar. Cuando se despertó peló un plátano y cuando pasaba el conductor y extendió la mano pidiendo el billete, le puso en ella, las cáscaras; el conducto las tomó y abrió la puerta para lanzarlas afuera. Entonces chirriaron los breques y llegamos a Otavalo.

Otavalo es como todas las demás poblaciones de la sierra: plaza de mercado, catedral, casa de Gobierno, Banda Municipal, indios con calzoncillos blancos y ponchos, más bellos que otros indios, burras por todas partes, y un taller muy grande abarrotado de ataúdes. (Es por aquí impresionante el coeficiente de mortalidad, especialmente infantil. Los ataúdes para niños están alineados como cajas de cigarrillos sin pintar, y cuestan treinta centavos cada uno).

Antes de que el señor Alvarez fuera a visitar a su niño me llevó a presentar al director de la escuela, señor Andrade; este hombre entusiasta vivía en un cuarto con cocina; cada uno de los objetos en la habitación llevaba una corbata negra; cuatro de estas corbatas estaban atadas en las cuatro patas del sofá, un lazo negro cruzaba todos los retratos colgados de la pared, uno adornaba el cuello de la Virgen, uno alrededor de las cacerolas y una envolvía una estatuilla de Arlequín y Colombia...El maestro explicó que hacía unos seis meses su mujer había perecido de parto, que ella había amado mucho todas estas cositas, las había tenido en sus adoradas manos, y que todas estaban de luto por ella. Se puso en la cabeza un negro sombrero y fuimos a la escuela; era esta grande con clases muy claras. En el patio había una chancha de baloncesto.

El Maestro me aseguró que el Ministro de Educación era un «hombre de ideas avanzadas» y que tan pronto como era conveniente se enseñaba a los niños los asuntos relacionados con el sexo. Llamó a su discípulo predilecto, un muchachito, y le pidió que le enseñase los deberes hechos en casa; me presentó un cuaderno negro hecho a domicilio. A la edad en que

nuestro niños recién comienzan a dibujar sus primera casas y personas, aquí contemplaba un modernísimo cuadro a colores de un hombre de perfil, debajo del cual estaba escrito «El Estómago»; el hombre esta dibujado cual si hubiese acabado de comer, el estómago esta lleno de puntitos negros. En la página siguiente se presentaba los dientes y el sistema digestivo y a seguidas venía una página profusamente decorada como una tarjeta de Pascuas, con rayos de sol, estrellitas, pergaminos y una cantidad de iluminaciones rodeando la palabra «Sífilis». Igualmente hermoso y conmovedor era el título siguiente: «La Gonorrea»; esta ilustración estaba acabada en verde, con flechas indicadoras. El Maestro me explicó que esta instrucción era prevenir sobresaltos posteriores.

Regresamos al hotel «Sucre». El camarero se llamaba Francisco; era un indio descalzo y también era el cocinero; Francisco ayuda igualmente a barrer los cuarto y a poner agua en los lirios. El hotel es cuadrado y de un solo piso; los siete cuartos dan al patio; no tienen ventanas -la puerta queda abierta-. Se come en el patio. Es uno de los más lindos hoteles en que me he hospedado. Las comidas son muy baratas y horripilantes. Francisco camina silenciosamente y siempre está a la mano; no puede uno quejarse del servicio.

Comía yo unos huevos cocidos, cuando apareció un sujeto que salía del Cuarto N° 4 y se me presentó por propia cuenta. Era el Canciller de Legación de Bélgica en Quito; su automóvil había sufrido un desperfecto y esperaba que lo arreglasen.

Levantó la cabeza y exclamó: «¿Ha visto Ud. nada parecido a los hoteles de este país?... Oooooooooohh! No me refiero a éste del todo, pero en Guayaquil, el primer día de mi llegada, digo: «Portez-moi un journal»,.

«El teléfono contesta: -Muy bien, señor.

«Media hora después, llamo nuevamente por el teléfono y puesto que el periódico no ha llegado, solicito una vez más: _Mándeme un periódico- Otra media hora más tarde se asoma un camarero y me pregunta qué es lo que deseo. -Un periódico, ¿dónde está el periódico?... El periódico que le pedí hace media hora; y antes, hace ya una hora, ¿dónde está?....

«Nada me contesta.

«Ah... -digo yo; quiere decir que no tienen confianza en mí. ¿Quiera la plata primero, los veinte centavos?...

-Oh, no patrón, !! -responde- no es eso.

«Pero extendió la mano, le di los veinte centavos y al fin me trajo el periódico.

«Unos días más tarde, encuentro fuera de la puerta de mi vecino un periódico en el que se ha escrito arriba: «Buenos Días, Gran Hotel».

«Llamo al camarero. Le muestro el periódico y le pregunto: ¿Qué quiere decir esto?

«Esto quiere decir «Bon Jour, Grand Hotel.... Good Day».

Pero, se imagina que soy idiota? Yo entiendo lo que quiere decir: Buenos días, Gran Hotel. Pero, ¿por qué está escrito en el periódico Buenos Días, Gran Hotel, cuando me lo trae?...

«Como no me responde, le digo: yo mismo te daré la explicación; todos ustedes sois «une bande de dégoutants»; yo sé perfectamente que a los periódicos «Buenos Días Gran Hotel» son ofrecidos a los huéspedes por cortesía de la casa y solamente porque yo ocupo el departamento más caro y porque soy extranjero, me has tomado por un imbécil y me hacéis pagar. Esta es la causa; ahora, largo!

-Cher Bemelmans - me implora- escriba lo que acabo de decirle en su libro de notas».

Francisco ha escuchado atentamente todo este relato del belga, con los ojos despavoridamente abiertos, parado a la sombra de la puerta; le pedía papel y pluma y escribí palabra por palabra lo que me dijera el Canciller; cuando había terminado y como la tinta estaba algo húmeda, Francisco tomó un poco de tierra de las paredes del Hotel, la restregó entre sus manos para pulverizarla finalmente y la arrojó sobre lo escrito para secarlo.

El vino del Hotel estaba torcido. El dueño hizo traer su caballo de la calle, era blanco, y se acostó en el patio entre los lirios. Francisco lavaba

una camisa y la colgaba entre los pilares que sostienen el tejado. Salió la luna y un pájaro asomó y lanzó un trino en el patio. Los lirio y el caballo blanco absorbía la luz. Francisco trajo una lámpara a mi habitación, miró el baúl, examinó la cámara, observó las fotos, desarmó la navaja de afeitar y preguntó que había en botella. Se roció con agua de colonia la cabeza y me interrogó acerca de lo que «el señor belga» había dicho con respecto a «Buenos Días, Gran Hotel».

Se rastrilló las cerdas del pelo con mi peinilla y quedó adormilado. La cama era amplia (de tablas y con la colchoneta enfermiza de costumbre); Francisco se quedó dormido al pie de la cama y yo le cubrí con una manta. Francisco tenía apenas diez años.

A la mañana siguiente, Francisquillo me trajo el periódico. Era un ejemplar añejo y había rodado por el hotel durante el último mes; en la primera página, parte superior había escrito en letras primitivas; «Buenos Días Gran Hotel».

Las uvas pintadas

Roncaba el dueño del hotel en su dormitorio; las camas crujían en los cuartos adyacentes, apenas los huéspedes hacía el más mínimo movimiento. Quedé por un buen rato en cama, con los brazos bajo la nuca, contemplando el sol naciente cuyos rayos penetraban por las rendijas. No había ventanas en el cuarto, todas las puertas dan al patio.

A lo lejos, en las laderas, rebuznaban los asnos y en la habitación vecina oí el ruido de alguien que se levantaba; vertía el agua sobre su lavacara, zapatillaba sobre el piso, afilaba su navaja y bostezaba ruidosamente. Caminé hacia el patio un gran «San Bernardo» con piel espesa y patas enormes como león, con la expresión entristecida y grandes hinchazones debajo de los párpados de sus ojos ensangrentados; se rascó, sobándose contra uno de los pilares.

El amo, en camisa de noche, con un vaso de agua, un cepillo de dientes y pasta, apareció detrás del perro. Miró al cielo, se rascó, hizo gargarismos y se cepilló los dientes, escupiendo el agua al caño del patio; inclinóse entonces sobre los lirios, aspiró su aroma y desapareció de nuevo en su dormitorio, donde pude escuchar que se sentaba sobre la sonora cama.

Enmarcado en el espacio verde que dejaba la puerta, la escena que había contemplado por dos horas permanecía en quietud; a unos cuantos metros de distancia, entre las patas de un lavabo de hierro, lirios y unos cuantos adoquines; al otro lado del patio, en la muralla, un fresco a la acuarela libremente dibujado mostraba un venado perseguido por sabuesos. Sobre la pintura colgaba un pedazo de techumbre envejecida en cuyas tejas descoloridas crecían las hierbas y encima de éstas, tejas; allá, en lontananza, aparecía el volcán Tunguraha (textual); parecía un cono hecho de café molido; una hora antes, al rayar la aurora, el cono era de color índigo y luego, por unos instantes, de un suave color de berenjena.

Adjunta a la puerta de calle, principal entrada del hotel, hay una campanilla cuyos lamentos se escuchan como en Francia cuando se penetra a una tiendecilla de barrio. Sonó esta campanilla a eso de las siete.

Por la puerta penetraron dos indios con los pies descalzos, conduciendo un chanchito negro. Se sentaron en el suelo sin hacer el menor ruido, a no ser el tintineo de cruces de Malta de plata que colgaban del pecho de la india; el indio ayudó a su mujer a descolgar una criatura que portaba a las espaldas. La madre indígena se quitó el sombrero y de entre sus profundidades sacó unos pañales limpios para cambiar al crío. Tomaron asiento bajo el mural que representaba el venado y los perros que le perseguían, mientras el puerquito buscaba en el suelo al pie de los lirios.

Los indios de Otavalo poseen tierra y casas; trabajan la tierra con arados de madera, crían animales y llevan sus productos al mercado; algunos fabrican tejidos, otros son alfareros. Sus vestidos son limpios. Caminan, se sientan y se ponen de pie con gracia exquisita.

Los hombres usan el cabello en trenzas apretadas; sus rostros son expresivos, decididos, históricos; sus mujeres parecen como dogaresas de un baile de aristocracia; asombra que adquiriesen estos efectos tan sólo de vivir sentados en hileras a lo largo de las aceras, extendidos los pies hacia el arroyo.

El indio que estaba encucillado junto al venado del rústico mural, se impacientó, se puso de pies y caminó hacia un cuarto en el que había unas estanterías con hileras de botellas de Mallorca y chicha; echó mano a una botella y volvió junto a su mujer. Los dos se sonrieron.

Los indios siempre se muestran amables entre sí. Hablan calladamente y tienen un muy sabio arreglo: solamente uno de los dos, ya sea el marido o la mujer, ha de beber. Se turnan. El que queda en juicio tienen que cuidar que el otro, que lo ha perdido, llegue a casa sin dificultad. Se los encuentra en los caminos que conducen a Otavalo, con sus finos rostros relampagueando con majestuosa amistad; los niños trotan a la vera; el hombre conduce a la mujer, la mujer tira del marido, sin violencias, con muchas risas y al compás de la música de cualquier instrumento. Saludan al transeúnte, al paso, con un elegante quitarse del sombrero que pesa cinco libras, y que con su peso por poco les tira al costado del camino. Cualquiera diría que son gentes afortunadas y felices...

El indio, al que yo miraba este momento, dejó la botella a un lado; el señor Pilar, propietario del hotel, salió de su cuarto y compró el negro cerdo, que aparecía encuadrado entre los dos pilares del pie de mi cama; dentro del mismo marco las monedas de la compra cambiaron de manos.

El distante volcán Tungurahua (otra vez textual) estaba nuevamente solitario; su color era ahora mucho más claro. El sol estaba próximo a la mitad de su carrera; una guirnalda de nubes blancas rodeaba su alta cima y en sus faldas dos hileras de árboles de eucalipto. (Fielmente traducido). Desde aquí parecían blancos álamos diminutos que conduciesen a un antiguo Castillo; entre ellos bailaban manchas rojizas, los ponchos de los indios a la distancia y en la altura; se juntaban y dispersaban y desaparecían entre las cuchillas de hierba que se erguían en el tejado frente a mí.

El huésped del cuarto vecino salió al corredor; vestía ahora un par de bragas pésimamente cortadas; no eran calzones de montar, ni tampoco zamarros, un estilo intermedio. Con estas bragas calzaba medias largas de lana y verde color y botas negras de cordones. Mientras se anudaba la corbata, una mariposa le pasó por las narices, corrió tras ella, procurando atraparla cuando se posó al borde de los lirios. La mariposa aleteó ligera y entró por la verde puerta en mi habitación y detrás el hombre que la perseguía. La echó mano, pidió perdones, y se fue a su cuarto.

Regresó luego y me explicó que la mariposa era un espécimen extraordinario y, pidiendo excusas otra vez, llegó hasta el pie de mi cama, alcanzó hasta el cielo raso y recogió dos larvas y una polilla enorme. Me endilgó una larga conferencia sobre estos descubrimientos y luego se me presentó como

natural de Suiza, Herr Vogeli, nacido en Tribtschen, Sierwaldstattersee, Lago de Lucerna.

También había penetrado al cuarto, perro; Herr Vogeli me manifestó que estaba contentísimo de haber traído consigo al Ecuador al dicho animal; aseguró que era la única cosa buena que le había sucedido, porque el perro le era de utilísima ayuda, le hacía servicios de gran comodidad. Cuandoquiera que debía alojarse en una hacienda o en un hotel ecuatoriano, encerraba al perro lanudo en el cuarto que se le estaba destinado, dejándoles una hora antes de él entrar a acostarse. El San Bernardo actuaba como un imán. De todas las junturas del piso o de las paredes, de todos los armarios y fuera de las camas, colchones y alfombras, atraía sobre su peludo cuerpo a todas las pulgas allí residentes. Después de una hora, se sacaba e perro del cuarto, se le daba una ducha de «loción Flit» y entonces Henry Vogeli dormía en paz.

Acarició a su leal amigo y compañero. El perro estaba ocupadísimo en rascarse, trataba de llegar a un sitio detrás de las orejas, perdió el equilibrio, se volteó de lado y dio un violento mordisco en el vacío al tratar de capturar a unas pulgas evasivas que le devoraban la punta de la cola.

Al caer la tarde de aquel día me hallaba sentado en una banca de la Plaza Sucre. Pasó un pordiosero cargando a su anciana madre en las espaldas; la vieja tenía un abanico de billetes de lotería, aleteó con sus brazos marchitos y exclamó: «La de veinte mil sures, para el próximo domingo».

Cuando la pareja había desaparecido, apareció un grupo de gentecillas... unos cretinos... chiquillos mongólicos, idiotas, agrupados, cuidados y conducidos por un viejo tocado con un enorme sombrero Jipijapa y vestido en una chaqueta de casinete azul. Se apretujaban juntos en la camaradería de la misma dolencia, sus cabezotas bamboleantes sus piernas en poses grotesca; se agachaban sobre la calle armados de herramientas de jardinería y arrancaban las hierbas y plantículas que crecían en las junturas de las piedras. Con evidente esfuerzo portaban las canastas de hierbas al guardián, que habría un gran saco, dentro del cual los muchachos depositaban despaciosamente el producto de su dura labor, vigilando la cara del viejo por una expresión de asentimiento, una sonrisa y un vaivén de la cabeza con el cual lo recibía.

Retornaban a saltos en busca de nuevas hierbas: reían taimadamente, introvertidamente, como si estuvieran en posesión de un importante y feliz secreto; vagabundeando despaciosamente a lo largo y alrededor de la Plaza; se arrodillaron ante las puertas de la Catedral, se quitaron las gorra, elevaron sus caras e hicieron el signo de la cruz.

Volvieron de nuevo a mirar al viejo en busca de aprobación, retornando a las hierbecillas callejeras, se movían en la labor con sonrisas silenciosas, desapareciendo luego en la casa del Ayuntamiento, donde tenían una pieza para guardar sus cosas y otra con dos hileras de pequeños catrecillos institucionales; en el centro una cama mayor para el inspector, que está con ellos día y noche.

En el exterior de este edificio público se halla, el Jefe Político, jefe de un grupo de ciudadanos cuyo principal objetivo es calentarse debajo de sus ponchos; se mantienen contemplativos en la plaza pública sudamericana. El paso de una mujer joven, una pelea de gallos, o un buen caballo, los despierta y oblígaes a virar la cabeza. Por lo demás, están en pie, se sientan, y compadorean sus comentarios. De vez en cuando alguno de ellos levanta la mano para arreglarse la corbata llevando el nudo de derecha a izquierda. Otro tantea con los dedos en busca de una pulga entre las arrugas del cogote; consumado lo cual se sumerge de nuevo en estupor. Si ocurre que el dicho es un policía, toca un pito corto cada media hora para avisar que allí se encontraba todavía.

Del extremo más distante de la plaza, entre dos palmeras, apareció mi suizo portando una caja de cigarros bajo el arca y seguido por su perro. En la caja tenía otras mariposas y larvas bien envueltas en algodones. El enorme perro intentó empequeñecerse lo suficiente para deslizarse debajo de la banca; su amo se sentó encima.

Con una mano que apestaba a éter, Herr Vogeli señaló hacia los postes de la luz que se levantaban en las cuatro esquinas de la plaza y me informó que: exactamente a las seis y veinte, anoche había observado un grupo de mariposas que habían aparecido en la dirección del volcán. A los diez minutos todas había desaparecido, después de revolotear de poste en poste. Agregó que si le fuera posible medir el grado de humedad, podría entonces hacer un gráfico y decirme con toda precisión cuándo retornaría las mariposas.

Herr Vogeli parecía tener buenos conocimientos acerca de las mariposas y otros insectos. Le manifesté que estaba muy sorprendido de encontrar un suizo que no era hotelero o propietario de un sanatorio.

Respondió que lo lamentaba, pero que las mariposas eran solamente una distracción; que en realidad era hotelera y mientras tenía fijos los ojos en los postes de la luz, me hizo entrar en conocimiento con su biografía:

«Estoy aquí -comenzó- por causa de ese puerco de Goldoni. Goldoni es un hombre que construye un ferrocarril a través de la selva hasta Esmeraldas. Ha trabajado en la obra durante cuatro años, durante cuyo período ha terminado exactamente ocho kilómetros. Ahora está bajo arresto, pero es fuera de mi relato. Yo vine a este país para instalar un hotel en Ibarra, ciudad que queda a pocas millas de aquí, detrás de aquel volcán».

Se encendieron las luces, se escuchó el mover de alas allá encima. Herr Vogeli con sus pantalones de montar en bicicleta, con las tiras sin abrochar y sobresaliendo de las aberturas de las botas, echó a correr velozmente. Regresó, desengañado; las mariposas no habían llegado todavía, no había encontrado sino polillas comunes.

Se sentó de retorno y continuó: «El tal Goldoni vino a buscar a Vogeli un día en Tribschen, Vierwaldstattersee. Fue en un lugar de este complicado lago que Richard Wagner compuso la música de los «Meistersinger» y la mayor parte de sus «Siegfried» y «Gotterdammerung», el sitio donde transcurrió sus días más felices en compañía de Frau Cosima -un sitio reverente-. En el lago reflejaba su silueta un restaurante con mesas y sillas de hierro bajo la sombra de los árboles. Los días asoleados se llenaban de parroquianos, y sobre todo esto se levantaba la cima del Rigi; era bello y tranquilo.

«Cuando asomó Goldoni, el jardín, la posada, las sillas y las mesas chorreaban agua; la temporada se había arruinado por un mes continuo de lluvia. Vogeli tenía dificultades con sus empleados, con su mujer y con los tres huéspedes que estaban alojados en la posada, se quejaban de que la calefacción a vapor no marchaba bien. Goldoni prestó atención a los líos de Vogeli, y súbitamente, le dio una tremenda palmada en las espaldas y dijo: «Vogeli, Ud. es mi hombre! Vogeli, Ud. se viene conmigo!»

«Condujo a Vogeli al Kursaal de Lucerna, le sentó detrás de un buen vaso

de vino; empujó el florero que se interponía entre ambos y, mientras unas orquesta tocaba, le dijo lo que era Ibarra, lo que era el Ecuador.

«Ja, ja, -rióse Goldoni- imagine un país donde los vegetales y las flores crecen salvajes, donde se puede conseguir servidumbre, la que uno quiera, por diez francos al mes y donde no existen huelgas, ni aguaceros, ni cosa parecida». (Llueve un poquito -me dijo- pero solamente durante la noche). Ecuador es la Tierra del Futuro, donde es Primavera todo el año. En la región más bellas de ese país, hay un lago, más azul que éste que veis aquí (Lucerna) y aseguró a Vogeli, que le escuchaba con los ojos abiertos, que eso era Ibarra, una ciudad de diez mil habitantes.

En ella Goldoni edificaría un gran hotel, con uno de sus frentes a las estación recién terminada y el otro sobre el lago; un hotel moderno, completo desde el sótano, hasta el techo; no tendría competencia, pues no había ningún otro hotel ni un restaurante ni un café en toda la población. Y lo que es más, nunca tendría que aburrirse acerca de si la calefacción (marchaba o no marchaba, porque.... no hay necesidad de calefacción alguna; el clima era siempre tibio y agradable, ni caliente ni frío; era -como ya lo había expresado antes- la tierra de la perpetua Primavera.

«Además de todo esto -Goldoni había explicado- Vogeli sería un dios. Si conduce un automóvil -le dijo- y el viento le vuela el sombrero, un culto policía echa a correr detrás y, si no trae el sombrero rápidamente, Ud. le llama al orden e informa de su actitud a sus superiores».

Vogeli preguntó entonces si habían mariposas. Era ya tarde y se marcharon al Café Sain Cotthard, porque el Kursaal cierra a las once, y allí Goldoni continuó su historia y le propuso un contrato. Vogeli firmó varios papeles vendió la posada, empacó baúles, abandonó a su mujer y partió a Ibarra.

«Encontré todo más o menos como Goldoni me lo había descrito; debió afirmar: no podría decir lo contrario. Es verdad que el hotel no se había comenzado a edificar todavía pero allí estaba el famoso lago, un muy bello lago. Los víveres muy baratos y, en realidad, puedo tener todos los empleados que quiera por menos de diez francos mensuales; nadie se declara en huelga en el país y llueve poco. También es verdad que no hay ningún hotel, ni posada. Ibarra tiene diez mil habitantes, también es muy cierto, pero ocho mil de ellos son criaturas, los demás son indios y no

tienen dinero. Hay dos hombres blancos, pero éstos se marchan a Quito en su automóvil semanalmente, para comer y beber.

«Pero me gusta aquí y creo que permaneceré; buscaré un pequeño lugar en Quito y comenzaré estableciendo una Pensión. Las mariposas me divierten, y son también un entretenimiento provechosos. Las vendo casi todas.

«Por otra parte, no puedo regresar. Todas las gentes sabría y hasta los gorriones de Lucerna y Tribschen lo dirían en sus trinos desde las techumbres: Vogeli es un estúpido»

Caminamos de regreso a nuestro hotel. Sobre la puerta de éste habían pintadas una viña y unos racimos de uvas. Vogeli me las señaló, diciendo:

«Pobre pajarito engañado con pintadas uvas» Suspiró. A pesar de los valiosos servicios de su inmenso perro, Vogeli mostraba un lindo brazalete de picaduras de pulgas; se rascó y me dijo que la frase arriba expresada era una cita de Shakespeare.

Los amigos del Ecuador

Herr Vogeli, vestido en traje verde y con un sombrero verde, se paraba primero sobre un pie y luego sobre el otro, mirando en todas direcciones y diciendo que no era posible esperar más. «En este país sería mejor tirar el reloj al agua; nadie acude a tiempo, ni siquiera los policías».

Habíamos contratado un automóvil para las siete y media a fin de efectuar el regreso desde Otavalo a Quito. Eran ya las ocho y media. Caminamos por toda la población en su busca y por ninguna parte se lo hallaba.

A las nueve y media apareció, por fin; era un antiquísimo «Hupmobile». El chauffeur nos indicó que tan pronto como hubiese «tomado otro pasajero», podríamos emprender viaje y que confiaba que no tendríamos ninguna objeción de que alguien más viajara con nosotros en el carro. Agregó que el otro pasajero era un funcionario del Gobierno. Nos sentamos en una banca y esperamos; en la media hora siguiente el funcionario no dio señales de asomar, por lo que le pedimos al conductor que nos llevara hasta la casa donde moraba. Eran ya las diez y media.

Llegamos a una casita y el chauffer hizo sonar la bocina del auto. El funcionario asomó a la ventana en mangas de camisa y con tirantes, se inclinó, sonrió y levantó el dedo en señal. Desapareció detrás de pesados cortinajes, volvió a la ventana unos cuantos segundos después, y llevaba en sus brazos a una criatura. Las cortinas se abrieron otra vez para dar paso a una mano regordeta y chiquita; apareció tras de la mano una blusa de satín color caramelo y la dama también inclinó la cabeza y sonrió amable. Nada puede hacerse cuando le enseñan a uno una criatura, a no ser inclinarse y sonreír; así, pues, Herr Vogeli sonrió: el chauffer y su ayudante sonrieron y yo sonreí también.

Se cerraron las cortinas para abrirse a poco; el funcionario de Gobierno continuó la pantomima de su gran vida, mostrándonos la taza de café que sorbía; también indicó claramente el hecho de que se estaba apresurando, al tragar casi entero un trozo de pan; inclinó la cabeza y caminando de espaldas se escondió tras las blancas cortinas; y en los diez minutos siguientes la ventana quedó muerta. A eso de las once, la puerta de la casa se abrió para dar paso al funcionario, que vestía de negro, seguido por su mujer; y de una india a medio desarrollo, que portaba botellas, almohadas, una sábana de caucho y una bolsa. Todos sonreían e inclinaban la cabeza; el bebé lloraba y quería tragarse su puño diminuto.

Herr Vogeli estaba colérico. Se decidieron los sitios. Era un auto grande con viejos forros, flores artificiales en floreros de vidrio a los costados derecho e izquierdo y un rosario sobre la rueda de dirección.

Eran las once y media y nos habíamos sentado en el carro como valijas: las ventanas estaban entreabiertas; pero apestaba a enfermería, a sábana de caucho, a dormitorio y a perro (el Saint Bernard era invisible, pero presente sin duda alguna, entre los pies de su amo).

El chauffer y su ayudante (los conductores de vehículos en el Ecuador siempre viajan con un compañero) se sentaban en los asientos delanteros con razonable comodidad. El carro emprendió viaje y se inició una animada conversación en el asiento de adelante. El conductor volvía la cabeza, reía, intentaba decir unas cuantas palabras en inglés y señalaba con la mano el paisaje. Solamente de vez en cuando tenía las dos manos en el timón y muchas veces necesitaba las dos para ilustrar su conversación.

A unas pocas millas fuera de Otavalo, llegamos a la primera curva ciega y horripilante. Se trata de un sitio en el que el viajero mantiene continuamente la boca abierta para encontrar palabras con qué expresar las hermosuras de esta tierra. Rodábamos a la mayor velocidad que el carro desarrollaba y siempre en el lado equivocado de la carretera. A seis pulgadas del estribo y abajo en un hondo precipicio, había un torrente, separaba el borde solamente una hilera de cabuyales y otras plantas con hojas de bayoneta. A la derecha del camino estaba la base de otra montaña que se elevaba a los cielos cortada a pico; en este costado, en un nicho cavado dentro de la peña, una estatua de la Virgen; a sus pies una lata vacía que alguna vez tuvo dentro bolas de tenis y ahora estaba llena de flores silvestres y en la mitad inferior de la que fue una botella de cerveza, un bouquet de no-me-olvides.

Poco más adelante, en el centro del carretero, una «longuita» de cuatro años de edad corría detrás de una manada de borregos y, apretado contra la roca de un costado, un indio iba sobre un burro. Había además un toro de toda alzada, negro como el azabache, con cuernos abiertos que pastoreaba en una anémica hilera de pasto empolvado.

Contra todo este conjunto de animales y personas, tan próximas unas a las otras que se tocaban, arremetió nuestro carro a toda velocidad; el conductor continuaba charlando y riendo con su amigo; de pronto apareció un enorme autobús en dirección opuesta; en uno de sus lados se leía la palabra «Mamacita», en el bus viajaban unos cuarenta indios que iban cantando; y en el techo, entre racimos de bananas y guacales de gallinas y costales de maíz, iban otros seis indios.

Todo había pasado con la velocidad del rayo. Nuestro chauffer se quitó la gorra y saludó a la Virgen, el autobús desapareció entre nubarrones de polvo (afortunadamente el bus venía corriendo también en el lado opuesto del camino), tembló un tanto la Virgen en su nicho, el toro ramoneó el césped, la longuita y sus borregos siguieron su pastoreo, el indio montado en el burro sonrió sacándose el sombrero. Y este episodio se fue repitiendo en otras curvas, millas más abajo. Dios ha hecho a este país no solamente hermoso, sino que parece que cerrara sus ojos, muy a menudo, en amor hacia su pueblo.

La madre, el bebé, la nodriza y el perro dormían profundamente. Herr

Vogeli relataba la historia de sus experiencias al funcionario del Gobierno y luego también cayó dormido.

El funcionario se volvió a mí y me hizo la observación de que si en verdad el inmigrante es ocasionalmente engañado, el Gobierno también ha tenido su buena ración de «uvas pintadas». Me habló de un grupo de austríacos que habían llegado al Ecuador en 1928: un grupo compuesto por cincuenta hombres y cincuenta mujeres. Era la opinión general -dijo el funcionario- que los extranjeros tenían más sentido del negocio, eran más arrojados, tenían mayores recursos personales y más resistentes que los naturales del país; y extensas concesiones se había hecho en favor de ellos.

El individuo que había organizado dicho grupo de inmigrantes, era un alemán bien conocido en Quito; un aventurero que había vivido muchos años en el oriente y había escrito muchos artículos para una revista austríaca denominada «Die Übersee Post». En este periódico había estampado los acostumbrados elogios de las maderas raras, del oro y las esmeraldas, de la primavera eterna y de las flores y, había mencionado la información de que en el Ecuador los huevos cuestan solamente un centavo cada uno.

Sus artículos llamaron tanto la atención que el autor fue a Viena y organizó la «Sociedad Amigos del Ecuador» salió de Hamburgo. Al principio se sintieron apenados y mareados, pero después de unos días el viento frío dejó de soplar, las nubes desaparecieron, las aguas se convirtieron súbitamente en azules y verdes; tenían suficiente comida y bebida, y, por primera vez en sus vidas, sentían calor en el invierno. Se recostaban en la cubierta y dejaban que el sol brillara sobre sus vientres pálidos y después de poco, casi sin darse cuenta, llegaron todos a Guayaquil.

Se alojaron en un hotelucho. El que fingía de dirigente se admiró profundamente de que nadie hubiese salido a darles la bienvenida... Permanecieron en el hotel hasta que se les terminó el dinero y entonces pasaban los días sentados en los parques públicos del puerto. Las autoridades estaban en Quito y nada sabía de ellos. Los seis policías de Guayaquil admiraban a los hombres blancos como a lores, nunca habían arrestado a un hombre blanco, de modo que los dejaba que continuaran sentados en el parque, sin molestarles para nada.

Finalmente, el Gobierno tuvo conocimiento de la presencia de los

inmigrantes mencionados, los transportó a Riobamba y luego a Quito. Las cincuenta familias fueron provisionalmente alojadas en la Quinta Presidencial y se designó una persona para que cuidara de ellas. Cada día escribían en un pedazo de papel lo que les hacía falta, incluyendo vino y cerveza, que se les proporcionaba.

El Gobierno les indicó entonces que buscaran una extensión de tierra para que en ella se acomodaran, y mientras tanto les otorgó una pensión de sesenta sucres al mes por persona. En aquella época el sucre esta a cuatro por dólar.

Se convino en que las familias permanecieran en Quito mientras los varones salían en la búsqueda de haciendas; una asignación adicional se les dio para la adquisición de herramienta y semillas, una vez que había encontrado el terreno que iban a trabajar.

Los barberos, dependientes y chaufferes y el único agricultor se dirigieron hacia la selva, de la que había escuchado tantas leyendas maravillosas. Encontraron las orquídeas, los puercos salvajes llegaban hasta las puertas de sus fincas, las florestas estaban recargadas de animales de caza y los ríos de magníficos peces. La única cosa molesta y desagradable era el continuo rugir del tigrillo en las noches: un sonido como el de un arco de vinil rascando despacio sobre las cuerdas de un doble bajo. Los hombre del grupo cazaban todo el día y de vez en cuando chapoteaban en las aguas poco profundas del río en busca de oro: cada uno tenía un caballo, una montura, un rifle y una joven linda, a más de los sesenta sucres para trago y huevos, que verdaderamente costaban a centavo cada uno. Jamás pensaron en regresar.

Las mujeres y los hijos de los afortunados comenzaron a chillar sus quejas, reclamando que se las había dejado abandonadas en Quito, con lo que, finalmente, el Gobierno canceló la pensión; ya estaba hasta la coronilla de los tales inmigrantes austríacos. El único agricultor había cultivado un pedazo de tierra y sembrado platanales, pero los demás se regresaron. Algunos marcharon a Chile, otros se quedaron en Quito y abrieron sus tiendas de barberos y plomeros, volviendo de nuevo a sus naturales oficios. Uno del grupo trabajaba todavía en una carnicería. Así -concluyó diciendo el funcionario de Gobierno-, terminó la aventura de los «Amigos del Ecuador».

El silencio que siguió al relato, despertó a la criatura y le dieron de mamar. Súbitamente y sin previo aviso, el carro se detuvo, y el tapón del radiador saltó en una columna de vapor. El ayudante del conductor corrió a un arroyuelo y retornó con un poco de agua, al auto caminaba y se paraba de nuevo...esta vez se acabó la gasolina.

El funcionario miró su reloj y cargó al bebé. La criada cogió las botellas y la sábana de caucho, Herr Vogeli agarró la bolsa. Corrimos un corto trecho hasta donde las paralelas del ferrocarril Quito -Esmeraldas cruzaban la carretera y esperamos la llegada del tren. Se detuvo éste gracias al pañuelo azul que el funcionario gubernamental agitaba en su mano; a poco estábamos todos ubicados en un vagón de primera: el bebé, la sábana de goma, y compañía.

Herr Vogeli había colocado la bolsa del funcionario en la red que hay sobre los asientos, y se había quedado dormido. Por un buen rato debatía conmigo si debería despertarle o preocuparme yo mismo de empujar la bolsa hacia atrás; mientras tanto, la bolsa iba inclinándose poco a poco sobre el borde de la red, estaba casi a punto de desprenderse, cuando el tren enfiló por un agudo declive que dio por resultado que la bolsa se deslizara a su propia posición; en esta guisa avanzaba y retrocedía varias veces, hasta que por fin se colocó ajustadamente contra la madera. Y allí se quedó.



BIBLIOGRAFÍA

Fuentes primarias

AGUILAR, GERÓNIMO DE,

“Relación hecha por mi, Fray Gerónimo de Aguilar, de la orden de Nuestra Señora de las Mercedes Redención de Cautivos, de la Doctrina y pueblo de Caguasquí y Quilca, que doctrino y tengo a mi cargo, en cumplimiento de lo que por Su Majestad se me manda y en su nombre, el Muy Ilustrísimo Señor Licenciado Francisco de Auncibay, Oidor de la Real Audiencia de Quito” (1582), en Pilar Ponce Leiva (editora), Relaciones histórico-geográficas de la Audiencia de Quito (siglo XVI-XIX), Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 1991, Madrid, volumen I, p. 415-418.

AGUINAGA, ENRIQUE

“Descripción del pueblo de Atuntaqui” (1808), en Pilar Ponce Leiva (editora), Relaciones histórico-geográficas de la Audiencia de Quito (siglo XVI-XIX), Marca & Ediciones Abya Yala, 1994, Quito, volumen II, p. 719-720.

ALCEDO BEJARANO, ANTONIO DE,

Diccionario geográfico-histórico de las Indias occidentales o América, Madrid 1786-1989, Biblioteca de Autores Españoles, edición y estudio introductorio por Pérez Bustamante, Madrid 1967.

ALSEDO Y HERRERA, DIONISIO,

“Plano geográfico e hidrográfico del distrito de la Real Audiencia de Quito y Descripciones de las Provincias, gobiernos y Corregimientos que se comprenden en su jurisdicción y las ciudades y villas, asentamientos y pueblos que ocupan sus territorios” (1766), en Pilar Ponce Leiva (editora), Relaciones histórico-geográficas de la Audiencia de Quito (siglo XVI-XIX), Marca & Ediciones Abya Yala, 1994, Quito, volumen II, p. 418-465

ANDRADE COELLO, ALEJANDRO,

Hacia Imbabura. Impresiones de Viaje anotadas al vuelo, Imprenta de la Universidad, 1919, Quito, 40 p.

ANDRÉ, EDOUARD,

“Rapport sur une mission scientifique dans l’Amérique du Sud”, Imprimerie Nationale, París, 1878.

ANDRÉ, EDOUARD,

“Viaje a la América Equinoccial”, en Carlos Wiener et al, América Pintoresca, Montaner y Simón Editores, 1884, Barcelona.

ANÓNIMO

“Descripción de la ciudad de San Francisco de Quito” (1573), en Pilar Ponce Leiva (editora), Relaciones histórico-geográficas de la Audiencia de Quito (siglo XVI-XIX), Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 1991, Madrid, volumen I, p. 187-223

ANÓNIMO

“Relación del distrito del cerro de Zaruma y distancias a la ciudad de Quito, Loja y Cuenca e indios de aquella provincia y repartimientos de ellos y otras cosas de aquella provincia” (1592), en Pilar Ponce Leiva (editora), Relaciones histórico-geográficas de la Audiencia de Quito (siglo XVI-XIX), Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 1991, Madrid, volumen I, p. 505-511.

AUNCIBAY, FRANCISCO

“Relación del sitio del Cerro de Zaruma y distancia de leguas a Quito, Loja y Cuenca y repartimientos de indios de aquella provincia” (1592), en Pilar Ponce Leiva (editora), Relaciones histórico-geográficas de la Audiencia de Quito (siglo XVI-XIX), Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 1991, Madrid, volumen I, p. 532-546.

BEMELMANS, ÍUDWIG

The Donkey Inside, The Viking Reiss, 8a edición, 1941, New York.

BEMELMANS, LUDWIG

El burro por dentro, Editorial Moderna, 1941, Quito.

BENALCÁZAR, SEBASTIÁN DE

Colección de documentos inéditos relativos al Adelantado Capitán Sebastián de Benalcázar, 1535-1536, vol. X, Imprenta Municipal, 1946, Quito.

BÓRJA, ANTONIO

“Relación en suma de la doctrina y beneficio de Pimampiro y de las cosas notables que en ella hay, de la cual es beneficiado el Padre Antonio Borja” (1591), en Pilar Ponce Leiva (editora), Relaciones histórico-geográficas de la Audiencia de Quito (siglo XVI-XIX), Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 1991, Madrid, volumen I, p. 480-488.

CABILDO DE QUITO

“Relación de la ciudad de Quito” (1577), en Pilar Ponce Leiva (editora), Relaciones histórico-geográficas de la Audiencia de Quito (siglo XVI-XIX), Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 1991, Madrid, volumen I, p. 251-265

CALDAS, FRANCISCO JOSÉ,

Cartas de Caldas, Biblioteca de Historia Nacional, volumen IV, Imprenta Nacional, 1917, Colombia.

CALDAS, FRANCISCO JOSÉ DE,

Relación de un viaje hecho a Cotacache, La Villa, Imbabura, Cayambe, etc., comenzado el 23 de julio de 1802, por Francisco de José de Caldas., P. Agustín Barreiro S.J. (editor), 1933, Madrid.

CHIRIBOGA Y VILLAVICENCIO, VICENTE

“Descripción del pueblo de Tocache y su anejo de Malchingui” (1808), en Pilar Ponce Leiva (editora), Relaciones histórico-geográficas de la Audiencia de Quito (siglo XVI- XIX), Marca & Ediciones Abya Yala, 1994, Quito, volumen II, p. 745-747.

CIEZA DE LEÓN, PEDRO

La Crónica del Perú, en Biblioteca Ecuatoriana Mínima, Cronistas Coloniales 2a Parte, Editorial J.M. Cajica Jr. S.A., 1960, Puebla, México, p. 53-57.

CORRAL, JOSÉ

Descripción compendiosa de las provincias de Quito sujetas al Virreinato de Santa Fe de Bogotá o Nuevo Reino de Granada (1790), en Pilar Ponce Leiva (editora). Relaciones histórico- geográficas de la Audiencia de Quito (siglo XVI-XIX), Marca & Ediciones Abya Yala, 1994, Quito, volumen II, p. 701-710

FESTA, ENRICO,

En el Dariényel Ecuador, Diario de viaje de un naturalista, Monumenta Amazónica, No. 5, CELA, Editorial Abya Yala, IIAP, 1999, Iquitos, Perú.

FRANCK, HARRY,

Vagabonding down the Andes, The Century Co., 1917, New York.

GUERRA, MARIANO, “

Descripción del pueblo de Tabacundo” (1808), en Pilar Ponce Leiva (editora), Relaciones histórico-geográficas de la Audiencia de Quito (siglo XVI-XIX), Marca & Ediciones Abya Yala, 1994, Quito, volumen II, p. 751-752.

HASSAUREK, FREDERIK,

Cuatro años entre los ecuatorianos, Colección Tierra Incógnita No. 5, Editorial Abya Yala, 1997, Quito.

HUMBOLDT, ALEXANDER VON,

Vues des Cordilleres et Monuments des peuples indigènes de l'Amérique, París, 1816, 2 vols.

HUMBOLDT, ALEXANDER VON,

Briefe aus Amerika, 1799-1804, Akademie Verlag, 1993, Berlín

- JAMESON, WILLIAM,
“Journey from Quito to Cayambe”, en *Journal of the Royal Geographical Society*,
XXXI, 1861, Londres, pp. 184-190.
- LINKE, LILO,
Selección de artículos aparecidos en *El Comercio*, junio-julio 1955.
- MACFARLANE, THOMAS,
Hacia los Andes, *Notas de Viaje a América del Sur* (1876), Colección Tierra
Incógnita No. 10, Editorial Abya Yala, 1994, Quito
- MARAÑÓN, ESTEBAN DE,
“Relación del obispado de Quito” (1598), en *Revista del Instituto de Historia
Eclesiástica Ecuatoriana*, No 1, 1974, Quito, p. 165-177.
- MONTÚFAR Y FRASO, JUAN PÍO,
“Razón sobre el estado y gobernación política y militar de las provincias,
ciudades, villas y lugares que contiene la jurisdicción de la Real Audiencia de
Quito” (1754), en Pilar Ponce Leiva (editora), *Relaciones histórico-geográficas
de la Audiencia de Quito* (siglo XVI-XIX), Marca & Ediciones Abya Yala, 1994,
Quito, volumen II, p. 323-352
- ONFFROY DE THORON, ENRIQUE,
América ecuatorial, Corporación Editora Nacional, 1983, Quito, 2 vols.
- ORDÓÑEZ DE CEBALLOS, PEDRO,
*Historia y Viaje del Mundo del Clérigo Agradecido don —. Natural de la insigne
ciudad de Jaén a las cinco partes de la Europa Africa América y Magalánica con
el itinerario de todo él*, en *Biblioteca Ecuatoriana Mínima, Cronistas Coloniales
2a Parte*, Editorial J.M. Cajica Jr. S.A., 1960, Puebla, México, p. 477-519.
- ORELLANA, MELITOR,
“Descripción del pueblo de Cayambe” (1808), en Pilar Ponce Leiva (editora),
Relaciones histórico-geográficas de la Audiencia de Quito (siglo XVI-XIX),
Marca & Ediciones Abya Yala, 1994, Quito, volumen II, p. 732-735.
- ORTON, JAMES,
The Andes and the Amazon or Across the Continent of South América, Harper
and Brothers, 1870, New York.
- PAZ PONCE DE LEÓN, SANCHO,
“Relación y Descripción de los pueblos del Partido de Otavalo” (1582), en
Pilar Ponce Leiva (editora), *Relaciones histórico-geográficas de la Audiencia de
Quito* (siglo XVI-XIX), Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 1991,
Madrid, volumen I, p. 359-371

PEÑAHERRERA MANUEL Y JOSÉ AIBAR Y ALBUJA,

“Descripción de Cotacachi” (1808), en Pilar Ponce Leiva (editora), Relaciones histórico-geográficas de la Audiencia de Quito (siglo XVI-XIX), Marca & Ediciones Abya Yala, 1994, Quito, volumen II, p. 7111-713

PEREIRA GAMBA, FORTUNATO,

Impresiones de un viaje por el Ecuador (por un viajero ciego), Imprenta de “El Progreso”, 1919, Quito.

PÉREZ Y CRESPO, CRISTÓBAL,

“Descripción del pueblo de San Pablo” (1808), en Pilar Ponce Leiva (editora), Relaciones histórico-geográficas de la Audiencia de Quito (siglo XVI-XIX), Marca & Ediciones Abya Yala, 1994, Quito, volumen II, p. 747-751.

PUENTO HIERÓNIMO,

“Probanza de Don Hierónimo Puento, Cacique Principal del Pueblo de Cayambe, servicios”, en Documentos para la historia militar, Casa de la Cultura Ecuatoriana, 1974, Quito, volumen 1, p. 11-50.

REISS, WILHELM,

Reisebriefe aus Südamerika, 1868-1873, Verlag von Duncker & Humboldt, 1921, Leipzig.

RODRÍGUEZ, ANDRÉS,

“Relación hecha por el Muy Reverendo Padre Fray Andrés Rodríguez, de la Orden de Nuestra Señora San María de las Mercedes Redención de Cautivos, de lo que en este pueblo de Lita hay” (1582), en Pilar Ponce Leiva (editora), Relaciones histórico-geográficas de la Audiencia de Quito (siglo XVI-XIX), Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 1991, Madrid, volumen I, p. 413-415

ROSALES, JOSÉ,

“Descripción del pueblo de Salinas” (1808), en Pilar Ponce Leiva (editora), Relaciones histórico-geográficas de la Audiencia de Quito (siglo XVI-XIX), Marca & Ediciones Abya Yala, 1994, Quito, volumen II, p. 735-738.

SÁENZ DE VITERI, MANUEL,

“Descripción del pueblo de Tumbabiro” (1808), en Pilar Ponce Leiva (editora), Relaciones histórico-geográficas de la Audiencia de Quito (siglo XVI-XIX), Marca & Ediciones Abya Yala, 1994, Quito, volumen II, p. 723-729.

SANTIESTEVEAN, GASPAR,

“Descripción del pueblo de Otavalo” (1808), en Pilar Ponce Leiva (editora), Relaciones histórico-geográficas de la Audiencia de Quito (siglo XVI-XIX), Marca & Ediciones Abya Yala, 1994, Quito, volumen II, p. 739-744.

- SPRUCE, RICHARD,
Notes de un botánico en el Amazonas y en los Andes [1908], Tierra Incógnita No. 21, Editorial Abya Yala, 1996, Quito
- STEVENSON, WILLIAM BENNET,
Narración histórica y descriptiva de veinte años de residencia en Sudamérica (1829), Colección Tierra Incógnita No. 14, Editorial Abya Yala, 1994, Quito
- TERIY ADRIÁN,
Viajes por la Región Ecuatorial de América del Sur {1832}, Colección Tierra Incógnita No. 9, Editorial Abya Yala, 1994, Quito,
- TIFÓN, ANTONIO,
“Descripción del pueblo de Urcuquí” (1808), en Pilar Ponce Leiva (editora), Relaciones histórico-geográficas de la Audiencia de Quito (siglo XVI-XIX), Marca & Ediciones Abya Yala, 1994, Quito, volumen II, p. 729-731.
- URIBE URIBE, RAFAEL,
Por la América del Sur, Editorial Kelly, 1955, Bogotá, 2vols.
- URRUTIA S. FRANCISCO,
De Quito a Tulcán, Impresiones de viaje, Talleres Tipográficos Nacionales, Boletín de “El Ejército Nacional”, 1981, Quito.
- VÁZQUEZ DE ESPINOSA, ANTONIO FRAY,
Compendio y Descripción de las Indias occidentales, en Biblioteca Ecuatoriana Mínima, Cronistas Coloniales 2a Parte, Editorial J.M. Cajica Jr. S.A., 1960, Puebla, México, p. 551-555.
- VEATCH, A. C.,
From Quito to Bogotá, George H. Doran Company, 1917, New York.
- VILLASANTE, SALAZAR DE,
“Relación de la ciudad y provincia de Quito” (1570-71), en Pilar Ponce Leiva (editora), Relaciones histórico-geográficas de la Audiencia de Quito (siglo XVI-XIX), Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 1991, Madrid, volumen I, p. 71-79.
- YÉPEZ, EDUARDO,
Conozcamos el Ecuador: impresiones de un viaje reciente, Eduardo Yépez (de.), Julio 1928, Santiago de Chile.
- WHYMPER, EDWARD,
Viajes a través de los majestuosos Andes del Ecuador, Editorial Abya Yala, 1994, Quito.

Fuentes secundarias

- AUSTIN ALCHON, SUZANNE,
Sociedad indígena y enfermedad en el Ecuador, Serie Pueblos del Ecuador 6,
Editorial Abya Yala, 1996, Quito
- BIBLIOTECA ECUATORIANA
“Aurelio Espinosa Pólit”, Diccionario Bibliográfico Ecuatoriano, Artes Gráficas
Señal Impreseñal, 1989, Quito, Tomo I
- CAILLAVET, CHANTAL,
Etnias del Norte: Etnohistoria e historia de Ecuador. Casa de Velázquez/IFEA/
Ediciones Abya Yala, 2000, Quito.
- CASTRILLÓN ALDANA, ALBERTO, ALEJANDRO DE HUMBOLDT,
del catálogo al paisaje, Editorial Universidad de Antioquía, 2000, Medellín.
- CHÁVEZ PAREJA, JOSÉ MARÍA,
“El Asiento de San Luis de Otavalo”, en Revista Municipal, Año IV, No. 18,
octubre 1946, Otavalo, p. 49-51
- CLIFFORD, JAMES,
Itinerarios transculturales, Editorial Gedisa, 1999, Barcelona
- GÓMEZ R. OCTAVIO E.,
“Breve Reseña del Desarrollo Histórico de Otavalo”, en Revista Municipal,
Año III, No. 17, octubre 1945, Otavalo, p. 11-18
- GONZÁLEZ, BEATRIZ,
“Políticas de higienización: la limpieza del cuerpo y las lenguas nacionales”, en
J.A. Mazzoti y J. Zevallos Aguilar, coord. Asedios a la heterogeneidad cultural
1996, Filadelfia, pp. 217- 248.
- HERRERA, AMABLE,
Monografía de Otavalo, Tipografía y Encuadernación Salesianas, 1909, Quito

- LARRAÍN BARROS,
Horacio, Cronistas de raigambre indígena, Colección Pendoneros, Instituto Otavaleño de Antropología, 1980, Otavalo, 2 vols.
- LARRAÍN BARROS, HORACIO Y CRUZ PARDO D.,
“Apuntes para un estudio de la población de Corregimiento de Otavalo a fines del siglo XVI”, en Sarance, Revista del Instituto otavaleño de Antropología, Año 3, No. 1, julio 1977, Otavalo.
- LARREA, CARLOS MANUEL,
Bibliografía Científica del Ecuador, Editorial Casa de la Cultura Ecuatoriana, 1948, Quito, Tomo I.
- LEBRET, IVELINE,
La vida en Otavalo en el siglo XVIII, Pendoneros 22, Instituto Otavaleño de Antropología, 1981, Otavalo.
- ORTIZ, RENATO,
“El viaje: el popular y el otro”, en Comunicación, Política y Cultura: Escenografías para el diálogo, Consejo de Educación de Adultos de América Latina, Santiago de Chile / Asociación de Comunicadores Sociales, 1997, Lima.
- PÁEZ J. ROBERTO (ed.),
La colonia y la República: cronistas coloniales (primera parte), Biblioteca Ecuatoriana Mínima, Editorial J.M. Cajica, 1960, Puebla, México.
- PÉREZ MEJÍA, ÁNGELA,
“Humboldt y la nostalgia de América”, en Revista Credencial Histórica No. 134, febrero 2001, Bogotá.
- PRATT, MARIE LOUISE,
Ojos Imperiales, Colección Intersecciones, Universidad Nacional de Quilmes, 1997, Buenos Aires.
- SAN FÉLIX, ALVARO,
“Evolución Urbana de Otavalo”, en Otavalo: Aspectos urbanos e históricos, Abya Yala & Instituto Otavaleño de Antropología, 1990, Quito, p. 9-41
- STÜTTGEN, MICHAELA,
“Sóbrala vidayobra de Alphons Stübel y Wilhelm Reiss”, 2001, Bogotá.
- WALDEMAR ESPINOSA, SORIANO (editor),
Los Cayambes y Carangues: Siglos XV-XVI. El Testimonio de la Etnohistoria, Colección Curiñán, 1988, Otavalo, Tomo III.



ÍNDICE ONOMÁSTICO

Acosta, Estanislao 143, 144, 146
Aguilar, Manuel de 17
Aguirre, Ana 18
Ajaví 32, 33, 79
Alambí 229
Alausí 238
Alchipichi 90, 133, 135
Alfaro, Eloy 144, 233
Alisal 198
Aluburo (Alluburo) 140, 166
Amazonas 98, 100, 103, 106, 158, 184
Ambaquí 168
Ambato 61
Ambi 21, 29, 148, 159
Amboasí 232
América 31, 34, 37, 49, 67, 74, 78, 91, 101, 105, 108, 116, 132, 173, 197, 203
Ancasmayu (Río Azul) 173
Ancón 117, 118, 132
Andes 59, 60, 61, 62, 69, 74, 75, 76, 77, 83, 87, 88, 90, 102, 109, 114, 124, 129,
159, 160, 167, 168, 173, 174, 178, 179, 218,
Andrade Coello, Alejandro 213
Andrade, Manuel 201, 202
Angas-Cocha, lago de 168
Ángel (río) 167
Angochagua (cordillera) 139, 140
Antioquía 195
Antisana 105, 106, 107, 113, 114
Arlequín 239
Asunción 70
Atacames 79
Atahualpa (Atabaliba) 79, 110, 162, 163, 166, 164, 222
Atlántico 100, 106
Atuntaqui (Tontaqui) 21, 29, 30, 36, 83, 115, 137, 162, 164, 210, 225
Azares (rocas) 230

Baños, río de los 106
Barcelona 67
Baridero 81
Batallas, Mariano 54
Batán 85
Blanco (río) 67, 83, 160, 216
Bobo (río) 69
Bogotá 69, 133, 145, 146, 158, 170, 176, 180, 184, 196
Boliche, alto de 71, 143, 146, 158, 170
Bolívar 169

Bolivia 132
 Bonpland, Aimé 77
 Bouger, Pierre 88
 Boussignault, Jean-Baptiste 68, 107
 Brasil 47
 Bucheli, Apolinar 73

 Cachihuango 88, 89
 Cachiyacu 29
 Caicedo, Luis 185, 187, 190, 191, 192, 194, 196, 201, 202, 211
 Caico 192, 193, 194
 Cajas 217, 218, 219
 Calacalí 232
 Calama, José (Pérez) 35, 36
 Caldas, Francisco José de 17
 Cambugán 226
 Campaña, Francisco 118
 Cangahua 102
 Caraburu 19, 90
 Caranqui (Carangue) 22, 27, 32, 79, 110, 115, 116, 122, 137, 139, 162, 163, 164,
 165, 166, 181, 182, 222
 Carapungo 214
 Carbo, Vicente 34
 Carchi 67, 69, 70, 142, 144, 145, 168, 175, 188, 189, 191
 Caricocha 91, 135, 230
 Cariyaco 95, 229
 Carretas 18, 20, 213
 Cartagena 31
 Casafría 185, 188, 189, 193
 Cascajal 89
 Cascajas 19
 Casitagua 234
 Castro, Tomás 186
 Cauca 67, 69, 167, 179
 Cayambe 17, 19, 20, 21, 58, 62, 63, 74, 87, 88, 93, 98, 99, 100, 102, 109, 113, 115,
 129, 160, 165, 166, 182, 183, 216, 217
 Cerro Encantado 73
 Cerro Negro de Mayasquer 143
 Cevallos, Manuel 225
 Cevallos, María Ester 227
 Cevallos, Mariana 138
 Chachimbiro 83
 Chanchagrán 226
 Chane (río) 143
 Chántag 107, 108

- Chapues (río) 69
Chibquintina 18
Chicapán 219
Chiles (volcán) 69, 70, 143
Chillo, valle de 61, 92
Chilpe 192, 193
Chimu 132
Chorlaví 83
Chorrera 89
Chota 27, 28, 34, 45, 74, 75, 76, 77, 78, 79, 88, 89, 96, 140, 141, 148, 159, 165, 166, 167, 168, 171, 178, 179, 180, 197, 198, 199, 200, 201
Chulunguasi 169, 198
Chuquon, Salvador 26, 27
Cochas, loma de las 98
Cochasquí 19
Colimbuela 21
Collaguazo, Jacinto 134, 229
Colombia 69, 70, 72, 96, 107, 116, 129, 131, 136, 142, 143, 144, 146, 158, 165, 167, 169, 174, 175, 188, 189, 191, 195, 196, 201, 203, 210, 211, 239
Colón, Cristóbal 233
Coral, Didacio 188, 192, 193, 194, 199, 208, 210
Cotacachi (Cotacache) 17, 21, 30, 36, 48, 76, 81, 92, 93, 94, 95, 97, 103, 109, 110, 112, 113, 114, 115, 116, 129, 130, 131, 136, 160, 161, 182, 217, 219, 223, 224, 225, 226, 228, 229, 260
Cotocollao 134, 213
Cotogyaco 233
Cotopaxi 103, 108
Cuasas 71
Cuicocha, laguna de 21, 92, 95, 229, 228
Cunru 98, 159, 160
Curubí 230
Cusín 98, 99, 127, 158, 160, 219
Cusubamba 216
Cuvilche 98
Cuzco 117, 132, 162, 164, 201, 207
- Dávila, Julio 186
Dehuaca 79
Domingo, José 224
- Ecuador 67, 69, 70, 71, 77, 80, 81, 82, 88, 93, 103, 107, 108, 109, 111, 112, 113, 116, 117, 118, 119, 120, 121, 124, 125, 129, 130, 131, 134, 136, 143, 144, 145, 148, 153, 158, 161, 164, 165, 167, 168, 169, 170, 174, 175, 176, 179, 181, 183, 185, 188, 189, 191, 194, 196, 197, 198, 202, 204, 205, 206, 211, 245
El Ángel (páramo) 70, 72, 149, 151, 158, 167, 191, 192, 198, 214

- El Corazón 17
 El Inca 107
 El Quinche 99, 103, 214
 El Salado 220
 El Socavón 220
 Encañada (río) 107
 Esmeraldas 61, 129, 196, 214, 217, 236, 247, 252, 254
 Espejo 219
 Esperanza 92, 96, 98
 Espinoza, Vázquez de 229
 Estados Unidos 169
 Europa 33, 62, 82, 84, 90, 108, 126, 132, 213
 Ewbank, Thomas 121, 125, 132
- Fabra, Francisco 176
 Fernández, Ignacio Salvador 158
 Festa, Enrico 134
 Frances-Urcu (cerro de Pambamarca) 102, 103, 107
 Franck, Harry 173
 Fuyafuya 230
- García Moreno, Gabriel 80, 100, 104, 116, 130,
 Garrido, Daniel 225
 Godin, Louis 88
 Golongal 230
 Gómez de la Torre, Teodoro 116, 126
 Gómez Jaime, Alfredo 185, 189, 190
 González Suárez (Pueblo) 219
 Guaca 28, 48, 192, 193
 Guachalá 99, 100, 102, 103, 216
 Guáitara (río) 67, 145, 199
 Gualsaquí 229
 Guamaní 104, 106
 Guambi (río) 107
 Guápulo 213
 Guarmicocha 91, 135
 Guatemala 47
 Guateque 28
 Guayaquil 60, 108, 126, 129, 170, 180, 236, 240
 Guayllabamba (Guallabamba, Guallabamba) 18, 19, 20, 31, 61, 62, 63, 75, 88,
 89, 90, 91, 92, 93, 99, 100, 103, 133, 134, 135, 140, 167, 183, 197, 198, 199, 209,
 214, 215, 216, 231,
 Guinea 173
- Habaspamba 216

- Harman, Archer 180
Hassaurek, Frederik 108
Huaca 70, 72, 79, 142, 146, 147, 149
Huarmicocha 230
Huáscar 162
Huayna Capac (Huaina-Cápac) 83, 115, 124, 137, 139, 162, 181, 182, 224
Humboldt, Alexander von 17, 58, 69, 77, 85, 88, 91, 107, 161
- Ibarra 21, 23, 27, 28, 30, 31, 32, 33, 34, 36, 74, 77, 79, 80, 81, 82, 83, 84, 91, 96, 97, 98, 110, 115, 116, 117, 129, 131, 133, 134, 137, 138, 139, 143, 148, 149, 154, 158, 159, 160, 161, 162, 164, 165, 166, 167, 168, 178, 180, 181, 182, 195, 196, 197, 198, 199, 202, 203, 204, 205, 209, 221, 222, 223, 224, 225, 238, 247
Ibarra, Miguel de 79, 164
Iliniza (Ylinisa) 17, 103, 110
Itaquí 111, 112
Ilumán 115, 221
Imantag (Imantá) 95
Imbabura 17, 21, 22, 23, 24, 25, 31, 32, 36, 38, 74, 76, 79, 80, 83, 84, 86, 88, 91, 92, 93, 96, 97, 98, 108, 109, 112, 114, 115, 123, 125, 127, 128, 129, 130, 131, 136, 159, 160, 161, 164, 165, 166, 168, 178, 181, 182, 198, 204, 212, 213, 218, 219, 222, 224, 233, 256, 257,
Imbacocha 219
Inga 163
Intag (cordillera) 226
Iñaquito 213
Ipiales 144, 145, 173, 175, 185, 188, 191
Itambe (Itambe) 219
Itulgachi 107
- Jácome, Mariano 37
Jarrín (punta) 110
Jarrín, José 217
Jatunyacu 38
Jibirta 28
Jijón, Antonio 47
Jijón, conde de 20, 21
Juan, Jorge 108, 122
Junambú 199
- La Calera 228
La Concepción 34, 80, 134, 148, 149, 152, 159
La Condamine 19, 24, 54, 88, 108
La Providencia 199, 231, 232
La Tola, río de 103
La Villa 17, 21, 27, 32, 62, 74, 103, 258

Lagartijas 220
 Laguna 39
 Las Lajas 174, 186, 187, 188
 Las Playas 99
 Lasplaces, Alberto 227
 Latacunga (Tacunga) 33, 61
 León, Cieza de 163, 164
 León, Manuel 140
 Lima 79, 117,

 Macas 104
 Machachi 109
 Machai de la Cruz 99, 101, 102
 Magdalena (valle) 69, 98
 Malbucho 35, 36
 Malchinguí (Malchinquí) 86, 91, 127, 128, 135, 209, 211, 231
 Maldonado, Pedro Vicente 36
 Maríapamba, Ángel 101, 102
 Markham, Clements (sir) 106
 Mateleno 81
 Mercedes Acosta 146
 Meyer, Hans 108
 Mira 28, 74, 75, 76, 77, 148, 149, 151, 152, 154, 159, 165, 167, 195
 Miraflores 217
 Mita (río) 96
 Mocoa 79, 83
 Mojanda 20, 38, 85, 91, 93, 109, 115, 127, 133, 135, 160, 204, 206, 208, 209, 210,
 219, 230
 Mirador (monte) 143, 224
 Moquegua 81
 Mora, Patrocinio 186
 Moyapamba 102
 Muñoz, Juan Miguel 222
 Murray, Lord 165, 169, 170

 Nariño 189, 191, 193, 195, 196, 197, 198, 207, 209, 212
 Nicholls, Carlos 169, 170
 Nueva Granada 38, 67, 69, 70, 72, 75, 84, 227
 Napo (río) 106

 Oburo 201
 Ocampo 225, 226, 227
 Olivo 202, 203, 205
 Orellana, Francisco de 106, 139
 Ortiz del Corral, Eudoro 188

Orton 105

Otavalo 18, 20, 21, 30, 31, 35, 36, 37, 39, 48, 50, 51, 52, 60, 64, 65, 93, 110, 114, 115, 127, 136, 137, 159, 163, 164, 202, 205, 206, 208, 209, 217, 219, 221, 223, 237, 239, 243

Oyambaro 108

Pacha 162, 182

Pacífico 59, 61, 74, 100, 132, 159, 165, 223

Pailón 165, 170

Palacios, Nicanor 138

Paluquillo 104

Papallacta 104, 105, 106, 107

Pasto 69, 77, 79, 146, 170, 173, 181, 193, 196, 197, 206

Patía (río) 75

Paz, Vicente 145, 146

Peguiche 20, 21, 38, 39, 220

Peñañiel, Secundino 222, 224

Peñaherrera, José Ignacio 146, 162

Peñaherrera, Víctor Manuel 162, 164

Pereira Gamba, Fortunato 185

Perú 37, 45, 71, 82, 117, 118, 122, 123, 124, 131, 132, 134, 162, 163

Perucho 93

Perugachi 93

Pichincha 17, 18, 20, 22, 24, 25, 58, 59, 63, 88, 129, 183, 213

Pifo 103, 104, 105, 106, 107

Pillajo, Antonio 216

Pimampiro 79, 83, 168

Pinsaquí 39, 81, 222

Piñán (páramo) 93, 95, 96, 226

Pisque (Pisgui) 18, 20, 48, 62, 88, 89

Pistu 169

Pitaná 107

Pizarro, Gonzalo 184

Pomasqui 134, 209, 232

Popayán 19, 31, 33, 69, 90, 107

Posse, Joseph Valentín 23, 53

Pucará 21, 102

Puéllaro 47

Puembo 103

Puntal 28, 70, 74, 75, 169

Puntal, Martín 169

Puntas (cerro) 103

Punyaró 220

Pusir 77

Quebrada Laurel 223
 Quebrada Seca 223
 Quebrada Vásquez 223
 Quinche 19
 Quinchuajas 103
 Quindío 206
 Quiroga 228
 Quishca-Machai 107
 Quito 17, 18, 19, 20, 21, 22, 27, 28, 29, 31, 33, 34, 35, 37, 43, 44, 57, 58, 59, 60, 61, 63, 69, 73, 79, 80, 81, 82, 83, 87, 89, 90, 91, 92, 93, 96, 97, 98, 99, 101, 108, 109, 114, 124, 127, 128, 129, 130, 131, 134, 138, 143, 146, 149, 158, 159, 161, 162, 163, 164, 165, 166, 167, 170, 176, 180, 181, 183, 185, 187, 194, 197, 199, 205, 208, 209, 212, 213, 215, 217, 232, 234, 235, 236, 237, 238, 239, 240, 243
 Quitumba 21

Regalado Caicedo, Daniel 189, 190, 194
 Reiss, Wilhelm 88, 91, 96, 104, 105, 107, 118, 132
 Riobamba 61, 117, 123, 174, 253
 Rocafuerte, Vicente 108
 Rodríguez, Virgilio 187
 Rumichaca (puente de piedra) 67, 69, 175, 185, 188, 191
 Rumipamba (El Ejido) 17, 18, 32, 134, 143

Salinas 28, 29, 31, 83, 96, 159
 San Antonio 84, 115, 162, 222, 225, 232
 San Blas 169
 San José de Minas 220
 San Lorenzo 107
 San Martín 225
 San Pablo 20, 30, 37, 50, 115, 127, 158, 159, 218, 229
 San Roque 86
 San Sebastián 85
 San Vicente 74, 76
 Sánchez Bonilla, Miguel Ángel 228
 Santafé 28
 Sapuyes (río) 67, 187
 Sara-Urcu 99, 100, 101, 102, 105, 107
 Sarmiento de Gamboa, Pedro 164
 Sayaro 100, 102
 Sigsicunga 226
 Sincholagua 17
 Stübel, Alphons 91, 97, 100, 101, 102, 103, 104, 107, 118, 119, 132
 Suárez, Francisco 227
 Sucumbíos 79, 83
 Sucus-Cocha 104, 105

- Tabacundo 20, 62, 88, 217
Taguando (Taguango) 32, 33, 79, 80, 81, 139, 164, 165
Tambo 76, 106
Tapiabamba 81
Tascón 77
Tejes (río) 69
Tetrandar 20
Torre, Ulpiano de la 219, 229
Troya, Rafael 224
Trujillo 132
Tulcán 48, 69, 70, 71, 72, 73, 129, 134, 138, 140, 142, 143, 144, 146, 147, 148, 158, 170, 175, 176, 178, 185, 188, 189, 191, 192, 232, 238
Tumbabiro 79, 96
Tumbaco 99
Tumbes 45
Tungurahua 243, 244
Túpac-Yupanqui 124
Tupigache 20, 87
Túquerres 158, 185, 186, 189, 191, 193, 194
Turo (puente) 91
Tusa (San Gabriel) 28, 48, 70, 73, 79, 142, 158, 167, 169, 177, 178, 192, 193, 194, 195, 196, 198, 206
- Ulloa, Antonio de 18, 48, 60, 108, 122
Urcuquí 30, 47, 96
- Valdospinos, Miguel 220
Vanquatehm, Deciderio 176
Vega, Garcilaso de la 123
Velasco, Juan de 115, 160
Velasco, Juan de 131
Venezuela 169
Villavicencio, Vicente 70, 88, 114
Vistuyacu 100
Vogeli, Henri 245, 246, 247, 248, 249, 250, 252, 254
Volcán de Cumbal 67, 69, 70, 92, 143
Volcanpamba 105
Volteado (río) 100, 101
- Washington 169
Whymper, Edward 109
Wiener, Carlos 67, 117, 122, 132, 157
Wolf, Teodoro 161, 164

Yahuarcocha (Yaguarcocha) 22, 78, 138, 139, 140, 165, 166, 168, 181 197, 192,
202, 224

Yanaurco 86, 87, 88, 93, 95, 107, 160, 230

Yanayacu 220

Yancureal 99

Yatunyaco 223

Yuracruz (mirador) 224

Zárate, Agustín de 106